Tú, yo y el ~~im~~posible de un nosotros

Helena Sivianes


Tú, yo y el imposible de un nosotros
Helena Sivianes

Tú y yo, y el imposible de un nosotros

Helena Sivianes



TÚ Y YO, Y EL IMPOSIBLE DE UN NOSOTROS

Helena Sivianes

ACERCA DE LA OBRA

¿Qué harías si tu madre te quiere presentar a su novio? Kansas, evidentemente, se alegró de que, después cinco años, decidiera rehacer su vida, pero lo que no esperaba es que este fuera el padre del chico que más odiaba sobre la faz de la tierra, aunque eso no era lo único que sentía por Drake.

Después de que él le rompiera el corazón, de que le hiciera la vida imposible, ahora tenían que empezar a compartir muchas más cosas.

¿Qué puede ser peor que convertirse en hermanastros? Ojalá ese hubiera sido el mayor de sus problemas.

ACERCA DE LA AUTORA

Helena Sivianes nació el 18 de agosto de 1984 en Sevilla, España. Desde siempre ha sido una persona muy imaginativa y fantasiosa que, cuando leía, se imaginaba distintas maneras para que continuaran las historias.

Desde que a sus apenas catorce años cayó en sus manos la primera novela romántica, no ha podido dejar de leerlas hasta que hace unos tres años decidió probar suerte compartiendo sus ideas con el mundo en la plataforma Wattpad. Tras las opiniones de lectores y compañeros de letras, decidió dar el paso y acabó autopublicando en Amazon con una gran acogida y una multitud de comentarios positivos.

No ha dejado de escribir después de sacar de dentro su primera novela, teniendo más de una idea en su cajón de sastre deseando poder darle la forma que se merece; de ahí salió esta novela como reto personal.

Concilia su vida como escritora de novela romántica new adult con su trabajo en una tienda de videojuegos y ser madre de dos niñas de ocho y seis años y, por supuesto, su marido. Los pilares de su vida que le dan fuerzas para luchar por sus sueños e intentar cada día llegar a más personas con las historias que crea desde el corazón.

Índice

PRÓLOGO

Kansas

Contaros nuestra historia implica muchas cosas y, entre ellas, contaros la de nuestros padres y el porqué de todas las cosas que ocurrieron y se nos escaparon entre los dedos sin darnos opción a retenerlas cuando queríamos las respuestas. Cuando las necesitábamos.

No es fácil amar. Nunca lo ha sido. Ni en el pasado, ni en el presente y menos lo será en el futuro, porque muchas veces no es como terminan las historias, sino como comenzaron, y la nuestra comenzó un día cualquiera de primavera, cuando una niña dejó de mirar a su mejor amigo como el que le acompaña en los juegos del parque. Cuando ese niño se da cuenta de que ha metido la pata hasta el fondo y casi es imposible frenar las consecuencias de todas las cosas que han pasado y que no es capaz de reparar.

Empieza cuando otras historias de amor marcan la tuya como si fueran hierro candente.

Una historia de amor siempre será algo prohibido para los ojos que quieran mirarlo desde algo pecaminoso. Cuando las razones que creen correctas, ciegan cualquier opción de dejar liberar lo que de verdad se siente. Cuando las decisiones de los demás, se vuelven más importantes que los dictados de tu corazón.

Esta es nuestra historia de amor. Una que duele, que te aprieta en lo más hondo y que, a veces, te deja sin aire, pero que vives de todas las maneras que sabes, aunque las estés aprendiendo sobre la marcha.

Porque no hay nada prohibido hasta que no sientes que has necesitado liberarlo.

CAPÍTULO 1

Fiesta fin de curso. 16 años.

Kansas

*H*abía accedido a acompañar a Trizia a la fiesta que se celebraría en casa de Claire. No es que me entusiasmara la idea, básicamente, porque todo el mundo sabía que sus padres no estarían allí y ¿qué pasa cuando juntas a medio instituto en un sitio sin supervisión adulta? Lo obvio, alcohol y demasiado desmadre.

Lo único positivo de todo aquello era que el instituto ya había terminado y a la mitad de los que asistirían a aquella fiesta no los vería durante el verano, la otra mitad me importaban aún menos que un cero a la izquierda, por lo que tampoco podía buscar una excusa para no ir, aunque el que estuviera allí Drake White, era suficiente como para no hacerlo, pero le había prometido a mi amiga que me comportaría y sería, por una vez, una buena chica.

Todo iba genial. Juro que me crucé con él en varias ocasiones y simplemente lo miré mal o lo ignoré. Mantuve la lengua dentro de la boca y me controlé para no tirarle el contenido de mi vaso cada vez que me daba la espalda e intuía que estaba poniendo mala cara, pero había hecho una promesa y pretendía cumplirla dentro de lo posible. Además, Drake era a uno de los que perdería de vista durante todo el verano, eso lo hacía todo más fácil.

Tal y como terminaban las clases, a los dos días, desaparecía del pueblo con su padre. Era hijo único y, aunque no podáis creerlo, años atrás era mi mejor amigo. Hasta que la tragedia de la enfermedad de su madre lo cambió todo y dejó de confiar en mí; también puedo decir que en parte fue culpa mía.

Hice lo que una niña de doce años podía decir y hacer en aquel momento. Le ofrecí todo mi apoyo y le declaré mi amor, o aquello a lo que se le podía llamar amor con esa edad. ¿Qué sabía yo de aquella palabra tan grande para una niña que aún jugaba con muñecas?

Efectivamente, una mierda. Porque él se dedicó a reírse en mi cara y, desde aquel momento, hacerme la vida imposible se convirtió en su mejor distracción.

—Vamos, Kansas. —Sí, ese era mi nombre y detrás tiene una larga historia, pero ya llegará el momento de que os la cuente —. Deja de lanzarle cuchillos a Drake y vamos a jugar un rato. Seguro que nos reímos, además, Brian está con ellos, lo mismo le toca besarte y se da cuenta de que lo peor que ha hecho es decidir que en verano tenéis que estar separados.

Aquello fue lo que remató el final de curso. Sí, Brian había sido mi novio en aquel curso, en pasado, porque al chico le había dado un ataque de sinceridad extraña en la que decía que, si tenía novia, una que no vería más que algunos días sueltos, no podría disfrutar lo que un chico de su edad se merecía. Maldito cretino. Así que, como si los meses que habíamos compartido juntos no significaran nada, había cerrado un capítulo muy importante en mi vida y, al parecer, insignificante para él.

—Y crees que ¿si me siento allí, hago girar la botella y le toco yo, cambiará de idea? Vamos Triz. Aunque lo hiciera, soy yo ahora la que no caería tan bajo —mi amiga me miró con cara extraña, más que nada porque dos días atrás había estado muy cabreada y estaba decidida a recuperar la relación con él—, pero eso no quita que me divierta un rato.

Apuré el vaso lleno de una bebida que no había probado en mi vida. Al recorrer mi garganta me dio el calor y la fuerza necesaria para coger otro de la mesa que tenía a mi lado, hacer el mismo gesto y acabar sentada en aquel circulo improvisado donde todos iban algo bebidos y mi sed de venganza se había convertido en la fuerza necesaria para tomar una de las peores decisiones de mi vida.

No sé el tiempo que llevaba allí sentada, lo que tenía claro es que aún no había tenido la oportunidad de girar la botella, pero sí de cruzar la mirada con Brian y ver como compartía sus babas con un par de las animadoras del instituto. ¡Malditas zorras! La venganza iba a ser apoteósica. Después de beber más alcohol del que en mi vida había ingerido, me sentía poderosa y con fuerza para llevar a cabo el mejor plan de la historia. Solo me hacía falta un chico, uno que me sirviera para poner celoso a más no poder a aquel maldito cabrón.

Al fin me tocó el turno en aquel estúpido juego. Triz me preguntó un par de veces mientras intentaba acercarme un poco más al centro del círculo para llevar a cabo mi plan, si me encontraba lo suficientemente serena para lo que, aunque no le había dicho, me rondaba en la cabeza. La ignoré deliberadamente. Agarré la botella y, sin apartar la mirada de Brian, la hice girar hasta que esta se paró un par de posiciones más allá de mi ex.

Seguí la dirección en la que apuntaba y poco a poco fui fijándome en el cuerpo del chico que estaba sentado frente a la botella. No hacía falta que subiera la mirada hasta su rostro, ya que sería capaz de distinguirlo entre un millar de tíos. Allí, frente a mí, con la sonrisa pícara que lo caracterizaba, su pelo negro como el carbón, sus ojos azules y su cuerpo fibroso y musculado me dieron el impulso necesario para hacer lo que pretendía. En la vida lo hubiera elegido a él como parte de mi plan, pero Drake se había sentado ahí y ni siquiera me había dado cuenta, ya no podía dar marcha atrás.

A mi alrededor todos vitoreaban, gritaban mi nombre y yo no podía dejar de mirarlo a él y a Brian. Mi ex se había enderezado, y juro que hasta me pareció verlo moverse en mi dirección, pero Drake estaba dispuesto a ponérmelo más difícil.

—¿Qué pasa, Shepard? Ahora te echarás atrás como la cobarde que siempre has sido.

El grandísimo idiota, desde aquel día que decidió que yo ya no era importante en su vida, había dejado de usar mi nombre y usaba mi apellido porque sabía que me hacía daño que mencionara la única cosa que me unía al hombre que había decidido arruinarnos la vida unos años atrás a mi madre y a mí.

No sé si fue que Brian no terminaba de moverse y evitar lo que iba a pasar o que Drake llevaba demasiados años tocándome las narices o que el alcohol que recorría mi cuerpo llegaba a altos niveles. Ignoré todo lo que me rodeaba y antes de que él pudiera reaccionar, ya estaba sentada sobre su regazo acallando la voz de mi cabeza que me gritaba que estaba haciendo la mayor gilipollez de mi vida, pero lo olvidé en el momento en el que nuestros labios se unieron, mis manos rodearon su cuello y las suyas se colocaron sobre mis caderas devolviéndome el beso con más ganas de las que seguramente ambos habíamos deseado en aquel momento.

No nos separó el que nos estuviéramos quedando sin aliento, ni que la voz de mi cabeza siguiera gritando a pleno pulmón que recapacitara y que el tío que se había dedicado a hacerme *bullying* los últimos años me estaba devorando la boca y que seguro que lo usaría en mi contra, pero, en aquel momento, todo me importaba menos que nada. De repente, una mano me agarró del hombro y cuando me quise dar cuenta, Brian me estaba sacando de la casa; el color rojizo de su rostro me decía que no estaba muy contento con lo que había pasado delante de sus narices.

Kansas 1, Brian 0. Al menos, por ahora había conseguido cumplir parte del plan, pero a qué precio.

Tiró de mi mano hasta que nos alejamos lo suficiente de la casa y el ruido era menor, así que, al fin, escuchó como le gritaba una y otra vez que me soltara y que me escuchara.

—No tengo nada que escuchar —dijo encarándome —. ¿Te parece bonito? Mi chica comiéndose la boca con otro tío delante de mis narices y, encima, con el que supuestamente es su peor enemigo.

—¿Tu chica?, venga, no me jodas, Brian. Hace dos días rompiste conmigo. ¿Qué era lo que querías? —le golpeé el pecho con cada una de las palabras que salieron a continuación de mi boca —. Disfrutar de tu verano. Vamos, no me seas crío si pensabas que cuando volvieras estaría aquí esperándote.

No sé si era el alcohol lo que me estaba dando la valentía para decirle las cosas o, de verdad, era yo en estado puro, pero no me daba la gana de que fuera su chica solo cuando a él le interesara.

—Vamos, Kansas. Sabes que íbamos a volver a estar juntos. Hemos sido la pareja del año, sabes que va a volver a pasar. Sabes que es así.

—¿Interrumpo algo?

Una voz que provenía de la oscuridad que nos rodeaba nos hizo mirar a nuestro alrededor cuando, por fin, vi la silueta de Drake y como tenía los brazos cruzados sobre el pecho en posición arrogante, esperando la obvia contestación de mi ex.

—Largarte de aquí, White —le espetó Brian jugándose una paliza.

—Solo si Kansas me lo pide. —Estaba segura que era la primera vez que escuchaba salir de sus labios mi nombre en muchos años y juro que sonó distinto a como solía pronunciarlo.

Me miró esperando una respuesta, pero las palabras se quedaron atascadas en mi garganta. Brian intentó agarrarme del brazo de nuevo, seguramente para volver a separarme de donde los demás estaban y que así no escucharan la conversación, pero, cuando sus dedos estuvieron a punto de tocarme, di un paso atrás, el necesario para separarme de él y colocarme junto a Drake y tomarlo de la mano. Al rozarse nuestros dedos una sensación extraña me recorrió el cuerpo, aunque no le presté más atención de la necesaria en aquellos momentos.

—Quiero algo de beber —dije mientras nos separábamos de mi ex —, fuerte.

—Entonces no volvamos a esa mierda de fiesta.

Y dejé que me guiara por el camino hasta llegar junto a su coche, uno grande y potente, de color negro. Su padre era un hombre de negocios, unos años atrás era uno más del pueblo, con un nivel económico normal. Tras fallecer su mujer, se volcó en su negocio, tal vez descuidando por demás la relación con su hijo, pero le había hecho tener un nivel monetario bastante bueno y abultado y suplantaba el cariño a su hijo con costosos regalos.

No le pregunté a Drake hacia dónde íbamos, tampoco me acordé de mi mejor amiga en aquellos momentos, lo único que recuerdo es que, pocos minutos después, tenía una botella en la mano y mi

garganta caliente del líquido que no dejaba de recorrerla.

La cabeza me daba vueltas, las náuseas recorrían mi cuerpo y, cuando abrí los ojos, la luz que se filtraba a través de las ventanas de la habitación me cegó. Miré a mi alrededor y me di cuenta de que no conocía nada de lo que me rodeaba. Me tapé la boca para ahogar el grito que estaba a punto de escapar. Al final, dejé salir el grito de lo más hondo de mi ser al darme cuenta de que en la cama, en que estaba tumbada, no estaba sola y que estaba totalmente desnuda. ¡Mierda!, ¿dónde estaba mi ropa?

Recorrí con la mirada la habitación sin querer mirar al chico que estaba tumbado y dormido a mi lado. Encontré la ropa doblada sobre el escritorio que había bajo la ventana. Con cuidado, me levanté de la cama y al destaparme también lo hice con chico que descansaba a mi lado. Ya sabía a quién pertenecía esa espalda. ¡Joder, joder, joder!, y él también estaba desnudo.

Me levanté a toda velocidad, me llevé la sabana conmigo y le di la espalda cuando lo escuché hablarme.

—Podías ser más cuidadosa —dijo dejando escapar un bostezo.

—Y tú… —me giré para reprenderle, cosa a la que ya ambos estábamos acostumbrados —. Joder, Drake, vístete.

Vi como abría los ojos como platos y me observaba de arriba abajo sin taparse, como si estuviera más que acostumbrado a despertarse con chicas en la cama, aunque la sorpresa que se había dibujado en la cara demostraba que no le agradaba mucho que esa noche hubiera sido yo quien lo hubiera acompañado.

—Joder, Shepard. —Cuando se percató de verdad que era yo quien estaba de pie en su habitación rodeada con sus sabanas, en ese momento sí que se llevó las manos a su entrepierna y se tapó.

—Maldita sea. Esto no ha podido pasar. Tú…yo… No, esto tiene que ser una puta broma.

—Llámalo por su nombre: follar y a mí me hace la misma gracia que a ti. —Me di la vuelta cuando se empezó a levantar de la cama.

Aproveché para hacerme con mi ropa y gritarle que no mirase mientras intentaba vestirme. Cuando lo hice, después de colocarme los zapatos, me dirigí a la puerta dispuesta a irme de esa casa y de su lado y olvidar lo hubiera pasado, aunque no recordaba nada de aquella noche.

—Espera que me vista y te lleve a tu casa —me gritó cuando vio que ya casi estaba fuera de su habitación, me giré para decirle que no me hacía falta su ayuda, pero su intervención me hizo callarme—. Estamos a más de media hora, y con esos zapatos el camino se te hará el doble de largo.

Miré la hora en el despertador que había sobre la mesilla de noche.

—Mierda, ya llego tarde. Date prisa, mi madre hoy tenía planes para ambas y por tu culpa me voy a llevar la bronca.

—Y ahora es culpa mía que hayas acabado en mi cama.

Ignoré sus palabras y esperé pacientemente los cinco minutos que tardó en estar preparado. En coche la distancia era de poco más de cinco minutos así que tal vez no llegaba tan tarde, lo que no esperaba era encontrarme lo que vi cuando llegué.

Nada más aparcar, mi madre salió a toda velocidad y con cara de pocos amigos.

—Kansas, ¿qué horas son estas de llegar? Llevo llamándote toda la maldita noche y tu móvil estaba apagado. Trizia no sabía dónde te habías metido. Sabes que el día de hoy es muy importante para mí. Que conozcas a Jack es algo muy serio. —En ese momento un hombre alto, fuerte y con el pelo tan rubio como el de mi madre, se colocó a su lado pasándole un brazo por los hombros y trasmitiéndole al momento tranquilidad.

—¿Papá? —Drake miraba al hombre que acaba de salir y después a mi madre.

No, todo lo que estaba pasando tenía que ser una puñetera broma.

—Cariño —dijo mi madre llamando mi atención —. Por eso era tan importante que supieras quien es Jack. Es el padre de Drake y hay algo que queríamos decirte.

Jack miró a su hijo, después a mí y, por último, a mi madre atrayéndola más a ella y le hizo un gesto para que terminara de darnos la noticia que haría de aquel un verano demasiado largo.

—Nos vamos con ellos de vacaciones, así nos conoceremos todos mejor.

CAPÍTULO 2

Kansas

—Vamos, mamá. No me jodas —nunca le había hablado a mi madre en ese tono, nunca en mis dieciséis años le había faltado el respeto, pero la noticia que me había dado no era plato de gusto.

Su mirada me atravesó y, cuando estaba a punto de reñirme y, seguramente, ponerme uno de esos castigos bobos que no duraban ni media hora, el padre del chico estúpido que estaba sentado a mi lado puso las manos sobre la mesa haciendo que Drake se enderezara. Incluso me pareció ver como un tic le empezaba a mover el ojo.

—Esas no son maneras de hablarle a tu madre. —Aquella intrusión de una persona que no era más que el novio de mi madre solo hizo que me enojara más.

Me levanté de la mesa empujando la silla hacia atrás y provocando un ruido ensordecedor en la cocina. Todas las cabezas se giraron hacia mí. Drake, con cara de sorprendido, porque, aunque me hubiera visto enojada en más de una ocasión, nunca había visto odiar de verdad y en aquel momento su padre se estaba ganando todo el que había en mi interior. Jack ni siquiera se inmutó, se quedó mirándome esperando qué más era capaz de hacer. Mi madre, por el contrario, perdió el color de su rostro porque sabía de sobra que era lo que vendría a continuación. Solo dos veces en mi vida había explotado de verdad. El día que mi padre, después de más de dos años engañando a su mujer, mi madre, me presentó a una chica que podía ser mi hermana mayor y poco más y nos abandonó dejándonos con lo puesto y con una mísera ayuda al mes; la segunda fue por Drake, el día que me ridiculizó por declararle que me gustaba y que quería que fuera mi novio.

—Kansas, siéntate —consiguió articular mi madre, pero eso solo hizo que mi enfado aumentara.

—Mamá, el día que me dijiste que habías conocido a alguien sabes de sobra que me alegré muchísimo, te mereces ser feliz, pero… —las palabras se quedaron atascadas en mi garganta porque de solo

pensarlo me dolía —. Sabes que White y yo no nos soportamos, que desde hace años nuestra relación es una mierda y es mejor tenernos a kilómetros de distancia y te he contado todo…

En aquel preciso momento fui consciente de lo que iba a salir de mi boca. Mi madre me había dicho que había empezado a salir con alguien dos años atrás, que aún no me quería decir nada hasta que no tuviera claro hacia dónde iba aquella relación. Yo había seguido contándole mis peleas con Drake, como le devolvería cada jugarreta que me hacía. En aquel momento fue cuando me di cuenta porque él estaba preparado para todo. Yo se lo contaba a mi madre y está a su padre y, por ende, él a su hijo. Solo podía significar una cosa.

—Tú lo sabías. Sabías que ellos estaban juntos y te has hecho el sorprendido. —Mi ira cambió de dirección y lo miré directamente. Su actitud pasiva, con la espalda recostada en la silla y los brazos cruzados sobre el pecho hicieron que me abalanzara sobre él y, sin importarme dónde y con quien nos encontrábamos, mi mano impactó de lleno en su cara.

—¡Kansas! —mi madre y su padre gritaron mi nombre al unísono, pero no me volví. Mis ojos estaban clavados en Drake. En como mis dedos se iban dibujando en su rostro acompañados de su petulante sonrisa. ¡Maldito idiota!

No permití que me dijeran nada. Puede que me estuviera comportando como una cría, solo me faltó tirarme al suelo y patalear. Sería una hipócrita si dijera que no estaba contenta porque mi madre estuviera rehaciendo su vida. Se lo merecía, ya había sufrido demasiado, pero lo que no me había gustado fue la falta de sinceridad que había tenido conmigo. Podía haberme puesto sobre aviso, joder. Haberme dicho algo. Cada vez me sentí peor, porque, encima, pretendía que pasáramos el verano juntos. Como si fuéramos una familia. No, no estaba dispuesta a tolerar semejante disparate.

Me fui a mi habitación y cerré con un portazo por si no había quedado claro mi enfado. Vacié el contenido de mi bolso sobre la cama para buscar el teléfono y ponerlo a cargar. Mientras esperaba que se encendiera, escuché como mi madre se despedía de su novio y como la puerta de casa se cerraba. Mi ventana daba al porche delantero por lo que no pude evitar asomarme y ver como se iban. Drake levantó la mirada y me encontré con el azul de sus ojos. Pensaba que encontraría alegría por la victoria de verme con tan apoteósico enfado, pero, para mi sorpresa, en su cara no había ni gota de ella, incluso me pareció que me hacía un gesto de disculpa.

No volví a coger el teléfono hasta que no vi el coche de aquel idiota abandonar mi calle. Ignoré las alertas de mensajes y avisos de llamada y fui de manera automática a buscar el número de mi amiga y contarle la tragedia vivida en menos de doce horas. En aquel

momento, sentía que solo podía confiar en ella.

—Hola, hermanita —al otro lado del teléfono no estaba Trizia. Miré la pantalla y, sin embargo, si era su nombre el que aparecía en ella.

—¿Qué haces con el teléfono de Triz? —rugí al idiota.

—¿Estás segura de que es su teléfono y no que alguien haya podido manipular el tuyo?

—No habrás sido capaz…

—Hermanita, hermanita, por lo que veo anoche estabas bastante mal y no recuerdas nada de lo que pasó.

—No me llames así, no soy tu hermana —grité con fuerza, pero sus palabras resonaban en mi cabeza. Si anoche pudo cambiar el teléfono en mi agenda del móvil y por la mañana nos habíamos levantado juntos y desnudos, y en ningún momento había negado que nos hubiéramos acostado, entonces… él y yo…

—Este verano va a ser muy, pero que muy entretenido, Shepard.

CAPÍTULO 3

Kansas

*T*odo aquello tenía que ser una maldita pesadilla. Una de esas en las que ya estás casi despierto, en el limbo, pero no consigues moverte y cada vez estás más asustada. Así me encontraba yo.

Después de la extraña conversación por teléfono con Drake, mi madre subió a mi habitación. Intentó hablar conmigo, pero, como digo, solo lo intentó, ya que ni siquiera la dejé cruzar la puerta.

—Kansas, tenemos que hablar lo que ha pasado ahí abajo —me rogó, pero mi silencio fue lo máximo que obtuvo por respuesta—. Por favor, déjame explicarte.

Quise gritarle que era una hipócrita, una embustera y que había perdido toda mi confianza. Me sentía tan mal en aquel momento que me obligué a mantener la boca cerrada para no decir algo de lo que me pudiera arrepentir.

En algún momento me quedé dormida. El ruido de unos nudillos golpeando de nuevo la puerta de mi habitación fue lo que me despertó. Mi madre venía a molestar más.

—Déjame en paz —bufé con ira mirando la puerta.

—Soy yo, Kans —la voz de mi amiga Trizia hizo que me levantara a toda velocidad de la cama y abriera la puerta para que me lanzara a sus brazos.

—Triz, menos mal que estás aquí. Mi vida es una completa mierda —sollocé mientras mi amiga me calmaba con un abrazo.

—Por favor, cuéntame lo que ha pasado. Desde que saliste anoche de la casa de Claire con Brian te perdí de vista.

Me la llevé al interior de mi cuarto, no sin antes volver a cerrar la puerta para que mi madre no molestara. Estaba segura de que, en el momento en el que le dijo a mi amiga que podía subir a mi habitación, estaba con el oído puesto para recabar información de lo que le contaba.

Nos sentamos en mi cama una frente a la otra, con las piernas cruzadas, después de haber sacado un paquete de patatas de mi alijo

secreto para cuando la comida que había hecho mi madre se quedaba en el plato. No era mala cocinera, todo lo contrario, pero, de vez en cuando, le daba por imitar a los cocineros de la tele y pretendía que yo hiciera de juez, así que era entendible que tuviera comida escondida en mi habitación.

Le conté la actitud posesiva de Brian y como Drake, para asombro de ambas, me sacó de allí antes de que se pudiera liar. Intenté recordar algo de lo que había pasado aquella noche, pero solo podía recordar una botella de alcohol y, a partir de ahí, todo estaba en blanco hasta que me desperté en su cama.

—Espera, espera. Cómo que estabas en la cama de White —preguntó cuando vio que iba a seguir con la historia dejando eso de lado, como si no tuviera importancia.

—Triz, no sé qué pasó, ¿vale? Solo sé que me desperté allí y se encargó de traerme a casa —obvié, no sé porque razón, que yo estaba desnuda y que él estaba acostado a mi lado. Era algo que no sabía cómo había pasado y, hasta que no lo descubriera, era mi secreto. Y el de Drake.

—Pues ya ha tenido que pasarte algo gordo si no le prestas atención a ese dato de la noche —dijo indignada mientras se metía una patata en la boca.

—El tema es que el idiota sigue formando parte de la historia —continué—. ¿Recuerdas que hoy conocería al novio de mi madre?, la ilusión que me hacía conocer a ese hombre que le había devuelto la sonrisa. Bueno, pues lo conocí y nos ha invitado a pasar este verano con él y su hijo.

—Pero eso no es ningún problema. —Mi amiga escuchaba atentamente mi relato mientras daba buena cuenta al paquete de patatas.

—Lo hay cuando ese hijo no es otro que Drake White.

Trizia se llevó las manos a la boca, pero aun así vi como los trozos de patatas volaban en mi dirección impactando en mi cara. La reprendí por ello; y es que Triz, a veces, solía ser un poco cerda comiendo.

—Mierda, Kansas. Lo siento, pero es que me ha sorprendido, —quiso limpiarme la cara, pero le aparté la mano antes de que pudiera y usé una camiseta sucia que tenía en la silla del escritorio —. Ahora entiendo tu preocupación.

Estuvimos un rato más intentando buscar una solución para salvarme de ese tedioso verano. A ninguna se nos ocurría nada que fuera a funcionar. Mis notas habían sido excelentes, era imposible solicitar clases de refuerzo en verano, y menos cuando no sabía a donde iríamos. Aunque me hubiera gustado decirle que Trizia y sus padres me invitaban a pasar el verano con ellos, mi madre sabría antes

de terminar la frase que era mentira y una excusa para escapar. Así que se despidió de mí cuando un mensaje la avisó que tenía que volver a casa.

Dios, no había manera de librarme de aquello. Ya no solo era pasar un verano con el tío que más me odiaba y no se dignaba a decirme por qué. También tenía que lidiar con el tío con el que había despertado completamente desnuda sin recordar nada de la noche anterior.

Cuando mi amiga se fue, dejó la puerta de mi habitación abierta, lo que fue una clara invitación para que mi madre entrara sin llamar. Me negué a mirarla hasta que se colocó delante de mí y puso las manos sobre mis hombros.

—Sé que tu relación con Drake no es la mejor del mundo. Sé que habéis pasado por una mala racha. Pero antes erais muy amigos, seguro que encontraréis el modo de llevaros bien —la vi tomar aire, seguramente el discurso que me estaba dando lo había ensayado una infinidad de veces en su cabeza —. ¿O es que no te alegras por mí?

En ese momento mi madre usó su poder de saber dar pena con su soledad y no pude más que asentir.

—Entonces, perfecto. Drake está abajo esperándote. Es hora de que empecéis a arreglar vuestras diferencias.

Y no me dejó negarme. Con la misma velocidad que me había convencido para darle esa segunda oportunidad, me había tendido una emboscada y cuando estaba a punto de decirle que mandara a ese idiota de vuelta a su casa, él ya ocupaba el hueco de la puerta de mi habitación.

—Hermanita, ponte algo cómodo, vamos a pasar un precioso tiempo juntos.

Y ahí estaba otra vez esa maldita frase que sabía que me amargaría durante todo mi «maravilloso» verano.

CAPÍTULO 4

Kansas

Veía como la carretera nos llevaba a algún lugar elegido por Drake; al principio, estaba deseosa por preguntarle a dónde demonios íbamos. También estuve tentada de decirle que me dejara en casa de mi amiga y que nadie se enteraría de que no habíamos estado juntos, pero, desde el momento en el que nos montamos en el coche, puso la radio y Bruno Mars empezó a cantar. Se colocó las gafas de sol, agarró el volante con las dos manos y condujo sin dirigirme la palabra durante más de diez minutos.

Yo golpeaba con los dedos el marco de la ventanilla, pero ni aún así giraba el rostro para decirme que parara. Por muchas de las cosas que le había hecho durante las horas que pasábamos en el instituto, sabía que el que lo distrajeran era de las que más le molestaba, pero, al parecer, ese día mientras conducía y cantaba las canciones que salían por los altavoces, con su estúpida sonrisa en la cara, nada de lo que yo hiciera le iba a fastidiar.

Necesitaba muchas respuestas en aquel momento, pero no sabía por qué pregunta empezar ni exactamente cómo abordar el tema. Con el cabreo y el odio que le tenía en aquellos momentos podía explotar y decir o hacer algo que podía poner en riesgo la vida de ambos y, para ser sinceros, en aquel momento solo me importaba la mía. Yo iba en aquel coche así que me contuve hasta que fue él quien acabo hablando.

—Como sigas guardándote las palabras vas a acabar hinchándote como un pez globo y explotar. —Vi como giraba lentamente la cabeza en mi dirección y me miraba por encima del cristal oscuro de sus gafas —. Y, la verdad, no me apetece gastar dinero para que me limpien el coche de la porquería que puedas soltar.

Ni lo pensé, fue un acto reflejo, un acto de defensa. Podía nombrarlo de mil maneras y en mi cabeza todas justificaban el golpe que le di en el brazo. En mi cabeza me imaginé que él se quejaría de dolor, que me pediría clemencia, pero se veía que la fuerza no era lo

mío, así que solo me gané una carcajada de su parte.

—Vamos, Shepard. No te mosquees, simplemente, estoy intentando romper el hielo. Estás muy seria desde que salimos de tu casa. —Se colocó las gafas sobre la cabeza permitiéndome ver que el azul de sus ojos era más intenso de lo que recordaba. Era como si otra vez tuviera a ese niño de doce años que era mi amigo. Algo había cambiado y no estaba muy convencida de qué, pero no iba a permitir que se riera de mí.

—Vete a la mierda, White. No me hace ninguna gracia que tenga que pasar tiempo contigo porque le prometí a mi madre que haría lo que hiciera falta para que ella sea feliz. Aunque eso signifique pasar tiempo contigo.

Disminuyó la velocidad, pensé que era porque algo de lo que le había dicho le había tocado la fibra y me iba a dejar en medio de la nada. Tampoco sería un problema, no estaba tan lejos de casa y llevaba el bolso encima con dinero y el teléfono móvil para llamar a mi madre y que me viniera a recoger si hacía falta. Tal vez me estuviera haciendo un favor dejándome allí. Mi madre se daría cuenta de que clase de persona era y…, pero mi gozo en un pozo. Cuando miré a través del cristal, vi el edificio que estaba delante de nosotros. Era aquella heladería a la que veníamos cuando éramos unos críos. Aquella a la que nos traía su madre los días que pasábamos juntos, y un sentimiento de nostalgia se me instaló con fuerza en el pecho.

Quise disculparme por ser a veces, demasiadas, borde con él, pero cuando fui a abrir la boca, ya se había bajado del coche y estaba rodeándolo. No miró al interior en ningún momento, pero sí que se colocó junto a mi puerta y la abrió sin dirigirme la palabra. Se había colocado las gafas de sol otra vez y miraba al frente, ignorándome deliberadamente. Quise, y lo digo muy enserio, acercarme a él y decirle que entendía lo que estaba pasando, pero nuestra confianza, los días en lo que nos lo contábamos todo, había quedado tan atrás que no sabía como abordar aquel capítulo de nuestra vida así que simplemente me encargué de caminar un par de pasos detrás de él hasta que entramos en la heladería y una mujer ya entrada en años, pero con un estilo *pin-up* muy acorde con el local y con los brazos llenos de tatuajes, nos llevó hasta una mesa y nos dejó un par de cartas para que eligiéramos lo que queríamos tomar.

Drake se dejó caer en el asiento de cuero color rosa que estaba frente a mí con su carta entre las manos tapándose el rostro, yo ni siquiera cogí la carta y, justo cuando aquella mujer estaba a un par de pasos, la llamé.

—Perdone, ya sabemos lo que vamos a pedir. —Drake se incorporó un poco en el asiento, pero seguía sin mirarme —. Un batido helado con chocolate blanco, caramelo y trocitos de *cookies* para mí. A él le

puede traer un batido helado de plátano, con bola extra de chocolate, canela espolvoreada y *topping* de almendras.

La mujer tomó nota. Drake había soltado la carta de helados y me miraba fijamente, podía notar su mirada penetrante a través de los cristales de sus gafas de sol.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó echando su cuerpo hacia delante y acortando la distancia entre ambos. Aproveché para recostarme yo de manera pasota sobre el asiento.

—Te he hecho una pregunta. —La respuesta fue silencio por mi parte.

Se movió de manera rápida, más de la que me esperaba porque no me dio tiempo a reaccionar cuando ya lo tenía sentado a mi lado y me había tomado el rostro entre las manos para que lo mirara a los ojos. Se había quitado las gafas y el azul intenso me puso nerviosa.

—Kansas... —Y algo hizo clic en mi cabeza cuando mi nombre salió con tanta dulzura de sus labios y me quedé embobada con cada línea de su rostro. Como si lo viera por primera vez después de tanto tiempo —. Solo dime por qué.

Me humedecí los labios, de repente se me había secado la garganta y mi corazón se había saltado un par de latidos provocando que se acelerara para volver o, al menos intentarlo, a coger su ritmo. Drake miró como realizaba el gesto y sus dedos se deslizaron lentamente por mi rostro.

—Simplemente he recordado lo que te gustaba tomar cuando veníamos aquí —respondí.

—Te acuerdas de este sitio. —Sus manos me soltaron como si, de repente, el tocarme le quemara e, incluso, me pareció que intentaba poner distancia entre ambos, pero, de manera instintiva, lo agarré de la muñeca evitando así que se volviera a su sitio.

—También recuerdo que aquí fue la última vez que me llamaste por mi nombre directamente.

Y un flash me llegó de la noche anterior.

Estábamos sentados en la parte trasera de su casa con un par de botellas, una de ellas en mis manos, y estaba a punto de llevármela a la boca, pero su mano me lo impidió. Me agarró de la muñeca de la misma manera que yo lo estaba agarrando en esos momentos. Me giré para decirle que por qué me paraba y me encontré con esa mirada. La de siempre, la que había estado ahí cuando tenía que desahogarme con los problemas de críos que parecían tan grandes y que iban a destruir nuestro mundo.

—No bebas más —me susurró quitándome la botella con la mano que le quedaba libre.

—Necesito ocupar mi mente con algo, estoy cansada de que la gente se aproveche de mí, de que todos creáis que como mi padre me

abandonó tenéis el derecho de sentir pena por mí. Soy más fuerte de lo que os creéis.

—Lo sé, por eso te estoy pidiendo que dejes de beber. No lo necesitas para mantener tu mente ocupada —respondió sin dejar de mirarme.

—Se me ocurre otra manera de ocuparla —y, antes de que le diera tiempo a responder, me senté encima de él.

Por el impacto de mi cuerpo, el suyo osciló y me agarró de la cintura para que no nos cayéramos y rodáramos por el par de peldaños en los que estábamos sentados. No sé por qué lo hice, qué fue lo que me impulsó a hacerlo, pero, cuando quise darme cuenta, tenía mi pecho completamente pegado al suyo, sus manos sobre las caderas, los brazos rodeándole el cuello y mi nariz inhalando su perfume.

—Kansas, mañana te vas a arrepentir de esto.

Dios, había recordado parte de lo que había pasado la noche anterior. Había muchas lagunas aún, debía de haber bebido demasiado, pero tenía claro que lo que había pasado la noche anterior había sido provocado por mí.

—Anoche ya me llamaste por mi nombre —dije de repente —. Justo antes de que te besara. Drake, anoche fui yo quien te besó primero. ¿Qué más pasó?

—Vaya, veo que te vas acordando de más cosas —contestó zafándose de mi mano —. ¿Qué más recuerdas?

—Yo...yo... —tartamudeé sin saber qué decir. No me acordaba de nada y ahora tenía mucha más necesidad de que me lo contara—. Dime tu qué es lo que tengo que recordar.

En ese mismo momento llegó la camarera para traernos nuestros batidos y él aprovecho para levantarse, coger el suyo y dejar un billete sobre la mesa indicándole a la mujer que saldríamos a la parte trasera del local donde había un amplio jardín que daba a la zona de la playa.

Me levanté con rapidez cuando me di cuenta de que habíamos vuelto a cambiar las tornas. Lo seguí entre las mesas, llamándolo por su apellido, por su nombre, insultándolo. Seguía ignorándome. Así que, simplemente, acabé siguiéndolo hasta que llego a la colorida valla que nos separaba de la arena de la playa y vi como se llevaba a la boca la pajita de su batido para saborearlo.

—La verdad es que no había probado uno de estos desde la última vez que estuve aquí contigo —dijo mirando al horizonte donde ya varias personas se iban atreviendo a pasar el día en la playa.

—No piensas contarme nada, ¿verdad?

—No, Shepard. —Habíamos vuelto a mi apellido —. Va a ser muy divertido ver como descubres lo que pasó anoche. Aunque me duele que no recuerdes ciertos aspectos. Es una gran patada a mi ego.

—Tal vez porque no estuviste a la altura —repliqué.

—No es eso, hermanita. —Fui a golpearlo por usar de nuevo esa maldita palabra, pero fue más rápido que yo. Con un solo movimiento se colocó a mi espalda rodeándome con los brazos y al otro lado la valla—. Va a ser divertido cuando recuerdes las cosas que hablamos. —Lo miré esperando que a que añadiera más —. E hicimos.

Me dio un beso en la mejilla y se separó de mi para salir por el hueco de la valla que nos separaba de la aún fría arena de la playa.

¿Qué había pasado la noche anterior? ¿Qué era lo que no recordaba?

CAPÍTULO 5

Kansas

*D*espués de aquel día de playa, estuve más de una hora mirando el horizonte porque Drake había decidido sentarse medio desnudo en la orilla, dejando que el agua lo mojara hasta que tuvo que levantarse porque la luz del día se estaba apagando y además estaba empezando a hacer frío. Me había quedado esperando a que reaccionara y acabé esperándolo en el interior de la heladería. Me tomé un batido más. Pedí uno como el que había tomado y me sorprendió lo riquísimo que estaba e imaginé como sabría en sus labios.

Maldecí y me cabreé conmigo misma. Lo odiaba con todas mis fuerzas, con todo mi ser por hacerme pensar cosas como esa. No niego que, en algún momento de mi vida, cuando era una cría que aun llevaba dos coletas, la cara manchada de chocolate y la ropa sucia había pensado aquello. Joder, le declaré mi amor infantil, no recuerdo exactamente lo que le dije, pero si lo que me respondió y me agarré a ello en el momento en el que lo vi acercarse hacia la heladería.

«—No me seas babosa, Kansas. Mi madre se muere y tú me dices que me quieres. Eso no es de amigos. —Recordaba como el color de su cara empezó a ponerse cada vez más rojo por la ira que se iba acumulando en su interior —. Un amigo está para apoyarse, no para dar más problemas.

—Pero yo soy tu amiga, solo quiero…

—¡No! —gritó y dio un paso atrás poniendo distancia entre ambos —. No significas nada en mi vida. Shepard, desaparece de mi vista».

Esa fue la última vez que me llamo Kansas.

Acabé por irme sin esperar que volviera. Recordar cosas como esa me hizo darme cuenta de que las personas no cambiaban. Si lo hicieran, no estaríamos así, me hubiera contado lo que pasó la noche anterior y, seguramente, me hubiera apoyado con la relación que compartían su padre y mi madre.

Salí de la heladería y fue la primera vez que tuve suerte desde la noche anterior. Una pareja se estaba bajado de un taxi y aproveché

para montarme. Le di la dirección de casa y, cuando arrancó y empezó a poner distancia, me permití mirar por la ventanilla trasera. Allí estaba Drake, con los brazos alzados agitándolos. Si pretendía que detuviera el vehículo lo tenía claro.

—Tenemos que llegar a un acuerdo —le dije a mi madre a la mañana siguiente cuando ponía el desayuno frente a mí —. Sé que no me vas a dejar quedarme aquí, entendí a la primera que es innegociable, pero no me puedes obligar a pasar todo el verano con Drake. No me merezco tal castigo.

—¿Y qué es lo que me propones? —Al menos empezó a entender que teníamos que buscar una opción con la que las dos estuviéramos cómodas.

No sé si lo pensé demasiado, pero las palabras salieron solas de mi boca.

—Quiero trabajar este verano. —Su respuesta fue toda una sorpresa para mí.

—Me parece una idea estupenda. —Se sentó a la mesa y empezó a tomarse su desayuno. La observaba esperando que se terminara de comer los huevos revueltos y me diera alguna respuesta más larga y no una que parecía que era simplemente para callarme.

—Así, ¿tan fácil? —la animé a continuar.

—Pues sí. Me parece una gran idea. Querías comprarte un coche, así que esta es una buena ocasión para ahorrar. Además, creo que trabajar te va a ayudar muchísimo a madurar. —Bebió parte del contenido de su vaso de zumo y volvió a mirarme —. Hablaré con Jack, llevan varios años veraneando allí y aún faltan un par de días para que nos vayamos, seguro que consigue convencer a alguno de sus socios para que te dé trabajo.

Y así es como pasaron los siguientes dos días, preparando maletas para trasladarnos a la zona vip de nuestra ciudad, a una urbanización privada con las tiendas más *cool,* a una casa tres veces más grande que la nuestra, con el novio de mi madre y su hijo. Mi fabuloso y queridísimo archienemigo: Drake.

Al menos convencí a mi madre para que nos trasladáramos en su coche y así ganar un poco de tiempo sin verlo. Fue una excusa, pero, en parte, me venía genial tener el coche de mi madre allí. Si tenía que escaparme, tendría un medio de transporte a mi disposición.

—Ya hemos llegado —dijo mi madre mientras atravesábamos la entrada de la urbanización.

Se movía con soltura, al parecer había venido más de una vez y yo no me había enterado de nada. Cada vez estaba más alucinada con la de cosas que me había ocultado mi madre en los dos años que llevaba

con Jack. ¿Habría algo más que pudiera joderlo todo? No quería ni pensar en ello, así que, simplemente, dejé caer mi cabeza hacia atrás y cerré los ojos con fuerza.

—Vamos, Kansas. Tienes que ayudarme a vaciar el coche —escuché como cerraba la puerta del conductor y decía el nombre de Jack.

Mi tortura veraniega estaba a punto de empezar y yo seguía sin estar preparada. Aun así, me forcé a abrir los ojos y me conmovió ver a mi madre abrazada a Jack. Como si estuviera viviendo un amor de juventud. Se merecía ser feliz y con mi actitud solo podía conseguir lo contrario.

No vi a Drake por ningún lado, por lo que aproveché para bajarme del coche y coger un par de bolsas y mi maleta que arrastré, provocando un ruido ensordecedor, hasta llegar a la altura de la imagen más empalagosa que había visto interpretar a mi madre. Carraspeé hasta que ambos me miraron y pregunté cuál era mi habitación justo antes de entrar por la puerta de aquella casa.

Hasta que no supiera donde me había encontrado trabajo Jack y pudiera escaparme de allí, pasaría todo el tiempo posible encerrada.

Cuando entré, una mujer regordeta, vestida con ropa de servicio, se acercó a mí y me arrebató las bolsas de las manos.

—Señorita, déjemelas, yo me encargo. Usted puede subir a su habitación —empezó a parlotear con una sonrisa de oreja a oreja mientras me quitaba las bolsas —. Si el señor White no se lo ha explicado. Suba por la escalera principal…

—Kansas, ese es mi nombre —la interrumpí antes de que me explicara dónde estaba mi habitación y, sobre todo, porque en mis dieciséis años de vida no había necesitado a nadie que me ayudara —. Puedo hacerme cargo de mis cosas.

—Estoy segura de ello, pero es mi trabajo —dijo mientras se alejaba de mí con su objeto entre los dedos regordetes de sus manos.

—Solo si me llama por mi nombre —elevé la voz para intentar darle mayor ímpetu a mi intento de trato.

—Buen intento, señorita Shepard.

Y así, sin más, me dejó sola en aquel enorme recibidor frente a las escaleras que me iban a llevar al único lugar que sería mi refugio o, al menos, eso esperaba.

No lo retrasé más y subí con velocidad las escaleras detrás de aquella mujer tirando de mi maleta, en la que le había metido, prácticamente, mi armario entero. Si nos hubiéramos quedado en casa, me hubiera pegado todo el verano en bikini y una de mis camisetas más estropeadas para ir de casa a la playa y poco más, pero mi madre me había dicho que acudiríamos a cocteles y no sé qué mierdas. Todo sonaba surrealista.

El señor White se había encargado de poner una de esas pizarras en la puerta con mi nombre y un «Bienvenida» que me sonó a la recepción más falsa del mundo, pero estaba deseando meterme entrar en la habitación e ignoré que aquella mujer ya salía después de haber dejado las bolsas. La maleta acabó en uno de los rincones de la enorme habitación y yo me dejé caer sobre la cama que era el doble de grande que la mía o, incluso, más.

Tomé aire con fuerza y me di cuenta de cómo en menos de una semana mi vida había cambiado y no sabía cuál sería el siguiente camino a recorrer. Me acurruqué doblando las piernas hasta hacerme un ovillo y, cuando fui a buscar la almohada para intentar ponerme más cómoda, toqué algo blando, pero con pelo. Lo cogí y, nada más darme cuenta de lo que era, las lágrimas empezaron a rodar sin poder retenerlas.

—Drake, lo mismo si eres capaz de cambiar y volver a ser el chico que era mi amigo y me comprendía.

CAPÍTULO 6

Drake

*M*e gustaba jugar con Kansas y cualquiera que nos viera desde fuera se daría cuenta de ello, pero ella llevaba tanto tiempo odiándome y lo había llevado a un nivel tan extremo que yo disfrutaba cada vez que la hacía rabiar.

No os dejéis engañar, no me hacía ninguna gracia que mi padre estuviera liado con su madre, no porque no quisiera verlo feliz, pero me jodía que pareciera que se había olvidado de mi madre y de lo mal que lo pasamos después, cuando fuimos él y yo, aunque muchas veces sentía que no éramos dos.

Cuando dos años atrás me había dicho que había conocido a alguien, me cabreé tanto que me llevé una semana sin hablarle, tal vez por eso yo sí sabía que la que él ya llamaba novia era la madre de Kansas y lo usé en mi beneficio. Saber qué bromas me iba a hacer y cuándo. Disfrutar de verla perder una y otra vez.

Cuando mi padre se dio cuenta de que usaba la información para hacérselo pasar mal, tuvimos una charla de esas que, aunque no quieras, no puedes evitar y que en el fondo sabes que es por tu bien.

Kansas siempre me había caído bien, era una chica con la que había compartido mi infancia, pero las circunstancias hicieron que todo aquello que nos hacía reír juntos dejará de ser importante.

Ahora sé que fui un egoísta y que, aunque yo era un crío, no debería de haberle hablado así, sobre todo porque ella también me gustaba, pero qué sabía yo de esos sentimientos con solo doce años. Sabía que me gustaba que estuviera allí cuando necesitaba hablar, que era la niña que mejor entendía mis bromas y mi humor. Tal vez por eso cuando ella empezó con aquellos juegos de odiarme e intentar hacerme la vida imposible, yo me agarré a ello. A ella para seguir teniéndola a mi lado de alguna manera.

Todo lo que había el día de la fiesta era algo para lo que no me encontraba preparado. Sabía que dos días antes, Brian había decidido dejar a Kansas y, bueno, digamos que alguien se había encargado de

dejarle las cosas claras por si pretendía jugar con ella, tal vez por eso acabé sentándome en aquel corro de chicos cuando vi que ella cogía la botella. Kansas siempre ha sido una chica propensa al desastre y algo me decía que la partida acabaría con ella liada con Brian de nuevo y no me hacía gracia. Lo que no me esperaba era encontrarme a una chica tan decidida cuando fui yo el elegido. ¿La hubiera besado si hubiera sido al revés? No, no lo creo, pero no me arrepentiré nunca de haber respondido a aquel beso y después salir tras ella cuando vi a Brian enojarse de aquella manera.

No pretendía que acabáramos los dos saliendo de aquella fiesta juntos y, menos aún, que el nivel de alcohol de ella fuera tan alto. Lo que pasó aquella noche es algo que aún quiero guardar para mí, pero sí os diré que por una noche volví a sentir que tenía a aquella niña de coletas y sonrisa permanente a mi lado.

CAPÍTULO 7

Kansas

Llevaba una semana en aquella casa y lo máximo que había conseguido hacer era salir de mi habitación a la cocina por las mañanas a desayunar o salir al patio trasero. Mi madre se llevaba el día entero en el club de la urbanización con su nuevo y flamante novio y para mi suerte, en los días que llevaba en aquella pequeña mansión, no me había cruzado ni una vez con Drake.

Eso no quería decir que no estuviera en la casa, lo había escuchado andar o, más bien, arrastrar los pies por el pasillo donde se encontraba mi habitación, lo que significaba que la suya estaba cerca.

Emily, que era como se llamaba aquella mujer regordeta que seguía sin querer llamarme por mi nombre, se había convertido en una gran compañía. Me permitía comer en mi habitación o, al menos, no había puesto ninguna pega cuando el primer día me vio coger el plato de comida y abandonar la cocina. El segundo día, cuando no aparecí en el almuerzo, fue ella quien se acercó con la bandeja a mi cuarto sin decirme nada y el tercero me dedico una amplia sonrisa y aunque seguía sin querer llamarme por mi nombre, sí que me había permitido llamarla por el suyo; yo seguía siendo la señorita Shepard, pero la manera en la que me guiñaba el ojo y me sonreía me hacía saber que le había caído bien.

Un ruido fuerte me sacó de mis pensamientos y del análisis de aquella primera semana, en la cual aún no había tenido noticias de ese supuesto trabajo que iba a realizar durante mi estancia en la zona pija de la ciudad. Me acerqué a la ventana para saber de dónde provenía aquel ruido y me llevé una sorpresa. En la entrada de la casa había un coche que no había visto nunca: ni era el de mi madre, ni el de Jack y, mucho menos, el de Drake, pero era este último el que estaba recogiendo algo que se le había caído suelo al sacarlo del maletero.

—Vamos, tío, no me seas torpe, vas a cargártelo y encima me voy a llevar la bronca.

Alguien hablaba desde el porche, pero, desde donde yo estaba, no

podía ver la cara y saber quién era. Drake le dedicó uno de esos insultos que regalaba con tanta facilidad y recogió el paquete para reunirse con el otro chico en la entrada de la casa. Sin poder evitarlo, corrí a toda velocidad hasta la puerta de mi habitación. La abrí lo justo para poder seguir escuchando las voces y saber que estaban haciendo aquellos dos.

Los escuché entrar en la casa, trastear en el piso bajo y protestar el uno con el otro sobre donde deberían de dejar la caja y no sé qué cosas más, hasta que escuché que subían las escaleras.

Otra persona en su sano juicio hubiera cerrado la puerta y se hubiera quedado en el interior de la habitación, sabía que si me encontraba con Drake en aquellos momentos, era como volver a guardar la bandera blanca que nos había dado esa tregua de no discusiones durante siete días, pero la curiosidad me podía por lo que, nada más que los escuché cerca de mi puerta, no me lo pensé dos veces y abrí hasta colocarme frente a ellos sin ni siquiera pensar en lo que estaba haciendo.

—¿A dónde vas, White? —solté sin apartar los ojos de aquel chico alto, moreno y con unos impresionantes ojos castaños que se había quedado parado delante de mí mirándome de arriba abajo.

—Yo voy a mi habitación —respondió —, pero si tú pretendes ir así a la piscina, me lo pensaría dos veces antes de bajar con ese bikini.

Al momento me di cuenta de a qué se refería y no hizo falta que me mirara para darme cuenta de que había salido de mi habitación con mi sujetador deportivo y unas braguitas que dejaban poco a la imaginación, pero no iba a permitir que me dejara en ridículo en aquel momento, así que, en vez de permitir que el color rojo tiñera mis mejillas, enderecé la espalda, ignoré ir en ropa interior y dibujé la mayor de mis sonrisas sin apartar la mirada del amigo de Drake, ignorando su comentario, aunque, realmente, deseaba esconderme en mi habitación debajo de las sabanas.

—Ya ves, según tu padre estoy en mi casa, así que no tengo nada que esconder. —Di un par de pasos hacia la escalera—. Ahora que lo has visto todo, voy a ir a la piscina, ¿si quieres pasarte

Le guiñé un ojo a su amigo a modo de invitación, y él estuvo a punto de responder, pero Drake fue mucho más rápido dejándole con la palabra en la boca.

—Tenemos muchas cosas que hacer como para estar pendientes de ti —protestó.

—Podríamos hacer una excepción.

No me hizo falta mirar a su amigo, me pareció que, incluso, lo escuchaba salivar mientras decía aquellas palabras, pero el bufido y el sonido de cabreo de Drake hizo que no añadiera nada más.

Bajé las escaleras meneando las caderas mucho más de lo que

estaba acostumbrada hasta que supe que ya no podían verme y entre a toda velocidad en la cocina encontrándome de bruces con Emily que me miró sin ocultar su sorpresa.

—Por favor, no me mires así —dije tapándome como podía tras la barra de la cocina.

Escuché como se aguantaba una carcajada y sacaba de una cesta una de mis camisetas y unos pantalones que usaba para hacer yoga por las mañanas después de desayunar.

—Gracias —dije mientras me pasaba la camiseta por la cabeza para ocultar el sujetador deportivo.

—No se preocupe, señorita Shepard. Conozco al señor Drake desde que nació y en esta semana me he dado cuenta de la actitud que tienen el uno con el otro. —Se dio la vuelta y siguió con sus tareas, ignorando que me estuviera vistiendo en medio de la cocina.

—No tendrás uno de mis bikinis…

—En la caseta de la piscina tiene algunos, señorita, si se da prisa se podrá cambiar antes de que bajen los chicos, pero, recuerde: si se cambia de ropa, acabará dándoles la razón.

Y cuando terminó de decir aquellas palabras abandonó la cocina dejándome con mis pensamientos y con cual debía de ser mi siguiente paso.

Sí, tenía claro que no debía dejar que Drake se saliera con la suya, por lo que volví a quitarme la camiseta que me había pasado Emily, la dejé sobre la barra de la cocina y salí a la parte trasera de la casa donde estaba la piscina rodeada de arbustos, de esa manera daba la intimidad necesaria entre vecinos.

No le di muchas vueltas a aquella decisión y, menos, cuando al salir al patio escuché como los dos amigos hablaban en el balcón de la habitación. Supe que me vieron en el momento en el que se hizo el silencio, aquel era mi momento de sacar de sus casillas a Drake, así que tomé la gomilla que tenía en mi muñeca, me recogí el pelo en un moño desenfadado y me giré en su dirección:

—Mi hermano es un seco de cojones —me dolió usar aquella palabra que tanto odiaba, pero donde las daban, las tomaban—, pero seguro que te apetece darte un baño conmigo.

Noté como Drake se enderezaba y miraba a su amigo por el rabillo del ojo y como se ponía nervioso. Volvía a tener la pelota sobre su tejado y yo a tener el marcador a mi favor.

—Por cierto, tú si puedes llamarme Kansas.

Me di la vuelta ignorándolos a ambos y, lanzándome de un salto a la piscina, me sentí ganadora al menos por un rato.

No sabía qué tiempo había pasado desde que me había metido en el agua. Cinco, diez minutos, tal vez más, hasta que escuché como alguien o algo caía al agua y al momento algo me tiraba del pie

sumergiéndome bajo ella.

Cuando al fin salí a la superficie, lo primero que vi fueron sus ojos azules y como un segundo después su boca estaba sobre la mía.

¿Qué demonios estaba pasando? ¿Por qué me estaba besando? Y lo peor de todo, ¿por qué se lo estaba devolviendo?

CAPÍTULO 8

12 años

Drake

Escuché a mi madre en uno de sus paseos nocturnos, me quedé pegado a la puerta de mi habitación hasta que se alejó y supe que se había metido en la suya. Caminé en silencio, intentando imitar a uno de mis personajes preferidos de la televisión, pegándome a la pared y esperando que mis pies descalzos, cubiertos por unos calcetines de Iron Man, amortiguaran los pasos hasta llegar a la puerta del dormitorio que ocupaban mis padres. La puerta no estaba cerrada y un hilo de luz se filtraba a través de ella. Pude ver a mi padre sentado al borde de la cama dándome la espalda y como mi madre se sentaba a su lado para que él le pasara el brazo por los hombros y ella se acomodara. Mi padre no era una persona que demostrara fácilmente sus sentimientos, pero con mamá y conmigo nunca había tenido aquel problema. Él nos quería.

—Cariño, tenemos que ir al médico. No puedes saltarte de nuevo otra cita —la voz de mi padre era mucho más grave de la que solía estar acostumbrado a escuchar.

—Jack, no hay nada que podamos hacer…

En ese momento me resbalé y estuve a punto de golpearme con la puerta. Supe que mis padres habían escuchado el ruido, así que corrí todo lo que pude intentando, de nuevo, hacer el mínimo ruido hasta mi habitación. Cerré la puerta con cuidado cuando conseguí meterme en el interior y salté en la cama hasta quedarme enterrado bajo las sabanas intentando contener la respiración acelerada que me delataría si mamá o papá entraban para comprobar si seguía dormido. No sé el tiempo que paso. No escuchaba ningún ruido a mi alrededor. Me destapé con cuidado y, al mirar hacia la puerta, vi la silueta de mi madre. Podría diferenciarla entre un millón de personas. Era tan bonita.

—Cariño, tienes que descansar. No puedes estar jugando a estas horas.

—Lo siento, mamá. No podía dormir y te he escuchado en el pasillo —preferí contarles una verdad a medias.

—Descansa, cariño. Vas a necesitar muchas fuerzas.

En aquel momento no supe lo que significaba y ojalá nunca hubiera tenido que hacerlo.

Las siguientes semanas fueron extrañas. Papá y mamá pasaban demasiado tiempo en su habitación, un lugar que, de repente, se había convertido en una zona prohibida.

Mi padre cada día parecía más agotado. Como si cargara con el peso del mundo entero sobre su espalda. Mamá apenas salía de aquella habitación y las pocas veces que la veía era cuando venía a mi cama a darme un beso de buenas noches envuelta en su bata de casa y con un extraño turbante sobre la cabeza. Seguía siendo hermosa. La mujer más guapa de todas las que había conocido jamás, pero algo se estaba apagando en su mirada y sentía que su tristeza ya no le dibujaba aquella maravillosa sonrisa llena de hoyuelos.

Cada día mi padre se encargaba de despertarme antes de trabajar. Emily, la mujer que ayudaba en casa, me tenía el desayuno preparado en la cocina y me recibía con una enorme sonrisa en la cara.

—¿Mamá no va a bajar a desayunar? —preguntaba cómo cada mañana desde ya no sabía cuándo.

—No, pequeño. Esta mañana necesita descansar un poco más. Sé un buen chico y haz caso a lo que te dice tu padre. Desayuna y sal a esperar el autobús para ir a clase.

No sé cuánto tiempo pasó desde la primera vez que había notado que las cosas en casa ya no eran felices. No recordaba la última vez que no disfrutábamos de una noche en el sofá los tres juntos con un bol lleno de palomitas. Mi padre cada vez estaba más serio, más triste, y mamá apenas pasaba ya a darme las buenas noches. Yo no quería ser un chico de esos que sus padres deciden separarse y por ello había resuelto que esa noche, aunque me dijeran que no podía estar allí, entraría en la habitación de mis padres y les pediría que no lo hicieran. Que no se separaran y que, si era mi culpa, me dijeran que era lo que tenía que hacer para ponerle remedio.

Al igual que las últimas noches, mi madre no apareció en mi puerta y esperé a escuchar los pasos de mi padre descender las escaleras para escabullirme de mi habitación y meterme en la de ellos. Al llegar a su puerta y abrir con cuidado, me encontré a mi madre tumbada en la cama dando la espalda a la entrada, pero su rostro se reflejaba en el espejo que ocupaba parte de la habitación. Sus ojos estaban casi hundidos y rodeados de una intensa oscuridad. Un gemido escapó de mis labios y mi madre se dio cuenta de que estaba

allí. Me iba a dar la vuelta cuando ella me habló.

—No te vayas, cariño. Entra. Ya es hora de que sepas lo que está pasando.

Caminé hasta llegar a los pies de la cama sintiendo que estaba invadiendo su intimidad. La mujer que veía tumbada en la cama ya no parecía mi madre. Dio unos golpecitos en el colchón para que me tumbara a su lado y lo hice con miedo de hacerle daño. Parecía tan débil que temía lastimarla.

—¿Qué te pasa, mamá? —pregunté ignorando todo lo que estaba a punto de saber.

—Mamá está enferma y pronto tendrá que partir. Ya estás hecho todo un hombrecito y, aunque tu padre crea que no estás preparado, sé que lo harás bien. Ambos lo haréis y cuidaréis el uno del otro. —Tosió con fuerza y se llevó un pañuelo a la boca. Al separarlo vi que sus labios estaban manchados de un líquido rojo.

—¿Volverás? —dije con miedo.

—No, cariño. Mi cuerpo ya no resiste más, pero eso no significa que no esté más con vosotros. Tienes que quedarte con todo lo bueno que hemos tenido y disfrutar de todo lo que está por llegar.

Puso una mano sobre mi cabeza y me dio un beso en la frente. Dejé que me rodeara con sus brazos. No, ya no era un niño que no entendiera lo que estaba pasando a mi alrededor y, aunque mi madre no lo dijo con palabras, sabía que se estaba muriendo y entre ella y mi padre habían intentado que todo lo que pasaba no me hiciera daño. Aquella noche fue la última que dormí a su lado, pero desperté en mi cama.

Mi padre empezó a estar más tiempo en casa y mamá no quería que la viera apagarse, así que cada día me pedían que saliera al parque a jugar con mis amigos.

Kansas, una de las chicas que vivía en nuestra manzana, había nacido un día después que yo y nuestras madres se conocieron en el hospital. Ella había estado siempre a mi lado, pero, después de conocer la noticia de lo que le estaba pasando a mi madre, empecé a distanciarme de ella. De todas las personas que siempre habían significado algo en mi vida porque no quería perder a nadie más. Ella siempre intentaba hablar conmigo hasta aquella tarde en la que supe que debía poner distancia definitivamente.

—Drake, sé que te duele lo que le está pasando a tu mamá, puedes hablar conmigo. Sabes que eres mi mejor amigo y que… —Cerró los ojos con fuerza y al abrirlos dijo las palabras tan rápido que podían haber sido una sola—: *Megustasmucho*.

—No me seas babosa, Kansas. Mi madre se muere y tú me dices que te gusto. Eso no es de amigos —no podía decirme aquello cuando días antes le había contado lo de mi madre—. Un amigo está para

apoyar, no para dar más problemas.

—Pero yo soy tu amiga, solo quiero…

—¡No! —grité y di un paso atrás poniendo distancia entre ambos —. No significas nada en mi vida. Shepard, desaparece de mi vista.

Aquel fue el día en que puse distancia entre ambos y en el que comenzó nuestra historia.

CAPÍTULO 9

16 años

Kansas

Su boca devoraba la mía sin dejarme apenas espacio para respirar, pero, desde que había empezado a besarme, yo no había puesto distancia entre ambos y sabía que aquello era totalmente perjudicial para mí, así que, sacando fuerzas de donde parecía que se habían evaporado, conseguí zafarme de él.

Cuando conseguí poner distancia entre ambos, al principio me pareció ver decepción en su mirada, como si de verdad le hubiese dolido que terminara con aquel beso, pero solo fue una milésima de segundo. Al momento, se dio la vuelta y se acercó al bordillo de la piscina saliendo de esta y dejándome contemplar el ancho de su espalda y como las gotas de agua le recorrían cada músculo.

¿En qué momento Drake había cambiado tanto?

—Hermanita, si sigues mirándome así acabaré pensando que has disfrutado con el beso —dijo mientras tomaba una toalla que había sobre las tumbonas que rodeaban la piscina.

—Tal vez soy yo la que te gusta a ti, hermanito —respondí cabreada por haberme dejado besar de aquella manera –. Te recuerdo que has sido tú quien lo ha empezado esta vez.

Se volvió a acercar al borde de la piscina donde estaba yo. Me miró de arriba abajo y, al recordar que estaba bañándome con ropa interior, me sentí completamente desnuda, pero no iba a dejar que se saliera con la suya, no después de aquel beso.

—¿Dónde está tu amigo? —el cambio en la conversación lo cogió desprevenido —, ¿tienes miedo a la competencia?

Y tal como aquellas palabras terminaron de salir de mi boca, Drake tiró la toalla a mi lado y se dio la vuelta balbuceando algo que no entendí. Una cosa sí que tenía clara, aquella batalla la había ganado yo, pero sabía que, cuando menos me lo esperara, me pagaría con la

misma moneda.

Aquella tarde no dejé de darle vueltas a lo que había pasado, sobre todo, porque desde el momento en el que Drake abandonó la piscina, también se fue de casa y aunque yo nunca comía con los demás en el salón o la cocina, siempre lo escuchaba con Emily riéndose. Ese día no había vuelto, así que decidí salir de mi encierro autoimpuesto y bajé para disfrutar de la casa para mí sola.

—Hola señorita —me saludó Emily nada más entrar en la cocina cargada con la bandeja de mi almuerzo —. Ahora iba a ir a por ella, no se tenía que haber molestado.

—No es ninguna molestia, además había pensado que podíamos tomarnos un café juntas.

Se le iluminó la cara y, después de dejar las cosas de mi almuerzo en el lavavajillas, empezó a moverse por la cocina. En mi vida había visto a nadie poner una cafetera, sacar pasteles y preparar una mesa con tanta rapidez.

—Vamos, señorita —dijo mientras me acercaba uno de los taburetes para que tomara asiento junto a todo lo que había preparado en tan poco tiempo.

—Emily —protesté —, le he dicho que me gustaría tomármelo con usted, así que, si no se sienta conmigo, volveré a mi habitación.

Suspiró con pesar, como si al hacer aquello, pararse a tomarse un café en horas de trabajo, fuera saltarse mil y una norma. Aún así, lo hizo y de nuevo volví a ver aquel brillo en sus ojos.

—Drake no ha vuelto —no se lo pregunté, pero esperaba que entendiera la pregunta implícita en aquella frase.

—Es un chico… —se quedó pensando en cuál era el adjetivo a usar, a mí se me ocurrieron unos pocos —, complicado.

Me quedé mirándola, se había quedado abstraída, mirando al infinito, y no quise molestarla. Daba la sensación de que estaba recordando algo que dolía. Llegué a esa conclusión en el momento en el que se pasó la mano por los ojos y se levantó dándome la espalda.

—Tengo que seguir con mis tareas…

Y salió de la cocina dejándome con muchas preguntas sin contestar. Si antes pensaba que a Drake le había pasado algo desde que falleció su madre, ahora tenía claro de que eso que había pasado convirtió su vida en dolorosa y, como había dicho Emily, complicada.

CAPÍTULO 10

Kansas

*A*quel día Drake no apareció por su casa hasta bien entrada la madrugada. Creo que toda la calle le escuchó llegar y no solo por lo alta que traía la música en el coche, sino porque al entrar en la zona de delante de la casa, donde tanto él como su padre dejaban sus vehículos, lo hizo subiéndose encima de la zona ajardinada llevándose por delante los parterres de azaleas que había visto cuidar cada mañana a Emily. Pero no solo hizo que supiera que había llegado tarde, fue el portazo que dio al entrar en la casa o cómo iba golpeando el suelo con fuerza con cada paso que daba.

Hubo una cosa más, que hizo que abriera los ojos como platos y agarrara la sábana de mi cama con fuerza cubriéndome con ella. Drake gritaba mientras subía las escaleras, pero no gritaba cualquier cosa, era mi nombre el que salía de su boca una y otra vez hasta que llegó frente a mi puerta y los golpes de sus puños contra esta aceleraron mi pulso. ¿Qué le pasaba?, ¿había bebido? Tenía suerte de que nuestros padres no estuvieran, pero, aún así, Emily dormía en la pequeña casita que había junto a la piscina y estaba segura de que había escuchado todo el jaleo. Decidí tomar las riendas de la situación y, obviando la ropa que llevaba puesta para dormir, me acerqué a la puerta de mi habitación y antes de que diera el siguiente golpe la abrí y tiré de él hasta meterlo en el interior.

—¿Se puede saber qué demonios te pasa? —susurré ya que no quería llamar más la atención.

Lo miré a los ojos desafiándolo. Vi algo en ellos que hizo que diera un paso atrás poniendo distancia entre ambos. No, no sentí miedo; Drake no era un chico al que tenérselo, pero vi que pasara lo que le pasara conmigo, le había hecho daño de verdad. Entonces sentí un gran vacío, mayor que el que sentí cuando mi padre nos abandonó a mi madre y a mí.

—Tú eres lo que me pasa —él seguía levantando la voz mientras yo me había quedado sin ella —. Mi vida era tranquila hasta que tú

apareciste en ella. Acepto que mi padre tenga que rehacer su vida, incluso, hasta que sea con tu madre y tú vengas dentro del paquete.

Se dio la vuelta pasando los dedos por su pelo ya revuelto y susurrando palabras que apenas pude entender. Realmente se le veía dolido. No sabía que había hecho yo para que se sintiera así, pero estaba segura de que algo había cambiado y yo era la responsable.

—Drake…

Intenté decir algo, poder ponerle una solución a toda aquella situación, pero no me lo iba a poner fácil.

—No, ahora no, Kansas —dijo girándose hacia mí y devolviéndome la mirada directa a los ojos —, solo necesito que el tiempo que estés aquí no te cruces en mi camino. Haz tu vida y olvídate de que me conoces.

No me dio tiempo a decir nada, no solo porque las palabras se atascaran en mi garganta, sino porque, tal como terminó de decir aquello, salió de mi habitación cerrando detrás de él con un sonoro portazo.

No soy mucho de llorar, pero aquella noche no pude dejar de hacerlo, de sentir como las lágrimas rodaban por mi rostro haciéndose cada vez más intensas y sin poder controlarlas. Aquella noche, algo se rompió en mi interior por la sensación de pérdida.

Intuía que, aunque habíamos dejado de ser amigos mucho tiempo atrás, seguía sintiendo, fuera de nuestras broncas, de las putadas que nos hacíamos el uno al otro, que aún me apreciaba, pero, tras sus palabras, todo eso se desvaneció y me di cuenta de que yo había dejado de ser algo en su vida.

No dormí aquella noche, podía haber decidido quedarme en mi habitación encerrada como los últimos días, pero necesitaba respirar, buscar una solución, encontrar un trabajo para conseguir algo de independencia y pasar el mayor tiempo posible fuera de aquellas cuatro paredes. Mi madre me dijo que Jack me ayudaría en aquella búsqueda, así que era el día para abordar el tema.

Emily me miró nada más entrar en la cocina, sentí compasión en su mirada. Seguramente, había escuchado toda la discusión, pero no dijo nada. Me sonrió y puso una taza humeante de café junto a unas magdalenas que se notaban que eran caseras.

—¿Sabes dónde está mi madre? —pregunté mientras soplaba el vapor que desprendía la bebida.

—Está en la terraza hablando por teléfono. Llegaron esta mañana temprano. —Su sonrisa se apagó y al momento supe que Drake tenía que ver con aquella llamada.

Cogí una magdalena y la taza para salir en busca de mi madre. Lo primero que escuché fue su voz aguda y chillona, la que ponía cuando estaba cabreada. Hizo que me parara en seco. No era mi intención

escuchar lo que decía, pero interrumpirla en aquel momento iba a ser peor.

—Nada más colgar le haré un cheque para cubrir los destrozos —vociferó a la persona al otro lado de la línea —, pero usted fue el que le permitió entrar en su local. Si quisiera, el señor White podría cerrarle el club y hundirle, así que, como esto llegue a oídos de alguien, se tendrá que atener a las consecuencias.

Apretó con fuerza el teléfono y estuve a punto de darme la vuelta para dejar la conversación para otro momento, pero mi madre se giró y me vio allí. Me recompuse lo mejor que pude e hice como si no hubiera escuchado nada, así que puse la mejor de mis sonrisas y me acerqué hasta ella.

—Hola mamá. —Le di un beso en la mejilla y esperé a que ella me lo devolviera —. Perdona si te pillo en mal momento, solo quería saber si habías hablado con el señor White y mi posibilidad de trabajar en algún lado.

Se quedó pensativa y supe que una maravillosa idea le había cruzado por la mente. Siempre le pasaba igual. Los ojos le brillaban y la boca se le torcía de una manera muy simpática, hacia el lado derecho, haciendo que se le marcara una pequeña arruga que podía pasar por hoyuelo.

—Llámalo Jack, Kans. Te puedo asegurar que ese asunto ya está más que resuelto. —Miró la pantalla de su móvil y después volvió a mirarme a mí —. Vamos, sube a cambiarte de ropa ahora que has salido de tu cuarto al fin. Vamos a ir de compras.

Si alguien conocía bien a mi madre, era yo y tenía claro que aquello que estaba rondándole en la cabeza no me iba a hacer mucha gracia.

A partir de aquel momento todo lo que no quería que pasara, iba a ocurrir.

CAPÍTULO 11

Kansas

*H*ice caso a mi madre y fui a cambiarme de ropa. Tal vez, una tarde juntas nos serviría para ponernos al día, para intentar aclarar muchas cosas y, sobre todo, sin parecer deseosa de saber qué era lo que había pasado la noche anterior, enterarme de algo más y no solo de las duras palabras que me dedicó.

Me sorprendió al salir de casa que el coche de mi madre estuviera aparcado frente a esta y que ella me esperara apoyada sobre la puerta del copiloto con esa pose desenfadada que le quitaba años de encima. Estaba más que segura de que esa era una de las cualidades que habían hecho que Jack se fijara en ella, porque, realmente, eran de mundos diferentes. Igual que Drake y yo.

No es que a mi madre y a mí nos fuera mal, ni mucho menos. Mi madre tenía un buen trabajo en una de las mayores y más importantes empresas bancarias de la ciudad y mi padre, ese hijo de puta que decidió que crear una familia nueva en vez de cuidar la que ya tenía, por lo menos se preocupaba de que todos los meses el dinero de la manutención acabara en mi cuenta y, después de tantos años, seguía ahí guardado, esperando para ser mi fondo para la universidad o que se me ocurriera algo en lo que gastarlo, ya que mi madre había dejado claro que el dinero era mío y podría hacer uso de él cuándo cumpliera la mayoría de edad, pero mientras no nos hiciera falta, allí se quedaría.

Mi madre me enseñó las llaves del coche y casi no me dio tiempo a reaccionar cuando me las lanzó y tuve que atraparlas al vuelo.

—Vamos, conduce tú, Kansas. Debes aprender el camino a tu nuevo trabajo.

—¿Cómo? —La miré con los ojos abiertos como platos y pensando que era lo que había cambiado en tan poco tiempo.

—Móntate en el coche y te guiaré, creo que te va a gustar donde vas a pasar el verano. —Se montó en el coche ignorando que yo aún estaba sorprendida.

Dejé que me guiara durante lo que me pareció una eternidad, aunque solo fueron poco más de diez minutos. Mi madre siempre se ponía un poco histérica cuando se montaba en el coche y más si ella no era la que conducía. Así que, simplemente, me llené de paciencia y seguí sus indicaciones hasta la entrada del club de la urbanización.

Todo aquello era majestuoso, rezumaba alto nivel. Que mi madre estuviera con Jack me hacía ver que mi vida estaba cambiando.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunté mientras nos bajábamos del coche para que un chico con uniforme azul se encargara de llevárselo a la zona de aparcamientos.

—Digamos que el señor Simmons, el gerente del club, nos debe algún que otro favor y ahora trabajas aquí.

Mi madre seguía siendo esa mujer de aspecto joven que hacía girar la cabeza de los hombres, incluso mujeres, que pasaban por su lado, pero desde que había empezado la relación con el padre de Drake, su porte se había vuelto mucho más elegante, su ropa más seria, pero yo sabía que seguía siendo la misma.

—¿Y qué se supone que voy a hacer aquí?

No me respondió, simplemente, me dedicó su característica sonrisa y enlazó su brazo al mío para entrar en el edificio.

Saludó a varias personas y vi como todo el mundo se lo devolvía. Al parecer, ya había hecho contactos con esta nueva sociedad. No es que antes no los tuviera, pero, desde la separación de mis padres, mi madre se había apartado de todas estas personas y sus habladurías. Todo se volvió cotilleos y era algo de lo que siempre había huido, por lo que no entendía como le era tan fácil entrar de nuevo en un mundo del que salió sintiéndose libre, feliz y, sobre todo, una mujer nueva.

La seguí durante el camino hasta los jardines traseros. Miré mi atuendo, el que llevaba mi madre y el del resto de las personas que había allí. Yo desentonaba. Recuerdo como siempre mi madre me compraba esos vestidos pomposos, me hacia esos recogidos imposibles en el pelo y, cinco minutos después de estar en casa de alguno de los socios de mi padre, acababa sucia hasta las cejas y con el pelo enmarañado. Esa era la sensación que bullía en mi cuerpo al verme en medio de todo este mundo, que estaba igual de desaliñada y todo el mundo me observaba.

—Kansas, déjame que te presente al señor Simmons —comentó mi madre sacándome de mis pensamientos.

El hombre era bajito, regordete, pero con una gran mata de pelo oscuro sobre su cabeza. Observando los rasgos de su cara y el color tan intenso y brillante en su cabeza, te dejaba claro o que había usado algún tinte o, lo que me parecía de verdad, que llevaba un peluquín con aspecto de mofeta muerta, por lo que cuando me tendió la mano tuve que mirar a otro lado para evitar la carcajada que bullía en mi

garganta.

—Es un placer conocerte, señorita Shepard. Su hermano ya está esperándonos para explicarles cuáles serán sus funciones mientras trabajan en el club.

Tal como las palabras salieron de su boca y se giró para andar hacia donde nos estaban esperando, dirigí la mirada hacía una de las mesas del fondo y vi a Drake de pie mirándome fijamente; juraría que estaba tan sorprendido como yo de saber que ese verano se había vuelto más insoportable que hacía tan solo unas horas.

Si esperaba que el trabajo me diera una cierta libertad e independencia, iba a tener hacerlo sentada porque no podía decirle a mi madre que no después de haber sido la condición para ir con ella a aquellas vacaciones.

—Cariño, acompaña al señor Simmons yo aprovecharé para hablar con alguno de los vecinos.

Y así, como si nada pasara a mi alrededor, mi madre me dejó al alcance de las fauces del lobo feroz.

CAPÍTULO 12

Drake

Aquello tenía que ser una puta broma. Sabía que yo era un jodido cabrón, pero no tanto como para que el karma me pagara mis fechorías de aquella manera. Allí estaba ella, tan sencilla, tan natural que no le importaba estar en un sitio elegante vestida con unos vaqueros que marcaban su figura, aquella camiseta que, seguramente, se había lavado más de lo normal y, sin embargo, destacaba por encima de todos de una manera deslumbrante.

Jodida Kansas.

—Señor White, creo que conoce de sobra a la señorita Shepard —comentó el encargado del club al llegar hasta donde estaba.

Sabía que esperaba que me levantara de mi silla para entablar conversación, pero, después de los pensamientos que habían recorrido mi mente estancándose en un punto clave de mi anatomía, no era lo más conveniente, así que hice lo único que me podría salvar de aquello.

—Claro, es mi nueva hermana —respondí con sorna —, pero siéntese y tomémonos algo mientras hablamos de negocios.

Abrió los ojos como platos, hasta donde yo sabía, aunque la noche anterior hubiera realizado destrozos valorados en unos cuantos cientos de dólares, el fallo que había tenido uno de sus camareros le saldría mucho más caros si salía a la luz, por lo que era yo quien tenía el poder en aquellos momentos.

—Hermanita, siéntate a mi lado —le indiqué a Kansas para cubrir mi incomodidad.

Lo hizo no sin antes dedicarme una mirada que podría haber derretido el polo norte, pero me encantó notar como se estremeció al sentarse a mi lado y yo pasar el brazo por encima de sus hombros acortando así la distancia entre ambos.

—Veo que os lleváis bien, eso vendrá genial para el trabajo que vais a realizar.

—Bueno… —Kansas intentó hablar, pero fui más rápido y la

interrumpí.

—La verdad es que nos llevamos genial. Es lo bueno de conocerse desde pequeño y ser buenos amigos.

El señor Simmons empezó a relatarnos cuál sería nuestro trabajo en el club; básicamente, seríamos los encargados de comprobar que todos los trabajadores del club estuvieran en su puesto de trabajo. Seríamos los chivatos, por así decirlo, pero él no usó esa palabra. Se excusó en que no podía dar un trabajo donde se ensuciaran las manos a los hijos de uno de los mejores socios del club.

Aquello era lo más absurdo del mundo, pero si por estar dando vueltas por el club, hacer lo que me diera la gana y encima librarme de una bronca de mi padre iba a cobrar un sueldo, no iba a rechazarlo, aunque eso significara que coincidiría con Kansas más de lo que deseaba.

—¿Se puede saber qué demonios haces? —gritó Kansas nada cuando encargado se despidió de nosotros y abandonó el salón.

—Salvarte el culo, hermanita. No me mires así. Por si no te has dado cuenta, no encajas con este lugar. Si yo no hubiera hablado ahora mismo, serías la encargada de fregar los suelos de los baños o algo peor.

—Métete en tus putos asuntos White. Tal vez estaría más cómoda fregando que contigo.

—Me encantas cuanto te cabreas — y aquello lo dije de corazón.

Me encantaba cuando se enfurruñaba, me encantaba esa arruguita que se le marcaba entre las cejas o como sus mejillas se teñían de un rojo intenso, pero, de la misma manera, odiaba que se mosqueara porque cuando lo hacía, yo bajaba la guardia.

Aquella vez me lo puso fácil, no sé si fue porque yo aún seguía con el brazo sobre sus hombros y había tomado un mechón de su pelo entre mis dedos y ella se quedó mirándome los labios demasiado tiempo, pero se levantó malhumorada y se dio la vuelta sin dirigirme la palabra dejándome ver cómo contoneaba las caderas al salir por la puerta por la que, momentos antes, lo había hecho el encargado.

Cómo me encantaba y cómo odiaba a aquella chica por partes iguales.

Salí de la zona de restauración sabiendo a donde dirigirme, ahora que iba a trabajar allí sería mucho más cómodo moverme por las instalaciones sin tener que pensar una excusa por si alguien me preguntaba qué hacía allí.

Aquel club era enorme. Tenía varios salones y restaurantes, además de salas de té y cine y muchas zonas al aire libre. Enormes jardines por los que pasear, un espacio infantil con infinidad de atracciones donde los padres dejaban a sus hijos y podían ser libres sin preocupaciones. Un campo de golf que servía más para transacciones

de negocios que para colar la bola en los hoyos. Pistas de tenis, pádel. Todo lo que te podías imaginar y mucho más. Aunque había un sitio que era el que realmente me gustaba y disfrutaba, y era donde me dirigía en aquellos momentos.

Llegué a la zona donde podías coger uno de esos cochecitos que se usaban para moverte por el campo de golf. Conduje a través del verde césped saludando a las personas que estaban por allí hasta que al fondo vi las caballerizas. Sí, en aquel sitio había gente con demasiado dinero y mucho tiempo libre y podía tener caballos para que se los cuidaran otras personas.

No era el sitio principal, era el sitio donde se movía toda la suciedad dentro del prestigioso club. Si alguien pedía montar a su caballo o verlo, se trasladaba a unas pequeñas caballerizas más cercanas. Allí no olía lo que se decía, bien, pero, cuando llevabas un tiempo, se hacía más soportable.

Dejé el carrito en la parte trasera donde pasaba desapercibido a miradas curiosas. Llamé a la puerta de la pequeña casita de empleados que había. Allí estaba Mike con su cuerpo corpulento, su piel morena y una barba bastante poblada pero bien cuidada. Era unos años mayor que yo, pero aquello no fue impedimento para que nos hiciéramos amigos.

—Tío, tengo entendido que ayer la liaste —dijo nada más dejarse caer en el raído sofá que ocupaba casi la mitad de la estancia mientras me hacía un gesto con la mano para que yo lo hiciera a su lado.

—Nada que papá no pueda solucionar, además, esta vez he salido ganando. —Se quedó mirándome, esperando una respuesta más completa —. Estás viendo a uno de los nuevos integrantes de la plantilla del club.

—No te quedes conmigo, no te veo ensuciándote las manos, Drake. ¿Qué es lo que vas a hacer tu en un sitio como este?

Miré a mi alrededor y la verdad es que no me hubiera importado que me mandaran a limpiar mierda de caballo, todo lo que fuera para salir de aquella estúpida realidad en la que vivía…, además, de esa manera seguro que no pasaría tanto tiempo con Kansas.

—Supuestamente he de manchármelas de otra manera. Soy el nuevo chivato del club. —Me miró sorprendido —. Pero tranquilo, tu secreto está a salvo conmigo. No voy a hacer más de lo que ya hacía cada vez que vengo al club. Cada uno de los empleados está seguro conmigo, pero no sé si lo estará con Kansas.

—Esa no es…

—Sí, la hija de la novia de mi padre.

—Vaya, ¿ahora la llamas así? —dijo con sorna —. Anoche creo que la llamabas bomboncito…

No le dejé terminar la frase. Golpeé con fuerza su hombro y miré a

la mesa donde estaba sobre el cenicero lo que había ido a buscar. Agarré aquel cigarrillo de maría y me lo llevé a los labios una vez que le prendí fuego para avivar su calidez. Dejé que el humo impregnara mis pulmones y que los llenara en toda su capacidad. Después del día de ayer y de la sorpresa del día anterior, necesitaba relajarme al máximo. Escuché como Mike se reía y estaba seguro de que lo hacía de mí, pero ya había aprendido que no merecía la pena entrar en discusiones con él porque tenía claro que yo llevaba las de perder.

—Drake, nunca me he metido en tu vida ni lo voy a hacer ahora, creo que el que te vengas aquí, te fumes unos pitillos conmigo y despotriques de tu padre, su novia y tu nueva hermana no va a mejorar tu humor. —Le dediqué una mirada de ira—. Puedes venir cada vez que quieras, pero creo que hay cosas que deberías resolver primero.

Necesitaba aclarar mis ideas y, sobre todo, mis hormonas. Necesitaba sacar a aquella maldita chica de mi cabeza. Mike tenía razón, aunque no tenía por qué decírselo.

CAPÍTULO 13

Kansas

*E*ra un idiota con letras mayúsculas. Drake realmente se había propuesto hacerme la vida imposible y lo estaba consiguiendo.

Aguanté el tipo como pude en la reunión con el señor Simmons. Estaba segura que el puesto que nos había asignado había sido creado específicamente para nosotros. ¿Lo que más me jodía de todo aquello?, que no podía quejarme. El señor White y mi madre habían cumplido su parte del trato buscándome un trabajo para las vacaciones de verano, solo que no sabían que las consecuencias de aquello fueran a ser tan negativas para mí.

Aguantar a Drake siempre había sido un problema que, gracias a las clases, eran pocas las que compartíamos, y que nuestro círculo de amigos era distinto, era más llevadero, pero aquel verano iba de mal en peor.

Drake se había convertido en un chico atractivo, las chicas del instituto estaban locas por él, yo lo estuve, pero en pasado. De eso había pasado mucho tiempo. A los doce años le dije que me gustaba, pero aquello no contaba. Con doce empecé a verlo con otros ojos y hace un año algo hizo clic en mí y empecé a ver un chico distinto. Puede que aquello hiciera que lo odiara más. Ver como él había cambiado, no solo físicamente, había conseguido que mi odio aumentara más aún.

Al llegar a la sala donde me había despedido de mi madre, la busqué por todos lados sin dar con ella. Me acerqué a la barra, donde un chico alto, rubio y que tenía pinta de pasarse más horas de las recomendadas trabajando, hablaba con otro de piel morena y barba que llamaba bastante la atención.

Caminé de manera disimulada hacia ambos. Se habían percatado de mi presencia y habían dejado de darse información de uno al otro para mirarme fijamente.

En otro momento de mi vida, seguramente, me hubiera dado media vuelta y me hubiera escondido en el baño más cercano, pero si

una cosa le tenía que agradecer a Drake era que, gracias a todas las peleas que habíamos tenido los últimos años, me había convertido en una chica fuerte y segura de sí misma. Alcé la cabeza, enderecé mi cuerpo y pisé con seguridad hasta llegar a una de las sillas altas.

Los chicos se volvieron a mirar entre ellos y después a mí hasta que al fin el rubio se acercó.

—Hola, me llamo Alan y me va a encantar ser tu camarero —dijo con tono de burla —. ¿Te pongo algo?

—La verdad es que no me pones nada —dije de manera cortante sacando mi lado más borde —, pero sí que me gustaría tomar un refresco de limón.

—Tío, creo que acabas de encontrar el significado a te han dado una hostia sin manos.

El chico rubio, que estaba frente a mí y al cual se le habían enrojecido las mejillas hasta la raíz del pelo, agachó la cabeza y se dio la vuelta para ponerme la bebida sin decir nada más.

Esperaba que con aquel comentario obtuviera lo que buscaba, un rato a solas con mis pensamientos, pero, al parecer, el otro chico decidió que aquel era un buen momento para salir de la barra y sentarse a mi lado.

Hizo el amago de extender su mano para saludarme, gesto que ignoré. Decidió sentarse de manera relajada en la barra, con el codo de uno de sus brazos sobre ella, y una mano sobre el muslo mirándome a la espera de que dijera algo, pero ya había jugado a eso antes.

No sé el tiempo que pasamos así hasta que, finalmente, consiguió parte de lo que buscaba, ya que solo lo miré esperando que dijera algo.

—Al menos es un avance. Mi nombre es Mike y trabajo en el club —esperó por si yo decidía hacer alguna aportación a la supuesta conversación que intentaba entablar —. ¿Eres nueva aquí?, me parece que no nos hemos visto nunca.

—Se podría decir que sí —dije sorprendiéndole, pero la verdad es que había sido muy paciente y, al menos, le debía el saludo —. Yo soy Kansas.

Me miró de arriba abajo tras decirle mi nombre. No era la primera vez que alguien se sorprendía porque llevara el nombre de uno de los estados, pero aquella mirada parecía esconder algo más.

—Vaya, así que tú eres Kansas. —Fui a hablar y preguntarle que cómo podía saber quién era—. Aquí las noticias vuelan muy rápido y el señor Simmons ya nos ha informado que formas parte de la plantilla.

—Pues sí que lo hacen —respondí.

—Bueno, te gustará trabajar aquí. Yo ahora estoy en mi descanso,

hasta esta tarde no tengo que trabajar, así que, si quieres, puedo enseñarte las instalaciones.

Después de que se presentara y saber que era uno de los trabajadores del club, me quedé más tranquila, por lo que le permití que me guiara hasta una de las puertas laterales y me fuera explicando las zonas por las que pasábamos o las que se veían a distancia.

—Y tú estás dónde… —le pregunté.

Pasamos un buen rato. El club parecía un lugar tan apacible y grande; incluso, me pareció que no iba a ser tan complicado trabajar allí con Drake con la cantidad de metros a recorrer. Seguro que cada uno podía hacer su trabajo sin tener que ver al otro.

Estábamos viendo un pequeño lago artificial en medio del campo de golf, donde los patos nadaban plácidamente, cuando mi teléfono empezó a sonar. Era mi madre preguntándome dónde estaba porque debíamos irnos ya, pero no fue lo que le dije a Mike.

—Ya vienen a recogerme. Esta tarde, el señor Simmons me dirá mi horario de trabajo. No me importaría que nos viéramos alguna vez por aquí —dije sin pensar.

—Lo haremos, Kansas —acortó la distancia entre ambos hasta que sus labios se posaron en mi mejilla y me dio un cálido beso de despedida.

Sí, el que Mike estuviera allí podía hacer el trabajo mucho más divertido. Tal vez iría a supervisar su trabajo más que el de otros.

Ahora solo esperaba que Drake no hiciera de mi estancia en el club un infierno como había conseguido en tantas ocasiones que me sintiera en el instituto. Seguramente, cuando conociera a Mike, se encargaría de que la amabilidad con la que me había tratado durante el día quedara en el olvido. Me daba que iba a ser mi última conversación sociable con un chico en las instalaciones.

CAPÍTULO 14

Kansas

La verdad es que la idea de trabajar en el club se había convertido en una opción más que apetecible. El sitio se veía tranquilo y aunque Alan, el camarero, me había parecido de primeras un chico de lo más arrogante y creído, el conocer a Mike había mejorado el ambiente.

Se comportó de manera agradable. Me había dado un *tour* por el club y había sido simpático. Era la primera vez que me sentía cómoda con un chico a mi lado desde que había dejado de ser amiga de Drake. La verdad es que, al pensar en aquello, me di cuenta de que mi vida había sido un poco triste…

—¿Qué te ha parecido todo? —preguntó mi madre nada más abandonarlo. Como el sí preguntar dentro y que mi respuesta fuera negativa pudiera afectarnos o afectarla a ella en su reputación.

—La verdad es que ha estado bastante bien. Uno de los empleados me ha enseñado las instalaciones.

—¿No lo ha hecho Drake? —Vi como apretaba las manos sobre el volante.

—Mamá, sabes que nuestra relación no es de lo más cordial. —Asintió, pero yo sabía que en el fondo estaba deseando hacer alguna pregunta más—. Después de que el señor Simmons nos explicara cual iban a ser nuestras funciones, me fui de allí a tomar un refresco. A concienciarme de que iba a trabajar con él durante todo el verano, y es ahí donde conocí a Mike.

—¿Mike?, es uno de los camareros por lo que puedo deducir entonces. —Su pose se había relajado algo, pero seguía notando tensión en su voz.

—No, es uno de los chicos que se encarga de cuidar a los caballos. Y sí, es algo mayor que yo, antes de que me lo preguntes.

No hubo más preguntas hasta que llegamos al centro comercial que había en la zona de la costa, donde debía de tener el padre de Drake su barco atracado. Sé que tenía uno porque él había presumido de los paseos que se daba en el mar acompañado de sus amigos y,

como decía, bomboncitos en bikini. Recordar aquello hizo que se me revolviera el estómago. Comencé a rezar para que a mi madre no se le ocurriera decirme que era una de las cosas que teníamos que hacer en la supuesta familia que estaban creando.

Mi madre no estuvo tanto tiempo conmigo como el que yo esperaba. Visitamos un par de *boutiques*, donde encargó un par de vestidos de cóctel y zapatos que en otra época de nuestra vida no se hubiera comprado, ya que significaría recortar demasiado nuestros gastos del mes, pero lo hizo sin ni siquiera mirar la etiqueta. De nuevo supe que el señor White estaba detrás de todo aquello.

—Voy a quedarme por aquí a descansar un rato, ya no me lo paso tan bien de tienda en tienda, la verdad es que es muy cansado —dijo mi madre colocándose las gafas de sol sobre la nariz—. Toma, quería dártela esta noche en la cena como regalo.

Me quedé embobada, creo que hasta se me desencajó la mandíbula, cuando mi madre extendió hacia mí una tarjeta de crédito nueva, dorada, reluciente y con mi nombre escrito con letras en relieve. Aquello tenía que ser un sueño. Lo más valioso que me había regalado mi madre era el teléfono móvil y porque lo necesitaba para que ella me tuviera controlada.

—Pero... —balbuceé —. Seguro que es una broma.

—No, no lo es, Kans. Me has demostrado que eres una chica responsable. Ahora vas a necesitar ropa.

Me miró de arriba abajo y comprendí al momento que aquel era el truco. Mi madre había vuelto a cambiar su nivel en los escalones de la sociedad y, aunque aceptara que yo vistiera como me diera la gana, no era la forma en la que quería que me vieran los demás cuando estuviera en el club. La entendí, juro que la entendí, pero me jodía de manera exagerada que otra vez se sintiera en la tesitura de ser el centro de atención y que no fuera a aceptar las críticas de las mujeres con las que estaba volviendo a juntarse.

Simplemente, le arrebaté la tarjeta de la mano y no le di las gracias.

—Compraré algo que no te haga sentir que tu hija va haciendo el ridículo. —Me fui de allí antes de discutir con ella —. En una hora estaré de vuelta.

Era lo que me faltaba aquel día. ¿Qué más podía pasar? Primero, trabajar con Drake; segundo, conocer a un chico que estaba segura de que, una vez que Drake conociera mi amistad con él, dejaría de interesarse por mí y tercero, que mi madre me pidiera que cambiara mi estilo de vestir. Sí, podían pasarme más cosas.

—Kansas, que alegría verte aquí. —Solo una persona podía hacer como que yo le caía bien con propósito mezquino: Tory Banks.

CAPÍTULO 15

Kansas

Ver aquellos mechones de pelo rubio oxigenado, su mirada azul oscura, que ocultaba la ira, y esa sonrisa a la que solo le faltaba unir los dedos y tamborilearlos acompañado de una risa malvada, me revolvió el estómago al momento.

—¿Qué haces aquí? —mi voz sonó chillona, pero el saber que la única otra persona que era capaz de hacerme la vida imposible estaba también allí, me hizo entrar en cólera.

Juro que vi como una llamita de fuego se le encendía en los ojos, joder, creo que hasta escuché a su demonio interior reírse al darse cuenta de mi desconcierto y asombro, pero, como siempre, Tory supo disimularlo muy bien.

—Mis padres han decidido que este año nos merecíamos algo mejor, así que hemos venido aquí y —se acercó a mí para hacer como que me decía un secreto al oído—, entre tú y yo, así podré pasar más tiempo con Drake.

Esa era el único tema con el que Tory disfrutaba, el mismo que yo no quería ni tocar.

Drake y ella eran algo así como novios, y digo algo así porque en los eventos importantes del instituto, fiesta y partidos, siempre los veías juntos. No tenían relación con otras personas o, al menos, que pudiéramos ver los demás, pero siempre se las ingeniaban para estar juntos en los momentos oportunos, aunque siempre hacían lo mismo cuando llegaba el último día de clase y aquel año no fue diferente: se despedían en la puerta del instituto comiéndose la boca como si no fueran a verse dentro de tres meses. Siempre volvían juntos cuando comenzaban las clases

Si alguien supiera lo que yo sentí en su tiempo por Drake, podría decir que lo que me pasaba era que sentía celos de Tory. Con doce años era imposible que esos sentimientos se hubieran despertado en mí, pero con doce...

Hace cuatro años

Tras el tobogán y los columpios había un gran árbol o, al menos, así lo veía cuando medía lo que una niña de doce años. Detrás de ese árbol había una piedra donde dos niños de nuestra edad se podían sentar sin problema y aquella era la roca del amor. Yo había soñado que después de decirle a Drake lo que sentía por él hacía dos años, me tomaría de la mano para llevarme allí, pedirme perdón por no haberse dado cuenta de que él sentía lo mismo y darme mi primer beso. Habían pasado dos años y una chica nueva había aparecido en el colegio.

Era bonita. Tan rubia que su pelo parecía tener el color de los rayos de sol reflejándose sobre el océano. Los primeros días creí que podíamos ser amigas. Parecía una chica perdida entre tanto alumno nuevo. Triz y yo habíamos pensado en dejarla ser una más en nuestro grupo, pero, aquella tarde, cuando mamá me había llevado al parque para que jugara, la vi. Decidí seguirla para proponerle que nos convirtiéramos en amigas, lo que no esperaba era ver como se sentaba en aquella piedra, como Drake rozaba su mejilla con una sonrisa de oreja a oreja para darle un beso. Uno que debería haber sido mío. Tory se llevó demasiadas cosas aquel día y algo me decía que ella lo sabía.

No eran celos, odiaba a aquella chica; sabía que odiar no era bueno, mi mamá siempre me lo decía. Sobre todo, el día que papá decidió irse y dije que lo odiaba por no querer ser más mi papá. Mamá contestó que ese no era un sentimiento sano, que cada vez que pasara por nuestra cabeza un unicornio desaparecía del paraíso. Creo que por eso no empecé a odiarla de verdad cuando supe que aquello no era más que un cuento y que Tory se había aliado con Drake para hacerme la vida imposible.

—¿Ya estás en tu mundo? —dijo chasqueando los dedos delante de mí —. Vas a tener que mirarte eso, Shepard. No es sano que te ausentes así. Un día te llamarán loca y se te quedará para siempre.

Y ahí estaba la verdadera Tory. Iba decirle todo lo que pensaba de ella. No dejarme nada guardado. Un movimiento a su espalda hizo que las palabras se quedaran de nuevo encalladas en mi pecho.

—Vaya, vaya, hermanita. Veo que el mundo es un pañuelo. Tory ha venido a pasar aquí las vacaciones. Seguramente os crucéis por el club en algún momento.

Maldecí un par de palabras que no se si llegaron a escuchar, pero lo que sí escuché fueron sus risas incomodándome con cada paso que daba mientras ponía distancia entre nosotros. Seguramente, me estaban tachado de cobarde y estaban pensando cual era la mejor manera de hacerme el verano un completo infierno. El tener que enfrentarme a Drake solo no era suficiente castigo.

Llegué donde estaba mi madre y me miró las manos.

—Kansas, tienes que…

—Necesito que compres la ropa conmigo, mamá. Sé que tú me asesorarás mejor para poder estar a la altura de las circunstancias.

No, no quería parecer otra persona. No, no estaba loca como había insinuado Tory, simplemente, con su frase me di cuenta de porque mi madre actuaba como lo hacía. A veces las apariencias son una buena arma para luchar nuestras batallas y terminar ganando la guerra.

—Mamá, hagamos honor al apellido del abuelo. —Aquel que empecé a usar una vez que mi padre decidió irse.

Se levantó de la silla, donde descansaba mientras me esperaba, como si le hubieran dado un chute de energía. Aquella sí era mi madre. La guerrera.

—Vamos a enseñarle a esta sociedad de que pasta estamos hechas.

CAPÍTULO 16

Drake

Tory apareció en mi vida como una bocanada de aire fresco. Tory se quedó en mi vida durante aquellos años porque no había pertenecido a los recuerdos de mi pasado.

¿Estaba enamorado de ella? La respuesta sería la misma si se lo preguntaréis a ella. Un no rotundo que no nos importaba a ninguno. Vaya mierda, podéis pensar, pero creo que a veces el estar cómodo con alguien, aunque no sea el que te hace sentir especial cuando te mira, lo hace fácil y con ella siempre había sido así.

Podéis insultarme con lo que voy a decir ahora, lo entendería. Yo me insulté muchas veces por ello, pero, aún así, no rompía aquella relación, porque…porque no quería y me era más fácil mantener a raya los verdaderos sentimientos que me atormentaban cada día y con los que no podía luchar, aunque quisiera.

Pasearse por la vida como el chico malo que me gustaba representar era algo tan sencillo. Saltarse clases, no llegar a casa cuando tu padre te ha impuesto una hora o escaparte de la casa. Tory era como yo en ese aspecto. Su vida era normal. Una familia que la quería, no le faltaba nada, aunque sí le sobraban demasiadas, tal vez por eso se fijó en el chico rebelde que veían todos en mí y por eso seguimos estando juntos cuatro años después.

Yo, yo se lo dejé claro desde el primer momento y ella aceptó todas las condiciones. Ella quería ser igual; quería sentirse diferente y que todos quisieran ser como ella. Todo se volvió mucho más emocionante cuando nos conocimos y me preguntó por Kansas. Le había parecido una chica interesante. Había hablado con ella en alguna de las clases que compartían y pensaba que ser amiga de aquella chica que desprendía felicidad a través de cada poro de la piel era un buen comienzo para su nueva vida.

—¿Kansas…Kansas Shepard? —Claro que quería hacerse amiga de ella, ¿quién no querría? Yo, que era un idiota—. Esa chica no merece la pena, si quieres ser alguien importante y que nadie se ría de ti,

deberías de aspirar más alto.

Aquel día estábamos en el parque. Un sitio donde los padres nos obligaban a ir y donde, aunque muchos nos quejáramos, disfrutábamos. Me encantaba jugar con los chicos al futbol, hacer rabiar a Kansas cuando no la dejaba participar y mirarla cuando ella no se daba cuenta. Agarré a Tory de la mano cuando me percaté de que ella estaba mirándonos. No sabía ni lo que estaba haciendo. Era un puto crío de doce años que aún jugaba en casa con mis muñecos y que se entretenía viendo canales infantiles, pero no era tonto. El tener un padre que se preocupaba lo justo por ti hacía todo más sencillo. Maravilloso Internet que te enseña a ser adulto cuando aún no tienes edad para entender todo lo que se esconde detrás de un beso.

Aquella piedra, esa de la que tanto había escuchado y que solo podían disfrutar los alumnos del último curso, era mi destino. ¿Por qué lo hice? Porque sabía que Kansas estaba allí, que desde hacía dos años nuestra amistad no era la misma aunque echaba de menos poder sentarme con ella en una heladería y que terminara mis frases cuando ni yo siquiera sabía lo que quería decir.

Tory me miró sin entender lo que estaba pasando cuando puse las dos manos en sus mejillas, como había visto en aquella estúpida película en la que no había entendido nada, pero que habían revolucionado hormonas. Porque sabía lo que era un beso, uno que representaba cariño, como el que había visto darse a mis padres antes de que mamá nos dejara, pero lo que no sabía es que en aquel momento estaba aprendiendo a besar por rencor. Por algo más fuerte de lo que un niño de doce años puede soportar y que no es capaz de controlar y que ello acabaría siendo un antes y un después en mi vida y que cuando quisiera retroceder o ponerle remedio, sería demasiado tarde.

Todo aquello era lo que había pasado cuatro años atrás cuando usé a Tory para mi propio beneficio. Estoy seguro de que ella me quiso como se puede querer a un niñato de doce o trece años, pero que yo después he sido el culpable de que sea la chica en la que se ha convertido. Una que odiaba tanto a Kansas que yo ya no podía hacer nada porque, aunque yo siguiera jugando a nuestro juego, ya había aprendido que nunca podría sentir odio por ella y lo que pasaba era que aún no estaba preparado para asimilar que lo que ocultaban todos mis actos.

CAPÍTULO 17

Kansas

Aquel día me lo pasé bien, mejor dicho, me lo pasé genial. Hacía tiempo que no teníamos un día madre e hija y después del encuentro con Tory y Drake, me vino estupenda aquella terapia de compras. No fue tan duro como esperaba porque, aunque compré varios conjuntos aconsejada por mi madre, no puso ningún impedimento cuando incluí unos vaqueros que me habían gustado y algunas camisetas. Me animó a que comprara también alguna sudadera o chaqueta y unas nuevas deportivas. Aquello, unos meses atrás, hubiera sido tirar la casa por la ventana, por lo que no pude evitar hacer la pregunta cuando ambas estábamos en mi habitación guardando la ropa en cajones y armario.

—¿Nos podemos permitir todo esto, mamá?

Dejó la camisa que tenía en las manos en el interior del armario y se giró hacia mí. Se sentó en el borde de la cama y, con unos golpecitos sobre el colchón, me indicó que hiciera lo mismo.

—Cariño, hay algo que aún no te he contado. —Me alarmé justo en el momento en el que tomó mis manos entre las suyas —. No te asustes, no es nada malo, pero quería esperar un poco más antes de contártelo, aunque creo que te mereces saberlo.

—No puedes pedirme que no me alarme y después soltarme que querías esperar a contármelo —respondí algo asustada.

Su sonrisa, esa sonrisa de hoyuelos, esa que decía todo y no decía nada, brotó en sus labios y supe que, por muy malo que hubiera sido lo que nos había llevado hasta allí, había merecido la pena, así que, simplemente, me quedé callada a la espera.

—Sabes que nunca te he exigido que mantengas una relación con tu padre y él tampoco se ha preocupado como debería, pero, al parecer, sí había alguien que se ha molestado en que las cosas funcionaran como debía ser.

—Mamá…

—Déjame terminar, cariño. Después podrás hacer todas las preguntas que quieras. —Y eso hice, permanecí en silencio mientras

ella me relataba lo que había cambiado en nuestras vidas.

Al parecer mi padre no solo nos abandonó, sino que lo hizo de la peor de las maneras. No solo se fue él de casa, se llevó todo. Nos dejó con una hipoteca por pagar, recibos, deudas y sin dinero en el banco. Mi madre se las apañó durante esos meses con unos ahorros que había ido guardando durante los años de matrimonio con mi padre, pero, cuando estos empezaron a escasear, tuvo que hacer algo que no quería, acudir a un abogado y que la ayudara, al menos, a que lo que a me pertenecía me fuera dado. Ahí es donde entró en juego Jack, el padre de Drake, y donde ellos empezaron a entablar una amistad más íntima.

Yo sabía que él era el abogado que había conseguido recibiéramos una manutención, pero fue para mí una sorpresa el hecho de que hubiera conseguido que mi padre se hiciera cargo total de las deudas con las que nos había dejado, además de pagarle a mi madre una suma bastante alta por abandono del hogar y la negligencia de dejar a una menor desprovista para afrontar sus primeras necesidades.

—Cariño, yo no he mendigado nada de lo que tenemos ni se lo he pedido a nadie. Esto —dijo abriendo los brazos y señalando mi habitación y sorprendiéndome con el gesto —, es nuestro por derecho. Yo trabajaba tanto o más que tu padre y no lo he dejado de hacer en este tiempo. Si en algo he tenido suerte, es de tenerte a mi lado y de haber encontrado a Jack en el camino.

—Pero tú sufriste mucho cuando este círculo te echó por no poder seguir a su nivel —respondí con lágrimas en los ojos.

Me pasó los pulgares por las mejillas y me regaló su sonrisa para que me relajara. Dejé que me acunara en sus brazos cuando, sin darme cuenta, empecé a sollozar.

—Y ahora la vida nos sonríe de nuevo y esto es lo que de verdad quería contarte. —Cogió el bolso que estaba junto a ella sobre la cama y lo abrió para sacar una cajita de terciopelo de su interior.

Me llevé las manos a la boca, no hizo falta que la abriera para que viera lo que había dentro, pero lo hizo igualmente y un anillo de color plata con una piedra preciosa apareció ante mis ojos. Joder, aquello era demasiado, aquello era algo que iba a cambiar nuestras vidas: mi vida.

—No le he dado ninguna respuesta aún, —y nuevamente me sorprendió con sus palabras —. No quiero hacerlo hasta que no me digas que opinas de todo esto.

Me quedé en silencio, tal vez más tiempo de lo normal, cosa que podía dar a equívocos, pero es que toda esa información de buenas a primeras y todo lo que conllevaba era difícil de procesar. Mi madre me estaba preguntando que me parecía que aceptara casarse con Jack, el padre de Drake, nada más y menos. Eso significaba que él y yo nos

convertiríamos oficialmente en hermanastros, que conviviríamos bajo el mismo techo todos los días, que nuestras vidas se unirían más aún. No solo el odio y un pasado de amistad, sino algo mucho más íntimo; pero no podía pensar en mí en aquellos momentos, debía hacerlo en mi madre, así que, después de demasiados minutos en silencio, me lancé sobre ella y la abracé con fuerza.

—Kans, por favor, dime que significa esto —preguntó intentando quitarse mi peso de encima.

—Pues que va a significar, lo obvio. Que me hace feliz verte feliz, que eres lo más importante de mi vida y que si el señor White es el hombre que te ha devuelto la sonrisa y el que pases el resto de tus días a su lado, hará que no desaparezca, claro que veo bien que te cases con él.

—Llámalo Jack, cariño. —Sacó el anillo de la caja y la ayudé a deslizarlo por su dedo mientras veía como esa felicidad era de verdad —. Kansas, ¡qué me caso!

Justo cuando esas palabras terminaron de salir de su boca, ambas escuchamos un gran golpe en la puerta de mi cuarto y nos giramos en esa dirección. Allí estaba Drake. Al momento pudimos darnos cuenta había un agujero que casi la atravesaba y una mancha roja.

Mi madre se fue a levantar para verle la mano, lo supe porque era mi madre y tenía ese instinto de protección, pero la retuve al ver la cara de ira que Drake nos dedicaba a ambos. Su respiración estaba alterada y había fuego en sus ojos, aquello solo podía acabar mal.

—Esto tiene que ser una puta broma —gritó, aunque más bien parecía que estaba ladrando.

—Drake, no pretendía que te enteraras así, tu padre iba a hablarlo contigo cuando yo le diera una respuesta.

—Cállate —le gritó a mi madre y yo ya no pude contenerme más.

—Cállate tú, imbécil, insensible sin corazón —supe que al momento me había puesto roja, pero ahora era a mí a quien estaba cabreando con su actitud —. Ambos se merecen ser felices y tú no tienes que meterte en eso.

—Claro, a ti te conviene, Shepard. Ya has conseguido lo que querías…

Pero no terminó la frase. En ese mismo momento, su padre apareció también y lo agarró del brazo para llevárselo de allí.

Se escuchó como ambos se encaraban y se decían cosas bastante duras. Incluso algunas de aquellas palabras me dolieron y eso que, para mi sorpresa, ninguna iba dirigida a mi madre o a mí. Intenté levantarme para saber qué más estaba pasando, pero mi madre me retuvo obligándome a quedarme sentada a su lado.

—Ahora no, Kansas. Tienen que arreglar sus diferencias y nadie mejor que tú sabe que Drake es un chico difícil al que le cuesta lidiar

con sus sentimientos. —Vi cómo se enjugaba una lágrima antes de que esta recorriera su mejilla—. Ahora, sigamos guardando la ropa y cuando llegue el momento, sabremos cómo actuar. Mañana tienes que trabajar y queda mucho por hacer.

Drake era un arma de destrucción masiva y solo sería cuestión de minutos que explotara salpicando a todo y a todos lo que le rodeaban.

CAPÍTULO 18

Kansas

No salí de mi habitación el resto del día a petición de mi madre. Aquella casa se había convertido en un campo de batalla. Desde el momento en el Drake golpeó la puerta y su padre se lo llevó, solo se escuchaban gritos. Tan desesperados y dolorosos.

Quise salir en más de una ocasión, sobre todo en ese en el escuché como mi madre lloraba y le pedía de manera desesperada a Drake que soltara a su padre. Abrí la puerta dispuesta a saber por qué le jodía tanto que fueran felices, pero Emily estaba frente a mi puerta, había sacado una silla de alguna habitación y, al parecer, estaba vigilando que yo no pudiera bajar.

—Mejor quédese en la habitación, Kansas —me sorprendió que me llamara por mi nombre, era la primera vez que lo hacía desde que nos habíamos instalado en aquella casa —. Su madre y el señor White saben lo que tienen que hacer.

Claro que sabían cómo manejar la situación, pero aquello no significaba que yo estuviera de acuerdo con ello. Yo solo quería plantarme delante de Drake, gritarle a la cara que era un egoísta y que lo odiaba hasta que el corazón se me desgarraba en mil pedazos por haber dejado de ser aquel chico que era mi mejor amigo y convertirse en alguien tan desconocido que me era imposible de reconocer.

Me di la vuelta y cerré con fuerza la puerta. Caminé hasta mi cama y me dejé caer bocabajo en el colchón. Tenía tantas ganas de salir de allí, de ir hacia donde estaba mi madre y sacarla de la casa diciéndole que no merecía la pena ser feliz si cada día había una razón por la que las lágrimas surgieran acompañadas de gritos y peleas. Necesitaba hacerle entender que ella se merecía algo mejor que todo aquello. Por mucho que Jack la quisiera, por mucho que su sonrisa fuera la más bonita del universo después de tantos años oculta, no se merecía meter en su vida, en su familia, a alguien como Drake White.

Cogí mi almohada o, al menos, creí que era eso hasta el momento en el que mis dedos se enredaron en los pelos de aquel peluche que

me esperaba en mi cama el primer día que llegué a la casa. Pensé que no era una casualidad que estuviera allí y que Drake no hacía nunca nada que no le beneficiara.

Recordé aquel día como si no hubieran pasado tantos años. Esa fue la última feria ambulante en la que ambos íbamos con nuestras familias, cómo si la felicidad que se vivía fuera tan real como se veía desde fuera. Su madre ya apareció con aquel pañuelo rosa en la cabeza que ocultaba que su pelo se estaba cayendo a causa de la enfermedad. Mi padre era el mejor actor porque, en aquella época, ya tenía una mujer que le calentaba la cama y a nosotros nos seguía diciendo que tenía que viajar por trabajo o que las llamadas que recibía y no contestaba delante de nosotras eran cosas sin importancia.

Recuerdo con felicidad aquella feria, aquellos puestos de perritos calientes donde ambos reíamos cuando el exceso de salsa nos manchaba la ropa, pero, para mí, el momento más feliz de aquella noche fue en el que Drake me agarró de la mano después de pedirle permiso a nuestros padres para poder alejarnos un poco de ellos hasta uno de los puestos donde había que lanzar una pelota a unos bolos, esos que sabes que son casi imposible de derribar. El chico que le dio la pelota pesada le animó a que tirara con fuerza y, para sorpresa de todos, consiguió derribarlos. Su rostro se iluminó y me dedicó la sonrisa más bonita del mundo, una que no sabía que acabaría echando de menos.

—Seguro que eliges algo bonito para tu chica —dijo el chico del puesto. Me sonrojé y Drake señaló un peluche a su espalda.

Levanté la mirada hasta que lo vi y tuve claro que Drake White sería siempre mi mejor amigo. Allí, colgado, estaba un peluche de Chewbacca casi tan grande como yo. El chico lo descolgó y se lo dio a Drake que, cuando lo tuvo en sus manos, se acercó hasta mí y me dio un beso en la mejilla. Antes de darme cuenta, ya me tenía de nuevo agarrada de la mano y me llevaba corriendo hasta donde estaban nuestros padres.

El resto de la tarde la pasé abrazada al peluche. Me daba igual lo que pensara la gente que me pudiera ver, para mí significaba mucho. Después fuimos a casa de sus padres a cenar y esa noche su madre sufrió un ataque a causa de su enfermedad, fue la última vez que la vi. El peluche se quedó en su casa. Yo nunca se lo pedí porque creía que le haría más compañía a él que a mí.

Escuché un ruido fuera y me levanté de la cama para asomarme con cuidado al pasillo, llevaba varios minutos sin escuchar voces y, al parecer, no fui la única porque Emily no estaba en la puerta cual perro guardián pendiente de que yo no saliera sin permiso.

Cuando estaba a mitad del pasillo, algo se me ocurrió, tal vez era

una tontería y no surtiría el efecto que esperaba, pero entré de nuevo a la habitación y cogí el peluche. Caminé con él entre mis brazos.

Llegué hasta el que era el despacho de Jack, del cual salían voces, pero ya no tan altas como antes. Distinguía la de él y la de mi madre y la voz apagada de Drake diciendo que no entendía nada.

No quería ser alguien que escuchara detrás de las puertas, tampoco la hija que desobedecía a su madre, pero necesitaba entrar allí y hacer lo que se me había ocurrido en un alarde de valentía. Sin pensármelo dos veces, entré en aquel despacho y los tres pares de ojos se me quedaron mirando. Vi como mi madre abría la boca para hablarme, como los ojos de Drake volvían a chispear de rabia y como su padre miraba lo que llevaba en los brazos.

Di los pasos que me separaban de Drake, que estaba sentado en uno de los sillones junto a la mesa, y nada más que me quedé frente a él se lo lancé. Lo atrapo con una mano y se quedó mirándolo para después mirarme a mí. Su expresión había cambiado bruscamente. Pasó, de esa ira que tan bien conocía, a sus ojos del chico dolorido que había perdido a su madre demasiado pronto.

—Seguramente, no sepas lo que significa, tal vez ni siquiera sabias que seguía en tu poder y, por alguna razón, ha acabado en mi habitación, pero el día que esto apareció en mi vida, éramos felices. Eras un niño alegre que no se interpondría entre lo que ellos sienten —me giré hacia mi madre y la vi con lágrimas en los ojos —. Deja de ser un puto egoísta y deja que las personas tengan la vida que se merecen.

No dije nada más hasta llegar al lado de mi madre, abrazarla y pedirle disculpas por haber tardado tanto en darme cuenta también de ello.

Salí de allí de la misma manera en la que había llegado, dejando un silencio casi sepulcral a mi espalda. No sabía que iba a pasar ahora, pero yo me sentía liberada después de haberle dicho a Drake algo que llevaba tanto tiempo guardado en mi interior.

CAPÍTULO 19

Kansas

*E*l silencio empezó a golpearme los oídos.

El silencio después de las tormentas siempre me daba miedo y la que había azotado aquella casa había sido una tempestad que había dejado malas sensaciones en el aire.

Necesitaba que mi madre viniera, que me dijera algo, que no me dejaran en esta incertidumbre después del espectáculo que había dado a aquellos tres pares de ojos. Necesitaba que me echara la bronca por meterme donde no me llamaban. Que aquel silencio se alejara.

Me dejé caer de nuevo en la cama, esta vez bocarriba, con las manos cruzadas bajo mi cabeza y la vista clavada en el techo. Estaba tan perdida en aquel silencio que ni siquiera me di cuenta en qué momento entró mi madre en la habitación y se sentó a mi lado.

—Kansas, deberías cambiarte de ropa y descansar. Mañana trabajas por la mañana en el club. El señor Simmons acaba de llamar para confirmarlo. —No la miré, no respondí nada. Decidí seguir en mi propio mundo un rato más, pero sintiendo su cercanía con el tacto de su mano sobre mi pelo.

Sabía que no se encontraba bien, era fácil saber cuándo mi madre se rompía un poco más. Su cuerpo se enfriaba y su respiración era algo más fuerte, como si necesitara realizar un esfuerzo mayor para que el aire entrara en sus pulmones. Quería abrazarla, consolarla, pero me era difícil hacerlo sin respuestas a todas esas preguntas que había entre ambas.

—Cariño, si no quieres ir, lo entenderé. Igual que si quieres volver a casa. Sé que este ha sido un cambio brusco en nuestras vidas. No quiero forzarte a nada. Sabes que eres lo más importante en mi vida. Jack lo entenderá.

Ese fue el momento en el que reaccioné. Ahí supe que nuevas grietas en el interior de mi madre había crecido por mi culpa y por la de Drake. Si él y yo no estuviéramos en una continua guerra, la relación entre nuestros padres no hubiera sido ningún impedimento

para que fueran felices.

Tenía que decirle algo, no podía dejar que su mente trabajara más de lo necesario buscando una solución para mí, porque pronto me iría a la universidad y dejaría de ser un problema para ella. Ya no estaría cerca de Drake. Me molestaba de una manera casi insoportable no saber qué fue lo que hizo que nuestra amistad se rompiera de aquella manera. Si de verdad era ese mejor amigo del que siempre había alardeado cuando éramos unos críos, podíamos haber solucionado mi estupidez de decirle que me gustaba. En cuestión de pocas semanas, aquella supuesta amistad acabó en odio irracional.

Dejé mis pensamientos a parte y me concentré en mi madre que estaba levantándose de la cama; seguramente, había esperado demasiado mi respuesta y su siguiente movimiento era empezar a hacer las maletas para que nos fuéramos de allí.

—Mamá, —agarré su mano e impedí que se levantara —. No quiero irme de aquí así. Te mereces la oportunidad de ser feliz y ni Drake ni yo vamos a ser los responsables de que eso no ocurra.

—Kans, Drake es un chico complicado, lo ha pasado muy mal desde la muerte de su madre y me ve como una amenaza para la relación con su padre. —Me tomó el rostro entre sus manos y forzó su sonrisa.

—Puede que así sea, pero espero que dentro de esa coraza tan dura que se puso siga estando el amigo que tenía hace unos años —suspiré esperando que fuera verdad —. Dame una semana, vamos a trabajar juntos. Si no consigo nada, haremos lo que tú decidas.

Se fue después de desearme buenas noches y soltar unas lágrimas preguntándome en qué momento dejé de ser una niña. No lo sabía porque yo seguía sintiéndome con la pequeña Kansas cuando ella estaba a mi lado.

Esa noche no dormí bien, demasiadas cosas pasaron por mi cabeza. Todas las veces que Drake y yo nos habíamos hecho la vida imposible dentro y fuera del instituto e, incluso, las buenas antes de eso. Me agarré a ellas con fuerza y me dije que, por el bien de mi madre y su padre, aquella guerra debería de quedar ajena a ellos.

Por la mañana, cuando me levanté, mi madre y Jack ya habían salido. Emily no me dijo a donde, pero me imaginaba que ambos necesitaban un momento a solas y hablar de los pros y contras de la relación que querían formalizar. Emily tenía la mesa llena de pasteles, tostadas y fruta, además de tortitas, huevos revueltos y una jarra humeante de café.

—Desayunar fuerte es la mejor manera de empezar el día y más cuando es el primero en el que trabajas —me hizo sentarme y empezó a llenarme el plato —. Drake bajará ahora. Tengo entendido que entran a la misma hora por lo que el señor White ha pedido que vayan

juntos en el mismo coche.

Casi me atraganté con el bocado que le había dado a una de las tostadas untadas con manteca de cacahuete. Emily me acercó la taza de café y, cuando conseguí que el trozo de pan se deslizara por mi garganta, Drake entró en la cocina. Se me quedó mirando más tiempo del que estaba acostumbrada. Lo habitual era que nos ignoráramos a no ser que fuéramos a incordiarnos el uno al otro.

Emily lo hizo sentarse a la mesa justo frente a mí. Seguía sin dejar de mirarme. La tensión entre ambos era de las que se sentían en la distancia. No recuerdo quien fue el primero que movió ficha aquella mañana, lo único que sé es que ambos fuimos a coger la misma pieza de fruta. La manzana más brillante y roja que había en el centro. Nuestros dedos se rozaron y sentí una descarga eléctrica. Drake levantó la vista para mirarme y juro que me pareció ver en sus ojos que había sentido lo mismo que yo.

—Lo siento —dije. No sonó a que sintiera que le tocara, era un lo siento que lo abarcaba todo. Lo de la noche anterior, lo de los años anteriores. Todo.

Trago saliva, su garganta se movió con brusquedad. Después se humedeció los labios y atrapó la manzana. Se levantó con ella en la mano, la limpió con la servilleta y rodeó la mesa hasta colocarse a mi lado. La corriente eléctrica se intensificó e, instintivamente, me eché hacia atrás arrastrando la silla y haciendo un ruido molesto.

—Quédatela, imagínate que es una rama de olivo en señal de paz. —No supe si darle las gracias o pregúntale donde estaba el truco —. Intentémoslo por los viejos tiempos.

No la cogí, pero él si la dejó encima de la mesa junto a mi plato y salió de la habitación recordándome que en veinte minutos saldríamos hacia el club. Quise protestar, pero él me estaba ofreciendo lo que yo le había prometido a mi madre que iba a intentar, por su bien, por nuestra felicidad, así que, una vez que el salió de la cocina, cogí la manzana y la guardé en el interior de mi bolso.

Subí a mi habitación y me sorprendió ver otra vez a Chewbacca en la cama. Sobre él había un papel doblado por la mitad. Lo cogí y no me atreví a abrirlo y leer lo que había escrito en él, así que, de la misma manera en la que estaba doblado, lo metí en el bolsillo trasero de mis pantalones. Respiré hondo al salir de la habitación, ya peinada y maquillada. Me había puesto uno de los vaqueros que mi madre había elegido para mí el día anterior. Eran mucho más estrechos de los que solía usar y, como mi madre había vaticinado, me realzaban la figura. Lo acompañe con un *body* de tirantes con escote amplio y unas plataformas de tiras. Me miré al espejo y me vi diferente, una nueva versión de mí, pero una versión que me gustó más de lo que esperaba.

Al llegar abajo, Emily me avisó que Drake ya estaba en el coche

esperándome. Estaba sentado en el coche con la mirada al frente y ambas manos en el volante. Se había colocado sus gafas de sol y no me dijo nada cuando me senté a su lado.

—Gracias por llevarme —fui la primera en hablar intentando romper el silencio.

—No hay de qué. Puedes pedirme que te lleve a donde sea mientras ahorras para comprarte el coche. —Me sorprendió aquel comentario y el tono tan neutro con el que lo había dicho. Sonó forzado, pero no iba a rechazarlo. No si pretendía que nuestra relación se suavizara un poco —. Es lo que los hermanos hacen los unos por los otros.

—Si claro, los hermanos.

Y ya no nos hablamos durante los poco más de diez minutos que duraba el recorrido desde la casa al club. Nada más llegar el mismo chico del día anterior se acercó para llevarse el coche y Drake y yo caminamos el uno al lado del otro sin hablarnos, pero notaba su presencia mucho más cercana que años atrás.

—Espero que sigas teniendo mi número de teléfono. El club puede ser un sitio no tan feliz como aparenta. Si necesitas algo, solo tienes que escribirme o llamarme, estaré ahí lo más rápido que pueda.

—Claro, cosa de hermanos —protesté ganándome una extraña mirada.

—No, Kans, no es cosa de hermanos.

Y me dejó con la boca abierta porque después de que dijera aquello, de que mi nombre, la abreviatura de él, sonara con dolor y dulzura a la vez, mientras salía de sus labios. Me dejó sin palabras. Aquello no iba a ser fácil porque su actitud había cambiado de la noche a la mañana dejándome fuera de juego. Cosa que siempre se le había dado bien.

Drake era como un cubo de Rubik: demasiado complicado de resolver.

CAPÍTULO 20

14 años

Kansas

*A*quel día en el instituto, su pie avanzó los centímetros necesarios para que impactara con el mío al pasar a su lado. Llevaba sobre mis brazos los folletos para el club de cine. Salieron volando por todos lados.

Unas semanas antes, se lo había propuesto al director y le pareció una buena idea. Necesitaba al menos a cinco alumnos más para poder crearlo. Había realizado aquellos folletos para repartirlos por las clases y que vinieran los interesados a una reunión. Cuando estos volaron por el pasillo y yo caí de bruces contra el suelo, Drake no quedó satisfecho. Creía que en un gesto de arrepentimiento me iba a tender una mano para ayudarme a levantarme o, al menos, eso parecía cuando se puso a mi lado, pero lo que hizo fue coger uno de los pocos folletos que se habían quedado junto a mí.

—Vaya, así que Shepard la friki quiere que todo el instituto se enganche a ver películas. —Movió el papel para que todos le prestaran atención—. ¿Quién va a ser el valiente que se vaya a su club?

Dijo aquella última frase con tono de amenaza. Segundos después, tanto él como Tory se reía a su lado, y casi todos los alumnos que había en el pasillo se fueron. Sabía que repartir los folletos ya no iba a servir para nada y no me equivoqué. Me quedé sola en aquella sala esperando que alguien entrara por la puerta. Siempre se le había dado genial romper los sueños. Mis sueños.

Un mes más tarde me propuse devolvérsela y no se me podía haber presentado una ocasión mejor en el siguiente partido de *lacrosse*. Vale que yo no fuera la chica más popular del instituto, ni siquiera alcanzaba el top cien, pero sí que había muchas personas encantadas de ayudarme siempre que sus nombres quedaran en el anonimato.

El día antes del partido, varios compañeros del equipo de teatro

habían dejado por «error» la puerta del almacén donde guardaban todas sus cosas de atrezo, pinturas y maquillajes abierta. Había esperado que el instituto se vaciara, aunque a nadie le extrañaría verme pasear por sus pasillos un viernes por la tarde. Siempre lo hacía para así evitar cruzarme con Drake y sus tantas bromas de mal gusto.

Entré en el almacén y me hice con las cosas que necesitaría para lo que tenía pensado. Después me dirigí a los vestuarios de los chicos del equipo. También tenía una persona que me había informado que los uniformes de los jugadores se quedaban preparados el día antes del partido. Paseé entre las taquillas hasta que di con la que estaba buscando y empecé a darle rienda suelta a mi imaginación y a mi plan.

Disfruté como una enana cuando vi a los jugadores saltar al campo y pude distinguir las «preciosas» zapatillas rosas de Drake que hacía juego con su *stick* y su casco. Se escucharon murmullos en las gradas y alguna que otra risa, pero supe que mi plan no había tenido el resultado deseado por mi parte cuando se giró para buscarme entre los aficionados y me lanzó un beso. La canción de Queen *We are the champions* empezó a sonar a través de los altavoces y él se convirtió en el chico de rosa más sexi sobre el césped de aquel estadio.

Era un mago para darle la vuelta a todo lo que yo hacía para molestarle. A veces pensaba que siempre iba un paso delante de mí. Me levanté de mi asiento y, totalmente cabreada, salí de allí sabiendo que la próxima vez algo más que unos simples papeles volarían entre ambos.

Vivir sin saber que era lo próximo que nos haríamos tenía su parte divertida porque, de alguna extraña manera, sentía que, aunque ya no fuera mi mejor amigo, que ya no compartiéramos el tiempo juntos como hasta dos años atrás, seguíamos unidos de algún modo y por eso me permitía seguir con aquello. Drake me seguía gustando después de todo lo que nos habíamos hecho, pero es que sabía que, desde la muerte de su madre, nada había vuelto a ser lo mismo y mucho menos él.

CAPÍTULO 21

16 años

Kansas

*N*o cruzamos ninguna palabra más después de aquello. Él conocía aquel lugar y, por lo visto, ya había hablado con el encargado y sabía hacia donde tenía que dirigirse. Yo me sentía perdida. Aunque Mike me hubiera enseñado algo, lo máximo que podía recorrer sin perderme era el camino recto hasta la zona de restauración, donde había estado el día anterior que, para mi suerte, era la zona donde había quedado con la persona encargada de decirme cual iba a ser mi trabajo aquel día y qué era lo que haría los restantes hasta que se acabara mi verano en aquel club.

Al llegar allí y no ver al señor Simmons, decidí sentarme en la barra y esperarlo. Para mí desgracia estaba al otro lado el chico del día anterior, el que había sido un poco estúpido. Él también me recordaba, parecía que toda la valentía del día anterior se había convertido en timidez.

Me hizo un leve gesto de cabeza desde el otro lado de la barra mientras secaba los vasos que sacaba del lavavajillas y los colocaba en su sitio.

Observé cómo miraba en varias ocasiones el reloj de su muñeca y cómo parecía que se impacientaba por segundos.

Cuando terminó con los vasos, se lavó las manos y se acercó hasta el lugar donde yo me encontraba. Abrió la boca y la cerró en varias ocasiones. Como parecía que intentaba decirme algo y no era capaz, fui yo quien lo hizo.

—Buenos días.

—Buenos días —respondió con vergüenza después de unos segundos en silencio —. ¿Quieres tomar algo?, tengo que ausentarme un momento para hacer una llamada.

—No te preocupes solo estoy esperando a alguien.

Me miró, se quedó pensando y, cuando creía que se daría la vuelta para irse a hacer aquella llamada, una sonrisa como la del día anterior se le dibujó en la cara.

—No puede ser… —una carcajada escapó de su garganta y, cuando se dio cuenta de que no entendía nada, continuó hablando—. Tu eres la señorita Shepard, Kansas Shepard.

—¿Y por qué sabes tú quién soy yo? —pregunté algo enojada porque supiera mi nombre.

—Pues porque te iba a llamar ahora pensando que llegabas tarde a tu primer día de trabajo —abrí la boca para preguntarle que sabía el de aquello, pero él fue más rápido que yo —. Brew o, como tú lo conoces, el señor Simmons, te ha asignado a esta zona del club. Cree que encajarás mejor aquí que rodeada de campo.

No hizo falta que añadiera nada más, automáticamente me había etiquetado como una niña pija de papá y de mamá.

Me levanté del taburete esperando que al ponerme de pie mis palabras se impregnaran de más severidad, pero estaba segura de que no lo iba a conseguir porque las personas tienen esa mala costumbre de poner etiquetas que después son difíciles de quitar.

—Quiero hablar con él —protesté —. Estoy capacitada para realizar cualquier tipo de trabajo, que no te engañe mi ropa.

Alzó las manos en señal de paz, aunque su sonrisa canalla me decía que aquello solo le hacía gracia. Y aún con todo lo que había ocurrido el día anterior y lo que estaba ocurriendo en ese momento, algo me dijo que aquel chico no era tan prepotente como quería hacer parecer, así que, cuando nuevamente su sonrisa se dibujó en su cara, no pude evitar reírme con él.

Se secó las manos en el trapo que tenía bajo el mostrador y, con un gesto de cabeza, me indicó que lo acompañara hasta el final de este, donde estaba la apertura que permitía pasar a la parte trasera y de ahí al almacén que parecía haber detrás.

Abrió la pequeña tabla que daba paso y, al colocarme a su lado, me sorprendió acercándose a mí y plantándome un beso en la mejilla. No estaba acostumbrada a que la gente saludara así y lo notó al momento.

—Disculpa, esto me pasa cada vez que mis abuelos paternos vienen de España —se justificó —. Me llamo Lucas, pero todos aquí me llaman Luc, les resulta más fácil de pronunciar.

Inconscientemente, fui yo la que después se acercó a él y le dio un beso en la mejilla.

Me estuvo explicando cual iba a ser mi tarea allí y me negué en redondo. No me apetecía ser quien va detrás de los camareros diciéndoles que no habían hecho algo y, además, tener que decírselo después al señor Simmons. Yo quería trabajar de verdad, así que,

después de mucho protestar, accedió a darme un mandil y explicarme donde estaba cada cosa detrás del mostrador.

Nunca había realizado aquel tipo de trabajo o, mejor dicho, nunca había trabajado antes, pero me desenvolvía en la cocina y no creía que fuera tan difícil atender a los socios que se acercaran a pedir algo de beber.

Por lo que me explicó Luc, aquel era el turno más tranquilo y por eso el encargado había decidido que yo estuviera en él. Ya había pasado la hora del desayuno, por lo que casi todos los que querían tomar algo, lo hacían en la terraza exterior y aquí solo pasaban para un café rápido o pedir una botella de agua y poco más. Efectivamente, así fue como transcurrieron las dos primeras horas.

Durante aquel tiempo en el que creía que de tanto limpiar la barra la acabaríamos gastando, nos conocimos un poco más. Luc estaba estudiando en la universidad. Aprovechaba los veranos para ahorrar un poco de dinero y así poder terminar de pagar lo que la beca de deportes no cubría. Jugaba a *lacrosse*, una casualidad que me hizo acordarme de Drake e instintivamente lo nombré en la conversación.

—Como Drake, él es el capitán del equipo —tal como su nombre salió de mi boca me arrepentí.

—Exacto. Me sorprendió enterarme que tenía una hermana.

—Hermanastra en todo caso, pero aún ni eso, nuestros padres no están casados —mi tono de voz sonó tal vez demasiado cabreado, pero me jodía que todo el mundo supiera de mi existencia y fuera por la extraña relación que me unía a White.

—Bueno, entonces creo que puedo decir, sin que te moleste, que me alegro de que no tengas ninguna relación real con él. No soportaríamos a dos iguales por aquí.

Empezó a reírse con fuerza tras ese comentario y no pude más que acompañarlo ganándonos las miradas de un par de señoras mayores que llevaban dándole vueltas a su té desde hacía ya un buen rato.

—Sí, creo que sería una gran conmoción para la sociedad.

—Me pitan los oídos. —Y hablando del rey de Roma, Drake apareció de repente a nuestro lado.

No sabía cuánto de la conversación había escuchado, aunque tampoco me importaba mucho. Nunca había ocultado mis sentimientos hacia él. Fueran cuales fueran estos, y las consecuencias de decirlos en voz alta.

Luc agachó la cabeza, no me pasó desapercibida su reacción al recibir la mirada de Drake y el cómo masculló una excusa para poder salir de allí. Se metió en la parte trasera, donde estaba la pequeña cocina y las neveras diciendo que tenía que reponerlas. Yo sabía que era mentira porque ya lo habíamos hecho un rato antes.

—Te sienta bien el delantal, hermanita.

Lo ignoré, no podía hacer otra cosa. Ya me había dejado descolocada esa mañana y no tenía ganas de hacer como que lo del día anterior no había pasado, así que, simplemente, seguí con mi tarea de limpiar.

—Vamos, no te mosquees. Esta mañana ya te di la manzana de la paz. —Levanté la vista y lo miré directo a los ojos esperando cualquier indicio que me dijera que no podía quitarme la armadura delante de él —. Perdóname, vale. Sé que anoche no reaccioné como debía, aunque decir esto no significa que esté de acuerdo con lo que quiere hacer mi padre, pero te prometo que no usaré la palabra hermanita de manera despectiva.

—No la usarás y punto —respondí malhumorada —. No somos hermanos y, aunque nuestros padres se casen, tampoco lo seremos.

—Tienes razón, Kansas. —Y ahí estaba otra vez mi nombre saliendo por sus labios —. No lo somos y no te puedes imaginar cómo agradezco que sea así.

Dolió, aquel comentario dolió. No podía serlo cuando, aunque me lo negara, seguía sintiendo algo por él. Me negaba a creer que Drake hubiera cambiado tanto. Estaba segura de que en alguna parte debía de seguir estando aquel niño que tenía un corazón enorme, que era amigo de todos y que siempre era feliz. Él no podía saber que yo esperaba que de verdad fuera así.

—Drake, haznos un favor a ambos y ahórrate ciertos comentarios conmigo, ambos sabemos cómo eres. —Su rostro se ensombreció y temí su reacción, pero me sorprendió apoyándose en la barra.

Su cuerpo ocupaba casi todo el ancho hasta dejar su rostro al lado del mío. Noté su respiración cálida sobre mi mejilla, incluso sus labios la rozaron cuando me habló en aquel tono tan suave y casi silencioso.

—Eso es lo que más miedo me da, que eres la única que de verdad me conoce y, aún así, soy incapaz de recuperarte.

Me paralicé por completo, sobre todo después de que me diera un beso casi rozando el lóbulo de mi oreja y se separara lentamente de mí sin retirar la mirada. Me quedé bloqueada con la mano suspendida y con mil preguntas. ¿Qué había sido eso?

—Llevo un rato buscándote, D. —Y ahí era donde yo volvía a la realidad. Tory.

—Tenía que hablar con mi hermana —me guiñó un ojo y supe que era su manera de pedirme disculpas por usar aquella palabra —. Mi padre me ha llamado y tenemos que volver a casa.

Tory se abalanzó sobre él rodeándole el cuello con los brazos y acercando la boca demasiado a la de Drake. Me entraron arcadas con aquella imagen.

—Vaya, me habías prometido que nos bañaríamos juntos en el *jacuzzi.* —Rozó sus labios para después pasar la lengua. Aquello era

asqueroso y Drake no hacía nada por impedirlo —. Creía que querías jugar.

Tosí para llamar la atención de ambos, pero ninguno me miró. Intenté hablar, pero las risas de Tory resonaban demasiado fuerte y parecía que el ignorarme se había convertido en deporte nacional porque ninguno de los dos paró de tontear delante de mis narices hasta que un ruido, que me hizo girarme incluso a mí, los sacó del trance.

—Qué pasa Luc, seguimos siendo manos de gelatina. Así nunca conseguirás ser titular en tu equipo —Drake se burló claramente de él. A sus pies había un vaso roto.

Sabía que aquello no había sido una casualidad y menos cuando Luc solo me miraba a mí e ignoraba las palabras de Drake. Me acerqué a él para ayudarle a recoger los trozos, pero me lo impidió estirando el brazo para que me detuviera y alcanzando la escoba que estaba justo a su lado.

—Shepard, nos vemos en diez minutos en la puerta —dijo Drake —. No tardes, si no estás, te quedaras aquí.

Se fue con Tory agarrada a él como si fuera un mono. No entendía por qué su actitud cuando estaba a solas conmigo era la del chico que conocía de siempre y cuando nos rodeábamos de otras personas, era el tío más arrogante del planeta. Me había descolocado, me había susurrado unas palabras que me hacían pensar que Drake, mi Drake, seguía ahí, pero, después, él mismo desmontó todos mis pensamientos.

Me disculpé con Luc y me dijo que sabía que tenía que irme, por lo visto Simmons ya le había informado. Dejé el mandil en la pequeña cocina y, cuando me despedí de él, no pude evitar darle un beso en la mejilla que fue correspondido. Me agradeció que le permitiera darle una segunda oportunidad después de disculparse por enésima vez de lo ocurrido el día anterior.

Cuando salí, el coche oscuro de Drake ya estaba esperándome. Sabía que era capaz de dejarme allí tirada.

Abrí la puerta del copiloto sin siquiera mirarlo.

—No puedes comportarte así —protesté mientras me abrochaba el cinturón —. La verdad es que a veces no te conozco.

—Buenas tardes, Kansas —mierda, había metido la pata.

—Señor White, creía que era Drake —me disculpé.

—Él se ha llevado mi coche hace cinco minutos. Tu madre y yo tenemos que hablar con ambos. Solo espero que todo lo que piensas de mi hijo no influya en lo que queremos hablar con vosotros.

Joder, joder, joder…

CAPÍTULO 22

Drake

—Drake, tienes una llamada.

Simmons me había avisado por el *walkie talkie* que me habían proporcionado. Estaba dando una vuelta por el campo de golf con uno de los carritos eléctricos. Yo no iba a ser el chivato de nadie. ¿A quién quería engañar? Mi padre me había conseguido aquel trabajo para tenerme controlado, que no volviera a liarla y así no tener que tapar mi mierda una vez más.

Sabía que Kansas sí realizaría su trabajo de manera profesional y que eso de ser la chivata del club no iba con ella, por eso no me sorprendió cuando escuché a dos de los socios hablar de que había una nueva camarera en el bar. A mi padre no le haría gracia que ella estuviera sirviendo mesas, pero tenía claro que ella buscaría las palabras adecuadas para explicar porque aquel era el mejor trabajo que podía realizar.

Conduje el carrito a través del césped para llegar hasta las oficinas cuando vi a Tory agitar los brazos a pocos metros de mí. Aquel verano iba a ser más movidito de lo que había planeado en un principio. Ella y yo teníamos un trato. El verano nos pertenecía a nosotros. Por separado. Cada uno a lo suyo. Cuando supe que lo iba a pasar en esta zona, al principio, no me hizo ninguna gracia. Tory tenía un defecto: era demasiado dependiente y yo usaba aquellos meses para poder desconectar de mi vida. Después de saber lo que planeaba mi padre, pensé que sería bueno tenerla cerca. Tal vez joder un poco más a Kansas, podía ser divertido, pero después de la fiesta en casa de Claire ya no quería hacerlo y no sabía cómo decirle que no me apetecía seguir más con aquel juego que nos traíamos después de cuatro años.

Dejé el carrito a su lado y le indiqué que se sentara para que me acompañara hasta la oficina. Se acercó a mí rodeándome cuello para darme un beso, pero esa vez giré el rostro y sus labios solo tocaron mi mejilla. Jugar con Tory, enrollarnos de vez en cuando y desahogarse, estaba bien. Ambos nos lo pasábamos bien, pero algo me decía que me

estaba traicionando a mí mismo si seguía hundiéndome más en esa espiral a la que cada vez me era más difícil verle la salida.

—¿Qué pasa, Drake? —No la miré siquiera. Sabía que estaría apretando los labios y que dibujaría ese mohín triste que siempre me recordaba que todo lo que pasaba había sido culpa mía—. Es por ella, ¿verdad?

No era tonta. Eso es lo que me hizo darme cuenta de que aquel juego se me había ido de las manos. El único idiota allí era yo. Tal vez, ambos teníamos claro que no estábamos enamorados y que, una vez que el instituto pasara, cada uno iría por su lado, pero teníamos un maldito trato que, aunque no lo habíamos dicho nunca con palabras, sabíamos que estaba allí.

—¿Por qué estás aquí? —respondí con otra pregunta.

—Ya lo sabes. Mis padres querían que este verano fuera más tranquilo y decidieron que pasarlo en la casa donde pasamos las Navidades era la mejor opción. Además, me gusta el club. Me gusta ir al puerto y dar un paseo con el yate. También estás tú…

—No, Tory. La pregunta es por qué estás aquí. Conmigo. Tus veranos son tuyos, no nuestros.

Un maldito cabrón. Así, con todas las letras y con redoble de tambor. Ella me miró y no hizo falta que añadiera nada para que supiera que la había jodido y bien. No está nada mal tener a Tory a tu lado cuando estas planeando cosas para hacer rabiar a Kansas, pero yo había conseguido ponerme solito la soga al cuello.

Se bajó del carrito nada más parar junto a la oficina y sabía que tenía que poner remedio a aquello. Tory podía ser muchas cosas: rencorosa, engreída, un puto grano en el culo la mayoría de veces, pero, durante aquellos años en los que la había tenido a mi lado, me había demostrado que era un gran apoyo, una amiga, aunque siempre hiciera todo para beneficio.

Me acerqué a ella y coloqué las manos sobre sus caderas. Su sonrisa se amplió y movió con rapidez las pestañas. Podéis pensar que era muy fácil de manipular, pero ella sabía que tenía la sartén por el mango, así que hice lo único que creía que podía calmarla y que no jodiera más de lo necesario a Kansas.

—Estoy pasando unas vacaciones muy jodidas y hay algo que no te he contado aún. —Colocó sus brazos cruzados a la altura del pecho esperando a que continuara—. Este verano Kansas está aquí y…

—Pero eso es maravilloso, estando yo a tu lado, vamos a divertirnos muchísimo.

—Lo sé, Tory, pero ese no es el problema principal. Está viviendo en mi casa, con su madre, que se casará con mi padre en un par de semanas.

No quería contarle aquello, pero con Tory no valían las medias

verdades porque, cuando se enteraba de que le habías ocultado parte de la información, era como una bomba de relojería a punto de estallar. Esperaba que se pusiera histérica, que empezara a soltar improperios y que me echara en cara que por qué no lo sabía si llevaba allí algo más de una semana. Me sorprendió que la mueca de su cara se ampliara tanto en una sonrisa. Era de esas que acojonan y que sabes que no va a traer nada bueno.

—¿Por qué no me lo has dicho antes? —Entrelazó su brazo con el mío y como si pudiera moverse por allí con total libertad, tiró de mí hasta las oficinas—. Qué ganas de encontrarme con ella. Este va a ser el mejor verano de nuestra vida.

Simmons nos vio entrar y no protestó al verme hacerlo con ella a mi lado. Seguramente, sabía de sobra quién era su padre. Me hizo un gesto con la cabeza al teléfono que había sobre su escritorio. Una luz roja parpadeaba indicando que había una llamada en espera. Tenía que ser bastante importante si mi padre había esperado tanto tiempo.

Llegaría en cinco minutos al club y me dejaría su coche en la puerta. Por lo visto, el taller podía hacerse cargo del mío él aquel día y mi padre quería llevarlo personalmente. No me sorprendió en ningún momento, lo único que me extrañó es que me dijera que tenía que volver a casa y que avisara a Kansas, pero que no le comentara nada de que él estaba allí, quería aprovechar para hablar con ella. Bueno, tal vez no era del todo extraño después de todos los acontecimientos.

El encargado me dijo que ya podíamos irnos a casa y Tory, que seguía a mi lado y no se había perdido nada de la conversación, había tenido una de esas locas ideas que la caracterizaban y a la que no pude poner ninguna pega, aunque no me hiciera ninguna gracia. El juego empezaba para ella y a mí no me apetecía participar.

¿La reacción de Kansas? La normal y más lógica de todas, incluida esa mirada que me podía haber mandado al infierno sin opción de retorno. Tory no daba un paso sin haber pensado cuales eran los siguientes y su entrada en el restaurante había sido, sin lugar a dudas, triunfal. Muchas veces me había dicho que Arte Dramático era lo que deseaba estudiar y yo estaba seguro de que acabaría siendo una gran actriz.

Quiso acompañarme a casa, pero yo la rechacé de la mejor manera que pude. Mi padre me había pedido que fuera directamente a casa y, aunque la mayoría de las veces hacía lo que me salía de las pelotas, después de todo lo que había pasado en los últimos días necesitaba firmar una tregua con él y algo me decía que lo que me iba a encontrar en casa no me iba a gustar.

Conducir el BMW de mi padre era un placer que uno no podía disfrutar siempre que quisiera, me hubiera gustado tener a Kansas

sentada a mi lado. Pero tocaba volver a la realidad, así que fue a casa; lo que no pensé es que la realidad me esperaba para darme la mayor paliza de mi vida.

Cuando atravesé las puertas de casa, pude ver a Emily saliendo del salón con una bandeja en la que llevaba una tetera y cerré los ojos con fuerza a la vez que los puños contra mis costados para poder contar hasta diez y controlarme. Aquello había sido una encerrona. Lesly, la madre de Kansas estaba en casa y, sin tener que decirme nada, sabía que estaba esperándome.

Anduve hasta allí y la vi sentada en aquel sillón orejero que había pertenecido a mi madre años atrás. Eran tan distintas y, a la vez, tenían tantas cosas en común que un escalofrío me recorrió la columna vertebral. Estaba llevándose la taza de porcelana a los labios cuando me escuchó. Nuestras miradas se cruzaron y pude descubrir que en la suya había una disculpa por haber tenido que hacer las cosas así.

—Por favor, siéntate. No creo que tu padre tarde mucho en llegar. —Aunque no le tembló la voz supe que estaba nerviosa.

Mi padre me había engañado. ¡Ja! Que bien le había salido la jugada del taller. Seguramente, esperaba que yo hablara con su novia, pero no tenía nada que decirle, así que me dejé caer en el sofá que estaba al otro lado del salón y la ignoré mirando mi teléfono. Cuando llegara mi padre, tenía claro que aquello sería peor que Troya.

CAPÍTULO 23

Kansas

¿Conocéis el cuadro del hombre gritando, ese que tiene las manos sobre su rostro? Sí, ese mismo, el de Edvar Munch. Pues yo no recuerdo quien era el que estaba imitando mejor su rostro después de que nuestros padres soltaran la bomba.

La cara de Drake estaba desencajada. Yo sabía que aquello iba a pasar. Joder, hasta mi madre me había enseñado el anillo el día anterior.

—Esto es una puta broma —consiguió articular Drake después de demasiado tiempo en silencio —. No podéis estar hablando en serio.

—Hijo, creo que ayer quedó todo bastante claro en mi despacho. Voy a casarme con Lesly, ya te he dicho que estoy enamorado de ella. —aquellas palabras me conmovieron y miré a mi madre en busca de ese brillo que sabía que pintaba su cara —. Me da igual cual sea tu opinión en estos momentos.

Me había sentado al lado de Drake cuando llegué con su padre y vi su expresión. En dos semanas se casarían y celebrarían el enlace en la capilla del club. Todo parecía haber cogido demasiada velocidad. Sí, me alegraba que mi madre quisiera rehacer su vida, se lo merecía más que nadie, pero no estaba preparada para todos los cambios que conllevaba aquella boda.

—Os conocéis desde hace mucho tiempo, habéis sido buenos amigos. Seguro que las diferencias que hay entre vosotros pueden solventarse, además —siguió relatando mi madre con su hermosa sonrisa en la cara—, estoy segura de que vais a realizar un gran trabajo ayudándonos con los preparativos.

Y sí, ahí es donde Drake explotó de nuevo o, al menos, eso creí que pasaría en el momento en el que se levantó. Para mi sorpresa, me agarró de la mano mientras se ponía en pie haciendo que me levantara con él. Me quedé mirándolo, al principio horrorizada, esperando lo peor, pero, después su sonrisa canalla, esa que sabía que usaba para desarmar a todo el mundo, la misma que usaba para ligar con las

chicas del instituto y salirse con la suya, se dibujó en su rostro.

—Me parece una idea estupenda, Lesly, tienes toda la razón. Kansas y yo nos lo podemos pasar muy bien organizándolo todo y más si es en el club. —Enseñó su preciosa dentadura blanca y supe que ya se había ganado a mi madre y a su padre.

Ambos sonrieron ante el cambio de actitud de Drake, pero a mí no me engañaba, sabía que, tras esa sonrisa, había algo más escondido. Sabía cómo era, como era capaz de manipular las situaciones y a las personas a su antojo. Solo unas horas antes lo había conseguido conmigo en el bar, susurrándome aquella frase al oído para después seguir como si nada con Tory. No sería tan tonta como para dejar pasar la oportunidad de saber que era lo que realmente estaba tramando. Drake era así, ayudaba para sacar algo a cambio. Siempre.

Dejé que me guiara por los pasillos de la casa hasta salir a la zona trasera, donde estaba la piscina. No me había soltado la mano en ningún momento, y yo tampoco me había quejado de que aún me tuviera sujeta. La sensación de que sus dedos rodearan los míos se me antojaba demasiado apetecible.

El sol de la tarde aún calentaba y ver el agua calmada incitaba a bañarse. Dejé que tirara de mí hasta que se sentó en una de las hamacas que rodeaban la piscina y me acomodé a su lado. Demasiado cerca.

Sentí como su pierna rozaba la mía, su mano aún agarrándome y, por un momento, me vino un recuerdo olvidado de la fiesta.

Me vi en un sofá, sentada con los pies sobre una mesa baja. Estaba descalza y ya no llevaba el vestido que había usado en la fiesta. Llevaba una camiseta, pero no era una camiseta cualquiera, era la camiseta del equipo con el número de Drake. No sé cómo ese pensamiento había quedado relegado al olvido. Seguía sin entender por qué aquella noche se había borrado de mi mente, pero lo que más me molestaba era ir recordándola poco a poco.

Sé que nos levantamos en la misma cama, desnudos, pero aquella imagen de la noche era de mucho antes de lo que hubiera pasado entre ambos. Estaba allí, sentada, casi desnuda, y una mano estaba posada en mi muslo. Drake estaba a mi lado, acariciándome.

—Shepard, vuelve a la tierra. —Su voz me sacó de mis pensamientos y me hizo darme cuenta de la cercanía que había entre ambos y como su mano estaba sobre mi pierna, como pasó aquella noche —. Parece que estás soñando.

—Creo más bien era una pesadilla —respondí más malhumorada por no ser capaz de recordar aquella noche.

—Kansas —y de nuevo ahí estaba mi nombre saliendo de su boca —, sé que he sido un cabrón estos últimos años y me merezco todo el desprecio y el odio que sientes por mí, pero creo que tienen razón y

deberíamos de enterrar el hacha de guerra o, al menos, hacer algo al respecto.

Vaya, al parecer tenía razón y Drake seguía teniendo su corazoncito. Asentí y estuve algunos segundos más en silencio estudiando mi respuesta. Porque tenía que ser algo lo bastante bueno para ambos y para todo lo que estaba por venir, pero sin darme cuenta, una frase salió de mi boca e hizo que a él se le dibujara su arrogante sonrisa en la cara.

—Hagamos un contrato.

—Me parece que es la mejor idea que has tenido en la vida. —Se levantó de golpe y dio dos pasos en dirección al interior de la casa —. Voy a por papel y boli, esto hay que dejarlo por escrito.

Me había vuelto a meter en la boca del lobo, pero, si jugaba bien mis cartas, si era la Kansas ingeniosa, podía salir más que beneficiada con aquella idea, así que, mientras él iba a por lo que nos hacía falta, me acomodé en la butaca con las manos debajo de la cabeza y dejé que los últimos rayos del sol calentaran mi piel con una sonrisa en la cara.

Empecé a quedarme adormilada y me di cuenta de que Drake estaba tardando más de lo que debería, así que abrí los ojos y me encontré con los suyos mirándome directamente. Estaba allí, con su sonrisa, la sinvergüenza esa vez. Aunque me molestara admitirlo, me encantaba como usaba su sonrisa a su antojo y que siempre se saliera con la suya.

—Te estabas quedando dormida.

—Tal vez porque has tardado demasiado —respondí sentándome y haciéndole un gesto con las manos para que me diera el papel y el bolígrafo que tenía en las manos.

Negó con la cabeza y, en vez de darme las cosas, se sentó a mi lado dejando la misma distancia que antes: ninguna.

—Esto va a ser divertido. Sé que te prometí que no volvería a llamarte hermanita…

—Y esta tarde cuando apareció Tory lo hiciste —no pude evitar decirlo. No porque incumpliera aquella promesa, que yo sabía que no iba a durar, sino porque la rompiera por joderme delante de Tory.

—De acuerdo, eso fue algo rastrero, pero es que me encanta cuando te cabreas. Aunque, en este caso, si tu madre se casa con mi padre, seremos oficialmente hermanastros, así que creo que esto es un contrato o una tregua entre hermanos, ¿no te parece?

Suspiré con fuerza porque sí que era así. Una vez que nuestros padres unieran sus vidas, las nuestras cambiarían de la noche a la mañana.

—¿Qué pasará cuando se casen y volvamos a nuestra vida? —pregunté pensando en voz alta.

—Pues para esto va a servir este contrato. Piensa que este mes que nos queda aquí, antes de volver, va a ser un aprendizaje de convivencia. Lo lógico es que vivamos juntos.

Y de repente me di cuenta de que no iban a cambiar muchas cosas, sino todo. Vivir bajo el mismo techo que Drake. Convertirme de verdad en su hermana, pasar tiempo con él. Convivir con él. Me puse nerviosa al comprender que esta experiencia, la de vivir bajo el mismo techo, no solo sería un verano, sería hasta que me fuera a la universidad y para eso quedaba un curso aún.

—Empecemos a escribir —dijo finalmente rompiendo el momento de tensión.

Pensamos y pensamos. Borramos y pusimos puntos hasta que, después de unas cuantas discusiones que no fueron demasiado acaloradas, llegamos a un contrato medianamente aceptable.

—Bueno, creo que solo queda que lo firmemos —dije con el cuaderno en mis manos. Puse mi firma en la parte de debajo de la hoja y le tendí el bolígrafo.

—Déjame que lo lea de nuevo antes de que lo cerremos oficialmente —y empezó a leer en voz alta:

> « 1. No usaremos la palabra hermanos de manera despectiva en ningún caso.
>
> 2. Ayudaremos en todo lo que haga falta hasta la ceremonia y, una vez que pase la fecha, cada uno seguirá con su vida.
>
> 3. No volveremos a tener ningún tipo de contacto negativo en el instituto ni fuera de él.
>
> 4. Cada uno hará su propia vida sin involucrarse en la del otro».

»Y, por último, pero no por ello menos importante, la quinta, la que más me gusta. —Se levantó de la hamaca y se irguió con el cuaderno en las manos, como si fuera a leer la proclamación del siguiente premio Nobel.

> 5. Aunque no seamos hermanos, nos comportaremos como amigos aunque no sea algo que nos haga verdadera ilusión.

—Pues creo que es la que más te va a costar —respondí mientras lo veía plasmar la firma en la parte baja de la hoja.

—Te equivocas, Kansas. Creo que es la que más voy a disfrutar. Me va a gustar volver a ser amigos.

Y tal como termino de decir aquello, rasgó el papel del cuaderno, lo dobló hasta que quedó de un tamaño lo suficientemente pequeño como para guardarlo en su cartera.

—Creo que me debería de hacer cargo de guardar ese contrato —protesté.

—No te preocupes, aquí no se perderá, pero si quieres llevarlo tú, te haré llegar una copia y así podrás usarlo en mi contra si no cumplo alguna de las cláusulas. —Se dio la vuelta hasta llegar a la puerta de la entrada a la casa, dejándome allí sentada viendo cómo se iba con el papel que nos daba una tregua —. Una cosa más… Creo que serás tú la primera en incumplir una de las normas y me da que va a ser la última.

No pude evitar levantarme, sabía que estaba poniéndome a prueba, y me di cuenta de que estaba a punto de hacer lo que había dicho cuando llegué a su lado, mirándolo a los ojos y con la clara intención de dejarle dos cosas claras. Su mirada triunfante se iluminó, así que no me quedó más remedio que hacer otra cosa.

Abrí la boca y, cuando vi en sus ojos que se sentía ganador, me puse de puntillas y pegué mi boca a la suya. Sé que lo cogí desprevenido porque al principio no reaccionó y me permití el lujo de saborear sus labios, de sentir como temblaban a causa de un beso inesperado. Por la sorpresa, pero no tardó en reaccionar y sus manos rodearon mi cuerpo, se pegó a él y su lengua se perdió en el interior de mi boca.

Sí, en aquel momento supe que nuestro contrato nos traería muchas cosas nuevas y sobretodo, problemas.

CAPÍTULO 24

Kansas

*H*abían pasado dos días de aquel beso en la piscina. Después de que nuestras bocas se separaran, Drake se había quedado callado, de pie, con sus manos en mis caderas y sin reaccionar.

En otro momento, podría haber soltado uno de mis comentarios mordaces, haber iniciado una batalla entre ambos, pero no quería eso, no solo por no incumplir el contrato que habíamos firmado, había algo mucho más importante que todo aquello: había disfrutado con aquel beso y con su reacción. Cómo me lo devolvió, cómo saboreamos aquel momento fugaz pero tan intenso.

Después de aquello, los dos días siguientes pasaron más tranquilos de lo que estaba acostumbrada. Apenas me crucé con Drake por casa. Una vez que nuestros padres formalizaron el compromiso y lo anunciaron, tras la tregua por contrato entre Drake y yo, no sentí la necesidad de quedarme en mi habitación. Podía usar en mi beneficio todo lo que había escrito en aquel papel que tan cuidadosamente había guardado y del que aún no había recibido una copia.

Pasados esos dos días, Drake desaparecía de la habitación en la que estaba si me escuchaba llegar. Creía que se encargaría de llevarme al club para trabajar, ya que compartíamos el mismo horario, pero no fue así. Me sorprendió que, al día siguiente de nuestra tregua, mi madre me dejara una nota junto a las llaves del coche diciéndome que podía usarlo para lo que necesitara. Pero no fue eso solo lo que me sorprendió, lo más extraño es que parecía que todo se había puesto a favor de que Drake y yo no nos encontráramos.

Trabajando en el mismo sitio, supuestamente, teniendo que hacer tareas similares, no nos habíamos visto ni una vez. Yo llegaba y, después de aparcar el coche en la zona de empleados, me dirigía hasta el bar donde Luc me recibía con su sonrisa y, sin tener que pedirle nada, me tendía el mandil y nos poníamos a atender a las personas que venían a desayunar o, simplemente, a por agua.

—Te veo especialmente distraída hoy. —Las palabras de Luc me

hicieron darme cuenta de que llevaba demasiado tiempo secando el mismo vaso —. Al final lo desintegrarás.

Lo dejé en su sitio obviando el comentario. Sí que estaba distraída, pero es que había cosas de Drake que no terminaba de comprender. Cada vez que tenía la oportunidad de molestarme, lo hacía, pero, desde que habíamos firmado aquel contrato, me daba la sensación de que estaba aguardando a que fuera yo quien diera el paso para incumplirlo.

—Kansas, sé que no empezamos con buen pie y que, tal vez, no debería meterme donde no me llaman —dijo colocándose a mi lado —, pero el otro día, cuando Drake estuvo aquí y apareció su amiga —suspiró y sé que lo hizo para buscar las palabras adecuadas —: parece que no te llevas bien con tu hermano.

—¿Quién dices que no se lleva bien con su hermano? —Drake tenía ese don de aparecer y escuchar conversaciones ajenas cuando menos te lo esperabas, pero esa vez me gustó que usara esa palabra porque iba a echárselo en cara, cuando el siguió hablando —. Te equivocas, Lucas, Kansas no es mi hermana, es mi amiga y nos llevamos genial.

Se acercó hasta el lado de la barra donde estaba la apertura, justo donde yo me encontraba en ese momento, lo necesario para poder agarrarme del brazo y tirar de mi para colocarme a su lado, pasar su brazo por encima de sus hombros y acercarse tanto que noté su aliento cálido en la mejilla.

—Ves, Kansas es como una hermana solo en algunos aspectos, para todo lo demás es una amiga, una gran amiga —y para mi sorpresa, estampó un beso sobre mi mejilla, demasiado cerca de la comisura de mis labios haciéndome desear que me besara.

Esa era una de las cosas que tenía Drake, conseguía desarmarte sin necesidad de usar nada más que su naturalidad. Se sabía guapo y encantador, un ligón en toda regla, y no había manera de hacerle ver que su prepotencia le haría perder puntos, para nada, todo aquello solo le hacía más apetecible y yo había vuelto a caer en sus garras como años atrás.

—¿Qué es lo que quieres? —respondí intentando no parecer afectada por su cercanía y su beso.

—Solo venía a saber que estabas haciendo. Mi padre tiene un par de caballos y una yegua en el club que se están desaprovechando. He hablado con Simmons y me ha dado permiso para sacarlos a pasear un rato. —Estaba entendiendo lo que me estaba diciendo, pero no comprendía que pintaba en todo aquello —. Mike está esperándonos para que salgamos ahora.

—¿Para qué me necesitas? —respondí incrédula. No podía ser que me estuviera pidiendo que fuera a montar a caballo. Imposible, si

apenas sabía mantenerme recta en una bicicleta.

—Mike montara a uno de los caballos, el otro es mío y necesito a alguien que se encargue de la yegua y no hay nadie más aquí en quien confíe para hacerlo. —Luc observaba como avanzaba nuestra conversación y como Drake no me soltaba.

—Yo…yo —balbuceé —. No tengo ni idea de cómo se monta a caballo.

—Pues no se hable más —dibujó una de sus mejores sonrisas, esa que le llegaba de oreja a oreja demostrando que había tenido la mejor de las ideas —, hoy será tu primera clase de equitación.

Negué con la cabeza efusivamente, tanto que lo acompañé con un movimiento del cuerpo, de manera rápida y eficaz, lo justo para poner distancia entre ambos y volver a meterme tras la barra.

—Es imposible, Drake. Tengo mucho trabajo aquí y Luc me necesita. —Drake miró por encima de mi cabeza, justo donde sabía que estaba mi compañero. Sabía que no tenía escapatoria.

—Lucas…

—Vete, Kansas. Aprovecha la oportunidad, además estoy seguro de que si el señor Simmons viene por aquí y sabe que Drake te ha ofrecido esta oportunidad y tú la desaprovechas, creerá que es culpa mía.

No hubo más cruce de palabras porque volvía a tener a Drake a mi lado agarrándome, esta vez, la muñeca y tirando de mí por el salón del bar hasta llegar a la terraza y caminar por el césped, sin importarle que por allí hubiera un grupo de mujeres haciendo ejercicios con el monitor. Tampoco le importó cruzarse justo delante de un carrito de golf y hacerlo frenar en seco hasta casi atropellarnos. Lo único que le hizo pararse fue cuando pronuncié su nombre y me quejé de que el corazón se me saldría por la boca si no me dejaba tomar aire.

Cuando creía que me iba a hacer caso, pasó lo más surrealista del mundo.

—Súbete a mi espalda —se puso de espaldas a mí, poniendo las manos en posición para que me subiera —, aquí empieza la clase. Vamos, Kansas.

—No pienso subirme encima de ti —respondí dando un paso hacia atrás y, de nuevo, no me esperaba su reacción.

—Lo que quieras.

Y antes de darme cuenta, Drake me había cogido en brazos hasta cargarme en su hombro. Desde aquella posición podía ver la perfecta curva de su trasero, pero me clavaba los huesos de su hombro en el pecho, dejándome aún más sin aliento y sin fuerzas para protestar.

Intenté patalear un par de veces para que me bajara, pero solo conseguí llevarme un cachete en el culo que me dejó sin palabras. No

por la fuerza, porque no lo fue, sino por la manera en la que su mano me golpeó, con suavidad y, después, por como deslizó la palma de su mano por mi muslo hasta que rodeó mis tobillos y consiguió que dejara de moverme.

Cinco minutos después, Drake al fin me dejó en el suelo. Habíamos llegado a las caballerizas que me enseñó Mike el primer día y lo busqué, pero Drake se colocó delante de mí.

—Mike ya habrá salido. —No pude evitarlo, lo empujé con todas mis fuerzas, pero ya no era aquel niño delgaducho, así que aquel golpe contra su pecho no surtió efecto.

—¿Incumpliendo el contrato? —Se acercó a mí, tanto o más que en el bar, poniéndome nerviosa, pero no podía permitir que lo notara.

—Te equivocas. Has sido tú el primero que ha incumplido el contrato subiéndome a tu hombro y después golpeándome el trasero —respondí sin amilanarme.

—No te he escuchado protestar —sus palabras casi rozaron mis labios al decirlas —. Y lo que he hecho con tu culo no ha sido golpearlo, ha sido el azote más placentero de todos los que he dado.

—Drake…

—Kansas…

Nos quedamos mirándonos el uno al otro. No había desafío, no era una lucha entre dos personas, había mucho más. Palabras que nos daban miedo pronunciar, besos que daban miedo; pero lo que más me aterraba de todo aquello, era dar el paso y acabar con el corazón destrozado.

—No lo entiendes, ¿verdad? —dijo aun acortando más la distancia entre ambos y colocando sus manos sobre mis hombros. Negué sin saber que hacer o responder —. Hay muchas cosas que no puedo explicarte ahora, pero…

Y no terminó la frase, su boca se unió a la mía. Parecía que retomáramos aquel beso donde lo dejamos dos días atrás, con la diferencia de que era él quien lo iniciaba.

Mis manos volaron instintivamente hasta su cuello y mis dedos se enredaron en su pelo. Las suyas, que estaban en mis caderas, me rodearon, colocando una en mi espalda, casi donde empieza a perder su nombre. La otra fue acariciándome la curva lateral, rozando el borde de mi sujetador para acabar subiendo hasta la parte trasera de mi cuello y así ayudarse a profundizar el beso.

Su boca se movía de manera delicada sobre la mía, entreabriéndose e invitándome a saborearlo mejor, no me lo pensé dos veces y busqué su legua con la mía, rozando primero sus labios, provocando que abriera más la boca y respirando su aliento, hasta que, finalmente, llegué a mi objetivo y nuestras leguas se enredaron para que nuestros cuerpos se unieran más.

Sentí cómo jadeaba sobre mi boca, cómo su pulso se aceleraba y nuestros corazones bombeaban más sangre haciendo que casi latieran a la vez.

—Jodida Kansas —balbuceó sobre mi boca —. Jodida y deliciosa Kansas.

CAPÍTULO 25

Kansas

*E*staba perdida. Perdida en el sabor de su boca y en la locura que estaba cometiendo. Estaba besando a Drake como si me fuera la vida en ello, pero él me estaba respondiendo de la misma manera.

Noté como sus manos se deslizaban por mi espalda y se acercaban con descaro a mi trasero. No sabía lo que estaba pasando o, tal vez, era demasiado consciente de lo que ocurría allí, por eso no opuse resistencia y no me quejé cuando dio un par de pasos, sin soltarme, sin dejar de besarme, escuchando sus gemidos cada vez que su cuerpo se unía más al mío hasta que acabé con la espalda contra la pared de las caballerizas.

—Drake…

Balbuceé cuando sus dientes mordisquearon mi labio inferior y noté como se pegaba más a mi cuerpo, percibiendo su excitación.

Yo no era una mojigata. En el tiempo que estuve saliendo con Brian, no es que hubiéramos llegado a hacerlo, seguía siendo virgen, pero habíamos jugado lo suficiente como para saber cuándo un chico se excitaba lo suficiente y sabía que era lo que le estaba ocurriendo a mi cuerpo, pero nunca lo había sentido con tanta intensidad.

El calor y la humedad me invadía. Eso nunca lo había sentido y Drake me lo hizo saber sin ningún tipo de remordimiento, consiguiendo que me sonrojara al momento.

—Kansas —susurro en mi boca mientras deslizaba su mano por mi estómago hasta llegar al borde de mis vaqueros —, quiero tocarte y sé que tú estás deseando que lo haga.

En ese mismo momento fui consciente de donde estábamos. En un lugar público, a la luz del día, donde podía vernos cualquier persona y nuestros padres se casarían en tan solo un par de semanas allí mismo.

Dejé de mover mi boca, mi lengua volvió a su sitio y mis dedos dejaron de enredarse en su pelo. Me estaba costando separarme de él y dejar de sentir el calor de su cuerpo junto al mío. No es que fuera un error lo que estaba pasando entre nosotros, era algo que, aunque me

lo había negado en los últimos años, aunque pensara que lo que sentí era un amor de juventud, me recordaba que nunca había dejado de sentir algo por Drake.

—No podemos seguir con esto, Drake —dije cuando él dio un paso hacia atrás dejando un espacio entre ambos que se me antojaba un abismo.

—¿Y por qué no, nena? —contestó colocando un mechón de pelo que se había escapado de mi cola detrás de mi oreja —. Sé que me deseas, igual que me pasa a mí y no creo que estemos infringiendo ninguna norma de nuestro contrato.

Respiré hondo dándome cuenta de que era lo que estaba pasando. Drake me acababa de demostrar que lo único que buscaba de mí era entretenerse un rato. Lo miré a los ojos por primera vez aquel día y no me gustó nada lo que vi.

—¿Qué te has tomado, White? —usé su apellido a conciencia, demostrándole así que estaba molesta por lo que acababa de pasar entre ambos.

—No es de tu incumbencia, Shepard. No eres nadie para meterte en mi vida y en lo que hago.

Su respuesta fue demasiado defensiva. Seguía casi pegado a mí e, incluso, tenía un brazo apoyado en la pared junto a mi cabeza, cortándome la única salida que tenía para separarme de él. Miré hacia abajo pensando cual era el siguiente movimiento que tendría que hacer.

Escuché como chasqueaba la lengua y después negaba con la cabeza. Seguramente, él ya sabía que era lo que tenía que decir o hacer, pero me estaba dando la oportunidad de quejarme, de protestar y, seguro, de que le abofeteara y de esa manera nuestro contrato quedara anulado. Pero no se iba a salir con la suya. Hice lo único que sabía que haría que sus pensamientos e ideas se tambaleasen.

Di ese paso que nos separaba pegándome de nuevo a él, haciendo que mi pecho chocara con el suyo. Sé que mi respiración se agitó, pero me encantó darme cuenta de que no era a la única a la que le pasaba, ya que un nuevo jadeo se escapó de entre sus labios cuando llevé mi mano a su rostro y pasé mi pulgar por su boca haciendo que él sacara la lengua y me lo rozara humedeciéndolo levemente.

Ese era mi momento, el momento para cogerlo desprevenido y conseguir de verdad la distancia que necesitaba. Me había gustado Drake y, para mi desgracia, lo seguía haciendo, pero no iba a dejar que un juego tonto me hiciera caer en sus redes. Si de verdad pretendía tener algo conmigo, no me iba a conformar con las migajas como el resto de chicas del instituto. Yo quería el *pack* completo, por eso aproveché y coloqué mis dos manos sobre su pecho notando el acelerado latido de su corazón y, cuando hice el amago de ponerme de

puntillas para empezar a besarlo de nuevo, ejercí la suficiente fuerza para que diera un par de pasos hacia atrás y de esa forma liberarme de su cercanía.

—Kansas, me has devuelto el beso, he notado que tú lo deseabas tanto como yo. —Me agarró de la muñeca cuando conseguí poner algo de distancia entre ambos.

Me giré hacia él, enfrentándolo, con las lágrimas intentando salir de mis ojos, amenazadoras de un llanto doloroso. Respiré con fuerza, tenía que ser valiente y poner distancia antes de caer en algo de lo que sabía que después sería incapaz de escapar.

—Esa palabra es la que demuestra que estás equivocado —tal vez levanté la voz demasiado, seguramente si había alguien cerca, me había escuchado, pero era lo único que podía hacer para retener las lágrimas —. Deseo no es algo que defina lo que siento por ti.

Tal como las palabras escaparon de mi boca, me di cuenta de lo que había dicho. Drake me soltó la muñeca permitiendo que me fuera de allí, notando como las primeras lágrimas estaban empezado a rodar por mis mejillas. Percibí su calidez, su humedad, su sabor salado mientras llegaban a mis labios.

No, no iba a ser capaz de cumplir mi parte, no iba a poder permanecer callada, ser su amiga cuando lo que único que él quería era..., era perderse en mis bragas. Solo de pensarlo, se me encogía el corazón. Quería huir de allí, correr hasta acabar perdida en algún lugar en el que nadie me conociera y no me preguntara por qué estaba llorando, porque, joder, me había encantado volver a sentir los labios de Drake, pero no golpearme con el duro muro de la realidad.

Apenas había salido de la zona de las caballerizas, cuando escuché como gritaba mi nombre y a los pocos segundos lo tenía frente a mí con el rostro rojo de la ira y, por un momento, pensé que me gritaría, que me diría que era una niña pequeña incapaz de enfrentarse a sus problemas.

—Joder, Kansas, perdóname —no estaba acostumbrada a escuchar esas dos palabras salir de su boca, pero las que vinieron a continuación me dejaron anonadada—. Soy un completo gilipollas, lo sé. No me he comportado contigo bien desde —parecía que las palabras se habían quedado a medio camino, pero, después de mirar al cielo, volvió a mirarme —, desde que mi madre falleció. La cagué aquel día, lo sé, pero lo peor de todo es que caí en una maldita espiral en la que tú te convertiste en el centro del huracán.

—Drake, explícate porque estoy empezando a no entender nada.

Se pasó las manos por el pelo despeinándose y pude ver al momento que su mirada se volvía triste.

—Me odio como no te puedas imaginar. Odio aquel día como el que más. No debí de decirte aquellas palabras.

—Éramos unos críos y tú habías perdido a tu madre —respondí y, sin darme cuenta, me estaba solidarizando con él, sin conocer aún cuáles eran sus intenciones de verdad, qué era lo que pretendía sacar de aquello.

—Y aun así no es excusa para todo lo que ha pasado: los años siguientes donde te he hecho la vida imposible, donde he boicoteado las cosas buenas que podían pasarte. —Se acercó un poco a mí y vi como dibujaba de nuevo un poco su sonrisa al notar que no me separaba de él —. Siento todo lo que ha pasado, como lo de Brian.

Me acababa de quedar en blanco porque no entendía donde encajaba mi ex en toda la conversación. Él se dio cuenta al momento de las palabras que había pronunciado porque palideció al segundo.

—¿Qué hiciste, Drake? —pregunté encarándome a él.

—Yo…, yo le dije que te dejara —respondió separándose de mí al darse cuenta de que había apretado los puños junto a mi cuerpo.

Aquello no podía estar pasando. Drake no podía haber manipulado mi vida de aquella manera. Él había provocado todo aquello, desde el día que Brian había decidido que nuestra relación no tenía sentido durante el verano, hasta el acabar desnuda en la cama de su casa.

Respiré hondo, analizando toda la información que había conseguido con tan solo una frase. Sabía que, en aquel mismo momento, nuestro contrato había extinguido. No pude refrenar mi mano, ni siquiera sé de donde salió el valor de golpearlo, de darle aquella bofetada y no importarme que me viera llorar. En aquel momento, sentí placer de que me viera hacerlo, de que con ello comprendiera el daño que me había hecho.

—Yo…

—Ni se te ocurra, Drake. Ni se te ocurra decir una palabra, ni pedir perdón porque, lo siento, no voy a creerte.

Me di la vuelta, no sin antes darme cuenta de que su rostro estaba cogiendo un tono carmesí en la zona donde había impactado mi mano. No me sentía orgullosa de ello, pero si sentí una pequeña liberación al haber encontrado respuestas a tantos años de odio sin sentido.

CAPÍTULO 26

Kansas

Corrí todo lo rápido que mis piernas me permitieron sin fijarme donde pisaba y si el rumbo que había tomado era el correcto para llegar hasta el bar.

No pretendía ponerme a trabajar de nuevo, lo único que estaba buscando era la salida, la única que conocía en aquel lugar para poder llegar hasta el aparcamiento y montarme en el coche. Irme sin rumbo alguno. Desaparecer.

Sabía que mi madre se casaba en dos semanas. Sabía que me había comprometido a ayudarla en todo lo que estuviera en mi mano, pero no podía seguir viviendo bajo el mismo techo que Drake. No sabía qué excusa le pondría a mi madre, pero necesitaba escapar de allí fuera como fuera.

Levanté el rostro lo suficiente para ver que ya estaba en la zona vallada, donde aquel grupo de mujeres seguían con sus ejercicios de yoga, lo que no me esperaba es que justo en la puerta, como si estuviera esperando mi llegada, estuviera Luc con cara de pocos amigos. ¿Sabría algo de lo que había pasado?, ¿tan rápido?

Ralenticé el paso hasta que llegué frente a él y vi como forzaba una sonrisa y me abría la puerta dejándome espacio para que pasara al interior. Sabía que la sonrisa no era sincera. Aunque no se conozca a las personas, hay veces que se sabe cuándo no sienten lo que se está intentando mostrar, y el intenso color avellana de los ojos de Luc no podía mentir.

Caminé hasta la barra y entré al otro lado para coger el pequeño bolso que siempre me acompañaba donde tenía mi teléfono móvil y las llaves del coche de mi madre. Luc me seguía en silencio, al menos no era Drake quien estaba detrás de mí esperando que le dijera algo más, pero sentía que tenía que decirle algo. Fue él quien se me adelantó.

—No sé lo que ha pasado, pero uno de los chicos de las caballerizas me ha avisado de que te ha escuchado discutir con Drake

y habías salido corriendo hacia aquí. —Lo miré sorprendida de que se hubiera enterado tan rápido de aquella discusión —. Perdona que me meta donde no me llaman. El club en terrenos es grande, pero los rumores y chismorreos corren como la pólvora.

—Yo…yo, no sé qué decirte —respondí pasando mis manos por las mejillas y eliminando las lágrimas que me las bañaban.

—No tienes que decir nada, Kansas. Tiene que ser complicado tener a Drake como hermano —dijo sorprendiéndome de nuevo —. Este es mi segundo verano aquí y tampoco he tenido la oportunidad de conocerlo lo suficiente, pero hay chicos como Mike que sí lo han hecho.

—No es mi hermano —fueron las primeras palabras que salieron de mi boca.

—Bueno, sí, eso lo sabía, pero ahora que su padre y tu madre se van a casar…

Me estaba cabreando por momentos, no con Luc, no podía cabrearme con una persona que lo único que estaba haciendo es decir lo que ya sabía. Lo que de verdad estaba consiguiendo enojarme, hasta tal punto que estaba apretando los puños de mis manos con fuerza y notaba el dolor de mis uñas clavadas en las palmas, era que Luc, sin apenas conocerme, se había dado cuenta de lo incompatible que éramos, de que una vez que nuestros padres se casaran, nuestra vida se uniría irremediablemente y eso era algo que, después de compartir besos y sentimiento, se me antojaba peligroso y demasiado doloroso.

Se había quedado en silencio e, incluso, me pareció ver que daba un paso hacia atrás poniendo distancia entre ambos. Aproveché ese momento para terminar de recoger mis cosas, volver a la barra y abandonar aquel lugar sin dar más explicaciones. Solo esperaba que mi actitud en aquel momento fuera suficiente para anunciar que no volvería por allí, al menos hasta la dichosa boda.

Sí, quería lo mejor para mi madre, pero necesitaba que ella supiera que su felicidad estaba destrozando la mía.

¿Cuántas personas habrían visto aquella escena? Y no hablo de la del beso, esa estaba casi segura de que era mía y de Drake nada más, pero estaba segura de que muchas personas me habían visto llorar y correr por el club y, gracias a Lucas, sabía que la información iría rápida como la espuma. Solo me quedaba cruzar los dedos para que no llegara a oídos de mi madre.

Caminé por el aparcamiento que, en aquellos momentos, estaba desierto. Había solo un par de coches más junto al mío y una moto que llamaba bastante la atención por su tamaño.

Busqué las llaves en el pequeño bolso y, cuando estaba acercándome al coche, empecé a apretar el botón que activaba las puertas, pero no hacía nada. Lo golpeé, lo froté, hice de todo hasta

que llegué junto al Ford que seguía sin reaccionar. Miré las llaves en mi mano. Solo esperaba que el sistema eléctrico no fuera lo que estaba fallando.

Me metí en el coche y, cuando estaba a punto de comprobar si mi coche quería colaborar y llevarme a casa, un golpe hizo que levantara la vista. Frente a mí, con ambas manos sobre el capó de mi coche, Drake me miraba con cara de pocos amigos.

Me tembló el pulso hasta tal punto que las llaves se me escaparon de entre los dedos y se me cayeron, pero no me moví. No me agaché para cogerlas, su mirada me tenía hipnotizada.

Sé separó lo justo del coche para rodearlo, pero, para mi sorpresa, no se dirigió a la puerta del conductor, sino que lo rodeó hasta abrir la puerta del copiloto y se sentó a mi lado con la mirada al frente y los puños apretados sobre las rodillas, en completo silencio.

Me moví nerviosa en mi asiento, tanto que golpeé con el pie las llaves y el ruido que estas produjeron hizo que Drake girara la cara hacia mí. Vi tantas cosas en su rostro que, por un momento, sentí hasta compasión por él, pero solo por un momento, ya que después abrió la boca y recordé que seguía siendo aquel chico que buscaba cualquier excusa para joderme el día y que la tregua del día anterior no era más que otra treta para reírse de mí.

—Estoy empezando a cansarme, Kansas —su voz sonaba mucho más seria que de costumbre —. No era esto lo que hablamos ayer, así nunca conseguiremos nada.

—Eres un completo hipócrita —grité girando mi cuerpo hacia él y encarándole. Era eso o ponerme a llorar —. Eres tú el que me ha provocado. Eres tú el que hoy parece el tío más leal de mundo y después te comportas como un, como un…

Quería decirle tantas cosas que me daba miedo después arrepentirme porque, desde la fiesta de fin de curso, este era nuestro *modus operandi*. De repente, nos llevábamos como el perro y el gato y al momento, estaba deseando meter mis dedos entre los mechones de su pelo para acercar su boca hasta la mía y convertirnos en uno solo. Aunque me quisiera negar una y otra vez lo que estaba pasando, me estaba pillando por él más de lo que creía haber estado nunca.

—¿Cómo me comporto, Kansas? —Levantó su mano hasta mi rostro y me sorprendió cuando colocó un mechón de pelo tras mi oreja y después, con su pulgar, eliminó una lágrima que rodaba hasta casi rozar mis labios —. ¿Cómo un gilipollas?, ¿cómo un idiota que no sabe cómo tratarte porque está enamorado? Kansas, no sé cómo tratarte porque llevo demasiado tiempo luchando contra estos sentimientos.

El tiempo se paró a nuestro alrededor. Estaba casi segura de que los pájaros se habían quedado suspendidos en el aire, que la poca

brisa que corría se había quedado congelada en el momento en el que movía la rama de los árboles y que, cuando el tiempo empezara a funcionar otra vez, lo haría enojado por haberlo acallado de aquella manera. La tormenta después de la calma.

—¿Qué has dicho, Drake? —conseguí preguntar sintiendo aún el calor de sus dedos sobre mi mejilla.

—¿Qué soy un gilipollas? —dijo dibujando su sonrisa, esa que me desarmaba. Ambos sabíamos que esa no era la respuesta—. Kansas, ya sentía algo por ti antes siquiera de que tú me lo dijeras. Era un crío y no sabía gestionar los sentimientos más allá de la amistad. Cuando tú me dijiste que te gustaba… necesitaba a una amiga, pero no era solo eso, te necesitaba a ti y te alejé de mí.

Las lágrimas estaban de nuevo rodando por mis mejillas, pero esta vez no me sabían tan saladas, tal vez porque Drake había tirado de mí hasta sentarme sobre su regazo y me permitió apoyar la cabeza sobre su pecho, escuchando el latido acelerado de su corazón.

—En la fiesta, después de lo que pasó aquella noche, creí que podía enmendar todas las cosas que había pasado entre ambos. Después de que nos fuéramos a la cama y de la conversación que tuvimos, creía que todo cambiaria entre nosotros, pero tú no recordabas nada y después pasó lo de nuestros padres. Todo eran señales que me decían que tenía que alejarme de ti, —puso dos dedos bajo mi barbilla y me hizo mirar hacia arriba, dejando sus labios demasiado cerca de los míos—, pero me es imposible separarme de ti y menos ahora que te tengo tan cerca.

—¿Qué es lo que pasó aquella noche? —pregunté incorporándome un poco hasta casi unir nuestras bocas.

—Eso es algo que deberás averiguar tú sola, ahora déjame saborear de verdad tu boca, sin impedimentos, sin mentiras, ahora que sabes lo que siento.

Me besó de una manera totalmente distinta a las otras veces. Me besó dejándome respirar de su aliento. Beber de su saliva y escuchar como su corazón se aceleraba cada vez que mis dedos dibujaban líneas en su pelo. Me besó como siempre había soñado que lo haría, sin preocuparme de lo que pasaría después. Me besó como se besan las cosas importan.

—Y tú, ¿sigues enamorada de mí?

Quise decir que sí, pero eso era exponerme demasiado, no, cuando ya sufrí por decirlo. Hice lo único que sabía que alejaría esos pensamientos de su mente. Lo besé hasta que casi ambos nos quedamos sin aire.

CAPÍTULO 27

Kansas

*D*isfruté de cada segundo en el interior del coche, de como sus manos acariciaban mi cuerpo; me hizo saber que conocía bien mis curvas. Me sentí como nunca me había sentido hasta que escuchamos que alguien golpeaba el cristal de la ventana del acompañante, donde ahora nos encontrábamos ambos, yo sentada a horcajadas sobre sus piernas.

Ambos miramos sorprendidos de que alguien interrumpiera aquel momento tan íntimo y lo que más nos impactó fue que persona que estaba tras el cristal era Jack.

Drake seguía con sus manos sobre mis caderas agarrándome fuertemente contra su cuerpo. Intenté levantarme, que me soltara y volver a mi sitio, pero él no estaba por la labor y notaba como retaba a su padre con la mirada.

—Sal del coche ahora mismo —gritó con fuerza cuando vio que ninguno de los dos hacía nada.

Finalmente, conseguí que me soltara, pero no me permitió separarme de él. Levantó el pestillo de la puerta. Cuando el padre vio que ya podía acceder al interior, abrió a toda velocidad. Podía ver que la expresión de su mirada. Un cabreo visceral que no sabía a quién de los dos iba dirigido, ya que lo que dijo a continuación me dejó boquiabierta.

—Levántate ahora mismo y sal de coche, jovencita. —En ese momento Drake me levantó de su regazo y volvió a dejarme sobre el asiento del conductor. Me miró pidiéndome disculpas por todo lo que iba a venir a continuación —. Esto no puede estar ocurriendo. Es impensable.

El señor White, una vez que vio que me había separado de su hijo, empezó a andar de un lado a otro. Diciendo cosas inteligibles, pasándose las manos por el pelo recordándome a su hijo cuando se ponía nervioso.

Yo me bajé a toda velocidad del coche caminando de manera rápida a su alrededor hasta colocarme en el lado por el que tenía que

bajarse Drake, que se lo estaba tomando con demasiada calma, como si retara a su padre. Joder, era lo que estaba haciendo. Demostrándole que él hacía con su vida lo que le daba la gana.

—No sé lo que estabas pensando —le dijo su padre acercándose peligrosamente a él, pero Drake no se amedrentó —. Es la hija de la que va a ser mi mujer. En solo unos días será tu, tu…

—¿Qué problema tienes?, querías que nos lleváramos bien, pues mira, estamos más que bien, no creo que le hagamos daño a nadie —respondió encarándose a su padre y cerrando la puerta del coche con demasiada fuerza.

Llené todo lo que pude mis pulmones porque por momentos me estaba empezando a sentir mareada con todo lo que estaba pasando. La actitud de Drake durante todo el día, las palabras que nos habíamos dicho, su confesión, y ahora su padre nos había pillado besándonos y era entendible que no le pareciera bien que su hijo, menor de edad, se estuviera enrollando con la hija de su futura mujer, pero algo me decía que había algo más detrás de todo aquello.

Tuve que apoyarme en el capó del coche y cerrar los ojos. Al momento sentí unas manos que me atrapaban el rostro.

—Kans, ¿estás bien? —la voz de Drake me llegó como un susurro, pero escuchar el diminutivo de mi nombre en su boca me había devuelto a la realidad.

—Sí, estoy bien, solo un poco mareada.

—¡Mira lo que has conseguido! —le gritó a su padre mientras me llevaba a un banco que había cerca —. Nunca te has metido en nada de mi vida. Nunca. Hazme el favor de seguir manteniendo la distancia que hacía que nuestra relación funcionara.

Me estaban llegando todas esas palabras y su significado me estaba dejando confusa. Creía que la relación entre padre e hijo era mejor de lo que me estaban demostrando. Las palabras eran demasiado duras y escondían muchas cosas que se me escapaban.

—No tienes ni idea de nada de lo que pasa aquí. No podéis estar juntos de ninguna de las maneras, es algo…

—¿¡Qué!? —volvió a gritarle —. No hay nada malo…

Se hizo el silencio al momento y vi como Drake estaba procesando algo, como si se hubiera dado cuenta de que era eso que su padre no decía pero que estaba ahí. Lo miró a él, después me miró a mí y ahí estaba el gesto que lo igualaba a su padre. Se pasó las manos por el pelo, negó una, dos. Demasiadas veces. Yo seguía sin entender lo que pasaba.

Drake se separó de mí y fue hacia su padre haciendo que se me escapara un grito ahogado cuando vi que lo agarraba del cuello de su camisa y pegaba su frente a la de él. No podía verle los ojos, pero sabía que en aquellos momentos la ira lo estaba consumiendo.

Su padre no se echó atrás, se quedó enfrentando a su hijo, uno tan alto como el otro. Sentí miedo de que acabaran golpeándose y por algo que no conseguía descifrar. Sabía que yo no podía hacer nada si llegaban a las manos, aun así, no pude evitar acercarme hasta ellos e intentar ponerme en medio.

—Dime que es mentira —exigió, cada vez más encendido por la ira —. ¡Dímelo!

—No… no lo sé —balbuceó su padre —. Es una posibilidad, pero nunca lo hablé con ella.

—¿Qué está pasando? —dije a su lado en el momento en el que Drake soltaba a su padre.

Ambos se giraron hacia mí, tan iguales y, en aquel momento, tan diferentes. Drake tenía la mirada perdida y parecía que se debatía entre estrecharme entre sus brazos o volver a encararse a su padre.

—Díselo —exigió.

Miré a Jack esperando una respuesta a todo lo que estaba pasando. Su mirada estaba perdida, no la levantaba del suelo, como si le diera miedo a decirme que era aquello que estaba pasando y de lo que yo no tenía ni idea. Drake se estaba desesperando, lo notaba en como su respiración se iba acelerando cada vez más y como el sudor estaba empezando a perlar su frente.

—¡Habla! —gritó de nuevo con mucha más fuerza haciendo que yo diera un paso atrás y que su padre levantara la vista hasta encontrarse con la mía.

Noté como tragaba saliva, como si las palabras que quería decirme estuvieran atascadas. Lo vi como abría la boca en varias ocasiones y volvía a cerrarla porque no salía ningún sonido, haciendo que Drake me mirara directamente a los ojos y me dejara completamente fuera de juego.

—Kans, lo que está intentando decir es que… —ahora era él quien tragaba saliva y no terminaba la frase. Lo agarré de la mano para que terminara—: Somos hermanos.

CAPÍTULO 28

Kansas

*A*quello tenía que ser una maldita broma. Mi pensamiento creyó aquello con tanta fuerza que me pellizqué en un brazo esperando que estuviera dormida y fuera un mal sueño, pero no, noté como me clavaba a mí misma las uñas, aunque aquello no fue lo que hizo que me diera cuenta de que lo que estaba pasando era más que real.

Frente a mí había dos personas tan iguales, con tantas cosas en común, que al momento de que la palabra hermanos saliera de la boca de Drake, solo vi a dos extraños.

Entonces fui yo quien se quedó sin palabras, Drake estaba impaciente, se le notaba porque no sabía si acercarse a mí o esperar alguna reacción más de su padre y ¿el mío?

Joder, todo aquello no podía estar pasando; si era verdad, me había enamorado de mi hermano. Me había enamorado locamente de la única persona que no debía hacerlo. Jack estaba allí, de pie, con la cabeza agachada, hundida entre sus hombros, y su silencio se había vuelto tan sepulcral o más que el mío.

Di un paso hacia atrás poniendo distancia entre ellos dos y yo. Drake estiró el brazo intentando agarrarme y que no me separara de él. Fui más rápida y pude evitar que aquello se pusiera aún más tenso de lo que ya estaba. Me miró directo a los ojos, suplicándome que no me fuera, que recordara lo que me había dicho instantes antes de que la bomba de que podíamos ser hermanos estallara en nuestra cara.

—No, Drake —conseguí a duras penas que aquellas dos palabras salieran de mi boca.

Se quedó paralizado e, incluso, me pareció vislumbrar una gran tristeza en sus ojos. No podía estar mucho más tiempo allí sin saber que era lo que estaba pasado realmente y solo había una persona que podía darme respuesta: mi madre.

Salí de aquel aparcamiento como alma que lleva el diablo. Y pensar que unos minutos antes lo quería hacer por cómo me había tratado Drake, que había escuchado de sus labios que estaba

enamorado de mí. Por un instante, dibujé castillos, pero fueron castillos en el aire que se desvanecieron demasiado rápido. La tormenta.

Durante el trayecto casa mi teléfono no dejó de sonar en el interior de mi bolso. Me negué a mirar siquiera el nombre que iluminaba la pantalla. Si era Drake, no sabía cómo enfrentarme a todo lo que acababa de pasar. Descartaba que fuera Jack quien estuviera haciéndolo, él no había tenido siquiera el valor de decírmelo. Seguramente, ya le había contado a mi madre que era lo que había pasado.

Cuando llegué a la puerta de la casa, me alegré al no ver ningún coche aparcado, de esa manera tendría la oportunidad de pensar cuál sería mi próximo movimiento. Qué preguntarle a mi madre y cuál sería mi reacción tras sus respuestas.

La casa estaba en completo silencio. Un silencio que conseguía ponerme los vellos de punta.

Me sorprendió no ver a Emily o, al menos, escucharla en la cocina, así que no me preocupé por hacer mucho ruido o poco mientras, dentro de mi habitación, sacaba mi maleta del almario y metía la ropa de cualquier manera a la vez que sujetaba el teléfono contra mi hombro y escuchaba como sonaban los tonos de llamada.

—Ya estaba empezando a asustarme y ponerme en lo peor. —La voz de Trizia consiguió sacarme una minúscula sonrisa en la cara —. Estaba por empezar a mirar los anuncios de fallecimientos en el periódico.

—No seas tan macabra —le reproché—. Solo quería pedirte un favor.

—Sabes que para lo que necesites estoy aquí —contestó mi amiga demostrándome que, incluso después de dos semanas en las que apenas habíamos intercambiado algún que otro mensaje, siempre estaba ahí para cuando la necesitaba.

—Si te digo que lo mismo necesito donde quedarme esta noche…

—Como si me dices que tengo que darle una paliza al idiota de Drake si te ha hecho algo —me cortó. Sabía que iba a pensar que él tenía la culpa de mi estado de nervios.

—Por ahora no va a ser necesario. Se está comportado mejor de lo que ninguna habíamos podido imaginar —suspiré profundamente mientras recordaba sus palabras y como su mirada se dulcificaba con cada beso y caricia.

—Kansas…

No hizo falta que me dijera nada más. Solo esperaba que le contara todo lo que estaba pasando, pero no tenía respuestas para las preguntas que había en el aire entre ambas. Le dije que no era seguro que fuera a ir, solo quería tener la seguridad de que si me hacía falta,

podía quedarme en su casa unos días hasta que las cosas se calmaran.

Dejé el teléfono en la mesita de noche mientras vaciaba el cajón de esta cuando escuché cómo se cerraba la puerta de un coche con demasiada violencia para que después se abriera la de la casa y la inconfundible voz de mi madre se filtrara hasta llegar a mis oídos.

—Kansas Shepard. Por tu bien espero que estés en tu habitación. —Escuché como sus tacones golpeaban los peldaños de las escaleras mientras subía.

Mi maleta descansaba sobre la cama, ya cerrada. Me había puesto unas deportivas, si tenía que conducir un par de horas hasta casa de mi amiga, que sería mi recorrido más largo conduciendo yo sola, necesitaba sentirme cómoda.

La puerta de mi habitación estaba abierta por lo que mi madre entró sin ni siquiera pedir permiso. Miró hacia la maleta, después a mí y, por último, a las llaves de su coche que giraba entre mis dedos.

—Dame esas llaves —exigió acercándose hasta mí y apartando la maleta de mi lado.

—Dime por qué razón debo hacerlo —no me gustaba hablarle así a mi madre, pero tampoco me gustaba enterarme de que el que yo creía mi padre, él que creía que me había abandonado porque prefería tener otra familia, tal vez lo había hecho porque sabía que yo no era su hija.

—No quieres que me cabreé, así que hazme el favor de darme esas llaves.

—Primero necesito respuestas. —Seguía con la mirada cada rincón de la habitación comprobando que, en el poco tiempo que había tardado en llegar, todas mis cosas volvían a estar dentro de la maleta.

—Aunque te dejara las llaves y quisieras irte, no tendrías donde hacerlo. —Su mirada estaba triste. Sabía que su actitud era una manera de defenderse de lo que yo pudiera decir. Estaba dolida. Aquel tipo de noticia no era agradable para nadie.

—Desde luego a l casa de mi padre, no —en ese momento supe que me había pasado. El dolor se reflejaba en su cara, pero el daño ya estaba hecho —, porque eso significaría que no me movería de aquí.

Silencio, eso es lo que nos rodeó a ambas. Me di cuenta del momento exacto en el que rompí parte del corazón de mi madre. Lo supe porque escuché el sonido desde donde estaba. Se dejó caer en el hueco que había entre la maleta y yo y puso los codos sobre sus rodillas para después dejar caer la cabeza sobre sus manos.

Escuché como derramaba la primera lágrima, el resto las noté humedecer mi ropa cuando tiré de ella y la abracé con fuerza y le supliqué que me perdonara. Yo le había roto el corazón a ella y estaba notando como el mío se rompía en pedazos minúsculos. Unos pedazos que veía imposible volver a unir.

—Perdóname, mamá. No quería… no era mi intención —balbuceé

mientras intentaba que me mirara.

—Toda la culpa es mía, Kansas. Debería de haberte contado la verdad hace mucho tiempo. —Su llanto no cesaba, las lágrimas seguían recorriendo su rostro.

—Entonces, ¿es cierto? —pregunté. Necesitaba respuestas. En aquel momento me daba igual Drake, Jack y todo lo demás. Solo necesitaba saber si la persona a la que yo había llamado padre, lo era y si el motivo por el que me abandonó seguía siendo el mismo o había una razón que lo hacía todo más complicado.

—Déjame explicártelo desde el principio —se secó las lágrimas con el dorso de las manos y empezó a narrarme una historia que en la vida creía que podía ser la de mi familia —. Pero no, cariño. Jack no es tu padre.

Suspiré aliviada al saber que mi vida no había sido una completa mentira, pero aún quedaban muchas preguntas por responder.

CAPÍTULO 29

Drake

¿*K*ansas era mi hermana? No, no podía creer aquello y menos cuando había conseguido decirle que estaba enamorado de ella. Nunca es fácil decirle a esa persona que pone tu mundo patas arriba lo que sientes, y yo lo había hecho. Menudo estúpido.

Siempre había pensado que todo era culpa mía. Perder su amistad, comportarme como un cretino. No saber parar las cosas a tiempo, y no digo que no lo fuera, solo que, cuando al fin había dado un paso más en nuestra relación, uno con el que pretendía dejar atrás todo lo malo, mi padre soltó la bomba.

Después de que Kansas abandonara el club, tuve una fuerte discusión con mi padre. Juro que si no lo quisiera como lo hago, no me hubiera importado partirle la cara en aquellos momentos por haberme mantenido en una puñetera mentira toda mi vida. No solo me jodía enterarme de esa manera, si no que no había que ser muy inteligente para saber que le había sido infiel a mi madre y esa era otra cosa más para sumarle al odio que se estaba forjando en mi interior.

No consentí irme con él. Sus palabras y sus amenazas no consiguieron nada. Me monté en la moto y salí disparado de allí. Vi como mi padre se derrumbaba a través del espejo retrovisor. No sentí pena por él en ningún momento. Después de conducir algo más de veinte minutos, ignorando las señales de límite de velocidad, me paré en la primera zona de descanso que encontré para repostar y hacer una llamada.

—Ey, tío, ¿qué pasa? Me he enterado que ha habido movidas en el club —Mike era la única persona que, en aquellos momentos, podría darme una salida sin esperar respuestas por mi parte.

—Necesito quedarme en tu casa al menos un par de días.

—Eso está hecho. Tienes llaves, no hace falta que te diga que mi casa es tu casa.

No cruzamos ninguna palabra más y, después de colgar, volví a la

carretera, con rumbo fijo y solo esperando poder olvidar todo lo que había pasado en las últimas semanas.

Kansas era mi hermana o, al menos, eso creía mi padre. Le había dicho que estaba colado por ella. Sí, realmente, era un completo gilipollas.

Dejé la moto aparcada y subí en el viejo ascensor de aquel edificio cubierto de grafitis. Aquella zona de la ciudad no era muy recomendable para alguien que no la conociera, pero yo estaba acostumbrado a estar por allí. Estaba tranquilo dejando mi moto. Todos me conocían y sabían de lo que era capaz.

El edificio olía a moho. No podía entender como aquel ascensor seguía funcionando y como familias al completo podía vivir en su interior sin miedo a que se derrumbara cualquier día. Tal vez lo hacían por la misma razón que yo: porque allí no necesitaban darle explicaciones a nadie. Un lugar donde desaparecer.

Usé la llave que Mike me había dado meses atrás y entré en el apartamento. El zumbido de las luces al encenderse cubrió el silencio que había en el interior. El apartamento no era muy grande, pero si lo suficiente para tener un par de habitaciones, una cocina americana y un salón con un par de sofás que se resistían a duras penas.

Saqué una lata de cerveza del frigorífico y cogí de la mesa que había frente a uno de los sofás, aquello que me haría olvidar todo lo que estaba pasando en mi vida y que necesitaba borrar con urgencia, el papel de liar, un mechero, un cigarro y la bolsa de marihuana. No tardé mucho en liarme un canuto y me permití sonreír al imaginarme a mi padre frente a mí viendo en lo que se estaba convirtiendo su hijo.

No sé cuántas cervezas me había bebido ni si aquel fue el único porro que me fumé aquella noche porque cuando abrí los ojos, me encontraba en una cama que no era la mía y muerto de calor porque alguien me había tapado con una manta. Debajo estaba prácticamente desnudo. La cabeza me dolía como si mil agujas se clavaran una y otra vez sin parar. La garganta me ardía. Me levanté de la cama y, al salir al salón, no vi nada sobre la mesa, solo Mike sentado en el sofá, con los pies sobre la mesita de centro y el mando del televisor en la mano cambiando de canal una y otra vez sin apenas fijarse en lo que estaban transmitiendo.

—Buenas tardes, bella durmiente.

—Vete a la mierda —protesté.

—Indícame el camino porque creo que ayer estuviste nadando en ella.

Así era mi amigo, un tipo de veinte años que no tenía pelos en la lengua. Se ganaba la vida trabajando en un club de niños pijos y, durante las horas muertas que le quedaban libres, hacía algún que otro trabajo más para poder tener una vida mínimamente cómoda.

—Vamos, Drake. No lo pagues conmigo. Cuando llegué anoche, parecía que necesitabas que alguien se acurrucara a tu lado.

Lo fulminé con la mirada; en el fondo, tenía razón. Mientras mi mente había permanecido lucida, lo único en lo que había podido pensar era en cómo lo estaría pasando Kansas. La había dejado sola. Aunque yo siempre había actuado de la misma manera. Cuando algo me sobrepasaba, me era más fácil dejarlo atrás que enfrentarme a ello.

Mike se levantó del sofá y se fue a la diminuta cocina. Escuché como trasteaba y empecé a oler algo demasiado apetecible. Me dejé caer en el sofá justo donde lo había hecho el día anterior. Varios minutos después, mi amigo me dejaba un plato con revuelto de huevos y un vaso de zumo en la mesa.

—Gracias, tío.

—No hay de qué. Ya sabes que puedes quedarte aquí todo el tiempo que necesites —se quedó callado.

—Vamos, suéltalo.

—Sabes que nunca me meto en nada. No sé qué narices ha pasado ni quiero saberlo. Ya tengo suficiente con mis mierdas. —Se pasó las manos por el pelo, retirando los mechones que le caían por la frente —. No dejes que los problemas se encallen. Habrá un momento en que estén tan agarrados a cada parte de tu cuerpo, que te será imposible avanzar, aunque quieras.

En aquellas palabras había mucho más de lo que quería decirme. Supe que estaba hablando más de sí mismo y de cómo su vida se había convertido en lo que era, tal vez por eso solo tardé dos días más en darme cuenta de que aquello no era lo que quería. Tenía que ir a buscar a Kansas. Necesitaba hablar con ella.

A la mierda si éramos hermanos.

CAPÍTULO 30

Kansas

No me fui de casa aquel día, pero la situación se había vuelto bastante extraña. Mi madre llevaba durmiendo conmigo tres días, y a mí me daba miedo preguntarle qué iba a pasar de entonces en adelante. Faltaban solo unos días más para su boda y aún no se había organizado nada.

A Drake no había vuelto a verlo desde lo que pasó en el parking del club. La mañana del día anterior, cuando bajé por algo para desayunar para mi madre, intenté sacarle algo de información a Emily.

—Buenos días, Emily. —Se sobresaltó y casi se le cayeron los platos que tenía en las manos —. Voy a llevarme una taza de café para mi madre.

—Llévate también unas magdalenas, están recién hechas —dijo mientras las ponía sobre un platillo.

—No pongas tantas. Seguramente Drake desayune algunas —esperaba que con aquel comentario inocente pudiera obtener alguna respuesta, pero Emily siguió preparando el desayuno y desvió la conversación para interesarse en cómo estaba mi madre.

No me apetecía estar allí buscando su desayuno. Esperaba que mi madre pillara la indirecta y fuera ella quien se quitara los *leggins* y la camiseta de deporte para bajar a tomar algo. Lo máximo que había conseguido, era que se metiera en el baño y se aseara.

Seguía en el interior cuando unos nudillos golpearon la puerta de mi habitación seguidos de un casi inaudible Lesly. Jack estaba al otro lado de la puerta. Me llené de valor porque, la última vez que vi a aquel hombre, sentí que me habían engañado durante demasiado tiempo. Si no quisiera seguir adelante con mi madre, nosotras ya no estaríamos allí. Por esa misma razón, sabía que ella estaba buscando la manera de enfrentarse a sus demonios y a las palabras no dichas en aquella extraña relación.

Abrí la puerta y me sorprendió ver a un ojeroso señor White tras la

puerta. No dije nada, simplemente, abrí lo justo para salir, invitándolo a que entrara y hablaran para saber a dónde los llevaba todo lo que había pasado. Todas las preguntas y respuestas necesarias después de encontrarnos a Drake y a mi besándonos varios días atrás.

Bajé al salón, no quería volver a poner a Emily en un aprieto si entraba en la cocina. Cuando pasé por delante, no la vi. Seguí caminando hasta dejarme caer en el sofá, o eso creí porque, tal como mi culo fue a caer sobre el mullido cojín, unas manos me atraparon por la cintura.

Fui a gritar, pero una de las manos fue más rápida que yo y unos dedos me taparon la boca junto a un siseo pidiéndome que no gritara rozó mi oreja.

Me giré lentamente para saber de quién se trataba. Mi pulso iba a demasiada velocidad y mi corazón amenazaba con salirse del pecho. Cuando me encontré con aquella preciosa mirada color caramelo, todo aquello fue sustituido por una sensación de alivio por verlo otra vez tras tres días sin saber dónde estaba.

—Drake —dije zafándome de su agarre y lanzándome a sus brazos. De manera instintiva, pegué mis labios a los suyos.

No fue un simple beso. Aquello tenía mucho más. Sentía la sensación de alivio y paz de estar donde quería. Lo abracé con fuerza, con miedo de que se alejara de nuevo. Sabía que su padre no era el mío, ya no había nada que se interpusiera, nada podía impedir que estuviéramos juntos o eso pensaba cuando de nuevo un ruido seco hizo que nos separáramos.

Ambos nos giramos con brusquedad hacia la puerta del salón y allí, con los brazos en jarras, cara de pocos amigos y mi maleta a sus pies, estaba mi madre.

—Kansas, volvemos a casa.

—Mamá, ¿qué ha pasado? —Su cara de tristeza, ese dolor profundo que había visto esos tres últimos días había sido suplido por una ira descomunal.

Aquella mirada solo la había visto una vez y fue a los pocos días de mi padre abandonarnos y aparecer para llevarse las pocas pertenencias que aún le quedaban en casa.

—He dicho que nos vamos a casa. No necesitas más motivos ni explicaciones —su voz era severa. Sabía que se estaba haciendo la dura para no romperse en aquel momento, delante del hijo de su, ¿ex?

—La boda se ha… —Drake abrió la boca, pero tanto la mirada de mi madre como la mía impidió que terminara aquella frase.

Me separé de él, aunque se resistía a soltarme. Sabía que tenía que acompañar a mi madre. Llené mis pulmones de aire y le di la espalda a Drake. Intentó volver a agarrarme, pero entendió que aquel no era el momento.

Caminé hasta mi madre que había dejado a su lado la maleta. Recogí la mía del suelo y salí al exterior de la casa. Nada más llegar junto al coche, que seguía en el mismo sitio donde yo lo había dejado días atrás, mi madre me arrebató la maleta de la mano y me indicó que me montara mientras ella las metía en el maletero.

Veinte minutos después, ya estábamos en la carretera en dirección a casa. El sonido de la radio sonaba de fondo, pero creo que mi madre, al igual que yo, no le estaba prestando atención al locutor que iba anunciando una canción detrás de otra. No hubiera sido capaz de hacer la pregunta que tenía en la punta de la lengua si ella no hubiera sido quien iniciara la conversación.

—Vamos, escúpelo. Puedes preguntar lo que ha pasado.

—Solo quiero saberlo si tú quieres contármelo —respondí esperando que de esa manera me contara todo.

—Ha pasado lo mismo de siempre, cariño —giró la vista lo justo para asegurarse de que la estaba mirando —. No es recomendable juntarse con los White. Saben cómo conseguir lo que quieren hasta que se cansan y te rompen el corazón.

Aquello no tenía sentido. Por lo que sabía, aquella era la segunda vez que intentaban tener algo. La primera fue cuando la relación de mi padre y ella se enfrió y solo era cuestión de tiempo que rompieran.

—No lo entiendo —respondí.

—No quiero que vuelvas a relacionarte con Drake White —y, tras aquella frase tan rotunda, subió el volumen de la radio y condujo en completo silencio.

CAPÍTULO 31

Kansas

Lo primero que hice cuando empecé a sentirme más yo, fue mandar un mensaje de SOS a Trizia una vez desecha la maleta y después que mi madre se encerrara en su estudio donde a veces hacía como la que trabajaba, aunque sabía que se perdía en el fondo de una botella. No, no se podía decir que mi madre fuera alcohólica, era una palabra demasiado fuerte, simplemente, era una persona que había vivido demasiadas cosas en la vida y, de vez en cuando, necesitaba quemar alguna neurona ingiriendo más alcohol del recomendable.

Quedamos en el *dinner* que estaba entre su casa y la mía. Un lugar que parecía sacado de la mismísima película *Grease*, no solo por la decoración, sino por el uniforme que Ella, la vieja dueña del local, le hacía llevar a las camareras. Mi amiga y yo en más de una ocasión habíamos pensado en presentarnos al puesto de camarera que se ofertaba los veranos.

Mientras atravesaba la entrada dejando que sonara la campanilla de encima de la puerta, observé el cartel que colgaba junto a ella. Ese verano aún no habían contratado a nadie. Mi amiga me esperaba en una de las mesas del fondo, me vio coger el cartel tras su saludo efusivo con la mano y me acerqué hasta el mostrador. Dibujé mi mejor sonrisa para encontrarme frente a frente con Ella y su manera exagerada de masticar chicle.

—Quiero el puesto de camarera —dije sin titubear, aunque por dentro estaba como un flan. Seguía con la idea de comprarme un coche y no tener que depender de que mi madre me dejara el suyo.

—¿Qué experiencia tienes? —¿experiencia?, ninguna. No podía darle aquella respuesta, así que dije lo único que podía tener sentido.

—Me hago el desayuno cada día, incluso el almuerzo la mayoría de las veces para mi madre y para mí. —Hizo una pompa con el chicle, no había ninguna expresión en su cara que me dijera lo que le estaba pareciendo mi respuesta—. Dígame que experiencia puede tener una chica que está a punto de terminar el instituto, que lo que

quiere es ahorrar dinero para poder comprarse un coche y ganar libertad absoluta cuando pueda irse el próximo verano a la universidad.

Trizia no se había acercado hasta donde yo estaba. Agradecía el espacio que estaba dejándome porque sabía que, cuando me sentara frente a ella, iba a ser sometida a un tercer grado, no solo sobre lo que pasaba, sino sobre todo lo que había ocurrido con Drake.

Dos semanas después de aquel día y de habérselo contado todo, volvimos a encontrarnos en el *dinner*, pero con la diferencia de que yo me encontraba tras el mostrador después de que, por alguna extraña razón que aun desconocía, Ella decidiera contratarme.

—Me sigue sorprendiendo verte con ese uniforme —dijo mientras sorbía de su batido de fresa y plátano.

—Bueno, no es tan incómodo como hemos criticado siempre — mientras colocaba los vasos que sacaba del lavavajillas respondía a sus preguntas y comentarios —. Ella paga mejor de lo que esperaba y el dinero me viene genial.

Después de aquella conversación extraña con la dueña, me dijo que fuera al día siguiente a hacerme una prueba en el turno de los desayunos. Desde aquel momento, se convirtió en mi turno de trabajo para ese verano. Me pagaba semanalmente. Comentó que así tendría el dinero más rápido y me sería más fácil poder dar la señal para el coche. Ya le había echado el ojo a un par de ellos, pero aún me faltaba al menos una semana más para convencer al vendedor de que me bajara algo el precio y que así pudiera irme del concesionario con uno de ellos.

Le conté a mi amiga todo lo que había pasado o lo que se podía contar sin que pusiera el grito en el cielo. Omití que mi madre tuvo una aventura con el padre de Drake. Me guardé para mí que él me había dicho que yo le gustaba y que, después de irme de su casa, no había sabido nada de él. Bueno, tal vez no le había contado nada a mi amiga y lo único que se me había ocurrido fue que nuestros padres habían discutido y, al final, no habría boda y a nosotros nos habían hecho un favor cortando.

No podía permitirme romperme delante de mi amiga, básicamente, porque ya lo había hecho aquel primer día en casa, esperando que me llamara o que me mandara algún mensaje dejando de lado todo lo que su padre le podía haber dicho. Ese primer día no me llegó ningún mensaje y decidí al día siguiente enviarlo yo. Sabía que lo había leído, sabía que fue al momento de enviárselo, pero no hubo respuesta ni ese día ni esa semana ni la siguiente.

—He visto a Drake en el supermercado —soltó, de repente, Trizia mientras yo estaba agachada rellenando de nuevo el lavavajillas.

Apreté una de las copas de cristal que tenía en la mano. Si hubiera

apretado con más fuerza, seguramente, la habría roto. Los cristales clavándose en mi carne no serían tan dolorosos como el que sentía rasgándome el pecho. Tomé aire llenando con fuerza mis pulmones y dibujé la sonrisa más falsa de mi reportorio antes de asomar la cabeza a través de la barra.

—Y eso me importa por qué… —pregunté a mi amiga.

—Solo ha sido un comentario, Kans. Solo eso. Es que me ha parecido extraño verlo aquí. Todos los veranos se va a su casa en el residencial y no vuelve hasta el día antes de empezar el instituto…

En ese instante, las campanillas de la puerta sonaron. Mi amiga seguía hablando, yo me giré para dar la bienvenida al nuevo cliente, como me había enseñado Ella, pero no esperaba que la persona de la que estábamos hablando en ese momento fuera quien estaba entrando en el local.

Me miró, sé que se sorprendió tanto como yo de verme allí; incluso, me pareció que titubeó dudando si salir o quedarse. Trizia se había quedado en silencio esperando mi respuesta, pero, cuando vio que no llegaba, dirigió su mirada hasta la puerta donde yo me había quedado con la mirada fija. Ignorando todo lo que había pasado entre ambos, lo llamó para que se acercara hasta donde estábamos.

Vale que supiera que Drake y yo nos llevábamos mal. Como el culo, para ser exactos, pero ella tenía el don de llevarse bien con todo el mundo y yo no era quien para decirle que o era amiga de él o mía. Hubiera sido demasiado infantil hasta para mí. Eso no fue lo que más me jodió. No, lo que lo hizo fue que Drake se acercó hasta ella, le plantó un beso en la mejilla y me ignoró deliberadamente.

Empezaron a hablar y yo, ignorada, me quedé paralizada frente a ellos viendo como hablaban como si no estuviera allí. Finalmente, carraspeé y mi amiga se giró hacia mí haciendo que sus mejillas se colorearan de rosa al darse cuenta de lo que estaba pasando y de que Drake ni siquiera se había dirigido a mí.

—Kansas, perdóname —respondió a mi mirada de cabrero.

—No tienes que hacerlo, tengo mucho que hacer.

Me di la vuelta dispuesta a seguir con mis tareas cuando el sonido de su voz viajó por el aire llegando hasta mis oídos y acelerándome el pulso.

—Te sienta muy bien el uniforme.

No me giré. No podía mirarle a la cara y ver su tono de burla. Dejar que me insultara de nuevo como había hecho dos semanas atrás. Sabía que eso era lo que había hecho cuando, «supuestamente», me había dicho que sentía algo por mí. No tenía la necesidad de que siguiera pisoteándome. Mi amiga soltó una risita de esas tontas acompañada de una despedida. Yo seguía mirando la pared donde estaba colocando las copas de helados y esperaba que Drake se fuera

con ella, no pensaba atenderlo y yo era la única camarera en aquel momento, aparte de Ella que estaba en el almacén, seguramente, fumándose un cigarro o leyendo una revista.

Se hizo el silencio a mi alrededor, esperé hasta que escuché como la risita de mi amiga se alejaba para que, después, las campanillas de la puerta me anunciaran que ya se había ido del local. Me di la vuelta dejando escapar el aire que se había concentrado en mis pulmones, embotándome hasta marearme. Esperaba que Drake no siguiera allí, pero seguía sentado en el mismo taburete, con los codos sobre la barra y su barbilla, con esa barba de tres días que tan bien le quedaba y su sonrisa de no he roto un plato, mirándome fijamente.

—Tenemos que hablar —dijo como si nada.

—Estoy trabajando —respondí cogiendo el trapo húmedo que tenía bajo la barra para ir a limpiar las mesas y retirar los platos.

—Esperaré —su voz era tajante, demostrándome que no podía hacerlo cambiar de opinión.

—Mi turno termina en tres horas.

—No tengo prisa. —Cogió la carta de copas de helado que había usado Trizia. La miró y levantó de nuevo la vista hacia mí—. Quiero un especial de la casa, con extra de caramelo.

Me guiñó un ojo tras terminar la frase demostrándome que realmente no tenía ninguna intención de irse de allí hasta que habláramos. Tal vez, para él aquello no era una situación incómoda, pero para mí se iba a convertir en las tres horas más largas de mi vida.

CAPÍTULO 32

Kansas

«Tenemos que hablar», «tenemos que hablar». No sé lo que fue peor durante aquellas tres horas, si la frase que se repetía constantemente en mi cabeza o que él siguiera allí, sentado tras la barra, mirándome fijamente.

La primera media hora estuvo mareando su helado, digo eso porque lo había visto comerse uno muchas veces. Nunca le duraban tanto, nunca saboreaba tan profundamente cada cucharada. Me entraron ganas de hacérselo tragar. Lo mismo así hubiera conseguido que se atragantara, puede que hubiera necesitado irse al médico o a algún lugar donde me dejara en paz. Pero no, aquello hubiera sido demasiado fácil.

La siguiente media hora la pasó en la puerta del *dinner*. Se encendió un cigarro y, aunque no mirara al interior, sabía que cada vez que me daba la vuelta me observaba. Es una de esas cosas que se notan porque una mirada clavada en tu espalda siempre es reconocible.

Una hora, solo había pasado una hora y volvía a estar en el interior del *dinner*. Se había vuelto a sentar en el mismo taburete. Tenía frente a él un plato de huevos revueltos con *bacon* que le había preparado Ella. Me dirigió una sonrisa de esas traviesas, de las que sabes que te están diciendo que le des una oportunidad al chico que está esperando por ti. Pero no iba a caer en la tentación ni en los ruegos.

¿Quería hablar?, me parecía de puta madre, pero tendría que esperar hasta que mi turno terminara. Por mucho que Ella quisiera que me tomara un descanso, yo buscaba cualquier excusa para seguir trabajando. Rellenar servilleteros, reponer las salsas en las mesas, cargar el lavavajillas. Incluso me encargué de comprobar que los botes de *topings* estuvieran llenos de su cantidad justa.

—Kansas, —Ella se puso a mi espalda intentando quitarme el pequeño mandil—, hora de irse a casa.

Levanté la vista y vi la sonrisita en los labios de Drake, pero yo aún no estaba preparada para aquella conversación. Tenía que aplazarla un poco más.

—Podría ayudarte limpiando la cocina, tal vez podíamos pensar en esa …

—Por favor, chico —dijo ahora mirando a Drake —: Hazme el favor de llevártela ya de aquí antes de que decida despedirla.

Drake se levantó de la silla y se colocó a mi lado, con su mano justo en mi zona lumbar, lanzándome escalofríos y calambres por todo el cuerpo. Odiaba que me hiciera sentir así.

Quise a Drake cuando apenas éramos dos críos. Cuando la palabra amor aún no tenía un significado tan profundo y tan siniestro. Cuando el que te rompieran el corazón se arreglaba a las pocas horas. Porque era una época fácil, sencilla, pero no cuando la persona a la que dabas tu amor era alguien como Drake.

Seguramente, si me hubiera creído enamorada de cualquier otro compañero de clase, era eso lo que habría pasado, pero estábamos hablando de Drake. No, a una niña de poco más de doce años no se le rompía el corazón. Qué equivocada estaba, porque ahora lo que sentía en mi pecho eran esos trozos que en ningún momento consiguieron recuperar su lugar, clavándose cada vez más y haciéndome sangrar por dentro.

Me dejé guiar por su mano, que seguía en el mismo sitio, hacia el exterior donde el sol de verano aún relucía en lo alto del cielo. Donde la humedad se te pegaba al cuerpo. Allí, frente a mí, estaba su fantástico coche negro aparcado justo al lado del viejo vehículo de mi madre. Recordándome de aquella manera lo diferente que éramos y lo difícil que era que en algún momento encajáramos.

La risa de Ella mientras abandonaba su local aún me seguía por el camino hasta su coche. No me dijo nada y fui incapaz de abrir la boca. Dejé que me abriera la puerta, hasta que se preocupara de comprobar que mi cinturón estaba debidamente abrochado para después cerrarla. Observé como le daba la vuelta al coche hasta llegar a la parte del conductor, abrir su puerta y montarse. Antes siquiera de preguntar nada, estábamos abandonando el aparcamiento y empezó a circular con las manos apretadas en el volante y su rostro mucho más serio de lo que lo había visto nunca.

—Para el coche —exigí minutos después cuando me di cuenta de que nos acercábamos al parque donde nuestra turbulenta historia había empezado. No hizo ningún amago por hacerme caso—. ¡Mierda, Drake!, ¡Para el coche!

Y aquella vez lo hizo. Se desvió hasta el arcén y, antes de darme tiempo a volver a decirle algo, sacó las llaves del contacto y se bajó. Observé como se pasaba las manos por el pelo, volviéndolo más

rebelde de lo que solía llevarlo normalmente. Incluso con las ventanas cerradas, lo escuché protestar y maldecir un par de veces. Me lo pensé, claro que lo hice. ¿Me bajaba del coche y me enfrentaba a él? o ¿me bajaba del coche y andaba de vuelta hasta el aparcamiento en busca del coche de mi madre?

Antes siquiera de darme tiempo a tomar una decisión la puerta de mi lado se abrió y cuando miré hacia el exterior, allí, de cuclillas frente a mí, estaba el rostro de Drake.

La mirada que tan bien conocía. La de ese niño que había perdido a una madre. Una que demostraba que había perdido la luz que cada mañana lo despertaba, que le daba el chute de energía y le hacía sonreír sin ningún motivo.

Me ablandé porque ese era el efecto que tenía en mí y, antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo, mi mano ya estaba apoyada en su mejilla y él se acunaba contra ella. Cerró los ojos, sentí su pulso en mis dedos y como su rostro se relajaba.

—No podemos permitir que rompan por nuestra culpa —soltó de repente.

Al principio me costó entender a que se estaba refiriendo, pero cuando los abrió, volví a ver ese dolor y supe que quería decirme.

—Son adultos, Drake. Ellos saben qué es lo que tienen que hacer.

—No, Kansas. No es tan fácil. Mi padre sospechaba que tú eras su hija —dijo recordándome aquel fatídico episodio —. Joder, creo que por eso ha tardado tanto en dar el paso e intentarlo de nuevo con tu madre. No quería darle la razón a tu padre, no quería darle un motivo para que alegara por haberos abandonado. Nunca ha sido egoísta, pero, cuando nos vio a los dos en el interior de tu coche, pensó que todo se había acabado.

—¿A dónde quieres ir a parar? —Necesitaba que me dijera las cosas claras, porque sabía lo que me estaba pidiendo, sabía que quería que nuestros padres volvieran a ser felices y durante estas dos semanas ambos nos habíamos dado cuenta dónde estaba esa felicidad. Cuando uno estaba junto al otro.

—Sé lo que te dije en el coche. No ha cambiado nada, no he cambiado de opinión. —Ahora era él quien tenía su mano en mi mejilla—. Pero necesito que mi padre sea feliz. No puede volver a sufrir por perder a la mujer que ama.

Drake me sorprendió con aquellas palabras. Sé que quería a su madre con toda su alma, que para él era la mujer más importante del mundo. Lo que estaba haciendo era dar un paso muy importante. Estaba diciendo, sin ningún tipo de remordimiento que, aunque sus padres se quisieron, mi madre era la mujer de su vida.

—Drake… —susurré y, antes de conseguir vocalizar nada más, sus labios estaban sobre los míos.

Noté como el calor de su cuerpo pasaba al mío con aquel pequeño gesto; fue pequeño porque, antes siquiera de poder empezar a saborearlo, a recordar como encajábamos en la perfección, ya se había separado de mí y se había puesto de pie.

—Este ha sido nuestro último beso, Kansas —respiró con fuerza y noté cómo se llenaban sus pulmones —. Este contrato no vamos a poder llevarlo a cabo en ninguno de los sentidos, igual que debemos olvidar todo lo que pasó hace dos semanas.

Sacó la hoja que habíamos rellenado y empezó a romperla en pequeños trozos delante de mí. Aquellos pedazos de papel empezaron a volar a nuestro alrededor, revoloteando, esparciéndose. Perdiéndose.

—Llévame a por mi coche —exigí para seguidamente cerrar la puerta con fuerza.

—Eso está hecho, hermanita…

Y con esa última frase supe que mi vida había vuelto a la casilla de salida: mi relación con Drake volvía a ser un desastre y nos embarcábamos en la difícil tarea de que su padre y mi madre estuvieran de nuevo juntos.

CAPÍTULO 33

Kansas

Cualquiera podría pensar que el verano, después de toda aquella conversación, de que Drake volviera a usar la palabra hermanita, cosa que ya no podía recriminarle porque el supuesto contrato que escribimos estaba más que roto, estaba pasando de manera normal. No, la palabra clave era natural, como todos los veranos anteriores en que Drake y yo no teníamos nada en común.

En resumidas cuentas, Drake había seguido su camino, no sabía lo que estaba haciendo y si había hablado con su padre para que solucionara los problemas con mi madre. Yo me había dedicado a trabajar, a poner desayunos, a estar hasta la hora del almuerzo donde Ella me decía que ya no tenía que ayudar. Creo que era porque a esa hora venían demasiados obreros y compañeros de instituto. Fuera como fuera, el turno de mañana en un pequeño bar de pueblo, donde todos nos conocíamos todos y la playa estaba a escasos kilómetros, hacía que todo fuera a veces demasiado tranquilo y me diera demasiado tiempo a pensar.

Menos mal que ahí era donde entraba mi amiga Trizia. Creo que, si no fuera por ella, me hubiera vuelto loca durante esos dos meses en los que no había hecho nada de lo que me había propuesto, ni siquiera en hablar con mi madre para que solucionara sus problemas con el señor White. ¿Cómo podía hacer eso?, si lo conseguíamos, significaba que nuestras vidas se volverían a unir y las dos semanas intensas que habíamos tenido me atormentarían durante el resto de mi vida.

Dos meses demasiado largos. Dos meses que lo mejor que había tenido eran las pequeñas escapadas con mi amiga a la playa porque no me podía permitir gastar mucho dinero. Tenía que conseguir comprarme el coche.

—Hoy es tu último día —me dijo Trizia sentada en uno de los taburetes, rebañando lo que quedaba de su helado —. Mañana empezamos nuestro último curso y tenemos que tomar muchas decisiones.

Sí, mi amiga soñaba con ese día desde que tuvo uso de razón. Yo podía quejarme, qué leñes, tenía motivos con todo lo que me había pasado en la vida, pero ella podía hacerlo por cualquier motivo y no se lo podía echar en cara. Ser una chica de casa de acogida en una zona de economía media alta, no había sido fácil. Sobre todo, si, además, las personas que acaban convirtiéndose en tus tutores legales eran personas demasiado, por decirlo de manera, importantes. Era normal que quisiera irse de este pueblo de manera inminente, pero yo aún no estaba preparada para dejar a mi madre y menos si ella y... No, ni siquiera quería pensarlo.

—No tengo muy claro lo bueno que puede traer este año —dije antes de darme cuenta de lo que soltaba mi boca.

—Empezando con lo que te acabo de decir, también juegas la baza de Drake. Creo que con lo que os ha pasado este verano, —cosa que al final había tenido que contarle, con pelos y señales —, no vas a tener ningún problema. Si hubiera querido seguir incordiándote, se hubiera pasado por aquí más de una vez.

Puede que tuviera razón, pero algo me decía que no me iba a ser tan fácil escaparme de su manera de joderme la vida.

Ella se abrazó a mí cuando, por última vez, o hasta las próximas vacaciones si seguía queriendo trabajar con ella, le devolví el mandil que había usado durante aquellos dos meses y nos despedimos. Incluso Trizia se llevó su muestra de cariño, aunque era lógico, yo trabajaba allí y ella se había pasado casi todas las mañanas sentada en el mismo sitio. A veces bromeaba diciéndole que acabaría grabando su nombre sobre la madera del mostrador.

Salí del *dinner* con el corazón encogido, sabiendo que gracias a las horas que había pasado allí, mi mente había estado ocupada. Estaba agradecida por la chica que andaba a mi lado camino a nuestro último día de playa antes de volver a las clases. Aquel verano había empezado bastante mal, parecía que iba a ponerse peor, pero, por alguna extraña razón, todo había acabado sin muchas más complicaciones.

—Último día —dije entrelazando mi brazo con el de mi amiga mientras tomábamos el paseo marítimo con nuestras bolsas de playa colgadas a la espalda.

—O el primer día del comienzo de nuestra nueva vida —respondió mi amiga.

—Lo que sea, Triz. A mí lo único que me importa es tostarme al sol lo suficiente como para que el color no abandone mi cuerpo hasta Acción de Gracias.

Mi amiga rompió a carcajadas y yo lo hice con ella. Esos habían sido nuestros comentarios absurdos durante todo el verano, los que nos habían mantenido con los pies sobre la tierra.

Caminamos hasta llegar a la zona de la playa que más nos gustaba. Vale que a todas las personas podía parecerle que aquello no era más que una extensión de arena blanca bañada por el océano, pero para nosotros era el rinconcito que lo tenía todo. Una pequeña tienda de sorbetes, hamacas y sombrillas y lo más importante: chicos de nuestra edad haciendo el bruto a pocos metros.

—Voy a echar de menos esto —comentamos las dos a la vez cuando los chicos se placaban y se llenaban de tierra por todos lados. Después venía el baño y eso nos alegraba más aún.

Pero al parecer sí que aquel iba a ser el primer día de nuestra nueva vida, porque a aquel grupo de chicos se habían unido dos nuevos jugadores. Drake llegó con su bañador holgado, sujeto a las caderas en la medida justa para que no se le cayera, pero lo que no esperaba era que Brian, mi ex, con el que había tenido algunas palabras no muy amables, fuera quien iba a su lado, como si fueran amigos de toda la vida.

—Eso sí que no me lo esperaba —soltó Trizia. Lo malo es que levantó demasiado su tono de voz y ambos se giraron hacia nuestra dirección mirándonos intensamente.

CAPÍTULO 34

Kansas

«Tierra trágame», mascullamos ambas cuando, después de hablar demasiado alto, ambos chicos se giraron para mirarnos. Tal vez podía haberse quedado ahí, que no hubiera pasado nada más, pero entonces todo sería bonito y de color de rosa, entonces mi vida sería aburrida. Sin saber por qué, me incorporé en mi hamaca y dibujé una sonrisa grande y falsa cuando ambos empezaron a caminar en nuestra dirección.

Trizia se puso nerviosa, más de lo habitual en ella. Era la culpable de que mi ex y, al que no sabía cómo nombrar, ¿exhermanastro?, ¿exrrollo de un día?, mejor seguir llamándolo por su apellido, sería lo más fácil, se acercarán.

—Hola, chicas —dijo Brian nada más llegar a nuestro lado y sentarse en los pies de la hamaca de mi amiga—. ¿Tomando el sol?

Escuchaba sus palabras, pero no le prestaba atención. Una tarea imposible cuando tenía al mayor de mis problemas con el torso desnudo y una sonrisa petulante. Sus manos apoyadas en las caderas y sus ojos observándome directamente. Era una situación extraña y alguno de los dos tenía que dar el primer paso. Ya había tomado la decisión de no mostrar ningún tipo de debilidad ante él. Eso solo haría que le volviera a dar poder sobre mí y ya había sufrido demasiado en los últimos cinco años como para seguir haciéndolo.

—White —noté como apretaba los dientes, como tragó saliva nada más que su apellido salió de mi boca.

En otro momento, hubiera aprovechado la ocasión para decirme algo hiriente, para meter el dedo en la llaga y hacerle daño sin temor a ningún tipo de represalia. Hubiera sido sencillo, un juego al que ambos estábamos acostumbrados, pero, simplemente, hizo un gesto de cabeza que, además, no estaba dirigido a mí y se dio la vuelta hasta llegar de nuevo junto a los chicos que estaban jugando.

—Nena, parece que este año va a ver guerra —sin mirarlo siquiera sabía que Brian se estaba dirigiendo a mí, pero no me importaba que

pensara que una nueva lucha con Drake fuera a perturbarme, hubo algo más en esa frase que me hizo levantarme de golpe para plantarme frente a él echa un basilisco —. Joder, Kans. ¿Qué pasa?

La ira me recorría las venas con demasiada intensidad, me quemaba en la garganta y deseaba salir a borbotones. ¿Quién se creía que era para usar esa palabra conmigo? Respiré hondo cuando me di cuenta de la expresión en su cara.

—No vuelvas a llamarme *nena.*

No le dejé responderme y tampoco me despedí de mi amiga. Recogí mis cosas y las metí a toda velocidad en mi mochila. Trizia me llamó y, aún así, seguía decidida a irme de allí. Habíamos andando hasta la playa por lo que mi único medio de transporte era el autobús o volver a casa de la misma manera en la que había llegado. Me daba igual si el resultado era el mismo.

Alejarme de allí.

De todos.

Dejar que mi rabia fuera solo para mí.

Trizia no era la responsable de cómo me encontraba. Aunque supiera todo lo que había pasado entre Brian y yo. O como habían acabado las cosas con Drake, pero esperaba un poco más de empatía por su parte. Por eso, lo único que podía hacer era irme sin mirar atrás. Sin fijarme en que la vida de todos avanzaba y que yo no era capaz de hacerlo sin sentir que había algo que fallaba dentro de mí. De la persona en la que me estaba convirtiendo y que ni siquiera me gustaba.

Me permití relajarme una vez que me senté en la parada del autobús. Miré el horario en la aplicación que tenía en mi teléfono. En verano reducían los autobuses y me molestó saber que aún me quedaba casi media hora allí sentada. El mismo tiempo que tardaría si me iba andando a mi casa. Sabía que necesitaba estar sola, pero eso conllevaba estarlo también con mis pensamientos y era lo que de verdad me daba miedo.

Saqué los auriculares del fondo de la mochila y decidí mantener mi cabeza ocupada con música. Esperaba que escuchar alguna canción me hiciera desconectar de todos los pensamientos que se abarrotaban haciéndome saber que aquel último curso no iba a ser diferente a todo lo que ya había pasado. Incluso, podía complicarse mucho más.

Love Someone de Lukas Graham es lo que primero empezó a sonar y, aunque la canción era una pura ironía por como me sentía, deje que cada nota, cada palabra calara en mí y, sin siquiera saber cómo, lágrimas silenciosas empezaron a recorrer mi rostro.

Alguien se sentó a mi lado, por lo que pasé mis manos por mis mejillas para eliminar las pruebas de debilidad. Tenía la mirada clavada en los pies, que aún tenían restos de la arena blanca de la

playa, cuando noté que la persona sentada a mi lado tiraba de uno de mis auriculares y me lo quitaba. Levanté la mirada y me encontré con unos ojos marrones que me atormentaban a cada momento del día.

—¿Por qué lloras? —Drake estaba sentado a mi lado.

—No es de tu incumbencia —me levanté enojada. Más conmigo que con él.

¿Qué narices hacía aquí? No le importaba lo más mínimo que era lo que me pasaba y yo no tenía que darle ningún tipo de explicación. Empecé a andar en dirección a mi casa. Era lo que tenía que haber hecho cuando vi que aún faltaba tanto tiempo para que llegara el autobús, pero él no dejó que avanzara demasiados de pasos. No me agarró, no dijo nada, solamente se plantó frente a mí con su pecho aun desnudo y las manos sobre las caderas esperando alguna reacción por mi parte.

El silencio nos rodeaba a excepción de la música que salía de mis auriculares.

—Creía que habíamos arreglado nuestras diferencias o, al menos, habíamos llegado a algún acuerdo —dijo por fin.

—¿Cuándo? —grité frustrada por su actitud tranquila—. Por el contrato que cumpliste, por decirme que te gustaba y después hacer como si nada cuando la relación de nuestros padres se rompió.

Dio un paso hacia mí anulando casi toda la distancia que había entre ambos. Puso una mano bajo mi barbilla levantando mi rostro hasta que nuestros ojos se encontraron y, por primera vez, no supe descifrar ni lo que decían sus ojos ni la línea que dibujaba sus labios.

—La he cagado, lo sé —empezó a decir —. He metido la pata hasta el fondo, pero no ha sido este verano ni siquiera el curso pasado. Lo hice hace muchos años cuando te rechacé. Cuando el dolor no me permitía pensar con claridad y la jodí para perder a mi mejor amiga. —Sus dedos rozaron mi mejilla, eliminando una lágrima que aún mojaba mi rostro —. Kansas, déjame solucionarlo.

Me había quedado embobada con el movimiento de sus labios, recordando cómo había disfrutado mientras lo besaba, mientras saboreaba todo lo que nos dimos. Se dio cuenta porque, antes siquiera de darme tiempo a reaccionar, acortamos la distancia que nos separaba y fui yo quien empezó aquel beso. Sé que lo cogí desprevenido porque no reaccionó en el primer momento, pero, cuando mi lengua rozó sus labios, sus manos se ciñeron a mi cintura y me pegó a su cuerpo, besándome como si esa fuera la última vez que pudiera hacerlo.

Nos separamos sintiendo aún el calor del otro; simplemente, me dio la mano y me guio hasta su coche que estaba aparcado cerca de la parada de autobús. Me abrió la puerta del copiloto para que me montara y lo hice. Rodeó el coche y se montó. Arrancó en silencio.

Diez minutos después, aparcó frente a mi casa. Me quedé mirando a través del cristal esperando que fuera él quien dijera algo. Las palabras se habían quedado atascadas en mi garganta. Al parecer, él también era incapaz de pronunciar alguna así que me bajé del coche y, justo cuando iba a cerrar la puerta, lo escuché.

—Mañana puedo pasar a recogerte e ir juntos al instituto.

—No hace falta —respondí.

—Quiero hacerlo.

Me giré, asentí sin añadir nada más.

Caminé en silencio hasta la puerta de mi casa. Él seguía allí aparcado, lo supe porque, hasta que la puerta no se cerró a mi espalda, no escuché como el rugir del motor anunciaba que hasta ese momento no se alejaba.

No sabía que era lo que había pasado minutos antes ni a donde nos llevaba este nuevo acercamiento, pero seguía con una extraña sensación en el pecho.

Sí, definitivamente, mi vida estaba cambiando y yo con ella.

CAPÍTULO 35

Drake

*N*o era consciente de todo lo que estaba pasando a mi alrededor, pero sí de lo que quería que pasara. Quería volver a ser ese niño de doce años que se reía de una niña de piel morena y ojos demasiado grandes. Quería solucionar todo lo que había pasado aquella tarde en el parque y explicarle porque no podía entender que ella me quisiera cuando todo a mi alrededor se estaba desmoronando.

Un niño de esa edad era incapaz de entender el amor más allá del que una familia le daba. Un amor que estaba perdiendo desde el momento en el que mi madre empezó a enfermar y veía como se desvanecía poco a poco delante de mis ojos.

Un padre que sufría y empezaba a distanciarse de mí.

Una amiga que no entendía que en aquel momento no necesitaba escuchar un me gusta. Solo necesitaba que estuviera a mi lado, que me diera la mano y que me ayudara a dar los pasos que era incapaz de dar solo.

Con el tiempo me di cuenta de que ella si estaba allí, pero ya era demasiado tarde. La había tratado mal. Había conseguido que se distanciara de mí y ya no era capaz de comportarme de otra manera con ella.

Si lo hacía, si le demostraba que la echaba de menos, que había sido un idiota… Hasta ese verano.

La vida me había dado una nueva oportunidad de tenerla a mi lado y, de nuevo, yo estaba desperdiciándola. Alejarla de mi lado ya no era una opción, aunque mi padre y su madre no aprobaran que yo la quisiera de verdad.

Verla en la playa, sentir como me despreciaba. Escuchar como Brian la llamaba nena. Su respuesta, los pasos alejándose de la playa y contemplarla con los hombros caídos. No pude evitar caminar tras ella y observarla a pocos metros. Sus lágrimas recorriendo su preciosa piel bronceada. Saber que yo era el culpable, de que la mayoría eran por mi culpa.

No sé cómo pude reunir el valor de acercarme hasta ella. Me costó reaccionar a su beso. No porque no lo estuviera deseando con todas mis ganas, sino porque no quería que se acabara y que aquel momento se pudiera repetir cada día, cada momento. Que ambos pudiéramos ser lo que quisiéramos sin que nos importara nada de lo que los demás pensaran u opinaran. Quería que ella estuviera siempre a mi lado. Esa palabra no dejaba de repetirse en mi cabeza durante el trayecto hacia su casa. Siempre era algo demasiado importante, largo e intenso.

Al día siguiente la recogería para ir al instituto. Nuestro último año antes de ir a la universidad. De alejarnos de todo aquello. El primer día de una nueva oportunidad en la que no quería separarme de ella. Entrar por las puertas del edificio principal agarrándole la mano. Ignorando las miradas y el qué dirán.

Solo ella y yo.

Siempre.

CAPÍTULO 36

Kansas

El despertador sonó, tal vez podía haberlo evitado porque llevaba despierta desde que el cielo oscuro de la noche empezara a tornarse rojizo al empezar a mostrar las primeras luces de un nuevo día. Uno diferente. Había visto pasar los minutos del reloj que descansaba sobre mi mesita de noche desde el momento que apoyé la cabeza sobre la almohada.

Drake me había dicho que me pasaría a recoger para ir juntos al instituto. ¿Qué significaba aquello?, ¿por qué quería hacerlo? Esa era la principal razón por la que no había conseguido cerrar los ojos y descansar. Todo eso unido con aquel beso, con aquellas palabras no dichas en el interior de su coche, sumaban una noche de insomnio.

—Cariño, vas a llegar tarde el primer día —gritó mi madre desde la planta inferior—. No quiero que pierdas el autobús, a mí me es imposible acercarte, ya lo sabes.

Siguió parloteando, diciendo algo de que tenía el desayuno esperando y que me dejaría dinero para el almuerzo. Sí, esa era la rutina normal en mi casa cuando empezaban las clases. Mi madre desaparecía antes de que yo saliera de casa para irse a trabajar y, normalmente, llegaba varias horas después de que yo ya estuviera de vuelta, pero era una rutina a la que nos habíamos adaptado y nos sentíamos a gusto.

Busqué en el interior de mi armario algo que ponerme. Me decanté por una falda negra que no tapaba mis rodillas y una camiseta de tirantes de color verde agua. En el baño tuve que esmerarme más de lo habitual para poder tapar las marcas oscuras que se habían dibujado bajo mis ojos.

Como mi madre me había dicho, sobre la isla de la cocina tenía una taza de café, un zumo de naranja, que se había encargado de exprimir personalmente, un par de magdalenas y una tostada untada de mermelada de arándanos. No tomé ni la mitad de lo que había allí, ya que tenía el estómago prácticamente cerrado. La intuición me decía

que tenía que estar preparada a algo que no iba a saber controlar.

Comprobé que llevaba lo necesario en mi bandolera. Me la había regalado Trizia en mi último cumpleaños. Una de la que me había encaprichado en una tienda del centro comercial y que era de color verde militar y con una chapa en la solapa con mi frase favorita: *Carpe diem*. El sonido de un claxon en la calle hizo que mirara el reloj que reposaba en lo alto de la puerta de la cocina, aún faltaban veinte minutos para que las clases empezaran y Drake ya estaba esperándome.

Salí de casa y, al cerrar y girarme hacia donde tenía que estar aparcado su coche, me sorprendió verlo fuera, apoyado sobre la puerta del copiloto, con esa pose de chico malo que tanto me gustaba. Su chaqueta del equipo de *lacrosse* y lo más característico en él, su medio sonrisa.

Caminé en silencio sin dejar de mirarlo, después tuve que bajar la mirada al suelo cuando noté que empezaba a ruborizarme. Por primera vez, me sentía tímida frente a un chico, pero es que él no era cualquier chico. Era Drake, el que había sido mi mejor amigo. Del que me había enamorado y había odiado a partes iguales.

Ahora estaba allí, dispuesto a que fuéramos juntos al instituto. Porque quería hacerlo. Llevarme en su coche y que nos vieran aparecer juntos, igual que nos vieron desaparecer en la última fiesta y… maldita sea, en ese mismo momento fui completamente consciente de que era muy probable que todo aquello fuera una de sus muchas tretas para hacerme la vida imposible y empezar el instituto siendo él el primero en golpear. Cuando llegué a su lado levanté la cabeza y nuestras miradas conectaron al momento. Supe en esa mirada que me entendía y que conocía mis miedos. Que estaba totalmente a su merced.

—Voy a tener que explicarte de nuevo el por qué estoy aquí —fue más una afirmación que una pregunta y cuando fui a replicarle, de una sola zancada, se colocó delante de mí y puso su pulgar sobre mi boca obligándome a callar —. Kansas, no soy bueno con las palabras, pero voy a hacer un esfuerzo. No soy bueno pidiendo disculpas y creo que es difícil pedirlas después de cinco años en los que ambos no nos hemos comportado como deberíamos, pero sé que todo empezó por mi culpa, así que, al menos, dame la oportunidad de demostrarte que lo siento.

La forma en la que habló me dejó sin palabras. Si había algo que no me esperaba que saliera de sus labios, era un lo siento y él lo había dicho. En aquel momento vi sinceridad en sus ojos, me recordó a aquel Drake pequeño con el que me podía llevar horas y horas jugando. El que conocía cual era la gominola que más me gustaba de los cucuruchos que nos daban en los cumpleaños y la guardaba para

dármela. El mismo niño que, si me caía, corría a ayudarme a levantarme y se las ingeniaba para buscar algo con lo que curarme o el mismo que sabía que me encantaban las historias de miedo y se las inventaba para mí. Aquel chico que me sonreía, aquel chico que yo había echado de menos y que, después, depositó un beso en la comisura de los labios, dejándome con ganas de poder saborearlos otra vez. Se separó de mí para abrirme la puerta de su coche.

Cinco minutos después, estábamos frente a la enorme puerta que nos adentraba en el último año de instituto, directos a la universidad y aún con un camino largo por recorrer. Drake había apagado el motor de su coche y, con ello, la suave música que nos había acompañado en el corto recorrido hasta allí y que había conseguido que nos sumiéramos en el silencio. Ambos mirábamos al frente, sin pasarnos desapercibidas las miradas que los compañeros dirigían al interior del coche. Drake siempre fue uno de los chicos populares del instituto y yo su diana para descargar su odio, aunque nunca me había quedado corta y devolvía cada golpe con uno más fuerte.

—Todos nos miran —dije al fin cuando Drake se giró para mirarme. Seguramente esperando alguna reacción por mi parte—. Esto va a ser muy extraño.

—Solo lo extraño que nosotros dejemos que sea —respondió abriendo la guantera que se encontraba frente a mí y sacando algo de su interior que no conseguí ver—. Algunos nos conocen desde que somos pequeños y si buscan en sus recuerdos, pueden recordarnos tal como estamos ahora.

—De eso hace demasiado tiempo —respondí colocando la correa de mi bandolera al hombro para bajarme del coche—, han cambiado demasiadas cosas.

—Bueno, pues tienen que ir acostumbrándose porque pienso pasar mucho tiempo a tu lado.

Y salió sin dejarme que respondiera a esa última frase. Se colocó en la parte delantera del coche, miró a su alrededor y devolvió varios saludos, pero nadie se acercó a él, cosa bastante extraña, aunque todo apuntaba a que la razón era yo, sentada en el asiento del copiloto de su coche y que él estuviera esperando a que yo me bajara. Así que, tomando aire profundamente e intentando dejar la mente en blanco, abrí la puerta del coche y me reuní a su lado.

—Vamos, Shepard —me guiñó un ojo que hizo que se escucharan varios suspiros a nuestro alrededor —. Empecemos este nuevo año, pero, primero, pasemos por secretaría, tenemos que ajustar nuestras clases.

Me quitó la bandolera para colgársela y pasar su brazo por mis hombros, eliminando el espacio entre ambos y provocado demasiados murmullos de los compañeros que nos rodeaban. Me había dejado sin

palabras. No sabía a qué estaba jugando porque, de nuevo y por segunda vez en aquel día, volví a notar como mis mejillas se teñían de rojo. Aquellas cosas que Drake estaba despertando en mí ya las había vivido una vez, cuando no sabía que significaban y, ahora, me estaban resultando demasiado perturbadoras.

CAPÍTULO 37

Kansas

—*T*ienes que contarme qué es lo que ha pasado —Trizia intentaba interrogarme mientras esperábamos que la fila de la cafetería avanzara—. Ayer te fuiste cabreada, cosa que sigo sin explicarme, y hoy apareces en el instituto con Drake a tu lado. Pero no como simples amigos o conocidos. ¡Te estaba abrazando!

Elevó demasiado la voz provocando que varias miradas se enfocaran en nosotras. Ya habían sido duras las primeras clases que, gracias a Dios, no compartía con Drake, aunque algo me decía que no pararía hasta que la secretaria acabara cambiándole su horario para tener el mismo que el mío. Tener a media clase mirando y a la otra mitad murmurando y creándose sus películas de por qué habíamos aparecido juntos después de que el curso pasado nos odiáramos a morir, no ayudaba a que el año fuera a pasar desapercibido para mí.

Intenté ignorar a mi amiga, pero ella no me lo estaba poniéndomelo demasiado fácil, y menos cuando se ponía a hacerme gestos con las manos por delante y su voz cada vez era más alta y estridente.

—No jodas, Kans. Creo que me merezco una explicación —exigió.

—Creo —repliqué —, que no soy la única que debe explicaciones aquí. O me equivoco si te digo que hay algo raro entre Brian y tú.

—No, no te equivocas —respondió dejándome anonadada, aun así, se explicó, para mi tranquilidad —. Cuando te fuiste las primeras semanas de verano, Brian venía a verme todos los días.

—¿Te has liado con él?

Para esa fecha ya no había nada entre nosotros, pero pensar que mi mejor amiga se había liado con mi ex, ese mismo que ambas habíamos criticado por ser un cretino que rompía la relación porque así podía disfrutar del último verano antes de irse a la universidad, como soltero. Sentía que Trizia me había traicionado.

—¡No!, joder, Kansas, me molesta hasta que me lo preguntes. —Mientras las camareras rellenaban nuestros platos y las bandejas

recorrían el camino de tubos metálicos, no podía dejar de darle vueltas a lo que me estaba contando —. Brian siempre ha sido nuestro amigo, incluso antes de que empezaras a salir con él, así que solo venía a verme para preguntarme cómo narices podía recuperarte.

Me quedé paralizada frente a los postres, pero no porque no supiera que elegir, sino porque mi amiga no me había contado nada de eso en los dos meses que habíamos pasado juntas en el *dinner* y así se lo hice saber.

—Me lo tendrías que haber dicho, tendrías que haberme contado que Brian quería volver conmigo.

Cogí una manzana y la puse en mi bandeja, para después pagar a la chica que estaba al final del recorrido de *self service*. Al día siguiente, todos los alumnos tendríamos nuestra tarjeta de comedor y ella mucho menos trabajo.

Caminé hasta la mesa que ocupábamos siempre, que aquel fuera el primer día de instituto, no hacía que las cosas que pasaban años anteriores cambiaran. Ya había un par de chicas con las que asistíamos a clase de Literatura y un chico que estaba en Historia. Trizia y yo compartíamos todas y cada una de las clases.

—Tenía mis razones para no hacerlo —contestó, como si así se solucionara el problema, pero mi mirada la obligó a darme una respuesta más concreta—. Sabía que lo que había entre tú y Drake se solucionaría.

—No hay nada entre él y yo —me dolía admitirlo, pero era así. No había nada—. Tú más que nadie sabe que no nos llevamos bien.

—Sé que no os llevabais bien, igual que sé qué hace unos años erais los mejores amigos. Las personas se perdonan, se dan segundas oportunidades. —Sí, se daban segundas oportunidades, pero Drake llevaba demasiadas —. No por ello se le debe dar a Brian. Te dolió más la forma en la que decidió romper la relación que el que lo hiciera, no puedes negarlo. Tú misma me lo dijiste, sin embargo, no puedes negarme que el supuesto odio sentís Drake y tú es solo una máscara para ocultar que te duele haberlo perdido, Kansas. Somos amigas y creo que nos conocemos lo suficiente —soltó todo aquello y no pude menos que callarme porque, por primera vez, Trizia tenía razón —. No eres débil si lo reconoces, puede ser que, si lo haces, encuentres el camino para ser feliz.

Seguimos comiendo y, cuando ya había pasado la mitad de la hora del descanso, el silencio en la cafetería se hizo demasiado prolongado provocando que muchas miradas se dirigieran hacia un punto al final de la sala, justo donde las puertas daban a salida. Levanté la mirada de mi plato y, allí mismo, de pie, con su pantalón holgado colgando de sus caderas, su camiseta del equipo y su chaqueta azul con bordes blancos, estaba Drake.

Nuestras miradas se encontraron al momento y una amplia sonrisa se dibujó en su cara. No pude evitar devolvérsela y con ello me gané una patada por debajo de la mesa de mi queridísima amiga.

—Tienes que hacerte la dura —soltó de repente Trizia—. Pónselo difícil y lo tendrás comiendo de la palma de tu mano.

¿Era aquello lo que yo quería? No podía siquiera plantearme una relación con él después de lo que habíamos vivido aquel verano.

Drake se había deslizado en la banca donde estaba sentada, colocándose a mi lado, y su pierna estaba tan pegada a la mía que notaba el calor que desprendía su cuerpo o puede que fuera el mío el que irradiaba esa temperatura.

—Deberías comer más —pincho unas patatas de mi plato y, antes siquiera de darme tiempo a protestar, las metió en el interior de mi boca —. Así me gusta, nena.

Creo que todo el mundo reaccionó igual que yo porque estaba segura de que escuché más de un corazón romperse en aquel momento. Drake era así. No pensaba las cosas. Actuaba y le daba igual las consecuencias de sus actos.

—Eso es, mastica.

—¿A qué estás jugando, White? — Sí, usé su apellido porque quería que notara la incomodidad de su actitud y forma de tratarme.

—Hablemos fuera —respondió y, antes siquiera de darme tiempo a protestar o aceptar la propuesta, su mano rodeó mi muñeca tiró de mí para que saliéramos de la cafetería.

No estaba tirando de mí literalmente, la verdad es que lo hacía de una manera que cualquiera podía pensar que me agarraba como un chico agarra a la chica que le gusta. Cuando llegamos a la puerta de salida, su pulgar acariciaba mi muñeca y sus ojos habían mirado en mi dirección más veces de las que podía contar.

En el exterior, donde apenas había nadie que pudiera vernos o nos estaba prestando atención, se colocó delante de mí. Su respiración se había vuelto pesada. Notaba como su pecho subía y bajaba una y otra vez. Algo me decía que yo era quien lo alteraba.

—Drake, no puedes comportarte así —protesté—. No sé a qué demonios estás jugando, pero creo que se te está yendo de las manos.

—Yo también lo creo. —Y antes de que me diera tiempo de añadir nada más, sus manos estaban cada una a un lado de mi cabeza, apoyadas sobre la pared, impidiendo que yo pudiera hacer ningún movimiento.

Su mirada se volvió a anclar en la mía, perdiéndome en el chocolate de sus ojos, y, sin darme cuenta, se acercó tanto a mí que noté como su aliento caldeaba mis labios.

CAPÍTULO 38

Drake

Estaba tan cerca de mí. Sería tan fácil poner mi boca sobre la suya. Que sencillo sería besarla y que ella me correspondiera. Su mirada me decía que no se negaría si llevaba a cabo lo que ambos queríamos, pero quería que todo fuera más divertido así.

Plantado frente a ella, acorralada entre mis brazos y sintiendo como su pulso se aceleraba en la base del cuello. Aquella pequeña vena que palpitaba en sintonía a mi corazón, tentándome a poner mi boca sobre ella. Aquello, aunque ningún hombre lo reconociera, nos volvía débiles. En aquellos momentos podía hacer conmigo lo que quisiera. Tenía que saber jugar mis cartas.

Me acerqué un poco más a ella, casi rozando mi boca y la suya. Casi porque ella sacó la lengua para deslizarla por su labio inferior. Kansas estaba poniéndome a prueba más que yo a ella. Definitivamente, era ella quien jugaba conmigo y me lo tenía más que merecido.

—Consigues volverme loco —susurré pasando mi pulgar por donde aún brillaba su saliva —, y encima soy yo el que está jugando.

—Deja que me vaya —intentó protestar, pero la manera en la que tembló la delataba.

Dibujé una amplia sonrisa y, como solo quería ponerla más nerviosa, que ella fuera la que diera el siguiente paso, di un paso más hacia ella eliminando la distancia entre ambos. Mis manos ahora estaban encima de su cabeza. Me había colocado sutilmente, una de mis piernas entre las de ellas. Sus manos caían a los lados. Podía notar su nerviosismo por como abría y cerraba los puños, con impaciencia. Seguramente estaba evaluando las opciones de empujarme, pero, si me conocía como yo sabía que lo hacía, aquello sería un nuevo punto a mi favor y por eso mismo la estaba poniendo a prueba.

Kansas me volvía loco de la mejor y de la peor manera posible.

—¿Te olvidas de lo que es el espacio personal? —Su respiración se había acelerado y, aunque ahora no veía su rostro, pero sí podía

observar la delicada curva de su cuello, supe que había conseguido lo que me proponía—. Déjame en paz, White.

—¿Ya no me llamas por mi nombre? —susurré a su oído—. Me encanta cuando las silabas se deslizan por tu garganta, rozan tu lengua y se escapa entre tus labios.

—No me jodas, ¿ahora te has vuelto poeta? —La risa, esa que tanto me gustaba, porque era tan diferente y la hacía especial, esa que tenía un pequeño gruñido entre su sonido, escapó con fuerza de su garganta haciendo que toda mi piel se erizara. Sin darme cuenta, deposité un beso en aquella pequeña vena que seguía latiendo en su cuello.

Se hizo el silencio entre ambos y juro que me costó separar mi boca de ella. Me había prometido mantenerme a una distancia prudencial, esperar que ella diera el paso. Solo con tenerla cerca, conseguía que todos mis planes se fueran al traste.

Di un paso hacia atrás, sabiendo que no podía hacer más de lo que ya había hecho. Sabiendo que un paso más hacia ella sería un paso hacia atrás en lo que quería conseguir con la preciosa chica que ocupaba mis sueños desde el día que la rechacé por ser un niñato pretencioso, que no supo mirar más allá de sus narices, y ahora se arrepentía de todo lo que había pasado durante aquellos años.

No, aquello no había sido un juego. Aquello había sido la gilipollez de un chico que se da cuenta de que su mejor amiga deja de serlo por una estupidez. Éramos unos críos, el amor que no fuera hacia la familia, a los amigos, aún no tenía cabida en mi vida, pero cuando fue pasando el tiempo y me di cuenta de todo lo que había perdido, entonces fue cuando ya no pude hacer nada para solucionarlo.

La miré a los ojos cuando la distancia ya se había convertido en más que un simple par de pasos. Ella seguía apoyada en la pared donde la había acorralado y ahora sus manos estaban entrelazadas. Tenía la cabeza algo inclinada hacia abajo, pero sabía que estaba pendiente de todos y cada uno de mis movimientos.

—Lo siento. He llevado esto demasiado lejos, Kans —y estaba siendo sincero con ella. No quería que aquello ocurriera así. Quería que ella fuera quien diera el paso y me dijera que era lo que quería de mí —. Ya no te molestaré más.

Me di la vuelta y, aunque no me había separado de ella, me pasé las manos por la cara y sé que tuvo que escuchar el gruñido que salió de mi interior por el cabreo que sentía por ser tan idiota.

Quería mirarla de nuevo, saber su reacción, esperar una respuesta, aunque esta fuera mandarme a la mierda. O que me golpeara y me pusiera en evidencia delante de todo el maldito instituto. Cualquier reacción por su parte me servía para, al menos, saber que había intentado hacer todo lo que estaba en mi mano.

—Drake… —su voz. Esa manera en la que había dicho mi nombre, esa manera en la que lo había descrito momentos antes, era lo que había llegado a mis oídos —. No te vayas.

Me giré lentamente. Pensaba que, si lo hacía más rápido, aquello se acabaría más rápido aún, o me haría quedar en un completo ridículo si lo que había escuchado era fruto de mi imaginación.

Kansas me miraba, pero no de una manera normal, algo había cambiado en la profundidad de sus ojos. En su expresión, en cómo se acercaba a mí mientras yo seguía sin comprender o qué esperar de ella.

Su mano rodeo mi muñeca y, sin previo aviso, colocó mi mano sobre su rostro. Pidiéndome que le acunara la cara con ella.

—No sé qué es lo que hay que hacer ahora —respondí, sin comprender de dónde había sacado fuerzas para hablar.

Ahora era ella quien había eliminado la distancia entre ambos, quien había dado un paso al frente y, después de colocar una de mis manos en su cara, enlazó los dedos de la suya con la que quedaba libre, acercándose y pegando la puntera de sus deportivas a las mías.

—¿Qué es lo que quieres? —dijo levantando el rostro para mírame directamente a los ojos —. ¿Por qué ahora?

CAPÍTULO 39

Kansas

¿Qué pretendía con todo aquello? Esa era realmente la pregunta que le quería hacer, pero con saber por qué en ese momento ya tendría una respuesta bastante buena con respecto a todo lo que había pasado.

Me miró a los ojos, con esa sonrisa que me volvía loca, pero había algo más. Notaba su mano, que aún seguía sobre mi mejilla, pasando su pulgar con cuidado sobre la comisura de mi boca, le temblaba. Aquello le había cogido desprevenido, igual que él lo había conseguido conmigo.

«Consigues volverme loco». Sus palabras todavía retumbaban en mis oídos, igual que aún notaba su beso sobre mi cuerpo y como mi corazón se había acelerado mucho más, cortando mi respiración y haciendo que no fueran mariposas lo que había en mi estómago, allí estaba el maldito arca de Noé al completo campando a sus anchas y volviéndome loca.

Decía una cosa y, después de dar una simple muestra de afecto, daba un paso atrás y prometía no volver a acercarse a mí. Pues no estaba dispuesta a permitírselo, porque si no quería dejar pasar aquella oportunidad, que ansiaba desde hacía tantos años tuviera su final feliz, tenía que dar un paso al frente.

—¿Por qué ahora? Porque debería de haber sido entonces y me arrepiento de haber perdido tantos años —respondió llevándose los dedos de mi mano que entrelazaban los suyos a la boca y depositando un casto beso en cada uno de los nudillos.

—¿Qué ha cambiado? —no sabía porque le hacía una pregunta detrás de otra, pero estaba claro de que tenía que aprovechar y conseguir el máximo de respuestas que me gustaría haber obtenido en su día.

—Yo he sido el que ha cambiado, aunque realmente no he hecho. Sigo siendo el mismo gilipollas que te rechazó, solo que me he dado cuenta de que he dejado escapar la mejor oportunidad de mi vida —respondió cortándome el aliento con su sinceridad, porque, si algo

caracterizaba a Drake, era que tanto lo bueno como lo malo te lo decía sin ningún tipo de tapujo.

—Sigo sin entenderlo. —Y ahí es donde salía la Kansas que necesitaba un mapa para llegar a la x marcada sin tener que dar muchos rodeos.

—Joder, Kansas. Que me gustas, que ya entonces lo hacías y he sido un completo idiota por no darme cuenta hasta ahora y haber desperdiciado tantos años…

No pude dejarlo seguir con su explicación, no cuando ya me había ganado con el me gustas. Drake no podía ni imaginarse que significaba aquello para mí. Eran mucho más que dos palabras, que una simple declaración. Era algo que llevaba demasiado tiempo deseando escuchar y, aunque ese deseo estaba en mi corazón anclado en modo de necesidad, no estaba preparada para escuchar más. Ya no solo por todo lo que significaba o podía significar en un futuro. Eran palabras que encendieron la luz de los últimos días de verano.

Di un paso más en su dirección, poniendo un dedo sobre sus labios, obligándolo a callar. Me miró de manera extraña, tal vez porque yo misma no sabía cómo hacerlo. Por primera vez en mucho tiempo, había conseguido que aquel chico que siempre tenía respuestas para todo, que siempre intentaba decir la última palabra, se quedara en silencio y yo con él.

Nos miramos durante lo que se sintió como una eternidad. Tal vez más o tal vez menos, pero sobraban las palabras, sobre todo cuando mi dedo se deslizo por su labio recorriendo el borde de su mandíbula y la barba de tres días me hizo cosquillas.

Él se había quedado con la mirada fija en mis ojos, pero sabía que estaba pendiente del recorrido de mi mano. En cómo esta pasó hasta su cuello y elevé la otra mano hasta que ambas acabaron en la parte trasera de su cabeza, enredando mis dedos entre los mechones de su pelo.

—Kansas… —Su respiración era pesada—. Di algo, por favor.

Pero no pude hacerlo. Uní mi pecho al suyo olvidando todo lo que nos rodeaba. Ignorando que estábamos en el instituto y que, seguramente, varias personas habían seguido nuestra conversación y que ahora estaban siguiendo todos mis movimientos y el beso que le estaba dando. No, no era un beso normal, era un beso en el que estaba poniendo todo de mí. Todos mis sentimientos. Todo lo que llevaba tanto tiempo guardando a cal y canto en mi corazón, como esa caja que guardas bajo la cama con los buenos recuerdos que sabes que, cuando los vuelves a ver, o duelen o son el mejor aliciente para seguir hacia delante.

Drake era como ese helado de chocolate que se come en una recóndita heladería y tienes que dejar de pedir porque ninguno sabe

igual. Ese perfume que hueles por casualidad y nunca más vuelve a encontrar. Drake era todas las cosas en una y, después de muchos años, volví a encontrarme con ellas en un solo envoltorio. Lo abracé y besé como si fuera la última vez que se me permitiera hacerlo. Para guardar el sabor en el paladar, para enfrascar el olor y volver a tener la esencia de todo, para meterlo de nuevo bajo la cama por si era una maldita alucinación.

Se escucharon varias risas a nuestro alrededor, personas murmurando, pero aquello era un espacio en el que los dos nos habíamos metido y parecía que nada nos importaba hasta que nos quedamos sin aliento. No recuerdo quien de los dos fue el primero en dar el paso hacia atrás y poner una distancia prudencial, pero sin dejar de tocarnos. Mis manos aún detrás de su cabeza y las de él ancladas en mis caderas.

—Ya iba siendo hora. —Y allí estaba Trizia para hacernos volver a la realidad.

Ambos nos giramos sin soltarnos hacia el lugar del que provenía la voz de mi amiga. Estaba con los brazos cruzados sobre el pecho y su pie derecho golpeaba el suelo de manera insistente. Cualquiera que la viera podría pensar que estaba mosqueada y asqueada por lo que acabamos de hacer, pero yo la conocía demasiado bien y esa sonrisa que intentaba ocultar delataba que no le estaba molestando lo más mínimo.

—Métete en tus asuntos —respondió Drake algo indignado, seguramente, por la interrupción.

—A esa chica que acabas de babear cual caracol es mi mejor amiga —respondió, dando un paso hacia adelante y colocándose a su lado obligándolo a soltarme—, así que es asunto mío y más si tú eres uno de los implicados.

No pude evitarlo, rompí a carcajadas y fue cuando ambos se giraron y me miraron con cara de extrañados, pero lo de Triz fue solo una milésima de segundo, porque, al momento, se unió a mí y ambas empezamos a reírnos con nuestras manos sobre el vientre y casi dobladas por la mitad.

—¿Qué me he perdido? —Drake parecía desubicado.

—No te has perdido nada. —Trizia intentó recomponerse inútilmente—. Eres un tío, así que siempre vas a ir unos pasos por detrás de nosotras, no te preocupes.

—No seas mala, Triz. —Agarré a Drake de la mano y lo saqué de allí y de todos los ojos que nos observaba.

No dijo nada mientras lo guiaba por los pasillos en busca de algún lugar donde poder estar a solas.

Subimos a la última planta, me dirigí a ese baño que usaban las parejas cuando querían tener un momento de intimidad. Ya me

entendéis. Él me siguió en silencio hasta que lo metí en uno de los cubículos.

—Creo que vas demasiado rápido. —Su sonrisa ladeada me desarmó y casi me desvió de mi objetivo real.

—Cállate y déjame hablar —hizo un gesto de que cerraba su boca con llave y después la tiraba a su espalda. Asentí e intenté explicarme lo mejor que pude—. Me ha quedado claro que te gusto y creo que he sido bastante convincente en que tú a mí también, pero esto, sea lo que sea que pueda haber entre nosotros, ha hecho que lo de nuestros padres se vaya al garete y me jode. Así que creo que no podemos ir más allá de lo que ya lo hemos hecho.

—Me estás pidiendo que no vuelva a besarte, ¿verdad?, porque si eso es así, va a ser imposible —respondió dando un paso adelante y atrapándome contra la puerta.

—No, no te estoy pidiendo eso, ahora me sería imposible no hacerlo, solo te estoy pidiendo que llevemos a cabo un plan de hacer que lo de ellos funcione y para eso no pueden enterarse que hay nada entre nosotros.

—¿Qué propones?

—Que tenemos que organizar una boda y después, cuando estén juntos de nuevo, veremos cómo le explicamos que es lo que hay entre nosotros.

—Por mí no hay problema de decirles ya que eres mi novia.

¿Perdona? Me había perdido en una parte de la ecuación. ¿Después de un beso, de decirnos que nos gustábamos, significaba que ya éramos novios?

—¿Novia?

—Eso es lo que quiero de ti, no quiero más peleas, no quiero más tiras y aflojas y menos ahora que al fin ha quedado claro que es lo que sentimos el uno por el otro, pero si quieres esperar a que todo el mundo lo sepa, lo haremos a tu manera, aunque no esperes mucha paciencia por mi parte.

—Me parece… —pero no me dio tiempo a decir nada más porque su boca ya estaba sobre la mía.

Aquello era algo totalmente diferente a como esperaba que empezara aquel curso. Demasiadas cosas nuevas. Demasiadas cosas que ocultar.

CAPÍTULO 40

Kansas

Cualquiera podía pensar que esto era un final de esos bonitos, rimbombantes. En el que las parejas acaban juntas. ¡Hasta yo lo pensé! Ilusa de mí.

Los primeros días vivimos en una burbuja donde nos daba igual todo lo que pasaba a nuestro alrededor en el instituto. Ya habíamos hecho el ridículo teniendo una bronca de mil demonios delante de todos, aunque estaban más que acostumbrados, pero que la termináramos comiéndonos la boca como lo hicimos, eso no se lo esperaba nadie y menos vernos agarrados de la mano por los pasillos o juntos en el comedor.

Drake me estaba demostrando que de verdad era ese chico que empezó a ser más que mi mejor amigo cuando apenas éramos unos críos. Que de verdad quería estar conmigo. Se estaba comportando como un novio de los de verdad, de los que están pendientes día y noche. De los que demuestran sin pedir nada a cambio.

Habíamos decidido que, de puertas hacia fuera del colegio, no saldría nuestra relación, sobre todo porque estábamos en proceso de intentar unir de nuevo a nuestros padres. Algo que se había convertido en un reto. El mismo día que Drake dijo que era mi novio, por la tarde, en casa, intenté sacar la conversación con mi madre y lo más amable que salió de su boca fue un gruñido.

—Mi padre ha escuchado el nombre de tu madre y subió el volumen de la tele tanto que temí que viniera la policía a multarnos por escándalo o algo de eso —me decía después de que yo le relatara mis nulos intentos—. Creo que lo mejor será que les montemos una cita o algo.

—Pues no sería muy mala idea y menos cuando en un par de días es el cumpleaños de mi madre —respondí pensando ya ideas de cómo organizarlo—. Podría decirle que me gustaría cenar con ella para celebrarlo, algo entre madre e hija, permitirnos el capricho de arreglarnos y eso.

Todo bullía a demasiada velocidad en mi cabeza y, como era normal en mí, parloteaba sin siquiera darme cuenta de si Drake me seguía o no el ritmo.

Empecé a enumerar todas las excusas y razones que le podría dar para que aquella encerrona funcionara. Me empecé a entusiasmar demasiado, no tengo miedo en reconocerlo, pero, la verdad sea dicha, desde que rompió con el señor White, mi madre andaba en una pequeña montaña de sentimientos decadentes. Estaba deprimida en modo ver el Diario de Noa noche tras noche con la cabeza metida en un cubo de palomitas XXL. Se creía que no me daba cuenta de su estado de ánimo porque, cuando llegaba la mañana, se pintaba una enorme sonrisa en la cara cuando yo aparecía en la misma habitación, pero no era tonta y sabía cómo era ver a mi madre con el corazón roto por un hombre y el que yo hubiera tenido mi desliz con Drake, porque no podía enterarse de que ahora era algo más serio, no podía romper con su felicidad.

—¿Has terminado? —preguntó Drake que estaba sentado frente a mí en la cafetería; juraría que el volumen de mis patatas fritas había disminuido de manera considerable. Asentí, no sin retirar de su alcance mi preciada comida—. Me parece todo perfecto, solo necesito que me digas dónde y a qué hora para que mi padre esté allí.

Pasaron esos dos días y yo me sentía eufórica. Mi madre había aceptado mis planes con los brazos abiertos, también me dijo que tenía una noticia importante que darme. Sabía que no era realmente una noche entre madre e hija. Drake aparecería con su padre al menos quince minutos después de que yo lo avisara de que ya estábamos en el restaurante.

—Estas guapísima, cariño —me dijo mientras salíamos de casa —. Últimamente te veo más feliz. No sabes cómo me alegro.

—Este curso ha empezado bastante más tranquilo que el anterior. —Si ella supiera que Drake era quien me hacía sonreír así—. Después de lo de este verano parece que Drake y yo hemos firmado una tregua.

Como siempre que sacaba a la luz el nombre de Drake, mi madre se tensaba. Íbamos en el coche en dirección al centro de la ciudad. La iluminación fue cambiando mientras llegábamos a la zona comercial y de restauración. Todo más luminoso, más artificial. Agarró con más fuerza el volante y vi cómo incluso los nudillos se le ponían blancos por la fuerza con lo sujetaba.

—Tranquila, mamá. Este día es para que lo disfrutes —respiré hondo, pensando si lo que habíamos organizado no iba a terminar en un caos—. Vamos a cenar y no sacaremos temas con los que no estemos cómodas.

No me respondió. Mi madre no era de esas mujeres que se guardaban sus comentarios, pero, al parecer, ese día iba a haber

demasiadas sorpresas.

Llegamos frente al restaurante donde un día antes Drake y yo habíamos hecho la reserva. El chico de la puerta nos abrió el coche, anotó algo en la carpeta que tenía en sus manos y cogió las llaves que le ofreció mi madre para así aparcar el coche en el aparcamiento.

Otro chico, con un uniforme muy similar al de la puerta, vestido con traje de chaqueta y pajarita, nos guio hasta el interior y nos indicó cuál era nuestra mesa. Entre mi madre y yo se había instalado un silencio extraño y, o era muy inteligente y sabía lo que le había organizado, o lo que ella me tuviera que contar iba a cambiar mucho las cosas.

Decidí esperar a mandarle el mensaje a Drake que estaba haciendo tiempo con su padre. Si no estuviera mi madre delante, me hubiera pedido algo más fuerte que un simple refresco de cola. Sentía que algo no iba bien.

Después de que el camarero se fuera dejándonos la carta, como le habíamos indicado, le mandé un mensaje a mi novio. Esa palabra seguía resultándome extraña.

—¿Qué es lo que querías contarme? —interrogué a mi madre que seguía en silencio.

—¿Qué es lo que hay entre Drake y tú? —soltó de repente dejándome con la boca abierta.

Si no fuera porque el líquido del refresco ya me lo había tragado, seguramente, lo hubiera escupido. Algo me decía que la sorpresa que yo había organizado no iba a servir para nada.

—No entiendo la pregunta —dije intentando parecer realmente sorprendida por ella —. Solo hemos decidido que después de lo que pasó este verano, este curso iba a ser más tranquilo.

Miré mi teléfono. Debería de haber recibido al menos un simple *ok* por parte de Drake. Aparecían los dos tics en azul como que mi mensaje había sido recibido y leído, pero no había respuesta. Por una extraña razón, un escalofrío recorrió mi espalda.

—Cariño, —cada vez que mi madre empezaba así—, no nací ayer y soy tu madre. Sé que hilos tengo que mover para obtener la información que necesito y más cuando tú me la ocultas.

—Mamá…

Y no me dio tiempo de terminar la frase cuando una mano se apoyó sobre el hombro de mi madre. Levanté la vista y mi cuerpo se tensó completamente. Ahora entendía por qué aquel escalofrío me estaba avisando de que algo extraño iba a pasar. Jack me miraba y a su lado estaba Drake, con la cabeza agachada.

—Hola, Jack —le saludó sin tener que levantar la cabeza para saber quién era la persona que se había colocado a su lado.

Tomó una de las sillas que había desocupadas en la mesa y se

sentó, no sin antes indicarle a su hijo que hiciera lo mismo. Todo aquello estaba siendo realmente extraño.

—Habéis tardado menos de lo que esperaba —Jack puso un teléfono sobre la mesa y me di cuenta de que era el de su hijo. Eso solo significaba una cosa. Nos habían pillado.

—No me apetecía esperar esos quince minutos y menos cuando Drake sabía lo que iba a pasar desde hace un buen rato.

Levanté la cabeza para mirar a mi novio, pero este seguía con los hombros caídos y la cabeza enterrada entre ellos. ¿Qué demonios era lo que me estaba perdiendo y por qué mi madre y Jack se trataban con tanta cordialidad?

—Kansas, sé lo que estáis intentando y no es necesario que sigáis con vuestros planes —mi madre me hablaba, pero era incapaz de mirarla a los ojos—. Jack y yo realmente no rompimos. Mentirte no es algo de lo que me sienta orgullosa, pero no podemos dejar que vosotros seáis pareja.

Todo era por nosotros, habíamos montado todo eso para nada. O tal vez sí, porque les estaba sirviendo a ellos para un fin común: que sus hijos no salieran juntos.

—Sé que por mucho que os expliquemos por qué no debéis estar juntos, no va a servir para nada, así que después de pensarlo mucho, he tomado una decisión. —Ahí sí me permití mirarla. Por una extraña razón había notado que su voz había ido bajando de volumen y eso me decía que realmente había sido una decisión que ella habría querido evitar.

—¿Qué vas a hacer, mamá?

Se volvió a hacer el silencio y vi como Jack le tomaba la mano y le apretaba demostrándole de esa manera que estaba a su lado. Que la apoyaba en aquella decisión. Seguramente, pensaban que era lo mejor para mí.

—Tu padre lleva queriendo que vayas a visitarlo desde hace un par de años. —Y justo en ese momento desconecté de todo lo que me estaba diciendo.

Las lágrimas estaban recorriendo mi rostro a toda velocidad, ni siquiera me había dado tiempo a notar como me escocían los ojos. Simplemente, el que nombrara mi padre, ese hombre que se había desatendido de nosotros. Ese que solo si se acordaba mandaba una postal por Navidad e ingresaba dinero para que me comprara algo por mi cumpleaños.

No me hizo falta saber que era lo que iba a pasar, porque no iba a permitir que pasara. Me levanté a toda velocidad, sin importarme que en el proceso la silla se cayera provocando un ruido ensordecedor. Hasta ese momento, Drake no había levantado la mirada de su regazo y lo hizo para mirarme a mí, de manera directa, y supe que él ya sabía

lo que iba a pasar y no estaba haciendo nada al respecto.

—No, mamá. No me puedes hacer esto.

Ella se levantó y con un movimiento de cabeza se despidió de Jack. Se colocó a mi lado, sin mediar palabra me tomó del brazo. No pude protestar, no iba a servir para nada. Me di cuenta por la determinación con la que habló mi madre y por como noté que a ella también se le estaba rompiendo el alma en mil pedazos tener que hacer aquello.

No supe nada de Drake los siguientes dos días. Mi madre se había hecho cargo de mi teléfono. Ella era quien se había dedicado a preparar las maletas.

Ahora me encontraba montada en un taxi, a cientos de kilómetros de mi hogar, mirando por la ventanilla el peor escenario del mundo entero. Sobre todo, porque me dirigía a la casa de la persona que más odiaba en el mundo.

CAPÍTULO 41

Drake

Sentirse mal era algo con lo que estaba completamente familiarizado, al igual que notar que el corazón se seguía rompiendo en los pequeños pedazos que aún seguían intactos. Esos trozos que siempre habían pertenecido a Kansas y que, hasta hacía tan poco, no había permitido dejar latir.

Había pasado una semana desde el intento de cena en el restaurante. No, ninguno de los dos esperaba que aquello ocurriera. Queríamos que nuestros padres se reconciliaran sin saber que ellos querían separarnos definitivamente. Son esas cosas las que hacen darte cuenta de que aún éramos unos críos que teníamos mucho que aprender.

Mi padre me había quitado el teléfono, cualquier conexión con el exterior que no fuera ir al instituto y hasta en eso había perdido cualquier manera de saber de Kansas. Mi coche se quedó aparcado en el interior del garaje con una lona encima y las llaves guardadas en la caja fuerte. Él se dedicaba a llevarme y recogerme adonde hiciera falta.

Durante las clases intenté hablar alguna que otra vez con Trizia, pero fue una tarea imposible. Parecía que una barrera invisible me separaba de todo lo que me podía hacer saber de ella. Una semana en la que no había aparecido por clases. En la que no la vi pasear por los pasillos. Cada vez que escuchaba una risa que se le parecía, me giraba con rapidez esperando que fuera ella. Deseando poder decirle que pasara lo que pasara, lo solucionaríamos.

—¡Ey, tío! —Brian me golpeó en el hombro mientras seguía meneando la comida que nos había servido en el comedor. Aquella cosa tenía una pinta repugnante.

—¿Qué pasa? —respondí con pocas ganas.

—Te estaba preguntando si te vas a apuntar a la fiesta del próximo fin de semana. Los chicos van a intentar pillar algunas cervezas y queremos aprovechar una de las que van a ser las últimas tardes de

calor y tranquilidad antes de que empiecen los partidos y los exámenes.

Me apetecía muchísimo, pero sabía que la única opción era escapándome de mi casa, cosa prácticamente imposible desde que mi padre había decidido trabajar desde allí para poderme tener vigilado en cualquier momento. Me sentía un preso dentro de mi propio hogar.

Me levanté de la mesa sin dar ninguna respuesta. Dejé el plato sobre la mesa sin haberlo probado; sabía que muchas personas estaban mirándome mientras abandonaba el maldito comedor. Nadie sabía lo que me pasaba. No quería que lo hicieran y menos aún necesitaba sentir que todos seguían con su vida cuando yo no sabía dónde estaba Kansas. Cómo podía encontrarla e intentar que lo nuestro funcionara. Me conformaba simplemente con verla, aunque ella ni siquiera me saludara.

Aún quedaban un par de horas más de clase, pero no podía seguir dentro de aquellas paredes y volver a casa sin una excusa razonable… Irme, sin más, tampoco sería la solución. Tenía claro que en el momento en el que el profesor anunciara mi ausencia, se crearían nuevos problemas con mis padres. Solo podía hacer una cosa. Al llegar a mi taquilla, el pasillo estaba vacío, los que no estaban en el comedor estaban en el exterior del instituto esperando a que el sonido que anunciara el comienzo de clases los hiciera volver dentro. Aquella era la única solución. Metí la serie de números que desbloqueaba el cerrojo de la puerta, coloqué la mano en el borde y tomando aire y sin pensármelo dos veces, cerré la puerta con fuerza. El dolor me atravesó todos y cada uno de los dedos. No aparté la mano. Noté el líquido caliente correr por mi mano y deslizarse por mi brazo. Podría haber gritado, podría haber dado marcha atrás antes de hacer aquello, pero el sentimiento del dolor amartillándome los dedos me hizo sentirme bien.

Abrí los ojos cuando solté la puerta y retiré la mano. Mis dedos estaban completamente machacados. La sangre no me permitía ver que era lo que me había hecho, pero seguía dándome igual. Notar la palpitación en la mano me hacía sentir vivo.

—¡Joder, Drake! —Trizia estaba a mi lado quitándose la camiseta que llevaba atada a la cintura y me la puso en la mano para evitar que esta siguiera sangrando—. ¿Qué cojones haces?

No me dejó contestarle. La miré con una sonrisa en la cara y tiró de mi llevándome hacia la enfermería. No me habló en todo el trayecto y yo tampoco fui capaz de decirle nada hasta que llegamos a la puerta.

—De verdad que no lo entiendo. No eres ni la sombra del tío que conocemos en el instituto y solo tienes lo que te mereces. Deja de llorar porque Kansas se ha ido. No va a volver y todo esto es culpa

tuya. Ella siempre fue honesta contigo. Era tu mejor amiga y, si cuando te abrió su corazón, tú no te hubieras comportado como el mayor idiota del mundo entero, ahora ella no estaría lejos, tú no parecerías a punto de realizar una locura —me miró la mano y negó con la cabeza—, peor de la que acabas de hacer y todos seriamos felices.

—No sabes una mierda de nada, Trizia. No tienes ni idea de lo que pasó, de lo que ha estado pasando —le reproché. Odiaba escuchar de su boca cosas que tenía claras que eran ciertas, pero no iba a dejar que me echara la bronca.

—Tal vez no sepa mucho de lo que ha pasado, pero conozco a Kansas. Es mi mejor amiga y sé que cruzar medio país para estar con el hombre que la abandonó no tiene que ser fácil —de repente se dio cuenta de que me había dado una información que yo no debería saber—. Si ha decidido que esa es su mejor opción, es porque al fin se ha dado cuenta de que no mereces la pena.

Se giró hacia la puerta de la enfermería, dio un par de golpes y se fue de allí sin esperar a la señorita Green. Me había golpeado donde más dolía. El dolor que sentía en la mano había dejado de importarme. Kansas se había largado, era verdad que su madre la había mandado lejos. Sin darme ningún tipo de explicación, y no tenía manera de ponerme en contacto con ella. La única manera era hablar con mi padre y tenía claro que él no me revelaría nada de lo que necesitaba saber.

Una hora más tarde, estaba en la puerta del instituto acompañado de mi padre mientras nos dirigíamos a su coche. No me había hecho ningún corte importante. No necesitaba puntos de sutura, solo un par de ellos de esparadrapo que la enfermera pudo solventar sin ningún problema. Mi padre no me había dirigido la palabra mientras caminamos hacia el coche y menos aún en el trayecto a casa. Una vez allí, abrió la puerta y me indicó que entrara. Estaba dispuesto a irme a mi habitación, encerrarme en ella. Coger cualquier libro de la estantería que me distrajera y no me permitiera darle vueltas a las palabras que me había dicho su mejor amiga. Mi padre no me lo permitió, me cogió del cuello, como cuando era un crío, y me hizo que lo acompañara al salón.

Me senté en el sofá y él ocupó la butaca que años atrás era de mi madre. Se pasó las manos varias veces por el pelo consiguiendo destrozar el peinado tan cuidado que siempre llevaba. Me miró y abrió la boca en varias ocasiones. Sus ojos desprendían tantas cosas que me era imposible interpretarlas. Sabía que estaba cabreado, que yo no era su persona favorita en aquellos momentos, pero, lo que más me dolía, era que sentía que lo estaba defraudando.

—Drake, no quiero saber cómo te has hecho eso y no voy a

preguntártelo. Ya no eres un niño que tiene que ir llamando la atención porque su juguete favorito se ha roto y quiere recuperarlo. Creo que he educado a un chaval que es capaz de gestionar todos los problemas que se le presenten en la vida y sé que es complicado para ti entender por qué ni Lesly ni yo podemos permitir vuestra relación.

Quise interrumpirlo. Quise gritarle que no era nadie para decirme que era lo que tenía que hacer o no, pero una parte de mí sabía que, aunque me rebelara, no podía hacer nada. No, no lo comprendía, la relación de ellos no tenía que ver nada con nosotros.

—Cariño, no es por ella ni por mí. Es por vosotros. Sois muy jóvenes y tenéis que mirar hacia delante. Vuestro futuro puede ser prometedor. Podéis hacer lo que queráis, pero no dejéis de vivir si la única manera que tenéis de hacerlo es teniéndoos uno al lado del otro.

—Pero yo la quiero…

En ese momento se hizo el silencio en el salón y la mirada de mi padre cambió completamente. Se levantó de la butaca y se dirigió al pequeño mueble empotrado que ocultaba la caja fuerte. Escuché como tecleaba cada uno de los números para que se abriera. Sacó el teléfono del interior y al girarse hacia mí me lo tendió.

—Siento no haberme dado cuenta antes de ello. Tal vez Lesly y yo estábamos equivocados. —Salió del salón.

No me lo pensé. Dejé presionado el botón de encendido hasta que la pantalla se iluminó. Una vez que el sistema cargó y se conectó a Internet llegaron todas las notificaciones que había recibido durante esa semana. Las revisé una a una y allí no había ninguna de la persona que realmente me importaba. Trizia tenía razón, Kansas se había dado cuenta de que yo no merecía la pena y había aprovechado la distancia que su madre había puesto entre ambos para romper todo lo que nos unía. Ella había desaparecido de mi vida y yo tenía que volver a aprender a vivir tras una pérdida.

CAPÍTULO 42

17 años

Kansas

*S*e hacía duro volver. No solo por lo que conllevaba hacer más de cinco horas de viaje. Se hacía duro cuando te dabas cuenta de que tu vida ya no era la misma que dejaste atrás hace tres años. Que ya no eres esa niña que se fue con el corazón roto, con una maleta en la que cabía una vida entera y muchas cosas que nunca fueron y que ya no serían.

La vida podría haber sido injusta. Fui a casa de mi padre con una idea preconcebida de lo que me esperaría allí. Un padre que me abandonó cuando más lo necesitaba y que apareció en el momento menos oportuno.

La primera semana en una ciudad que no conocía, en una casa que no era la mía y con una familia que no me pertenecía, fue dura, sobre todo cuando te pasabas las veinticuatro horas del día dentro de una habitación de la que no guardabas recuerdos y en la cual tampoco quería crearlos. Llamémoslo soledad impuesta, pero es que no me encontraba ni con ánimos ni ganas de cruzar más palabras de las necesarias con mi padre.

Se encargó de recogerme en el aeropuerto a la hora indicada, hizo el amago de tomar mi maleta para que yo no cargara con ella, incluso intentó darme un beso de bienvenida que esquivé creando un abismo entre ambos.

Al llegar a la casa, una que se me antojaba demasiado grande para un hombre que no se había preocupado ni tan siquiera de llamar a su hija por sus pasados cumpleaños, me di cuenta de que no sabía nada de él. Que de la misma manera que se había dejado de preocupar de mí, yo lo había eliminado de mis recuerdos y pensamientos; sobre todo, cuando él había empezado a crear otros nuevos junto a una nueva mujer a la que llamar esposa y a una niña con la que no tenía

unión de sangre y sí había tratado como a una hija.

Las vi nada más entrar por la puerta, ambas tan rubias que con los rayos de sol las hebras de sus pelos parecían blancas y llenas de reflejos. Dos amplias sonrisas dibujadas en la cara dándome la bienvenida, una que yo no quería.

Susan y Dana, madre e hija. En aquel momento a mí solo me parecieron dos personas que me habían robado al hombre que debería haber sido mi padre y no un completo desconocido. Qué equivocada estaba por aquel entonces.

Susan subía cada día a mi habitación. Golpeaba tres veces la madera de la puerta con sus nudillos, me hablaba con voz suave y amigable y me anunciaba que la comida estaba preparada con la esperanza de que bajara a comer con ellos. Quince minutos después, hacía lo mismo para que supiera que la bandeja con mi comida estaba en la puerta. Toda aquella semana la ignoré a ella, a su hija. A mi padre. No fue fácil hacerlo y menos con el ruido, el que suena a familia, recorriendo cada rincón de la casa, llegándote hasta el alma y agrietándola hasta hacerla sangrar y gritar. Aquel no era mi sitio y notaba que sobraba cada día que pasaba.

La segunda semana creía que sería igual. Que respetarían mis intenciones de no relacionarme con ellos, que eso provocaría que mi padre se cansara de mí y sirviera de excusa para mandarme de vuelta a casa.

El segundo día de aquella semana volvieron a llamar a mi puerta, pero no fueron esos tres golpes, no se escuchó después mi nombre. Un golpe seco, seguramente con la palma de la mano abierta, seguido de un: «Voy a entrar».

La puerta se abrió sin que me diera tiempo a protestar y ante mí estaba Dana mirándome con las manos apoyadas sobre sus caderas y, aunque en su cara se dibujaba una sonrisa, sabía que lo que tenía pensado decirme no me iba a gustar mucho. No se hizo esperar.

—Sé que esta situación no debe ser nada cómoda para ti. Sé que tu padre fue un gilipollas por como hizo las cosas, pero no tendrás las respuestas que necesitas si no haces las preguntas correctas. —Me quedé con la boca abierta. Aquella chica, que era un año menor que yo, había dicho algo de mi padre que no pude replicar y ella continuó con su discurso—. Sí, no fue un buen padre yéndose como lo hizo, pero, ¿alguna vez le preguntaste por qué lo hizo? Tal vez te sorprendería saber que tiene todos tus regalos de cumpleaños guardados en el desván. O tal vez que todas las cartas que te envió fueron devueltas; incluso, que nunca te ponías al teléfono cuando llamaba. Y, seguramente, tampoco sabrás que los primeros tres años iba una vez al mes a verte.

—¡ES MENTIRA! —grité con todas mis fuerzas. Si todo lo que me

estaba diciendo era cierto, mi madre me había ocultado más de lo que me imaginaba. Mi cuerpo empezó a temblar y no sabía cómo debía comportarme. Tomé aire para volver a contestarle —. Si fuera real todo lo que me dices yo… yo no estaría aquí, mi madre no se hubiera expuesto a tanto.

—Que equivocada estas, Kansas. Tal vez deberías llamarla, las primeras respuestas a tus preguntas las tiene ella. —Se giró para salir de la habitación, pero, cuando estaba en el arco de la puerta me volvió a mirar, y esa vez sí sentí su sonrisa como verdadera—. En estas cosas no hay buenos ni malos, solo bandos con una visión diferente de lo sucedido. Escucha todas las versiones y elige cual es la que te parece más correcta o la que te interese para tu beneficio.

Y eso fue lo que hice. Seguía sin móvil, así que solo tenía la opción de bajar al salón, donde se encontraba el teléfono y donde habían dejado escrito el número de mi madre por si necesitaba hablar con ella.

No fue una conversación afable. Las respuestas que conseguí me desgarraron aún más por dentro haciéndome sentir que el haber dejado atrás a mis amigos, a mi madre, a Drake, no tenía importancia. La vida te hace jugarretas extrañas que provocan que la mires con otros ojos. Los ojos de una persona totalmente ajena a una vida que has vivido y te das cuenta que ya no es tuya.

Así fue como me encontró mi padre. Con el auricular aún puesto en la oreja cuando solo se escuchaba el sonido de la llamada finalizada. Con los ojos apretados y las lágrimas bañándome las mejillas. Ahí fue cuando supe que Dana tenía razón y no hay malos en las historias, sino versiones contadas por distintas personas. Versiones bañadas de anécdotas para el beneficio de cada parte.

Dejé, por primera vez desde que había llegado y después de muchos años, que me envolviera entre sus brazos. Dejé que sus palabras me consolaran y decidí que teníamos que hablar e intentar recuperar el tiempo perdido. El tiempo robado.

Me matricularon en el instituto. Después de un mes allí acabé siendo yo quien pidió quedarse. Algunos pueden pensar que fui una cobarde por no quererme enfrentar a mi madre, pero necesitaba aprovechar la distancia que ella misma había interpuesto para saber qué era lo que me había perdido por sus decisiones.

No, no penséis que he acabado pensando que mi padre se merece el premio al mejor padre del mundo ahora que sabía tantas cosas. Si de verdad algo te importa al máximo, te da igual las trabas que te ponga la vida, y él no hizo todo lo que debería, pero tampoco tenía toda la culpa.

Susan acabó siendo una mujer realmente agradable, era una gran madre con Dana y yo acabé sincerándome con ella y pidiéndole

disculpas por haberla ignorado durante las primeras semanas.

Conocí a Peter en el último curso de instituto. Peter era jugador de fútbol americano. Yo nada más que era una chica nueva que pasaba desapercibida, pero, al parecer, él sí me había visto a mí.

Aquel primer en año en casa de mi padre estaba siendo duro. Había cortado de raíz con toda mi vida anterior. Había dejado atrás a mi mejor amiga, la relación que tenía con mi madre era casi la de dos desconocidas. Si la llamaba, era porque tanto mi padre como Susan me pedían que lo hiciera. Las llamadas nunca duraban más de un par de minutos, lo justo para pedirle que le dijera a mi mejor amiga que me llamara a casa de mi padre, aunque sabía que nunca lo haría porque de esa manera podría saber algo más de Drake. Él sabía dónde estaba, era un chico de recursos y me dolía darme cuenta de que no sabía nada de él y me daba la impresión de que tampoco le importaba lo suficiente como para interesarse por mí. Sus te quiero empezaron a dejar de tener valor para mí, tal vez, por eso, en la fiesta de graduación de los de último año acepté la invitación de Peter para ser su acompañante a la fiesta.

Peter. Él era el chico que toda madre quiere para su hija. Un chico de buena familia, guapo, rubio, con unos ojos azules preciosos y con un sentido del honor tan intachable que incluso me resultaba imposible que fuéramos a aquella fiesta juntos. Yo solo era una chica nueva. La hermana secreta de Dana, pero él quería conocerme y yo necesitaba romper de una vez por todas con mi pasado.

Mi hermana iba a ir con Greg, otro de los chicos del equipo de futbol y por el que estaba colada desde hacía un par de años. Le pareció maravilloso que ambos nos recogieran a la vez y fuéramos juntos a aquella fiesta. Mi padre y Susan conocían a las familias los dos y en la luz de los ojos de mi padre supe que aquella relación, si llegaba a convertirse en algo más serio, sería de las que aprobaría. No podía permitirme volver a estar con alguien a quienes mis padres no aceptaran, aunque todo eso significara que mi felicidad no fuera absoluta.

Después de aquella fiesta, vinieron muchas más citas con Peter. Fuimos al cine, a cenar, de paseo en bicicleta. A ver jugar a su equipo favorito. Empezamos a compartir tanto tiempo juntos que la primera vez que me besó sentí que de verdad empezaba a tomar las riendas de mi vida. Era tan fácil estar con él.

Lo más duro de aquella relación fue cuando llevábamos juntos casi un año. Estudiaba en la universidad del condado, por lo que no teníamos problemas en vernos casi a diario. Me había pedido que me pusiera elegante, quería llevarme a un sitio especial. No les dije nada a Dana ni a su madre y menos a nuestro padre. Aquel fue el día que me dijo que me quería y el día en el que yo no le respondí.

—No te preocupes, Kansas. No te he dicho que te quiero para que tú me digas lo mismo. —Era tan dulce que no pude evitar las lágrimas—. Sé que te rompieron el corazón, que has estado enamorada, pero no me importa esperar todo lo que haga falta hasta que estés preparada.

—Peter, me gustas, lo sabes.

—Me vale con eso.

Y dejamos que nuestra relación siguiera con un amor a medias. Yo no podía dejar de pensar en Drake. En que no había hecho nada por intentar buscarme, que, seguramente, para él todo estaba siendo mucho más fácil, por lo que me permití dejarme llevar por una relación que para Peter era perfecta y que para mí no era lo que quería, pero sí lo que necesitaba.

Peter era una buena persona y esperaba que alguna vez pudiera devolverle todo el amor que él me daba sin pedir nada a cambio.

CAPÍTULO 43

17 años

Drake

Pasó todo un año en el que había agotado todas las opciones de ponerme en contacto con Kansas. La única opción que me quedaba era viajar hasta donde se encontraba, pero me daba miedo hacerlo.

Le había mandado varios mensajes cada día durante los tres primeros meses, pero estos nunca le llegaban. Cada vez que llamaba a su teléfono estaba apagado. Hablé con mi padre para que intentara convencer a Lesly de que me permitiera hablar con ella, pero sus negativas cada vez me dolían más y más, hasta que recibí la respuesta que más me dolió.

—Lesly, cariño. Deja que Drake hable hoy con ella. Sabes que la quiere de verdad y nosotros ya sufrimos a causa de lo que nuestros padres nos hicieron. No nos hagas ser peores que ellos.

Lesly me miró y supe que algo iba mal incluso antes de que abriera la boca.

—Drake, no quería ser yo quien te diera esta noticia, pero Kansas ha rehecho su vida en casa de su padre. Ha conocido a un chico y lleva saliendo con él algunos meses.

El día que me enteré de aquello habían pasado nueve meses, tres días y quince horas desde que ella se había ido.

Kansas se había olvidado de mí. Ya no había nada que reparar. Nada que decir. Si ella me hubiera querido, también habría puesto en contacto conmigo, pero seguía adelante con su vida. No le importaba nada de lo que había dejado atrás. Su familia, los amigos. Yo. Fue duro darse cuenta de que lo poco que quedaba de mi corazón ya no eran más que pequeñas partículas esparcidas bajo mi pecho.

No quiero culparla por todo lo que vino detrás de aquella confesión de su madre. No, Kansas nunca será la culpable de que yo metiera la pata y casi no fuera capaz de terminar el instituto ese año.

Ella nunca sería la culpable. Se merecía seguir con su vida. Tal vez mi padre tuvo razón el día que me dijo que necesitábamos aprender a vivir el uno sin el otro y que si conseguíamos hacerlo era porque realmente no éramos tan importantes como creíamos.

Lo que yo hice los siguientes meses después de enterarme de aquello, no fue vivir. Simplemente, sobreviví como mejor pude y de la manera en la que menos sentía.

Dejé el equipo de *lacrosse*, faltaba a clases y empecé a juntarme con los chicos más antisociales de la ciudad. Ignoraba las horas de llegar a casa, peleaba con mi padre cada vez que me era posible y cada vez que una chica se me insinuaba, aprovechaba la oportunidad intentando así sacar de dentro todo lo que tenía grabado de Kansas. Pero siempre era en vano. Ella siempre permanecería en un rincón de mi maltrecho corazón. Se había instalado allí pasa siempre y me iba a ser imposible sacarla de dentro.

Días antes de cumplir los dieciocho años llegué a casa cuando el sol empezaba a pintar el cielo de naranja. Tenía clases, pero como en los anteriores, me daba igual. Había estado en el piso de un chico que no conocía. Me había despertado con una chica enroscada a mi cuerpo y con un tremendo dolor de cabeza que no me permitía recordar nada de lo que había pasado las últimas veinticuatro horas. Aquello era un día más en mi triste y nueva vida.

Iba dispuesto a darme una ducha, meterme en la cama y olvidarme de todo lo que me rodeaba. Esperaba que todo lo que me había tomado me siguiera haciendo efecto y, cuando consiguiera cerrar los ojos, que de nuevo mi mente se quedara en blanco y todo lo que me rodeaba siguiera sin existir. Sin atormentarme. Sin recordarme a Kansas en cada cosa que veía, pero todo hubiera sido fantástico si al entrar en mi habitación no me hubiera encontrado a mi maravilloso padre sentado en mi cama.

Su cara reflejaba el cansancio de no haber dormido en toda la noche. No había que ser muy listo para saber que debía de llevar allí demasiadas horas. Sus ojos estaban surcados por manchas negras, la ropa completamente arrugada y su pelo como si llevara días sin peinárselo.

—¿Sabes qué hora es? —ignoré su pregunta. No tenía ganas de empezar una nueva discusión con él.

Me acerqué al armario y saqué una camiseta para dormir y unos calzoncillos limpios. Escuché como los muelles de mi cama protestaban al recuperar su forma cuando mi padre se levantó de ella. Lo sentí a mi espalda, incluso antes de que pusiera una de sus manos sobre mi hombro, y noté como me derrumbaba en milésimas de segundo cuando me abrazó como llevaba tanto tiempo sin hacerlo.

No éramos de muestras de cariños. Ambos sabíamos que nos

queríamos sin necesidad de decírnoslo, pero esos pequeños momentos en los que nos permitíamos demostrárnoslo eran tan pocos que, cuando lo hacíamos, teníamos claro que alguno de los dos lo necesitaba y estaba claro que el que había tocado fondo allí había sido yo.

—Sé que lo he hecho muy mal. Esta situación se podría haber evitado si Lesly y yo no hubiéramos actuado igual que lo hicieron nuestros padres.

Me giré para mirarlo a la cara y vi como una lágrima le recorría la mejilla. Sí, definitivamente, la vida se me estaba escapando entre los dedos y tenía suficiente con ser yo el que sufriera como para arruinarle la vida al mejor hombre que había conocido. Mi padre había hecho todo lo imposible por mí. Había salido adelante después de la muerte de mi madre, porque sé que la quería, a su manera, pero lo hacía. Me ayudó a salir adelante cuando ella nos dejó y en aquel momento estaba tendiéndome de nuevo una mano.

—No tienes la culpa de nada. Simplemente no he sabido gestionar la situación. No estaba preparado para todo lo que ha ocurrido. Sí que tenías razón. Ahora tengo que aprender a vivir sin tenerla cerca mientras ella es feliz.

Sus brazos me rodearon con fuerza y dejé que todo saliera. El dolor, la desesperación por el rechazo. El odio a mí mismo por hacerme todo lo que me estaba haciendo. Por no ser fuerte.

—Lo siento, papá. Lo siento de veras.

Aquel día lo pasamos juntos y ambos decidimos dar un paso más. Papá llevaba tiempo posponiendo el irse a vivir con su novia para que yo no sufriera o creara nuevos problemas. Mientras yo solo pensaba en mí mismo siendo solo un egoísta. Aquel día empezamos a recoger todas las cosas de nuestra casa y, poco a poco, las fuimos llevando a la que antes ocupaba la chica que, aún sin estar allí, conseguía que lo poco que me latía en el pecho lo hiciera para mantenerme vivo. El acabar ocupando su habitación solo fue una excusa más para sentirla más cerca. Podía haber ocupado el pequeño estudio, incluso dormir en el salón, pero sentir el dolor me hacía sentir vivo de alguna manera.

CAPÍTULO 44

19 años

Kansas

Volvía a casa…

Dana se había convertido en mi mejor amiga. Me acompañaba en el viaje. Sabía que a mi madre no le había hecho ninguna gracia cuando se lo comenté, pero necesitaba alguien de mi nueva vida a mi lado. El tener a Dana me daba la seguridad de saber que iba a volver a mi nueva vida, a la cuidad a la que llamaba casa. Pero no es la única que me acompañaba. Peter también está a mi lado.

El taxi nos dejó en frente de casa de mi madre y a mí se me hizo un nudo en la garganta. Podría haber sufrido un ataque de pánico en esos momentos, pero la mano de Peter agarrando la mía me infundió el valor suficiente para bajarme del vehículo y sacar la maleta. Avanzamos por el sendero de entrada y, justo cuando iba a abrir la puerta, se abrió está dejándome expuesta ante su mirada que me recorrió de arriba abajo, dejando sus ojos anclados en la mano que sujeta la mía.

—Kans...

No, no estoy preparada para viajar tres años atrás y que los recuerdos me azoten como lo están haciendo...

CAPÍTULO 45

Drake

*L*a vida era una puta y jodida mierda. Perdonadme el lenguaje, pero en esos instantes no encontraba una manera mejor de definir como me estaba sintiendo teniéndola delante de mis ojos.

¿La quería ver? Sí.

¿Necesitaba verla? Por supuesto que sí.

¿Era lo que mejor me venía en esos momentos? NO. Con letras mayúsculas y no me puse a gritarlo porque, seguramente, hubiera llamado la atención de mi padre y Lesly. Sí, después de tres años. me atrevía a llamarla por su nombre, pero eso no significaba que no siguiera cabreado con ella.

Estaba allí, en la puerta de su casa. De MI casa. Seguía igual de guapa que siempre. No, lo estaba un más.

Jodida Kansas.

En estos tres años había dejado de ser la niña de instituto que solo quería tocarme las narices. La habían convertido en toda una mujer. Su pelo seguía siendo de ese tono castaño oscuro con vetas más claras que hacían que brillara. Sus ojos color caramelo, que tanto me gustaban, tenían un nuevo brillo que no conocía. Y su cuerpo, su cuerpo se había redondeado en las zonas correctas. Joder, me hubiera encantado poder deslizar mis manos por cada una de sus curvas y notar como se le ponían los vellos de punta con cada roce. Moví la cabeza de manera casi imperceptible, pero no podía hacerlo de otra manera. La historia entre Kansas y yo se acabó hace tres años. Kansas no me había buscado en todo este tiempo. Creía que, si de verdad sentía algo por mí, intentaría hacerlo. Aquello ya no era algo de lo que necesitara preocuparme. Me costó demasiado superarlo.

Kansas estaba delante de mí cogiendo la mano de un tipo que no me gustaba nada. Era grande y no podía negar que hacía deporte, pero no me gustaba que la agarrara como si fuera de su propiedad. ¿Por qué cojones se había presentado en la boda de mi padre con un tío estirado y con cara no haber roto un plato en la vida? Tenía toda la

pinta de ser el típico deportista que daba ejemplo en su círculo social.

—Kans… —su nombre se escapó de mis labios y me rasgó la garganta.

No podía quitar la mirada de sus manos. De cómo él la tomaba con esa confianza que da una relación de respeto y amor. Algo que pudimos tener y no fue. No podía dejar de pensar que era un completo gilipollas por no desviar la mirada.

Hice de tripas corazón. Sobre todo, cuando ella no dijo nada. Cuando sus ojos solo me declaraban la guerra. Cuando me di cuenta de que el dolor fue duro y seguía golpeándome con fuerza aún. Tiró de la mano de su acompañante y una chica, más o menos de nuestra edad, apareció detrás de ellos y me dedicó una sonrisa de oreja a oreja.

—Hola. Soy Dana, la hermana de Kansas. —Y sin darme tiempo siquiera a responder, me plantó un beso en la mejilla.

—¿No sabía que tenía una hermana? —miré al exterior de la casa donde vi mi coche aparcado a unos metros. Mi vía de escape estaba cerca—. Aunque yo soy algo similar.

—No creo que esa afirmación sea correcta en este caso —respondió dejándome con la boca abierta y sin saber a qué se refería.

Quería responderle, pero, antes de que me diera la oportunidad de hacerlo, ya estaba a mitad del camino del pasillo junto a Kansas y ese tío. ¿Quién demonios lo había invitado? Mi padre y Lesly me hubieran informado de que no venía sola.

Me había preparado para encontrarme con ella, pero verla acompañada había descuadrado todos mis esfuerzos.

Me había prevenido para tener esa conversación pendiente que teníamos desde hacía más de tres años, después de aquella fiesta en la que acabamos en mi cama. Jugué con la información de lo que había pasado… Esperaba que ella me preguntara más, pero la extraña relación que tuvimos en aquel escaso tiempo, lo había dejado todo en segundo plano.

Si ella supiera que en realidad no pasó nada, tal vez todo hubiera sido distinto. Si yo hubiera tenido los huevos de responderle años atrás, cuando me confesó que yo le gustaba, que a mí me pasaba lo mismo, tal vez sería yo quien estuviera en aquel salón agarrando su mano. Tal vez no me miraría de una manera tan devastadora que me derrumbaba poco a poco.

Tantos tal vez y ninguna respuesta para ellos…

Acabé saliendo de la casa dando un portazo. Seguramente se había escuchado en toda la manzana. En esos instantes no me importaba nada que volvieran a tenerme como el loco y delincuente que fui hace tan solo dos años. Justo antes de darme cuenta de que no toda la culpa era mía ni de los que me rodeaban.

Aprender a aceptar los defectos de cada uno te hacía ver que no todo lo malo que te ocurría era culpa de uno mismo.

Tenía que desaparecer antes de que ocurriera algo de lo que pudiera arrepentirme. Tenía que irme antes de preguntarle a Kansas si había sido tan fácil olvidarme como me había dado la sensación, porque yo seguía sintiendo que el corazón se me salía del pecho cada vez que escuchaba salir su nombre de boca de nuestros padres.

Fui un cobarde hace dos años cuando hice la gilipollez más grande del mundo y, aunque pagué por mi error, creo que nunca me perdonaré haberme comportado de aquella manera y casi conseguir que la relación con mi padre acabara rompiéndose.

Si Kansas supiera…

CAPÍTULO 46

Kansas

Entrar en mi casa, aunque ya no la sentía como tal, me trajo muchos recuerdos. ¿Cómo no iba a hacerlo? Había vivido tantas cosas allí... Buenas. Malas. Algunas, incluso, habían marcado un antes y un después en mi vida.

Tal vez por eso volví después de tres años sin ningún sentimiento de rencor. Sabía que mi madre había tenido sus razones para alejarme de ese lugar. Que la entendiera no significaba que lo respetara.

No fue fácil adaptarse a una ciudad nueva. No fue fácil lidiar con un padre que no había realizado las tareas que le correspondían. También fue duro obtener respuestas que no me esperaba. La vida daba tantas vueltas que en demasiadas ocasiones me mareaba y sentía que había perdido el control. Que mi camino se había desviado y había tomado una de las bifurcaciones que me hacían replantearme muchas cosas. Me había dado cuenta de que nuestros caminos y destinos no estaban escritos y que nosotros teníamos la última palabra para tomar la decisión de cómo actuar según nos vinieran las cosas.

Me agarré con fuerza a la mano de Peter intentando olvidar el encuentro con Drake y llené mis pulmones para enfrentarme a mi madre.

Escuché la voz del señor White en el salón y me dirigí hacia allí. Estaba de pie frente a mi madre cuando se dio cuenta de que había entrado en la sala de estar. Una amplia sonrisa se le dibujó en la cara y, por primera vez en mi vida, me sentí bien recibida por ese hombre. Mi madre se dio cuenta de su cambio de expresión y, de manera automática, se dio la vuelta encontrándonos una frente a la otra.

No me dio tiempo a reaccionar cuando ya había dado los pasos que nos separan y me rodeó con sus brazos ignorando a las dos personas que tenía a mi lado.

—¡Oh, cariño! Cómo has cambiado —dijo dejando espacio entre ambas y mirándome de arriba abajo—. Te he echado tanto de menos.

—Solo han pasado dos semanas desde la última vez que hablamos

por Skype —a lo mejor mi respuesta había sido un poco seca, pero era lo que pasaba cuando sentías que tu madre no se había preocupado lo suficiente en los últimos años—, y por teléfono hablamos casi todos los días.

Se separó de mi al notar mi tono de voz y fue cuando se dio cuenta de que estaba acompañada de dos personas. La vi tragar saliva y carraspear para aclararse la garganta y volver a dibujar su sonrisa antes de mirar a Peter y Dana. Se le había dado siempre también ser una anfitriona perfecta, me di cuenta de la cantidad de sonrisas falsas que había repartido.

—Hola, soy Ashley, la mamá de Kansas —extiende su mano, obligando a Peter que suelte la mía para responderle el saludo.

—Encantado de conocerla. Mi nombre es Peter…

—Mi novio —respondí antes de que a nadie se le ocurriera decir nada—. Y ella es Dana, la hija de Susan. Mi mejor amiga.

¿Sabéis esa sensación de que el silencio lo envuelve todo y lo hace incómodo? Si la respuesta es sí, entenderéis como nos sentimos las cinco personas que estábamos en esa habitación, pero, bendita Emily, que apareció cargada con una bandeja en la que portaba una cafetera, un par de tazas de café y unas pastitas. Cuando se dio cuenta de que éramos más personas que vasos se la notó incómoda, pero su cara cambió cuando vio que era yo quien estaba allí.

—Señorita Shepard. —Soltó las cosas en la mesita de centro y, antes de que me diera cuenta, me atrapó de nuevo entre dos brazos—. No sabía a qué hora llegaría. Si lo hubiera sabido, había tenido preparadas sus magdalenas favoritas.

—¿Aún seguimos con lo de señorita, Emily? —le devolví el abrazo y dejé que me apretara las mejillas con cariño—. No te preocupes por las magdalenas, ahora mismo lo único en lo que pienso es en dejar estas cosas en mi habitación y acomodar a mis amigos.

—Cariño, tu habitación está ocupada por Drake —¿Cómo? —. Cuando decidimos vivir juntos, no quise irme de esta casa y esa habitación era mucho mayor que las otras dos que estaban libres y…

—Y tenías claro que yo no volvería a casa bajo ninguna circunstancia. —Miré a Dana y a Peter. No quería montar un espectáculo por lo que apreté con fuerza los puños a ambos lados de mi cuerpo y me giré hacia la puerta—. No te preocupes. Ya soy bastante mayorcita para saber cuándo y dónde soy bienvenida.

Si intentó responder o rebatir lo que acababa de decir, ni siquiera me di cuenta porque inmediatamente estaba saliendo de la casa y metiéndome en el interior del coche. Mi novio y mi amiga no tardaron ni dos segundos en acompañarme. Peter arrancó el coche, después de dos años juntos me conocía demasiado bien, así que colocó una mano sobre mi pierna y me dedicó esa sonrisa que tantas veces me había

calmado.

—Tú decides que hacer, cariño.

¿Qué hacer? Ahora mismo se me ocurrían tantas cosas. Me entraban ganas de volver a la casa, gritarle a mi madre mil y una cosa, meterme en MI habitación y tirar todas las cosas de Drake por la ventana. Me apetecía gritar.

Quería irme a mi casa, a esa que en solo tres años me había acogido y se había convertido en un verdadero hogar, pero ya no era aquella Kansas que se ponía histérica, que pataleaba y lo solucionaba todo con unas lágrimas. Tomé mi teléfono y busqué el hotel que había en el centro del pueblo, lo coloqué en el soporte del coche y activé el GPS para que Peter supiera hacia donde tenía que dirigirse.

—Dejadme que asimile todo lo que ha pasado en el día y decidiré si es mejor irnos o quedarnos.

Ninguno de los dos dijo nada y eso era lo que hacía que quisiera tanto a Peter como para estar con él y compartir mi día a día y tener a Dana como mi mejor amiga.

Mi madre pensó que era buena idea que me fuera de aquí. Yo estuve cabreada con ella demasiado tiempo. Ahora pienso que fue lo único bueno que hizo por mí en mis diecinueve años de vida.

El camino hasta el hotel lo hicimos en un silencio, solo interrumpido por las notas de una canción de Maroon 5, que sonaba a través de la radio de coche, y la voz del GPS que iba indicando a Peter hacia dónde dirigirse.

—Ya hemos llegado —comentó Dana rompiendo el silencio y demostrando con su tono de voz de que ya estaba cansada.

—Comprobemos si hay habitaciones libres y registrémonos.

Diez minutos después, los tres estábamos en una habitación demasiado pequeña para una cama de matrimonio y una supletoria, pero, al parecer, gracias a la boda, cosa que debía haber ocurrido hacía tres años, el hotel estaba lleno.

—Podéis quedaros con la cama grande —Peter estaba sacando las cosas de su maleta y colocándolas pulcramente en el interior del pequeño armario empotrado en la pared.

—Lo qué deberíais es tener una habitación para vosotros solos. —Dana se dejó caer sobre la cama pequeña.

—Gracias —contestó Peter.

Para ser sincera con todos vosotros, mi novio estaba cargado de una paciencia infinita y es que, en estos dos años de relación, no habíamos llegado a nada íntimo. No negaré que no habíamos tonteado y nos habíamos manoseado en muchas ocasiones, pero desde aquella fiesta… Sentía que no me encontraba preparada.

Miré a Dana y me sonrió abiertamente y antes de que abriera la boca ya sabía lo que va a decir.

—Me voy al bar, necesito algo de beber. —Sacó su cartera del bolso y comprobó que llevaba su carnet falso—. Nos vemos abajo cuando queráis.

Me acerqué hasta donde estaba Peter doblando una de sus camisetas para después guardarla en uno de los cajones de la cómoda. Lo rodeé con mis brazos, me encantaba hacerlo y apoyar la cabeza sobre él.

Sus manos se apoyaron en las mías y, después de agarrarlas, se giró para quedar frente a mí. Me encantaba que me mirara de la forma en la que lo hacía. Desde su casi metro noventa y mi escaso casi metro sesenta. Su mirada siempre había sido sincera, con fuerza y amor. Sabía que me quería y por eso, después de estos dos años, de su paciencia, iba a esperar el tiempo que yo necesitara.

Me colocó la mano sobre la barbilla y con los dedos me acarició la mejilla. No hizo falta que nos dijéramos nada. Inclinó la cabeza y yo me alcé poniéndome de puntillas hasta que nuestros labios se encontraron. Primero, me dio besos pequeños, con dulzura, haciendo que inconscientemente fuera abriendo la boca hasta que apresó mi labio inferior entre sus dientes arrancándome un gemido desde lo más hondo de mi ser.

—Peter...

—Tranquila, cariño. No vamos a hacer nada que no quieras. —Sus manos ya se habían cambiado de posición y una de ellas estaba detrás de mi nuca sosteniéndome y ayudándome con la diferencia de altura y la otra estaba en mi cadera, pegando su cuerpo al mío—. Aunque me encantaría poder dar un paso más.

Y como siempre me pasaba, me separé poniendo una mínima distancia entre ambos. La justa para no resultar ofensiva a la declaración de Peter. No era la primera vez que estábamos en esa situación y, aunque sabía que me respetaba, notaba la tensión en su cuerpo cuando se dio la vuelta y siguió ordenando su ropa en el armario.

—Peter, lo... lo siento —me disculpé, aunque sabía que no tenía que hacerlo—. Voy a bajar con Dana.

—No pasa nada, Kansas —lo dijo sin mirarme, sin siquiera relajar la rigidez de su cuerpo.

Lo miré y, aunque sabía que la única que podía solucionar eso era yo, decidí salir de la habitación e ir a buscar a mi hermana.

Últimamente, la relación con Peter se había vuelto extraña y, aunque no quisiera reconocerlo, estaba pasando desde hacía dos meses, cuando había confirmado la asistencia a la boda de mi madre y supe que volvería a encontrarme con Drake.

No sabía cómo iba a soportar esos días. Mi padre me dijo que en el momento en el que no me sintiera cómoda, que todo esto me

sobrepasara, podía volver a casa. Mi hogar. Ya me obligaron una vez a salir de aquí y no pude hacer frente a los problemas. No, no soy una cobarde y pensaba cerrar el capítulo que hacía tres años se quedó abierto, aunque ello significara volver a romperme por dentro. Lo primero que tenía que hacer era buscar a Drake y plantarle cara. Sabía dónde tenía que ir a buscarlo.

Drake… íbamos a poner las cartas sobre la mesa.

CAPÍTULO 47

Kansas

Sabía dónde tengo que buscar a Drake, pero no sabía si estaba preparada para todo lo que ello conllevaba. Encontrármelo de frente, cara a cara. Él. Yo. Todos los recuerdos y no saber si todo aquello que sentimos a él le pasó algún tipo de factura, como a mí.

Me costó más de lo que reconoceré delante de nadie salir de todo aquello que removió mi mundo. Drake significó mucho más de lo que podía y quisiera llegar a reconocer, imaginar o permitir.

Salí del hotel sin ni siquiera mirar al interior del bar. Sabía que mi hermana estaba allí con su carnet falso aún guardado en el bolsillo de su chaqueta. Sabía que no le había hecho falta. Nunca lo había necesitado: una buena sonrisa, su gran delantera y, por su puesto, un billete lo suficientemente grande como para pedir una copa.

Caminé hasta la puerta. Un botones llamó a uno de los taxis que estaban aparcados junto a la entrada y me abrió la puerta trasera del coche. Cuando ya estaba instalada, le hice un gesto con la cabeza al conductor para que emprendiera el camino, sin aún haberle indicado el destino, me sentía capaz de comerme el mundo. Tomé aire, miré las luces anaranjadas de la tarde que iba oscureciéndose poco a poco y ocultándose tras los pocos edificios altos que había por esta zona de la ciudad. Seguía siendo una zona que conservaba la esencia de lo que fue y que se agarraba con uñas y dientes a lo que quería seguir siendo. Sentía que la casa de mi padre se había convertido en mi nuevo hogar, pero era allí donde realmente me había criado, donde me sentía libre. Capaz de avanzar sin importarme las piedras que me encontrara por el camino, aunque una de ellas fuera el maravilloso, a la vez insoportable, Drake. Mi futuro hermanastro.

Tras varios semáforos en el que el taxista cruzó sin ningún problema, al fin, paramos en uno que estaba en rojo y él aprovechó para girar su cuerpo hasta que pude ver su cara. Su sonrisa se amplió de una manera que bien pudiera ser en Halloween la de Joker. Tras cruzar un par de frases con él y de que el coche de atrás nos pitara

porque el semáforo se había vuelto a poner en verde, supo adónde quería ir. Conducía en silencio y por lo que pude deducir, por las calles que había elegido hasta llegar allí, vi que era un recorrido que había realizado en más de una ocasión.

Tras pagarle la carrera, bajarme del coche y darle las gracias, aunque hacía ya tres años que no visitaba ese lugar donde empezó todo, sentí que un gran nudo se me hizo en el centro del pecho. Apretándose, dejándome sin aire. Haciéndome sentir demasiado pequeña. Dicen que quien no ha sufrido por amor, no ha sufrido nunca, de la misma manera que no hay corazón roto que no haya sobrevivido a la tormenta. El mío, aunque no quisiera reconocerlo, aún tenía perdidas piezas pequeñas y, tal vez, esa era una de las razones por las que ahora me encontraba en la puerta del club dispuesta a enfrentarme a la peor de mis pesadillas.

CAPÍTULO 48

Drake

¿Qué mierda acababa de pasar? ¿Quién era ese tío que iba a su lado? Era un maldito Ken sacado de una revista de chicos perfectos y no pegaba nada junto a Kansas, agarrado de su mano y delante de la que ahora era MI casa, esa que decidió abandonar años atrás sin importarle lo que había pasado entre NOSOTROS y para luego volver con ese aire de superioridad.

Sabía que volvería para la boda. Sabía que no había más remedio de que acabáramos coincidiendo dentro de una misma estancia, cruzando nuestras miradas e, incluso, alguna palabra, pero la verdad era que no estaba preparado para hacerlo delante de la puerta de casa. Justo cuando estaba llegando de estar con los chicos y chicas de la pandilla. No en aquel momento. No en un día como el de hoy.

Salí de allí como alma que persigue el diablo y me metí en el interior de mi coche. Ese que su madre y su padre me regalaron y, aunque no lo dijeran, que significaba un gracias por haberme alejado de ella y de todo lo que conllevaba; quedaba más que implícito en sus comentarios cuando me entregaron las llaves varios meses después de que ella se fuera y demostráramos que podíamos ser más maduros de lo que imaginaban.

Mi padre dijo algo así como: Gracias por ser un White y no pensar en lo que no era necesario. Tan claro como el agua... Su madre fue algo más explícita: «Nos has ahorrado más de un quebradero de cabeza, espero que esto te haga pensar en qué es aceptable o no en esta casa y qué cosas debe guardarse en el sótano».

Arranqué el coche sin mirar atrás hasta que al fin llegué a mi destino. El club de campo donde seguía trabajando después de tantos años y del único lugar que me recordaba a ella del que no había querido desprenderme. Tal vez porque fue el sitio en el que conocimos muchas de esas respuestas que, aunque no nos agradaron, nos ayudaron a saber quiénes éramos. Tal vez porque fue en el maldito y jodido sitio donde me di cuenta de que estaba perdido y

completamente enamorado de ella. De su mirada, de su sonrisa. De la manera en la que me hablaba. En cómo su sonrisa hacía que sus ojos se iluminaran y brillaran, como si la luna hubiera adquirido un nuevo significado en el firmamento. Maldita Kansas y malditas todas las cosas que despertaba en lo más profundo de mi ser. Malditos esos tres años que me enseñaban que, después de todo, no había olvidado nada.

Me bajé del coche después de aparcarlo en mi plaza. Caminé y choqué la mano con varios de los compañeros con los que me encontré hasta que llegué al bar, la zona en la que ahora trabajaba. Esa que ella iba a ocupar y ni siquiera tuvo la oportunidad de conocer. No sé el motivo que me llevó a quedarme con ese trabajo. Tal vez que ya estaba cansado de ser un niñato que de vez en cuando se ponía hasta las cejas, que tenía a la chica que le daba la gana si su cartera estaba lo suficientemente llena o a saber qué. Pero aquel tiempo pasó a un segundo plano cuando..., cuando a fuerza de hostias, maduré.

Pasé bajo la barra y saludé a Mason, un nuevo compañero. Aquellos que había cuando Kansas aún estaba por allí dejaron el campo de golf por nuevas responsabilidades o fueron invitados a abandonar las instalaciones porque alguien hizo que se enteraran de que usaban cierta casetilla para consumir productos ilegales. El motivo por el que yo seguía allí era un padre con el nivel adquisitivo demasiado alto como para que el club se permitiera un escándalo.

Me coloqué el mandil alrededor de la cintura y, tras ajustar con la suficiente fuerza el lazo a mi cintura, compartí con él las tareas que había para esa tarde en la que no era necesario que fuera a trabajar, pero en la que había decidido que pasarla entre copas de anís, tés y ron, puros y comentarios fuera de lugar, sería más fácil que estar cerca de la persona que me complicaba la vida solo con que su nombre se paseara por mi cabeza. Kansas era peor que una patada en los cojones.

—Tío, parece que o has perdido una de esas vidas extras de las que tanto presumes o, directamente, estás a punto de perder la vida al completo —me contestó Mason mientras le tomaba nota a la señora Rochers, que como siempre y después de estos años, seguía pidiendo un poco de anís, que para ella eran tres dedos en un vaso chato, con varios cubitos de hielo—. ¿Ya ha vuelto esa hermanastra que te saca de tus casillas?

No le contesté, todo eso acabaría en un tira y afloja en el que él me aconsejaría solucionar nuestros problemas, que era, básicamente, decirle que estaba loca por mí y yo completamente loco por ella. Enamorado hasta que se me ponían los huevos... no, eso sería demasiado vulgar hasta para mí, pero es que... mejor no pensar ni siquiera en ella, porque el no poder haberla eliminado de mi mente, después de tanto tiempo, lo único que me hacía era percatarme de que era un completo gilipollas que no sabía pasar página.

Mason había decidido que dejarme en paz después de que lo mirara varias veces indicándole que sería capaz de arrancarle la cabeza si no dejaba de decir chorradas. Era lo mejor que podía hacer por su integridad, por lo que la última media hora fue bastante..., dejémoslo en relajante y con un nivel de trabajo comedido.

Las asistentes del club, que andaban alrededor de los ochenta o más, las mujeres que se visten y se pintan como si aún estuvieran pendiente de cumplir los sesenta o setenta, habían abandonado la zona de la sala donde jugaban al bingo y, como siempre, habían dejado las mesas hechas un asco, con todo lleno de copas a medio beber, cartones de sus partidas y, gracias a Dios, monedas que ayudaban a que nuestras propinas fueran algo más que generosas. Porque, que no se engañe la gente, trabajar en un sitio donde el nivel monetario era alto, no significaba que sus trabajadores se pudieran permitir lujos al final de mes. Aunque a mi padre le sobrara el dinero, no significaba que yo me pudiera permitir gastar lo que no tenía.

—Joder, tío, dime que en vez de agua me he tomado la copa de vodka de uno de los parroquianos, porque lo que se asoma al final del salón es una aparición mariana y me acabo de enamorar.

Llené del todo la bandeja que llevaba en la mano y me giré hasta el final de la sala, donde Mason miraba de manera descarada. Cuando me fijé que la persona que estaba entrando en la sala era la misma que llevaba todo el día ocupando mis pensamientos, tuve que sujetar con ambas manos la bandeja para que las copas que llevaba no se cayeran en el camino hacia la barra. Mis pies eran incapaces de moverse del suelo y dar un paso, ya fuera para alejarme de ella o acercarme.

¿Qué demonios hacía aquí?

Kansas había entrado en el bar. Kansas me estaba mirando, directamente, a mí, sin importarle nada de lo que nos rodeaba, ni que Mason no dejaba de mirar del uno al otro sin entender nada de lo que estaba pasando.

Maldita Kansas.

Maldita sea tres millones de veces, una detrás de otra, era la mujer más guapa que había visto en la vida y los tres años que habían pasado le habían sentado demasiado bien.

Solté la bandeja sobre la mesa que estaba a mi lado sin importarme que uno de los vasos se escurriera hasta quedar de lado y vertiera su contenido. No me enteré de qué música era la que seguía sonando tras los altavoces, que, seguramente, fuera una de esas baladas de Elvis Presley que tanto gustaba por allí. Hubiera sido todo un acierto que *Always on my mind* estuviera poniendo la banda sonora de ese momento. Solo tenía ojos para verla a ella.

Mi único pensamiento, mientras la vi avanzar hasta mí, fue que cuando llegara a mi lado iba a agarrarla de la cintura, ignorar los tres

años que nos habían separado y besarla. Que nuestros sabores se enredaran, que nuestras lenguas recordaran cuáles eran sus casas. Que todo lo demás, lo que la gente opinara, lo que había pasado o pudiera pasar, no nos importara. Cuando se colocó frente a mí, solo pude ver fuego en sus ojos. No pude evitar dejar que su mano se estampara contra mi mejilla. El dolor me golpeó, pero no fue tan fuerte como la causa del que se incrustaba en mi pecho y me recordaba que cada pequeño pedazo, cada astilla desde que se rompió, se hundía más y me hacía desangrarme. Aunque hubiera sido mucho más fácil si, después de que su mano impactara en mi cara, sus labios no se hubieran pegado a los míos contradiciendo todo lo que el primer gesto había marcado en ese encuentro.

CAPÍTULO 49

Kansas

¿Qué demonios estaba haciendo?

Mis manos rodearon el cuello de Drake mientras él puso las palmas de sus manos en mis mejillas. Sentí el calor que desprendían y que estaba en casa, en el sitio donde tenía que estar y que nunca tenía que haber abandonado, pero la imagen de Peter, de todo lo que había pasado en esos últimos tres años cruzó mi mente y me separé de él.

Mi respiración estaba acelerada, como si al aire le costara encontrar el camino hacia mis pulmones. Aún no había conseguido abrir los ojos, pero no era otra cosa que el miedo a lo que me estaba pasando. El miedo de verlo ante mí y sentirme una cobarde y una traidora por lo que acababa de pasar. Di uno, dos y tres pasos más hacia atrás poniendo más distancia entre ambos.

—Kans…

Escuché su voz, ahora más grave, más del hombre en el que se había convertido. Una voz que parecía que me acariciaba, que me acunaba y que me pedía que me volviera a acercar a él, pero no podía hacerlo. No podía hacerme eso.

Abrí los ojos y cuando lo miré, lo hice a sus pies. No podía mirarle a la cara y ver todo lo que sabía que mi mirada también tenía que reflejar. Eso mismo que tres años atrás sentimos y que tuve que abandonar. Que me hicieron abandonar.

—Mírame, Kansas —dijo de nuevo—. Sabes que lo que has hecho es lo que ambos queremos, que nada de lo que haya pasado en este tiempo ha hecho cambiar lo que sentimos el uno por el otro.

Respiré profundamente notando como al fin el aire hacía que mis pulmones se llenaran, pero quemaba. Quemaba como si se hubieran prendido miles de cerillas en el centro de mi pecho. Como si un calor abrasador estuviera calcinándome por dentro y no quería sentir eso. No quería que todo volviera al punto final en el que nos separamos. Aquello no fue un continuará.

—Drake, he venido a ponerle punto final a todo lo que fuimos y

nunca seremos —respondí intentando sonar lo más sincera posible. Intentando créemelo yo misma.

—Dímelo mirándome a la cara. Dímelo a los ojos, Kansas.

Noté que acortaba la distancia entre ambos. Vi como daba esos pasos que nos separan hasta que las punteras de sus deportivas rozaron la puntera de las mías. Seguía sin atreverme a levantar la mirada hacia él, por lo que capté cada movimiento de su cuerpo, como levantaba una mano y tomaba una de las mías, como entrelazaba sus dedos y yo se lo permitía, porque el calor, la corriente eléctrica que mi cuerpo sentía era tan familiar que no quería que se acabara nunca. Dejé que tirara de mí sin poner ningún tipo de resistencia hasta que mi mejilla se apoyó contra su pecho, ahora más fuerte y amplio, pero a la vez tan familiar que no pude evitar sentirme en casa y rodearle con mis brazos.

No dijo nada y yo tampoco lo hice. Dejé que me guiara, que me moviera con él a donde quisiera. No era capaz de decir nada. Eran tantas cosas las que me pasaban por la cabeza que no sabía por dónde empezar. Lo único en lo que pensaba era que, después de esos tres años, sí que de verdad sentía que estaba donde quería estar.

CAPÍTULO 50

Drake

La vida podía dar muchas vueltas. Hacernos sentir que tenemos que probar muchas cosas, vivir en una vida todas las vidas que seamos capaces de conocer. Equivocarnos, aprender de nuestros errores. Caernos para volver a levantarnos con mucha más fuerza, pero siempre había sido de los que había pensado, aunque nunca se lo hubiera dicho a nadie, que nuestro destino estaba escrito y que, cuando encontramos esa mitad, esa de la que estamos separados desde que nacemos y no todos tenemos la oportunidad de conocer, por muchas cosas que pasen, una vez que sabemos quién es, siempre nos llevara a ella o él, porque es la única manera de que nuestro mundo, no, el nuestro no, el mundo en general, pueda seguir girando y funcionando. Y esa mitad que me hacía sentir completo se llamaba Kansas y ahora estaba a mi lado.

Tras el beso y que ella no me mirara, hice lo que el corazón me pidió. Con un gesto de cabeza le pedí a Mason que me disculpara y guie a Kansas hasta la parte de atrás de la barra, al interior de la pequeña salita donde teníamos la cocina y una pequeña despensa. Ella seguía abrazada a mí, aun sin mirarme noto como su cuerpo temblaba contra el mío, pero no decía nada y yo no sabía qué decir en ese momento. Solo sabía que quería tenerla así, pegada a mi cuerpo, sentir que junto a mí estaba bien, aunque le diera miedo, porque a mí me lo daba y mucho.

No supe el tiempo que estuvimos dentro. Me senté en una de las sillas que teníamos y ella lo hizo sobre mi regazo, acurrucada sobre mi pecho, en silencio y con su respiración cada vez más tranquila, pausada y relajada.

—Kansas, pequeña, sé que tú también tienes miedo, que no sabes lo que no está pasando, pero es más fácil de lo que creemos. Simplemente, estamos donde queremos estar.

Ella se movió, sus brazos me rodearon la cintura con mucha más fuerza y sentí, creo que incluso antes que ella, como un sollozo

empezaba a salir al exterior de su cuerpo para convertirse en lágrimas que empaparon mi camiseta.

No me gustaba verla llorar, no quería que lo hiciera, pero, a veces, a los sentimientos había que dejarlos salir. Dejar que otra persona, una que nos importara, nos ayudara a superarlos. Yo quería ser esa persona para ella. No quería ser quien la hiciera llorar, quería ser la persona que estaba junto a ella para ayudarla a superarlos, la que estuviera a su lado para demostrarle que la apoyaría en todo. Para secárselas.

Ella se volvió a mover sobre mi regazo, pero esta vez para incorporarse y, después de que nos besáramos, por fin me miró a los ojos y no supe qué era lo que me quería transmitir, pero sí sabía lo que sentía yo cuando me miraba. Sentía que al fin la tenía allí, que me daba igual que se hubiera ido hace tres años, que me abandonara sin darme ningún tipo de explicación, que me abandonara sin importarle que era lo que teníamos, lo que estábamos empezando. Ahora mismo solo me importaba que lo que tenía en el pecho no me volviera a doler, que no me explotara.

—Drake, esto… —Su voz es tan baja que casi no podía escucharla, por otro lado, no sabía si quería hacerlo porque me daba miedo lo que me fuera a decir, así que la apreté contra mi pecho intentado que no dijera nada. Que no se separara de mí—. No podemos quedarnos así eternamente.

—Si podemos, Kans. Podemos quedarnos aquí, el uno junto al otro. Ignorar a todo lo que nos rodea, que deje de importarnos…

Un sonido en el exterior hizo que ambos nos miráramos al instante. Se escachaban unas voces del exterior y no hacía falta ser adivino para saber de quién provenían. Kansas se levantó con celeridad de mis piernas y yo reaccioné con la misma velocidad que ella. Noté como su semblante cambiaba, se pasaba las manos por el pelo, por su rostro, eliminando las pocas marcas que le pudieran quedar por lo que ha pasado entre nosotros y, antes siquiera de darme tiempo a nada más, se puso totalmente seria, levantó una mano y, cuando creí que iba a volver a golpearme, habló, pero con un tono serio, desafiante y que no dejaba espacio a discusión:

—Espero que te haya quedado claro, White. He venido para la boda de tu padre y mi madre. Se lo debemos a ellos. —En ese mismo instante los acabados de nombrar entraron en el pequeño espacio de la trastienda y se me quedaron mirando. Ella les dio la espada y vi como cerraba los ojos con fuerza y tomaba aire antes de continuar—. No quiero irme como la última vez. Esta vez quiero ser yo quien tome la decisión.

Se dio la vuelta y miró a nuestros padres. Tomó a su madre de la mano e hizo que la acompañara al exterior, al salón de nuevo. Yo me

quedé con mi padre mirándome desde la puerta con semblante serio.

—Espero que le hagas caso y te comportes.

No dijo nada más, aunque no fueron sus palabras las que me daban vueltas y vueltas en la cabeza: «No quiero irme como la última vez. Esta vez quiero ser yo quien tome la decisión»

¿Qué es lo que había pasado hacía tres años? Una cosa si me había quedado clara: Kansas seguía sintiendo algo por mí, algo parecido a lo que dejamos atrás, algo que estaba dispuesto a no olvidar y que ella no olvidara.

CAPÍTULO 51

Drake

*S*i todo fuera más fácil, el mundo no sería lo que es y parecería un maldito anuncio de compresas, de esos en lo que todo está rodeado de nubes de colores, purpurina y unicornios, pero ni vivía en ese mundo ni yo sabía el poder que tienen una de esas compresas, pero sí sabía lo que significaba que mi padre siga en el vano de la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho y esa mirada. La misma jodida mirada de hace tres años cuando Kansas se fue sin despedirse y él me echó aquella charla que parecía que estaba deseando volver a soltar y no iba a ser yo quien se lo impidiera.

Aquella vez me tocó una fibra dentro que me hizo odiar a Kans con todas mis fuerzas, que me había hecho pensar de ella lo peor durante esos años, pero que se disipó en el momento en el que sus labios volvieron a ponerse en contacto con los míos.

Me senté en la silla que había ocupación hacía un instante y me pareció sentir una nube a mi alrededor del perfume de Kansas. Una mezcla de frutas y cítricos con un toque infantil. Sí, seguía oliendo a colonia de bebé más un toque personal de ella.

Entonces fui yo quien cruzó los brazos sobre mi pecho, acomodé mi espalda a la silla dejando deslizar mi trasero sobre el asiento en una postura despreocupada, con las piernas tal vez más abiertas de lo estrictamente necesario. Seamos sinceros: me encantaba sacar de quicio a mi padre y lo estaba consiguiendo a base de bien.

Él se enderezó separándose de la puerta, con su gran estatura; a alguien tenía que salir para medir 1,85, aunque no era lo único que tenemos en común. Recuerdo cuando era un crío y mi madre aún estaba con nosotros, y nos decía que el día que yo creciera, que me convirtiera en un hombre, nuestras discusiones serían como una colisión entre dos trenes a toda velocidad. Algo me decía que, si estuviera aquí con nosotros, estaría riéndose de la postura que habíamos tomado cada uno. Mi padre no avanzaba, simplemente, se quedó ahí, esperando a que fuera yo quien abriera la boca, pero ya lo

había hecho años atrás y no conseguí ninguna respuesta. Si él no estaba dispuesto a dármelas, no iba a ser yo quien fuera de nuevo tras ellas.

—Drake —mi padre, con ese tono grave de voz, potente sin necesidad de alzar el volumen—, sé que la quieres y que te animé a que intentaras arreglarlo, pero ya es demasiado tarde. Me prometiste que habías pasado página.

—Tal vez no lo he superado. Tal vez esta sea la oportunidad de recuperarla, de que todo sea como tuvo que ser sin que nadie se interponga en lo que sentimos —respondí sin amilanarme. No iba a quedarme con la cabeza baja escuchando lo mismo una vez detrás de otra.

—No entiendes una mierda de lo que pasa, ¿verdad? Tuvimos nuestras razones para actuar como lo hicimos. Sé que sigues sin comprenderlo, pero ahora no es el momento de remover el pasado.

Me levanté de la silla, tal vez con más fuerza de la que debiera, dejándola caer al suelo con un sonido sordo. Seguramente, Mason se estuviera preguntando qué estaba pasando allí dentro, pero le había hablado lo suficiente de mi padre para que supiera que no tenía de qué preocuparse. Nunca habíamos llegado a nada más que no fueran palabras y sabía que nunca iba a pasar de ahí.

Me pasé las manos por el pelo, tirando desde la raíz y despeinándome, sin importarme si mi pelo me hacía parecer un loco. Solo necesitaba hacer algo con las manos para tenerlas ocupadas.

Él se acercó hasta mí y puso una mano en mi hombro y supe que era una ofrenda de paz, algo que había aprendido a valorar desde muy pequeño. Lo vi cerrar los ojos con fuerza y llenar los pulmones en exceso para después dejar escapar un suspiro entre sus labios.

—Lo único que quiero es que no repitas los errores que yo cometí a tu edad —había bajado varias octavas el tono de su voz, algo que no era normal en él en este tipo de conversaciones, cosa que me sorprendió, por lo que le miré directamente a los ojos.

¿Qué era lo que estaba viendo en su mirada? ¿Tal vez, dolor?

—Hijo, aunque no lo creas, lo mejor que os puede pasar a ambos es estar separados.

—¿Y qué mierda sabes tú? —respondí fuera de mis casillas—. Estuviste con mamá y, por lo que sé, la quisiste con locura, y ahora vas a casarte con la mujer de la que estabas enamorado cuando ibas al instituto. No tienes ni idea de lo que yo siento y quiero. No nos has dado la oportunidad a ninguno de los dos a saber que era lo que podría haber pasado si lo nuestro hubiera seguido adelante. Tal vez hubiéramos conseguido la felicidad que vosotros os negasteis.

—No nos la negamos, Drake. —Vi como los ojos de mi padre se empañaban y noté que había mucho más detrás de sus palabras.

Ambos nos mantuvimos en silencio. Con los años, había comprendido que la única manera que tenía mi padre de hablar, de decir todo lo que pasaba por su cabeza, era dejarlo atrapado en un silencio incómodo. Su mano siguió sobre mi hombro, di un paso hacia atrás, recogí la silla del suelo ignorando que seguía en la pequeña trastienda y escuché como se giraba, pero, cuando llegó a la puerta carraspeó e hizo que me diera la vuelta para observarlo. Asustado, con miedo a decir las palabras que estaban golpeando con fuerza en su interior. Continué en silencio, si tenía algo que decirme, ese era el momento.

—Se iba a llamar Sally, ahora podría tener veinticinco años y podía haber sido vuestra hermana mayor. —Dejé que las palabras que acaba de decir tomaran significado en mi interior. Mi padre y la madre de Kansas iban a ser padres—. Siéntate y déjame que te lo explique todo, hijo.

CAPÍTULO 52

Kansas

Acompañé a mi madre al exterior del club. El taxi aún estaba esperándome en la puerta. Cuando me vio me, hizo un gesto para saber qué hacer. Le pedí que esperara unos minutos más, no me importaba lo que pudiera costarme la carrera, pero creía que era el momento de que mi madre y yo tuviéramos la conversación pendiente que dejamos tres años atrás.

Me volví para mirarla, no hacía falta ser muy lista para saber que ella no me iba a decir nada. Solo esperaba que Drake hubiera entendido que no fue culpa mía desaparecer tres años atrás. Que yo quise quedarme con él, al menos en aquel momento.

Caminé hacia mi madre y, aunque no se lo merecía, le di un beso en la mejilla que no me devolvió. Cuando me separé de ella se sacó del pequeño bolso que llevaba colgado en el hombro su vieja pitillera de color rosa que le había regalado por un día de la madre. Echaba de menos esos días en el que las dos podíamos hablar prácticamente todo. Sacó un cigarrillo y el mechero y, cuando dio la primera calada y una nube de humo nos rodeó acompañada del silencio, me quedó lo suficientemente claro que ese tiempo ya había pasado.

Me di la vuelta y caminé hacia el taxi. Cuando abrí la puerta, me giré y me planteé si decirle yo algo a ella, pero las palabras se me quedaron a medio camino entre la garganta y los labios casi abiertos, porque ella se había dado la vuelta y había dejado de mirarme. Le pedí al taxista que me llevara de vuelta al hotel. Una vez que le pagué, entré, miré al interior del bar, pero mi hermana ya no estaba allí o había encontrado buena compañía o estaba aburrida y había vuelto a la habitación.

No había pensado en lo que iba a decirle a Peter porque no había nada que pensar. Siempre había sido sincera con él. Siempre había sabido el motivo por el que mi madre me pidió que me fuera de casa y fuera a la del hombre que dejó de ejercer de padre. Siempre supo quién era Drake y que sentía por él.

En el ascensor, acompañada de una de esas melodías extrañas que amenizan el trayecto desde el *hall* hasta la planta donde está la habitación, miré mi teléfono, pero no tenía ninguna notificación. Esperaba que, al menos, Peter me hubiera escrito un mensaje preocupándose por mí. Abrí la puerta de la habitación, su maleta estaba de nuevo preparada y él sentado sobre la cama con los codos sobre sus rodillas y los dedos de sus manos sujetando la cabeza metidos entre los cortos mechones de pelo.

No levantó la cabeza, así que caminé hasta sentarme a su lado. Iba a ponerle una de mis manos sobre su pierna, pero, en el último momento, la coloqué sobre la mías. Sabía lo que iba a pasar.

—He sacado un billete de avión, sale uno mañana a primera hora.

—Pero… —intenté responderle, pero él se giró y me miró. Supe al instante que no iba a cambiar de opinión.

—Te voy a dejar el coche para que tú y Dana podáis moveros con facilidad por la ciudad o por si quieres volver antes. No te preocupes, ya me lo devolverás cuando vuelvas.

—Peter, yo no quiero que esto se acabe así. No quiero que lo nuestro se termine.

—No, Kansas. No nos engañemos ninguno de los dos. Esto, aunque dure ya dos años, realmente no empezó nunca, porque no puede empezar algo si no se han cerrado antiguas relaciones. —Al fin levanta la vista y veo una sonrisa amarga en sus labios—. Fui yo quien se engañó en todo momento. Me hablaste de Drake, aunque nunca lo nombraras directamente. Solo me ha hecho falta veros unos segundos, para saber que era él. Él es el chico que siempre ha estado ocupando esa pequeña parcela de tu corazón que nunca nadie va a conquistar. Porque tú no quieres, pero no creas que te lo estoy echando en cara. Cuando un amor tan fuerte nos golpea, es prácticamente imposible reponerse, sobre todo si es correspondido.

Me acercó a él y dejé que me cogiera entre sus brazos para que me acunara, para que me diera ese calor tan conocido por mí en estos últimos dos años. Dejé que sus palabras se deslizaran por mi cuerpo y me di cuenta de que tenía razón. Él fue un soplo de aire fresco en mi vida. Fue esa pequeña mora que no tenía el suficiente jugo para eliminar la mancha que había quedado sobre mi corazón, pero que sí tenía la suficiente fuerza para hacerme sentir feliz a su lado, aunque no completa.

—No te preocupes, no me voy triste. No voy a engañarte, duele, pero hay algo que mis padres me enseñaron muy bien y es que, si de verdad quieres a alguien, debes dejarlo ser feliz, aunque no sea a tu lado.

Se levantó de la cama llevándome con él. Me colocó sobre el colchón y me dio un beso sobre la frente. Lo observé separarse de mí y

como cogió la maleta. Cuando llegó a la puerta me sonrió y se despidió de mí.

—Sé que volveremos a vernos, pero no voy a decirte que te esperaré. Sé feliz, lucha por eso que siempre has querido y… vive, Kansas.

Cerró la puerta con suavidad y pude escuchar sus pasos amortiguados en la moqueta del pasillo, como se iban alejando a la vez que mis lágrimas, esas que tanto llevaba guardando en mi interior, se desbordaron con fuerza. No las retuve, esa vez, no. No tenía fuerzas para hacerlo y, por primera vez después de tanto tiempo, dejé que salieran con todo lo que llevaba guardando dentro.

Peter siempre supo ver algo que yo no quería ver y había llegado el momento de tener respuesta a todas las preguntas.

CAPÍTULO 53

Drake

*H*abían pasado dos días desde la conversación con Kansas, de la confesión de mi padre, de que todo mi mundo se hubiera puesto patas arriba y yo no supiera cómo debía reaccionar. Tardé varias horas en volver a casa. Casa, esa palabra que de repente había dejado de tener el mismo sentido que había conseguido que tuviera una vez que me acostumbré a no tener a Kansas cerca, una vez que comprendí que ella había decidido irse para no volver.

Las palabras de Kansas seguían dándome vueltas en la cabeza, pero ni ella había hecho por verme ni yo tampoco la había buscado. La relación con mi padre y su madre se había vuelto inexistente, ya fuera por la incomodidad de encontrarnos bajo el mismo techo o porque yo intentaba hacer todo lo posible porque no coincidir en la misma habitación. Ni siquiera sabía si mi padre le había dicho que yo sabía su secreto, ese que habían guardado con tanta fuerza y al que ambos se habían agarrado para que Kansas y yo no estuviéramos juntos. Todo eso me hacía plantearme demasiadas preguntas.

¿Le habrían dicho a Kansas la verdad? ¿Opinaría lo mismo? ¿Qué había pasado realmente tres años atrás?

Joder, eran tantas cosas y a tan pocos días de la boda, qué no sabía qué iba a pasar.

Seguí en el interior de mi habitación y miré la hora en la pantalla de mi teléfono móvil, ese que no me daba las notificaciones de la persona de la que deseaba saber. Eran las nueve de la mañana y ya se escuchaba movimiento por toda la casa. Emily, que llevaba con la familia desde que tenía uso de razón, debía estar en la cocina preparando galletas y magdalenas, porque decía que el dulce alegra las mañanas y porque no era tonta y ya nos conocía a todos; sus raciones últimamente eran mucho más grandes y, aunque parezca mentira, siempre se acababan. Mi padre debía de haberse ido a su trabajo, el que siempre hizo que estuviera separado de mí, pero no desconectado. No había sido un mal padre, siempre se había

preocupado de que tuviera una buena educación, que fuera un chico responsable, que sacara buenas notas. Pero, desde que supieron que Kansas y yo manteníamos una relación, algo cambió.

Todo cambió.

Lesly era una buena mujer, no podía criticarla ni decir que se hubiera portado mal conmigo en esos últimos dos años, aunque sí que a ambos nos costó encontrar un punto intermedio a la tirantez con la que nos tratábamos. El saber que estaba en una especie de relación con su hija, no ayudó al principio, pero, cuando Kansas se fue, aunque ella parecía triste, nuestra relación poco a poco empezó a ser más cordial. Seguramente, estuviera abajo sentada en la mesa de la cocina observando como Emily preparaba las galletas y las magdalenas con un café frente a ella, mareándolo con la cucharilla, con el móvil en la otra mano para revisar sus correos electrónicos y redes sociales.

Me levanté de la cama después de dar demasiadas vueltas. La luz entraba con fuerza a través de la ventana. Iba a ser uno de esos días en el que el cielo estaba completamente despejado, el sol brillaba con fuerza y los pájaros cantaban, como en una puñetera película de Disney. Podía bajar en pijama, pero sabía que tenía que empezar a ser consciente de todo lo que pasaba, así que, para afrontar la conversación que pudiera haber entre ambos, acabé poniéndome un pantalón de chándal de la universidad y una camiseta.

Bajé los escalones, la casa era más pequeña que la que ocupábamos mi padre y yo. Al principio querían vivir allí, pero cuando Kansas se fue, mi padre decidió que Lesly se había separado de demasiadas cosas y que, para tres personas, la suya tenía un buen tamaño.

Antes de entrar en la cocina, pude escuchar como Emily trasteaba con los utensilios de cocina y, de fondo, se escuchaba una canción de Aretha Franklin, algo a lo que me acostumbré rápido. Esta mujer lo mismo escuchaba un clásico que una de las nuevas y animadas de Beyoncé. Me asomé con cuidado tomando aire y terminándome de preparar para encontrarme con la madre de Kansas, cuando una mano se posó en mi hombro haciendo que un grito estrangulado saliera de mi garganta.

Me di la vuelta a punto de golpear al atacante y me encontré con la amplia sonrisa de mi padre que estaba a punto de echarse a reír.

—Me cago en mi puta vida. —Mi padre frunció el ceño, pero siguió aguantando la risa—. ¿Me quieres matar de un susto o qué?

—Esa lengua, jovencito —me reprochó.

—¿Qué haces aquí? Te creía trabajando.

Me coloco el brazo sobre los hombros y me acompañó al interior de la cocina donde Emily estaba mirándonos con un bol y una varilla de batir en las manos y una sonrisa en la cara. Lesly estaba, como ya había predicho, en el mismo sitio que ocupaba cada mañana y

haciendo lo que esperaba.

Mi padre me señaló hacia una de las sillas libres que había frente a ella para que me sentara y él ocupó la que estaba justo a su lado. Ambos se dieron un suave beso. De verdad estaban enamorados y, después de lo que mi padre me confesó, se merecían un final feliz y tener lo que se les había negado tantos años atrás.

—Señor White, ¿le preparo su desayuno? —Mi padre asintió a Emily. Yo no tuve que decirle nada, colocó una taza de café frente a mí junto a un par de galletas con pepitas de chocolate que sabía que había horneado antes de que la casa cobrara vida.

—Drake, me alegra verte en esta zona de la casa —empezó a decir mi padre —. Creía que ya no te vería hasta la boda, incluso, estaba pensando que ni siquiera allí.

Lesly soltó la cucharilla del café para tomar la mano que tenía mi padre sobre la mesa. Enlazaron sus dedos y se sonrieron. No había visto sonreír a mi padre nunca de esa manera. Bueno, en las pocas fotos que salía con mi madre siempre ha tenido un brillo muy parecido.

—No le reprendas, Jack —respondió ella mirándome a mí—. No es fácil digerir la información que le diste, mira a Kansas. No sé siquiera si ha vuelto con su padre.

Joder.

JODER.

Kansas se había enterado y no sabía nada de ella y podía haber ido de nuevo y que no volviera a verla hasta… hasta que ella quisiera porque, por más ganas que tuviera de salir a buscarla, no sabía qué era lo que podría decirle.

Un silencio que podía cortarse con el cuchillo de la mantequilla llenó la cocina que olía a galletas y magdalenas. Me pareció que Emily había dejado de hacer ruido por no molestar. Yo no me atreví a levantar la mirada del café que tenía frente a mí por miedo a la mirada de mi padre y de lo que pudiera adivinar en ella, aunque no me sorprendió que fuera él, de nuevo, quien rompiera el silencio que se había instalado en la cocina.

—Volverá, cariño. Aunque no lo hayamos hecho bien, acabará perdonándonos. Perdonándote. Tiene que entender que no fue fácil para nosotros y que todo lo que hicimos fue por el bien de ellos. Al menos, así lo creíamos.

Sé que, aunque esté hablando con ella, se está dirigiendo también a mí, a que intente entender el motivo por el que acabamos separados hace tres años, pero soy incapaz de hacerlo. No sé qué tiene que ver que ellos no pudieran tener una relación, de que fueran a ser padres, que ella y yo no pudiéramos estar juntos.

—Papá. —Levanté la vista y los vi a los dos mirándome con los

dedos de las manos aún entrelazados —. Quiero saberlo todo, quiero saber qué es lo que pasó y en que nos perjudicaba a Kansas y a mí.

—Drake, no fue nuestra intención…

—No, Lesly, seamos sinceros con él. Con ellos —mi padre interrumpió a su prometida y se levantó de la mesa para colocarse detrás de ella y poner las manos sobre sus hombros—. Llámala, si todavía no se ha ido, dile que venga. Vamos a contarle la verdad a ambos. Ya es hora de que lo sepan todo.

CAPÍTULO 54

Kansas

¿Qué se siente cuando te dabas cuenta de que habías vivido rodeada de mentiras? Pues la verdad, la única palabra que se me ocurrió, bueno, realmente era tres: UNA PUTA MIERDA.

Después de llegar al hotel y ver como Peter se marchaba fui a buscar a Dana. No estaba en el bar. Le escribí un mensaje y tampoco tuve ningún tipo de respuesta. O se había quedado dormida o había encontrado a alguien con quien pasar el tiempo. Ella era solo un año menor que yo, y sí, si se echaban cuentas, mi padre le fue infiel a mi madre. No se lo había perdonado nunca, pero, tal vez, las circunstancias por las que mi padre acabó buscando amor fuera de su relación marital eran más que justificadas.

Volví a salir del hotel y, aunque no era lo que quería, necesitaba muchas respuestas. Cogí el coche de Peter, que estaba en el mismo aparcamiento en el que lo habíamos dejado antes, y fui en dirección a mi casa. Podía encontrarme allí a Drake, pero no era el mayor de mis problemas. Yo solo quería respuestas. Las de verdad.

Entré con el juego de llaves que aún tenía, al fin y al cabo, aquella seguía siendo mi casa. Me dirigí al salón y vi que mi madre estaba allí sentada, con el móvil entre las manos y lágrimas surcándole las mejillas. No sentí pena por ella y eso me sorprendió, pero me acerqué a ella y me senté a su lado. Estuvimos así varios minutos, sin tocarnos, sin hablarnos, hasta que soltó la bomba. Me lo contó todo y mi mundo se derrumbó con cada palabra que pronunciaba.

No dije nada. Aguanté como pude las lágrimas, los gritos y los reproches. Me levanté y, cuando estaba a punto de salir del salón para irme, decidí que tenía que decir algo. Ella seguía sentada, mirando al frente, llorando en silencio.

—No lo entiendo, no le encuentro significado —tomé aire y continué—. Os queréis, perdisteis a una hija, pero eso no os ha hecho dejar de luchar por lo que queríais, por estar juntos como estáis ahora. Os vais a casar y me alegro por ello.

Espere unos segundos por si decía algo, pero ni siquiera se movió.

La mujer que estaba allí sentada era mi madre el envoltorio que yo podía ver. Era mi madre, la mujer que más quería en el mundo entero, la que había hecho que fuera la persona que era, pero me había mentido durante diecinueve años de mi vida. ¿Sabía mi padre la historia?, ¿me la había ocultado también?

—Dime solo algo para explicarme por qué Drake y yo no teníamos la oportunidad de tener lo mismo por lo que tú has luchado por tener. Dime solo algo que no haga que salga por esa puerta para no volver más.

No hubo respuesta por su parte. Seguía callada, sin moverse. Sin mirarme.

Apreté los puños con fuerza clavándome las uñas en las palmas de la mano, para sentir el dolor y no hacer algo de lo que me pudiera arrepentir después. Me giré cuando vi que no iba a obtener ninguna respuesta y, haciendo lo que menos quería, me fui de mi casa con el corazón roto, con la sensación de que mi madre no era la persona que yo conocía. Traicionada y dolida.

Dos días después, aunque le había dicho que me iba, seguía en la habitación del hotel. Dana estaba a mi lado, no se había separado de mi nada más que para traer comida e ir al baño. Ella si se estaba comportando como lo tenía que hacer alguien de la familia.

—Tu móvil no deja de vibrar —me dijo mientras intentaba comerme algunas piezas del pollo frito que había traído—. Creo que deberías cogerle la llamada a tu madre, lleva dos horas intentando contactar contigo.

Solté la comida dentro del envase de cartón y me dejé caer sobre el colchón que ya debía de tener la forma de mi cuerpo grabada. Ella se tumbó a mi lado y me agarró una de las manos.

—No me has contado nada de lo que ha pasado. No te he preguntado por qué Peter se ha ido, aunque no hay que ser muy inteligente para saber la respuesta, pero creo que hablar de ello te puede ayudar.

Miré a mi hermana y sentí que, de nuevo, el corazón o lo poco que quedaba de él se aceleraba con fuerza. ¿Qué decirle? No sabía qué podría decirle aparte de que seguía enamorada de Drake, de que hacía apenas cuarenta y ocho horas había sabido que mi madre me había engañado, pero que ese engaño seguía sin explicarme el motivo de por qué Drake y yo no podíamos estar juntos.

—Kansas, suéltalo, no te lo dejes dentro. Lo único que vas a conseguir es que se te acabe quedando tan hondo que nunca vas a poder sacártelo. Puedes confiar en mí.

Tenía razón, por lo que me senté en la cama de nuevo, cogí el teléfono y vi las quince llamadas perdidas en la pantalla de

notificaciones. Las borré sin contestar y, antes siquiera de pensarlo, se lo conté todo a Dana. Desde el momento en el que decidí plantarle cara a Drake en el club, decirle que ya lo tenía olvidado, el beso, la manera en la que me sentí y como supe que él seguía sintiendo lo mismo. La vuelta al hotel, la conversación con Peter y después el monólogo de mi madre y su nula reacción ante mis palabras. Le dije como me sentía después de encontrar las respuestas que necesitaba y que no les encontraba ningún sentido. Le expliqué que me quería ir, pero no de esa manera, porque sentía que aún había algo que me quedaba por saber.

—Creo que debes devolverle la llamada. En cinco días se casa y sé que quieres estar allí porque, por mucho daño que creas que te ha hecho, la quieres.

—¿Y qué le digo? —Se había levantado de la cama y estaba recogiendo los restos de la comida metiéndolos en una bolsa para poder tirarlos después.

—No tienes que decirle nada, si ella es la que está llamándote, es porque es ella la que quiere hablar. A veces, cuando nos ponen contra la espada y la pared, —sabía que Dana no está juzgándome con este comentario—, nos quedamos en blanco y no sabemos cómo actuar. Es tu madre y, aunque ahora te duela, debes darle una oportunidad para explicarse bien, para que te diga por qué tomó esa decisión. Después tú decides que hacer, pero escúchala.

—Y pensar que eres un año más pequeña que yo…

—Once meses para ser más exactas. —Ambas nos reímos y era la primera vez que lo hacía de verdad desde que había llegado a mi ciudad—. Vete a la ducha, que hueles a mendigo, seguro que no tardará en llamar. Cuando lo haga, le coges la llamada y escúchala, después decide qué quieres hacer.

Dana cogió la bolsa que había preparado con los restos de la comida para salir de la habitación, no sin antes darme un beso en la mejilla y obligarme a darle volumen de nuevo a mi teléfono.

Le hice caso y saqué ropa de la maleta que ni siquiera me había preocupado en deshacer desde que había llegado; me metí en el baño. Quería darme una ducha rápida, por si mi madre no tardaba en llamar. La verdad es que, después de la conversación, sentía que de verdad todo podía tener una explicación que no fuera tan dolorosa. Podía ser que lo que les había pasado a ellos hubiera condicionado nuestra relación, que pudiera traer más de un problema. Yo que sabía, pero como había dicho mi hermana, se merecía que la escuchara cuando parecía que quería hablar.

No tardé ni diez minutos en volver a sentirme persona. Había cogido unos *shorts* vaqueros con los que, si mi padre me viera, pondría el grito en el cielo. Una camiseta de manga corta gris amplia, pero que

dejaba ver mi ombligo. Me volví a calzar mis zapatillas deportivas blancas y coloqué el teléfono frente a mi mientras me secaba el pelo. Estaba más que nerviosa, mi madre no había vuelto a llamarme y empezaba a pensar que había tomado la decisión demasiado tarde. Cogí el secador y, justo en el momento en el que iba a darle al botón, la pantalla de mi móvil se iluminó, pero no era el número de mi madre, era el de Jack.

—¿Le ha pasado algo a mi madre? —las manos me temblaban y empecé a imaginarme lo peor.

—Hija… —rompí a llorar y ella conmigo, pero consiguió decir algo más —. Dime que no te has ido, dime que podemos vernos al menos una vez más.

Tomé aire con fuerza y salí del baño con el teléfono pegado a mi oído, intentando que mis sollozos no se escucharan a través del auricular, pero sabía que era imposible porque mi madre estaba consolándome al otro lado de la línea. No me importaba tener el pelo mojado y que estuviera dejando un reguero de gotas por el suelo de la habitación, que mojara mi ropa y, menos aún, el colchón de la cama donde me dejé caer antes de conseguir hablar.

—No me he ido, sigo aquí.

—Dime dónde estás, dime que puedo ir a verte.

—Estoy en el Hotel Seasons de la calle 32.

—No te vayas, voy para allá. —Estaba casi segura de que una sonrisa se había dibujado en su cara.

—Habitación 307. Mama…, no tardes.

La llamada se cortó y me quedé mirando la pantalla del móvil. Observé como los minutos iban pasando en el reloj de la pantalla. Dos minutos, tres, cuatro, cinco. Calculé mentalmente cuanto se tardaba de casa hasta allí, no más de quince minutos, pero cuando solo habían pasado ocho alguien llamó a la puerta de la habitación. Me levanté de la cama con tanta rapidez que casi me tropecé con mis propios pies. Cuando abrí la puerta, ahí estaba ella, con el rostro rojo. Cualquiera diría que había venido corriendo, pero estaba casi segura de que Jack había sido el encargado de traerla en coche y de que se habría saltado una gran cantidad de semáforos para reducir el tiempo del recorrido a casi la mitad.

Ambas nos miramos, pero ninguna hizo el movimiento de dar el primer paso, por lo que acabé siendo yo quien se apartara de la puerta para dejarla pasar. Sabía que ella estaba esperando a ser invitada. Me quedé mirándola mientras observaba la habitación.

Se acercó a un lado donde había un pequeño sofá de dos plazas y un sillón orejero con una mesa entre ellos. Se sentó en el sillón y me hizo un gesto para que me sentara en el sofá, a su lado. Caminé los pasos que nos separan y lo hice. Nos miramos, pero yo ya había dado

un paso. No, no creáis que era una cabezona, pero yo ya había dicho lo que tenía que decir y ahora era ella la que tiene la pelota sobre su tejado, aunque sabía que necesita un empujoncito para poder empezar con la conversación que teníamos pendiente.

—Te ofrecería algo de beber, pero, como puedes ver, solo podría traerte un vaso de agua del grifo del baño —intenté dibujar una sonrisa en mi cara, pero hubiera sido demasiado forzado.

—No te preocupes, además, este no es momento en el que los modales que te inculqué sean necesarios. —Sacó su cajetilla de tabaco del bolso. Era un pequeño vicio que tenía aunque no fumaba mucho, siempre lo hacía en los momentos en los que se sentía demasiado nerviosa—. Creo que deberías conocer la historia al completo.

—Pues creo que tal vez voy a ser yo quien necesite algo fuerte para beber. —Ella sonrió y lo hizo de verdad, porque la frase que le acababa de decir era la misma que más de una vez me decía cuando volvía del instituto y le decía que tenía que contarle algo.

—Cariño, esto no es fácil para mí y sé que tenías que haberlo sabido hace mucho tiempo. —Estiró una mano para que le diera yo la mía y, cuando la cogió, tiré de ella para que se sentara a mi lado. Ambas lo necesitamos—. Jack y yo empezamos a salir cuando apenas teníamos catorce años, puede que pienses que éramos unos críos, aunque sé que tú te enamoraste mucho antes de Drake. Yo sentía lo mismo por él. El chico popular del instituto, tres años mayor que yo, capitán del equipo de *lacrosse,* con todas las chicas detrás de él. Nunca pensé que se fijaría en alguien como yo, pero lo hizo.

»Nuestros padres no aprobaban que estuviéramos juntos, pero tampoco lo impidieron, pensaban que eran cosas de críos y a Jack solo le faltaba un año para irse a estudiar fuera, por lo que, como yo era una cría, y ya sabes cómo era tu abuelo, pusieron unos límites que nosotros cumplimos lo mejor que pudimos. Jack y yo nos veíamos en el instituto y, cuando lo hacíamos fuera, siempre era frente a la casa de los abuelos, en un pequeño parque que se veía sin ningún problema desde las ventanas del salón. —Me acerqué un poco más a ella y permití que me abrazara porque sabía que le estaba siendo duro contarme su historia de amor y todos los baches que tuvo que soportar en el camino hasta poder cumplir su sueño—. Nuestro primer año juntos fue muy bonito, Jack me amaba, no me pedía nada, respetaba a mis padres y yo, yo era la envidia de todas las chicas del instituto. Cuando pasó ese primer año, Jack se graduó en el instituto y, después del verano, se fue a la universidad a estudiar Derecho.

Se quedó en silencio y supe que estaba viendo en su mente cada una de las imágenes de aquel año. De la misma manera sabía que se callaba porque le dolía pensar en todo lo que le quedaba por contar.

—Mamá, no hace falta que me lo cuentes todo…

—Sí, tengo que hacerlo. —Apagó el cigarro en un cenicero que había en la mesa, apenas le había dado un par de caladas y se había consumido—. Quiero darte las respuestas que necesitas.

Asentí y me acomodé un poco más en su abrazo. Noté como su pecho se llenaba de aire y con la mano que me rodeaba hizo lo mismo que cuando era pequeña. Tomó un mechón de mi pelo y empezó a enrollarlo en su dedo y continuó hablando.

—Jack y yo nos queríamos. Nos queremos. Decidimos seguir nuestra relación en la distancia. Ambos sabíamos que sería difícil, pero, de la misma manera, teníamos claro que superaríamos cualquier problema que surgiera. Que equivocados estábamos.

—Mamá, de verdad que no necesito saberlo todo —la corté, pero ella continuó relatando la historia como si no me hubiera escuchado.

—Jack iba a volver en las vacaciones de Navidad. Lo preparamos todo a escondidas de nuestros padres. Volvería un día antes de lo que todos pensaban y yo le había dicho que me quedaría a dormir en casa de mi mejor amiga a mis padres, pero no era así. Queríamos dar un paso más en nuestra relación, quería demostrarle que, aunque no tenía su edad ni era ya una mujer como todas sus compañeras en la facultad, él era el chico con el que quería pasar el resto de mis días, quería dárselo todo. Puedes imaginarte lo que pasó aquella noche. Ninguno pensó en las consecuencias de aquella noche y en que tres meses después, yo, muerta de miedo, le diría que me había quedado embarazada. Iba a ser madre con quince años. Él, en contra de lo que yo pensaba, se alegró, me dijo que cambiaría de carrera, que volvería a casa a estudiar aquí y darme todo lo que ambos nos merecíamos.

Mi madre se calló para reprimir las lágrimas, pero no lo consiguió y yo tampoco porque, aunque no me había contado aún toda la historia, algo me decía que sabía cómo iba a continuar. Se levantó del sofá y caminó alrededor de la habitación. Se sentó en el borde de la cama y yo me levanté para sentarme de nuevo a su lado. Me acurruqué y coloqué la cabeza en sus piernas, en silencio. Si no quería contarme nada más, si no obtenía las respuestas que necesitaba, ya llegaría el momento. Debía ser duro para ella, pero no se calló, siguió relatando la historia de lo que pasó a su amor de juventud.

—Jack vino sin decirme nada, apareció en casa tres días después de que le dijera lo que pasaba. Yo no estaba, pero él quería hablar primero con el abuelo. Yo me enteré de esto un mes después cuando el corazón ya no me latía porque había dejado de recibir sus llamadas, porque no sabía nada de él. Después de ese mes, me levanté un día con la cama empapada de sangre, cuando perdí a tu hermana, tu abuela no pudo más y me dijo lo que había pasado. Yo ni siquiera sabía que ellos tenían conocimiento de mi embarazo, no se me notaba. Le habían prohibido ponerse de nuevo en contacto conmigo, le habían

amenazado con denunciarlo, yo era menor y podía traerle muchos problemas.

»Pensé que él era un cobarde, lo que no sabía es que estaba haciendo todo lo posible para que, nada más que tuviera a nuestra hija y cumpliera los dieciséis años, pudiera emanciparme, irme con él y tener la vida que me había prometido, pero de eso me enteré varios años después, porque yo había decidido romper todo tipo de contacto con él.

Mi madre contó como perdieron el contacto, como conoció a mi padre dos años después, con dieciocho años, cuando empezó a estudiar y como, tres más tarde, cuando terminó los estudios, decidieron casarse porque estaba embarazada de mí. El día en el que yo nací, volvió a coincidir con Jack, en la habitación de al lado había una mujer que había tenido un precioso chico. Drake. Sus mundos volvieron a unirse, el tiempo y las verdades que habían conseguido ocultar durante esos cinco años ya habían hecho que se perdonaran.

Mi madre no empezó una relación con Jack, no entonces. Yo acababa de nacer, quería a mi padre, pero no estaba enamorada de él. El sentimiento era mutuo, fueron sinceros desde el principio, pero ambos querían darme una buena infancia, que tuviera dos padres. Me contó algo que me dejó un poco fuera de juego: cuando yo apenas tenía un mes, habían firmado los papeles del divorcio, mi padre había empezado otra relación con una mujer de la que de verdad se había enamorado y seguía estándolo. Empecé a entender el motivo por el que mi padre estaba siempre viajando, no es que lo hiciera por trabajo. Él ya vivía con Susan, cuando estaba en casa lo hacía solo para verme, para estar conmigo, pero mi madre le había prohibido decirme nada de su relación. La mentira se fue haciendo más grande y tardó diecinueve años en contármela.

—Sé que ahora me odiarás, pero no era mi intención ocultarte todo esto. Yo quería decírtelo, te lo prometo, pero entonces empezaste a venir a casa hablando de Drake, contando que te habías enamorado de él y yo no quería que sufrieras lo que yo he sufrido.

—Ni él ni yo somos como vosotros —le respondí algo más cabreada de lo que estaba—. Tengo que cometer mis propios errores. Quiero cometerlos.

—Lo sé, y ahora me doy cuenta de ello. Siento mucho haber roto vuestra relación, pero piensa que, si de verdad os quisisteis, si de verdad hubierais estado enamorados, después de estos tres años hubierais hecho todo lo que hubierais podido para seguir estando juntos.

Y justo cuando dijo estas palabras me di cuenta de que mi madre de verdad se creía sus palabras. Que yo ya no sentía nada por Drake, que ya no estábamos enamorados y, por alguna extraña razón, tal vez

por las mismas que ella usó para separarse de Jack tantos años, me callé y dejé que creyera que no sentía lo mismo por Drake, porque, tal vez, tuviera razón y solo el haberlo visto de nuevo me hubiera removido algo por dentro, pero algo irreal y a causa de eso había roto la relación con Peter.

Maldito amor.

CAPÍTULO 55

Drake

Llevaba en el coche montado junto a mi padre algo más de media hora que se me estaba haciendo eterna. Había intentado bajarme en más de una ocasión, pero mi padre no lo permitió.

Observaba como él no dejaba de moverse sobre el asiento del conductor. Primero, una pierna golpeando el pie contra el suelo una y otra vez. Luego, los dedos sobre el volante siguiendo alguna canción que debía estar sonando en su mente. Conociéndolo debía de ser una tristes, melancólica de cojones. Después de que me contara su historia con Lesly, no me extrañaba nada que siempre hubiera sido un hombre encerrado en sí mismo que, aunque siempre hubiera tenido una sonrisa para mí, había estado demasiado triste.

Era una mierda lo que les había pasado, pero seguía sin encontrar relación alguna de su historia como obstáculo para que Kansas y yo no pudiéramos estar juntos, para tener que haber perdido estos tres últimos años donde podíamos haber descubierto muchísimas cosas.

—¿Qué crees que le estará diciendo durante tanto tiempo? —dije de repente sobresaltando a mi padre, pero con la necesidad de romper el silencio que ya pesaba demasiado dentro del coche.

Mi padre apoyó la cabeza en el asiento y noté como expulsaba una bocanada de aire que parecía que llevaba conteniendo todo ese tiempo. Me miró a través del espejo retrovisor para después desbloquear el cierre de las puertas y hacer un pequeño movimiento con la cabeza invitándome a que me sentara en la parte delantera del coche con él.

Me bajé, hubiera sido muy fácil irme al hotel, sobornar al recepcionista si se negaba a decirme la habitación donde estaban Kansas y Lesly y saber qué es lo que estaban hablando. Saber si ella me necesitaba. Joder, me daba igual, solo sabía que quería estar con ella en estos momentos, quería que los años separados no importaran, que lo que habías sentido dos días atrás, en ese abrazo, en ese beso, significara para ella lo mismo que para mí.

Pasé los dedos por mi pelo, que estaba algo más largo de lo normal, para tirar con la suficiente fuerza como para no hacerme daño, pero para saber que estaba despierto y no en un maldito sueño del que me hubiera gustado despertar y que los tres años no hubieran pasado. Volver a ese punto en el que a Kansas y mí nos daba igual que nuestros padres supieran nuestra relación y, joder, qué se alegraran por ello. Que nos dejaran vivir nuestro amor, cometer nuestros errores y decidir si la relación que teníamos podía durar. Solo quería que nos dieran la oportunidad de ocuparnos nosotros solos, aceptando sus consejos, sí, pero no dejando que ellos tomaran las decisiones.

Me metí en el coche y, aunque mi padre ya no estaba moviéndose como si tuviera una garrapata recorriéndole el cuerpo, seguía con la misma tensión. Me di cuenta que estaba más agarrotado de lo que imaginaba.

—Papá…

—Drake…

Ambos empezamos a hablar a la vez y, por los nervios, empezamos a reírnos y el ambiente se relajó. Hice un gesto a mi padre para que hablara y se pasó los dedos por el pelo. Era un gesto que compartíamos.

—Lo he hecho muy mal, ¿verdad, hijo?

—Bueno, si se evaluara el premio al mejor padre con los últimos tres años, no creo siquiera que pasaras la primera eliminatoria —respondí con un poco de cachondeo consiguiendo que asomara en su cara una pequeña sonrisa que me reconfortó.

—No, creo que no, pero te prometo que he intentado hacerlo lo mejor que sé… que esto te perjudicara lo menos posible…

—Pero algo así siempre acaba saliendo a la luz. En cualquier momento, como ha pasado ahora, alguno podía averiguar algo. No creo que ocultárnoslo haya sido la mejor decisión de vuestra vida —respondí con contundencia.

—No me siento orgulloso de cómo lo hice, pero no me arrepiento de haber decidido esperar para contarte la verdad de lo que había pasado entre Lesly y yo. —Solo había visto llorar a mi padre una vez y fue cuando mi madre murió. Ahora volví a ver las lágrimas a punto de brotar de sus ojos—. Íbamos a contártelo, todos, incluida tu madre, pero, entonces, nos azotó su enfermedad. Todo fue muy rápido, sé que eras un crío, pero estoy seguro de que recuerdas cada uno de los momentos de aquellos largos meses.

Meses… fueron pocos, pocos para hacerte a la idea de que tu madre iba a morir de cáncer de que, aunque la someterían a quimioterapia, era solo un tratamiento más para que su dolor y lo poco que le quedaba a nuestro lado fuera más llevadero.

—¿La querías? —pregunté, porque necesitaba saber si lo que sentía

por mi madre, lo que yo vi y viví durante los primeros doce años de mi vida, fue real o, por lo contrario, una mentira más.

—Claro que la quería, pero si preguntas si era lo mismo que sentía por Lesly, solo puedo decirte que mis sentimientos eran diferentes. —Su mirada se perdió, sabía que estaba buscando las palabras correctas para poder explicármelo—. Lesly fue mi primer amor, la chica de la que me había enamorado locamente y, cuando supe que estaba embarazada, no lo dudé y estuve decidido a dejarlo todo por ella. Volví a casa nada más darme la noticia y fui a hablar con sus padres. Tal vez, tomé la decisión demasiado rápido, ellos aún no sabían que su hija de quince años estaba embarazada.

»Como puedes imaginar, no se lo tomaron nada bien. Ellos creían que, cuando yo me fuera a la universidad, nuestra relación se acabaría, pero yo no pensaba en nada más que en estar con ella. Hay veces que uno sabe que ha encontrado a la persona que le complementa la vida. No creo en las medias naranjas, nosotros ya estamos enteros, pero soy de los que sí creen que una persona puede ayudarnos al estar a nuestro lado y hacernos mejores personas y a Lesly la sentí así desde el primer momento. Lo que no esperaba es que su padre me amenazara. Yo era mayor de edad, no tenía un duro, y ella aún no tenía la edad suficiente como para emanciparse. Decidí algo drástico, algo que sabía que la destrozaría, pero necesitaba dejarlo todo arreglado antes de volver a por ella.

Escuchaba con atención, necesitaba entender todo lo que me estaba contando; por qué Lesly y él habían roto nuestra relación.

—Volví a la universidad, decidí que tenía que darle a ella y a nuestro bebé el mejor futuro. Solo tenía que esperar un año a que ella cumpliera los dieciséis y, entonces, habría ahorrado lo suficiente como para ir a buscarla. Darles un hogar. Seguir estudiando, que ella pudiera hacerlo también. Encontrar un trabajo. Demasiadas cosas que no sabía si iba a conseguir, pero que no iba a parar de luchar por ellas.

—Pero no volviste.

—Esperé dos meses, en los que no me puse en contacto con ella, tenía que hacerles creer a todos que de verdad sus amenazas habían surtido efecto. Si Lesly hubiera sabido lo que quería hacer, hubiera decidido escaparse y yo, yo no quería que lo hiciera, necesitaba que ella y nuestro bebé lo tuvieran todo. Pero, cuando pasaron los dos meses y la llamé, no pude ponerme en contacto con ella, sus padres no querían que hablara con ella, no me decían como estaba. No podía volver, en el último viaje había gastado casi todos mis ahorros y si quería tener nuevos, tenía que esperar un poco más. El día de su cumpleaños fue el día que decidí volver, conocer a mi hijo, decirle que había conseguido un pequeño apartamento para los dos, que cerca de la universidad había un instituto donde ella podía seguir sus estudios.

La universidad tenía una guardería para los alumnos que éramos padres. Todo iba a ser fácil, pero, cuando volví y llamé a la puerta de su casa, nadie me abrió la puerta. Una vecina me dijo que se habían mudado y el mundo se me cayó encima. Llegué a casa destrozado y mis padres averiguaron que ella había abortado en el quinto mes de embarazo y mi mundo se acabó de derrumbar.

—Papá, no necesitas contármelo todo, no quiero que pienses en ello. Sé que querías a mamá —me arrepentí de haberle hecho la pregunta, veía surcar las lágrimas por sus mejillas.

—Solo quiero que sepas que, si de verdad la quieres, si de verdad quieres estar con ella, no debe importarte lo más mínimo lo que yo te haya dicho, solo espero que me perdones por haberte hecho perder tres años de vuestra relación. Solo espero que me perdones.

—Dime por qué no quisiste que estuviéramos juntos —dije tajante.

—Porque sé lo que es estar enamorado y que tu mundo deje de ser tuyo para ser de dos. Fui un idiota, quería que no sufrieras y lo único que he hecho ha sido comportarme como un egoísta.

—¿Y Lesly?

—Ella tenía miedo, miedo de que su hija pasara lo mismo que ella. —Le interrogué con la mirada para que se explicara mejor —. Drake, tu fama te precede y has tenido muchas amigas, y Kansas era una chica que nunca se había fijado en nadie. Estuvo con aquel chico, pero su relación no duró más que unos meses. Lesly vio en tu mirada lo mismo que vio en la mía y, aunque ahora ella y yo podamos volver a estar juntos, aunque nos haya costado veinticinco años, tenía miedo por su hija, así que, si de verdad la quieres, díselo.

En el momento en el que terminó de decir eso vimos movimientos en entrada del hotel y ambos nos quedamos mirando a las dos mujeres que salían por su puerta. Eran Kansas y su madre. Ambas venían abrazadas. Kansas apoyaba la cabeza sobre el hombro de su madre y observé sus ojos rojos e hinchados por haber llorado. Mi padre me dio un toque en el hombro, me giré para mirarlo y no hizo falta que dijera nada más para saber qué era lo que tenía que hacer.

Me bajé del coche y cuando llegué al lado de ellas, Lesly la soltó y siguió caminando hacia el coche. Kansas y yo nos miramos, ambos escuchamos como la puerta del coche se cerraba, para después oír el motor alejarse.

—Hola, Kansas… ¿podemos hablar?

CAPÍTULO 56

Kansas

Caminamos por la calle del hotel hasta la zona donde estaban las cafeterías y restaurantes de nuestra ciudad. Ninguno dijo nada por el camino. No sabía lo que estaba pasando por su mente, pero sí por la mía. Seguía pensando en las últimas palabras que me había dicho mi madre. Sabía que yo lo había quería, sabía que aún lo quería, pero ¿él sentía lo mismo? No estaba preparada para saberlo, pero no quería ser como nuestros padres, necesitaba todas las respuestas, aunque estas me partieran el corazón de nuevo.

Me senté en una mesita junto a una ventana que daba a la calle mientras Drake pedía nuestros cafés en la barra. Lo miré y me di cuenta de que no me había puesto en contacto con él durante tres años por miedo a las respuestas, por miedo a tantas cosas de las que entonces me daba cuenta de que no importaban. Mejor vivir con el corazón roto a vivir con las dudas.

Drake llegó a la mesa con dos vasos de café humeantes, colocó uno frente a mí junto a dos sobres de azúcar.

—Leche con unas gotitas de café y azúcar, espero no equivocarme —dijo dubitativo. Yo asentí y observé como el empezaba dar vueltas al suyo.

No puedo decir el tiempo que pasamos en silencio, solo roto por el sonido de su cucharilla golpeando la loza de la taza, hasta que levanté la cabeza de la mesa y lo vi observándome con esa media sonrisa que tanto me había gustado siempre de él. Me di cuenta de que tal vez, solo tal vez, nosotros también habíamos sido unos cobardes.

—No supe nada de ti en los primeros meses…

—Creía que te habías ido tú, no que tu madre te había obligado a irte con tu padre.

Nuestras frases se cruzaron. Después de hablar él, me di cuenta de que, aunque no era culpa mía, yo debía de haber dado el primer paso cuando todo cambió entre nosotros, cuando nuestros padres se metieron por medio y nosotros los dejamos sin poner impedimento.

—¿Creías que yo me había ido? ¿Creías que yo había puesto distancia entre ambos? ¡NO!, mi madre me mandó con mi padre, cómo puedes creer que yo iba a tomar esa decisión cuando siempre he pensado que él nos había dejado tiradas cuando otra mujer se le cruzó por delante.

—No lo sé, Kansas, no sé por qué quise pensar eso y no que te arrancaban de mi lado. Creía que no me querías…

—No, no te quería —al decir las palabras Drake se tensó, pero es que quería ser sincera con él—. Yo te amaba. Te amo, Drake, eres el chico del que siempre estuve enamorada, aunque tú me rechazaras a los doce años, aunque quisieras estar con otras chicas antes que conmigo, pero, después de aquella fiesta, todo cambió entre ambos y creía que tu…

—Tienes razón, Kansas —me cortó y me agarró una de las manos —. Siempre he sido un gilipollas, pero es que estaba acojonado. Recuerdo perfectamente el día que me dijiste que me querías, pero es que horas antes había descubierto que mi madre se iba a morir y no podía luchar con un sentimiento como el amor cuando estaba destrozado con la noticia. Después, todo se complicó, yo empecé a comportarme como un idiota, sobre todo, contigo. No hice las cosas bien y me arrepiento de todas y cada una de las cosas que te hice. Ni siquiera sé cómo aún me quieres, no me lo merezco, Kansas. No me merezco a alguien como tú.

—Pues estas muy equivocado —respondí. Me miró sin entender que le estaba diciendo—. Tú no eres quien para decidir a quién merezco o no, y menos cuando yo te he elegido a ti, ahora solo me queda…

Se levantó de la mesa sin importarle tirar su silla contra el suelo y con el ruido conseguir que todas las personas que había dentro de la cafetería se giraran para mirarnos. Llegó hasta mi lado y tiró de la mano que aún me tenía agarrada y consiguió que me pusiera de pie para después rodearme con sus brazos y levantarme del suelo. Con la diferencia tan grande de altura, me vi en la necesidad de rodearle con mis piernas por la cintura y, sin importarme ser el centro de atención o lo que pensaran los que nos rodeaban, le miré a los ojos y él me miró a mí. No hicieron falta palabras. Nos fundimos en un beso, en uno que lo decía todo. Un beso que me derritió el alma, que hizo que mi corazón se desbocara y sintiera que al fin estaba en casa.

Ahora sí, ahora nada nos importaba porque si algo habíamos aprendido de la historia de nuestros padres era que, pasara lo que pasara, los impedimentos, los años y las opiniones de terceras personas, si el amor era amor, había que vivirlo.

Salimos de la cafetería sin tomarnos el café que aún estaba caliente sobre la mesa y sin tener que decirnos nada. Caminamos de regreso al

hotel. Agarrados de la mano, mirándonos en cada paso que dábamos hasta que entramos y nos dirigimos a la habitación.

—¿Dónde está tu novio? —me preguntó de repente rompiendo el cómodo silencio.

—Ha vuelto a casa, pero ambos sabemos que esa relación, una vez que nos encontramos otra vez, no iba a llegar a ningún lado.

No hizo falta que nos dijéramos nada más. Rompió la poca distancia que había entre ambos para volver a rodearme con sus brazos, sin nadie que nos viera. Nadie que nos interrumpiera. Sus manos empezaron a acariciarme la espalda, recorriéndola hacia arriba, hasta que acabó tomando mi rostro entre ellas y me miró con esa intensidad que siempre me había gustado. Con sus ojos color chocolate más oscuros que nunca.

—No sabes lo que te he echado de menos, las ganas que tenía de tenerte así, sin pensar que pudiéramos estar haciendo algo mal —me besó una vez, dos, tres hasta que se separó un poco de mi para coger aire y poder hablar de nuevo—: Te amo, Kansas.

—Yo también te amo, Drake. Yo… —las palabras se me atascaron en la garganta porque me dio vergüenza, pero quería que supiera que siempre había sido él—, yo siempre te he esperado a ti.

Noté ternura en su cara y como sus caricias se hicieron más suaves, como había entendido lo que quería decirle. Me cogió entre sus brazos y caminó hasta sentarse en la cama y me colocó a horcajadas sobre sus piernas. Sus manos me acariciaban los brazos, recorriéndolos, consiguiendo que la piel se me erizara, pero yo necesitaba más de él, lo que llevaba tanto tiempo esperando. Le agarré el borde de la camiseta que llevaba y se la quité sin ningún tipo de ceremonia. Su respiración se aceleró y noté como su pecho se expandía con cada bocanada.

Cuando nuestras miradas se volvieron a encontrar, solo dijo:

—Dime que pare, por favor, porque una vez que te tenga desnuda a mi lado, no podré hacerlo.

Me callé porque no quería que parara. Sus manos comenzaron a recorrer mi cuerpo, las mías su pecho desnudo y bien formado. La tela empezó a sobrar entre ambos y, cuando nos quedamos solo en ropa interior, me tumbó sobre la cama para después acomodarse entre mis piernas. Noté como su erección rozaba, bajo la tela de su *bóxer,* contra la diminuta braguita de color rosa que llevaba puesta. Sus manos se deslizaron sobre mi vientre, sus labios me besaron la boca, me mordisqueó la barbilla y bajó por mi clavícula hasta llegar al borde de mi sujetador, que retiró con cuidado, hasta dejar mis pechos frente a sus ojos. Una de sus manos siguió acariciando mi vientre consiguiendo que un tremendo calor se me concentrara en el centro de mi placer. Sentí que me humedecía y comprobé que es así cuando sus dedos me

tocaron y con uno de ellos me penetró.

Me curvé, pero no por el dolor, sino por la placentera sensación que me produjo que me tocara de esa manera; y a él pareció gustarle. Se introdujo un pezón en la boca para lamerlo, succionarlo y acabar mordisqueándolo.

—Quiero que tú seas el primero y el último —le dije entre jadeos.

Sacó la mano de mi interior y se separó de mi lo justo para quitarme las braguitas y quedar completamente expuesta ante él. Hizo lo mismo con su ropa interior y me asombró verlo así, desnudo. Un hombre que ya no era el crío del que me enamoré, sino una versión más madura de la que sabía que me enamoraría más cada día que pasara.

Sacó un preservativo de la cartera, abrió el envoltorio con sumo cuidado y, con una sonrisa tímida, se lo colocó sobre su miembro para después volver a encontrar su sitio entre mis piernas. Noté como rozaba la entrada de mi placer, y empezó a besarme con pasión, con delicadeza, con fuerza. Con todo eso que llevábamos tanto tiempo guardando en nuestro interior. Noté como se iba colando en mi interior y una barrera invisible se rompió cuando me penetró por completo. Ahogué un grito dentro de su boca cuando se retiró con cuidado y volvió a entrar en mí, siempre con sus manos acariciándome, tocándome.

Comprobó que me había acostumbrado a tenerlo dentro y empezó a moverse cada vez con más intensidad, y me sentí cómoda para volver a tocarlo a placer, a exigirle que se moviera un poco más deprisa; cuando sus acometidas hicieron que ya no pudiera más, volví a gritar, pero esta vez no me tapó la boca con un beso, sino que me observó y vi que un nuevo brillo se instalaba en su mirada, uno que me decía que le encantaba verme disfrutar.

Empujó varias veces más en mi interior hasta que vi como atrapaba su labio inferior entre sus dientes. Se le tensó mandíbula, los músculos de sus brazos se marcaron más y, aunque el preservativo estaba entre él y yo, noté perfectamente cuando el placer lo inundó. Me invadió una sensación tan placentera que no me importó el peso de su cuerpo sobre el mío cuando se dejó caer.

—Joder, pequeña. Ahora sí sé lo que es el amor —jadeó junto a mi oído.

—Amor liberado, al fin.

Nos quedamos un rato sobre la cama desnudos hasta que el sudor empezó a enfriar nuestros cuerpos y decidimos darnos una ducha. Me hubiera gustado que me acompañara, pero me dijo que si lo hacía, no podría dejar de tocarme. Le respondí que no me importaba, pero no pude convencerlo, porque, según él, era muy pronto para hacerlo de nuevo. Me di una ducha rápida y cuando salí con la toalla enroscada

sobre mi cuerpo, me besó. Estaba a punto de conseguir que volver a la cama, pero se metió en el baño para ducharse. Al llegar a la puerta del aseo se giró, me miró de arriba abajo y sonrió.

—Ahora tenemos que pensar cómo hacerlo, pero yo no quiero volver a separarme de ti, Kansas. No quiero volver a pasar esto, no quiero tener que esperar veinticinco años para tener lo que sé que quiero ahora.

—No pienso irme de casa y mi casa es donde estés tú. Ahora, dúchate, tenemos una boda que terminar de organizar.

EPÍLOGO

Kansas

—Estás ocupando todo el maldito espacio —le recriminé a Drake.

Habían pasado tres años más desde la boda de nuestros padres. Todo fue muy emotivo y se alegraron muchísimo por nosotros cuando nos vieron, horas después de sus confesiones aparecer agarrados, de la mano en la casa. Esa noche comimos juntos, nos reímos y dentro de lo que pudimos, entendimos por qué hicieron las cosas como las hicieron. Eso no significaba que lo compartiéramos. Ellos creyeron que así nos protegían.

—Siéntate en mis piernas, así cabremos los dos.

Después de todo aquello, de la boda, volví a casa de mi padre, pero no lo hice sola, Drake me acompañó en aquel viaje. Necesitaba tener respuestas por parte de mi padre, de Susan y que Dana también supiera todo lo que rodeaba nuestras vidas. Al principio, cuando le anuncié que volvía a casa de mi madre, a mi casa de siempre, creyó que nunca le perdonaría todo lo que me habían ocultado, pero, después, cuando supo que volvía porque quería estar allí con Drake, con todo lo que siempre había conocido, nos prometimos que seguiríamos en contacto y así fue. Hablo casi a diario con los tres.

Jack y mi madre decidieron que, después de la vuelta de su luna de miel, se instalarían en la casa de él dejándome la de mi madre para mí. Podéis pensar que Drake y yo nos fuimos a vivir juntos rápido, pero tardamos casi un año en compartir la casa como una pareja. Eso no significaba que no pasara la mayoría de las noches en mi cama.

Era nuestro tercer aniversario y, aunque yo creía que me llevaría a cenar a un restaurante, como los dos anteriores, y que después pasearíamos, volveríamos a casa y caeríamos rendidos en la cama de amarnos, esa vez me llevó al parque en el que una vez me declaré a él. Estábamos sobre esa roca en la que yo quería mi primer beso.

—No te veo muy feliz por estar aquí —me dijo quitándose de la roca y dejándome el espacio a mí para así quedar de pie entre mis piernas.

—No, sabes que me gusta este parque —respondí—, pero no tengo muy buenos recuerdos de este sitio en concreto.

Una sonrisa se le dibujó en la cara mientras la mía fue cambiando en el momento en el que vi que se agachaba. Primero me puse blanca, después las manos me empezaron a temblar y acabé roja como un tomate cuando lo descubrí con una rodilla sobre el suelo y las manos sobre la espalda. Tapé mi cara con las manos. Es no podía estar pasándome a mí.

—Kansas, mírame, si no, no podré hacer esto. —Abrí los dedos sobre la cara sin quitar las manos para ver frente a mí un pequeño peluche de Chewbacca.

—Drake…

—Quiero que tengas un buen recuerdo de este lugar. Quiero que, cuando paseemos por aquí, no recuerdes que con doce años era un capullo.

Aún conservaba el peluche que me regaló. Él lo cambiaba de sitio cada vez que entrábamos en la habitación, me gustaba tenerlo al menos a los pies de la cama.

—Creía que ibas a pedirme que me casara contigo.

—Vaya… —respondió—. Yo creía que las bodas, después de la de nuestros padres, no iban contigo.

No es que me hubiera pedido antes que me casara con él, pero sí le había dicho muchas veces que tal y como estábamos me sentía la mujer más afortunada del mundo.

—Me gusta lo que tenemos, Drake, no nos hace falta un papel que formalice nada.

—Entonces, lo que lleva tu amigo en su bolsito va a tener que quedarse ahí para siempre —intentó quitarme el peluche de las manos, pero yo fui más rápida.

Me levanté de la roca y él lo hizo detrás de mí observando cada uno de mis movimientos. Palpé el bolsito del muñeco y noté algo en su interior. Era redondo, fino. Lo saqué: un precioso anillo plateado, con una pequeña piedra brillante engarzada, reposó sobre la palma de mi mano.

Drake era rápido y me lo quitó para sujetarlo entre sus dedos. Me miró y después, de una manera delicada y sin retirar su mirada de la mía, lo deslizó sobre mi dedo anular.

—No te estoy pidiendo que te cases conmigo si tú no quieres, pero, cuando tú me digas, estaré esperándote porque, como tú misma dijiste, mi casa es donde tú estés y da igual si como mi chica o mi mujer.

No pude evitar llorar.

—Sí —dije sin apartar la mirada de mis manos.

Drake me las soltó para colocar un par de dedos bajo mi barbilla y

alzar mi cabeza y que así pudiéramos mirarnos a los ojos.

—¿Sí?

—Sí a todo. A lo que tenemos, a lo que podamos tener. A vivirlo todo contigo. Como tu chica. Como tu mujer.

Acortó la distancia que había entre ambos y sus labios besaron los míos.

Con una promesa.

Con amor libre y puro.

Suyo.

Mío.

Nuestro.

Agradecimientos

*N*unca es fácil cuando se llega a esta parte, no porque no sepa a quien quiero agradecer que una nueva historia haya salido a la luz, sino porque no me quiero dejar a nadie sin nombrar. Tengo la fortuna de tener a muchas personas a mi lado que hacen que cada palabra escrita, que cada momento de dudas, felicidad y lágrimas derramadas merezca la pena.

A mi marido, mis hijas, mi madre, mi hermana por ser el motor de mi vida y mi día a día.

A mi familia, tanto la de sangre como la política, que aunque no me lean disfrutan de cada publicación y cuentan a todo el mundo que soy escritora con un orgullo que me emociona.

Al resto de mi familia, por apoyarme y darme ánimos para que siga luchando por mis sueños.

A María A. Esteban, mi otra sister, que me apoya en todo lo que hago, que se siente orgullosa por cada noticia que le doy y que me aguanta en lo malo y anima en lo peor.

A mis mariposas, Isa y Pili, que aparecieron poco a poco y se han quedado para siempre, porque la conexión Sevilla-Málaga es impresionante y me ayudan con cada intento de manuscrito que les mando. Gracias por siempre ser sinceras conmigo, por aguantar mis dudas, crisis, nervios y bajones como unas campeonas, sin quejarse y poniendo siempre positivismo en mis días.

A las chicas que siempre me apoyan en las redes sociales, que se emocionan con cada pista que les he dado de esta nueva novela, por compartirlas y formar siempre parte de mis locuras.

A mis flamencas, Gema, Noni y María, por las conversaciones, las risas, los ánimos compartidos y, sobre todo, por la amistad que nació a raíz de los libros.

Al grupo de WhatsApp de las zorrascas por sacarme siempre sonrisas, que aunque a veces parece más abandonado que otra cosa, siempre están ahí para compartir los memes más absurdos y ayudarnos a que los días sean más llevaderos.

A Elena Castillo, Natalie Converse, Elena Montagud, Priscila, Victoria Vílchez, María Martínez, compañeras de letras que cada vez

que les he preguntado algo o he necesitado ayuda, han estado ahí para mí.

A las compañeras nuevas que han llegado gracias a eTerciopelo, porque en poquitos días me han acogido con cariño.

A Mariajo, mi editora. Por aguantarme hasta en domingo. Por dejarme soñar con la portada y hacerla tan bonita. Gracias por acogerme con los brazos abiertos y darme esta gran oportunidad. Espero que juntas soñemos mucho para que se hagan realidad cada uno de nuestros propósitos.

A vosotras, lectoras –y algún lector-. Seguís siendo el motor de toda esta locura. Ver vuestras ganas, vuestro cariño, la moción que desprendéis cada vez que doy una noticia es lo que me impulsa a seguir día a día.

Gracias por haber vivido conmigo la historia de Kansas y Drake. Espero de verdad que le hayáis sentido de la misma manera que ellos me hicieron sentir cuando decidieron contarme su historia.

Gracias.

Primera edición en este formato: marzo de 2021

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.
08003 Barcelona
actualidad@rocaeditorial.com

ISBN: 978-84-17705-85-5